

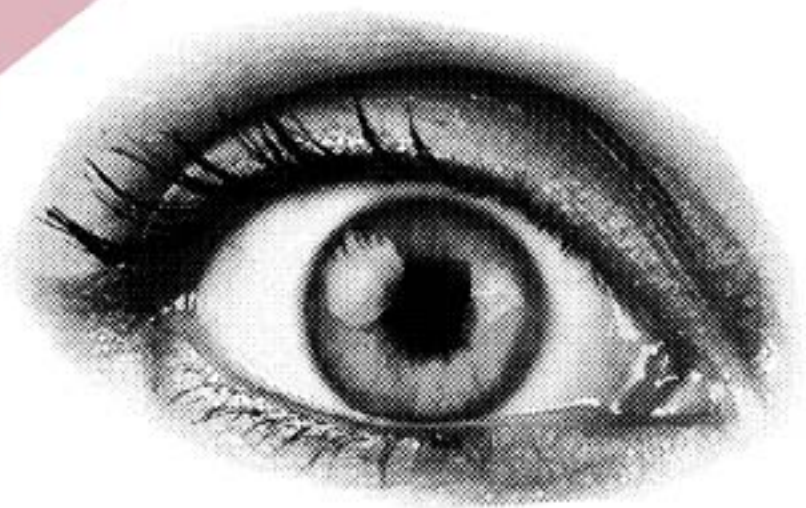
DRAMATURGIA ARGENTINA



**LILIANA CAPPAGLI
VERÓNICA MC LOUGHLIN
MARÍA ROSA PFEIFFER
CAROLINA STURLA
GILDA BONA
ANA LAURA SUÁREZ CASSINO
LUCILA RUBINSTEIN
LOLO AVEGLIANO
PILAR RUIZ
ROXANA BERCO
CARLA LIS CONTI
SANDRA FRANZEN**

ANTOLOGÍA II

La Colectiva de Autoras



Antología II

La Colectiva de Autoras

Esta antología fue realizada por la Comisión Editorial de La Colectiva de Autoras en colaboración con el CELCIT.

Presentación, prólogos, revisión editorial y gestión a cargo de:

Gilda Bona

Sol Bonelli

María Paula del Olmo

Judit Gutiérrez

Mónica Landolfi

Ana Laura Pace

Lucila Rubinstein

Lía Salas

Tatiana Sandoval

Sandra Silveyra

Agradecemos a todas las compañeras de La Colectiva de Autoras por el trabajo que realizan de manera constante para la visibilización de nuestra producción autoral y al CELCIT (Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral) por brindarnos este reconocido espacio de publicación.

Todos los derechos reservados.

Buenos Aires. 2021

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar

Índice

[PRÓLOGO](#)

Por La Colectiva de Autoras

[EL SECRETO DE PERÓN](#)

Liliana Cappagli

[VOTO DE SILENCIO](#)

Verónica Mc Loughlin

[JAZMINES. ROSAS. Y UN CHICHIRICÚ](#)

María Rosa Pfeiffer

[QUERÍA QUE QUISIERAS](#)

Carolina Sturla

[BOQUITAS](#)

Gilda Bona

[EL OLVIDO](#)

Ana Laura Suarez Cassino

[LA REPOSERA AMARILLA](#)

Lucila Rubinstein

[LA MANO](#)

Lolo Avegliano

[EN EL FONDO](#)

Pilar Ruiz

[LA BODA DE FANNY FONAROFF](#)

Roxana Berco

[ROSAS NEGRAS EN MI JARDÍN](#)

Carla Lis Conti

[LAS FLORES CONTADAS](#)

Sandra Franzen

Colección Antología de Autoras Argentinas

A continuación, presentamos el trabajo realizado entre el Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral (CELCIT) y la Colectiva de Autoras de Argentina.

En tiempos de cambio de paradigma en donde los movimientos de mujeres trabajan activamente para modificar la realidad a partir de nuevas formas de organización, desde *La Colectiva de Autoras* acercamos al CELCIT la propuesta de creación de una serie de antologías con el propósito de dar a conocer el amplio universo contemporáneo de producción dramática de mujeres argentinas.

La Colectiva de Autoras es una organización independiente de instituciones, partidos políticos y del estado, autoconvocada con la finalidad de reflexionar y accionar sobre el desarrollo de nuestra tarea. El proyecto editorial se inicia luego de varias asambleas en las que se puso de manifiesto la desigualdad y falta de paridad históricas, aún existentes en las publicaciones de textos teatrales. Asumimos la tarea de edición, como un modo amoroso de leernos y darnos a conocer. Elegimos al CELCIT como plataforma de difusión por ser un centro de creación e investigación de gran prestigio, comprometido con la realidad del teatro latinoamericano desde hace 46 años.

Esperamos que este gesto compartido aliente a que las obras lleguen a nuevos escenarios e inspire a diferentes movimientos de dramaturgas de otras latitudes. Por ello, agradecemos al CELCIT la publicación de nuestros textos e invitamos a leerlos en la siguiente antología.

PRÓLOGO A LA ANTOLOGÍA II

En la diversidad poética que reúne esta nueva antología, encontramos algunas conexiones que a modo de hilos invisibles, van tejiendo tramas subrepticias e impensadas: escenarios históricos, espacios de pasaje, limbos, obras que dialogan con otros lenguajes como el cine o la literatura, vínculos y ambientes opresivos, voces únicas que crean mundos enteros. Una vez más, la dramaturgia contemporánea de mujeres recorre lugares poco transitados, incómodos a veces, resuelve con humor, y logra cambiar el foco dando voz a los márgenes para que se alumbre lo otro.

En un escenario histórico, “El secreto de Perón” de Liliana Cappagli, abre a la intimidad de un secreto que incomoda recreando la relación ficticia entre Perón y una adolescente: Tessa. La obra despliega con sutil erotismo y humor, un triángulo amoroso, donde la figura de Eva, aunque se encuentra de viaje, es una presencia que sobrevuela e incide el espacio. Una

historia íntima y pequeña en los márgenes de la gran Historia. También “La boda de Fanny Fonaroff” de Roxana Berco indaga en el territorio y sus voces, presentando un mapeo histórico de aquellos inmigrantes asentados en Entre Ríos, 1921. Sus búsquedas, ambiciones, persecuciones y amores, su vida pública y privada, la cercanía de la violencia y la muerte en lo cotidiano, contado con un lenguaje luminoso.

Del cruce, diálogo e intercambio con otros géneros, encontramos dos obras: “Boquitas” de Gilda Bona, un texto construido a partir de “Boquitas Pintadas” de Manuel Puig; y “Voto de silencio” (La historia de un beso) de Verónica McLoughlin. En “Boquitas”, el pasaje de la narrativa al texto dramático propone un cambio de punto de vista, centrándose en un personaje periférico para desplegar desde allí la historia. Retomando el género epistolar presente en el libro, se configura un relato fragmentado, de saltos temporales, con ausencia de diálogos directos. Así, se genera un clima donde lo que no se dice, permite, sin embargo, vislumbrar una trama de amor, infidelidades y abuso sexual.

En “Voto de silencio” (La historia de un beso) de Verónica McLoughlin resulta novedosa la organización en momentos, algo que la acerca más al cine, a la noción de planos o fotografía, por el corte de edición y el uso del silencio. Logra generar una dramaturgia de lo mínimo, del rodeo, tal vez para recordarnos que lo importante es el contorno, el trayecto, el proceso. El valor del tránsito por sobre el resultado. Encuentra su potencia en la ternura.

“Las flores contadas” de Sandra Franzen, sorprende con un tratamiento extrañado de la temporalidad. Presenta un clima de desolación en un tiempo detenido donde habitan dos mujeres que ficcionalizan su realidad. Alicia dice “Así es nuestra fantasía y las fantasías no se cambian”, mientras que Amelia le opone que “La realidad es la que no cambia”. La espera, el pasado, la lluvia, el barro y las ilusiones trucas se manifiestan en un pueblo donde la vida escasea.

“El olvido” de Ana Laura Suarez Cassino entreteje una historia de amor que indaga en la fragilidad de la memoria individual y colectiva. El reencuentro casual ocurre en ese espacio de tránsito que son los aeropuertos y lleva a los personajes a su ciudad de juventud. A partir de fragmentos del pasado, los protagonistas reconocen a aquellos que fueron hace cuarenta años y retoman esa historia que el tiempo dejó pausada.

En “Jazmines, rosas y un chichiricú” de María Rosa Pfiffer también encontramos espacios de tránsito: un aeropuerto y una funeraria. Partiendo del duelo de una mujer, la obra alumbró el vínculo singular entre los que quedan: su hija y su pareja. Con humor nos invita a repensar, más allá de la moral, la complejidad del amor y el deseo.

En “Quería que quisieras” de Carolina Sturla, los personajes están al borde de un viaje que puede cambiarles el futuro. La obra sucede en un único espacio y sin cortes temporales, generando un in crescendo de tensión y ritmo vertiginoso. Los sueños parecen desvanecerse a medida que la situación se va desenvolviendo, para abrirse a un final con interrogantes:

¿Qué nos une con el otro?, ¿Cuánto del otro nos funda? ¿Se puede tener al otro como soporte de identidad?

La temática de la opresión y las relaciones teñidas de violencia se hacen presentes en esta antología desde diferentes abordajes y tonos. La obra “En el fondo” de Pilar Ruiz indaga el vínculo víctima y victimario. Aquí, la opresión se manifiesta con un afuera temido y una libertad que inmoviliza. En la poética de la obra se respira la violencia contenida, el miedo y las mentiras que los paralizan. Por otro lado, en “Rosas negras en mi jardín” de Carla Lis Conti, el mundo interior de una cantante de ópera se ve asfixiado paulatinamente por una obra en construcción. La soledad y la falta de luz amenazan su entorno y tienden a apagarlo. “A mí se me está muriendo la vida, y nadie me aplaude”, reclama la protagonista.

Virando a un tono tragicómico llega el texto de Lucila Rubinstein, “La reposera amarilla” donde el único personaje, Susa compra una reposera para disfrutar de un domingo con sol y eso desata una avalancha de acciones. El personaje, decidido y desenfrenado, logra hacer de la ficción un espejo de la realidad. En un contexto de incomunicación, se cuenta progresivamente la locura en lo cotidiano y la violencia contenida detrás de la rebeldía liberal, que se apropia del discurso progresista, en pos de cumplir deseos individuales.

“La mano” de Lolo Avegliano instala un tono irónico y delirante donde su personaje se autoescribe, como las manos que se dibujan a sí mismas en el trabajo gráfico de Escher. Palomino, el protagonista, realiza una crónica en la que se relata inmerso en un presente que es el reflejo de un futuro distópico, a medias realidad y a medias ficción.

Las obras recopiladas en esta segunda antología conforman un conjunto heterogéneo y encuentran en la diversidad su potencia. Nos acercan a voces, miradas y poéticas divergentes, que logran ampliar el universo de lo dicho y de lo posible, abren nuevas formas de contarnos el mundo. Nos complace compartir este material para su lectura en una plataforma abierta a toda Iberoamérica e invitar a contactarse con las dramaturgas para la representación de sus textos teatrales.

Junio, 2021.

Comisión Editorial

Colectiva de Autoras de Argentina

EL SECRETO DE PERÓN

Liliana Cappagli (Buenos Aires)

artesurlily@gmail.com

PERSONAJES

PERÓN

TESSA, UNA ADOLESCENTE

AMPARO E ISABEL, MUCAMAS

Junio de 1947. Comedor de la residencia presidencial.

Perón finaliza su cena con café y coñac. Hay masas y bombones y dos tazas sobre la mesa.

Sus dos mucamas van y vienen terminando la rutina.

Ruido de cubiertos y voces vienen de la puerta vaivén que comunica el comedor con la cocina. En la cabecera de la mesa, Perón fuma su cigarro.

Isabel es bonita, de rasgos finos, bellas piernas. Más joven que Amparo. Amparo es fea, más baja y regordeta. Rondan los treinta años. Visten uniforme y rodete.

ESCENA 1

ISABEL. El café, se le enfría...

PERÓN. Podés retirarte, Isabel.

ISABEL. Sí, señor.

AMPARO. *(A Isabel. Llevando bandejas.)* Ella no debería estar aquí.

ISABEL. ¡Calla, que te va escuchar!

AMPARO. ¡Cómo se ve que no está la señora...!

ISABEL. ¡Vos chito, escuchaste!... Es la protegida de Evita.

AMPARO. Parece que no sólo de ella... *(Sale.)*

ISABEL. *(Vuelve con el azúcar.)* Disculpe, señor... el azúcar...

PERÓN. Déjela acá. Ah, y traiga un poco de leche.

ISABEL. ¡En un periquete! *(Cavila.)* Pero si usted no toma... Disculpe. ¿La quiere fría o...?

PERÓN. Caliente.

Sale mucama. PERÓN se levanta, pone un disco de pasta: "Serenata a la luz de la luna", de Glenn Miller. Se mira al espejo de pared, corrige el cabello para atrás y los gemelos de su camisa debajo de la bata de satén.

Entra TESSA, una adolescente rubia, menuda, tímida, con las mejillas encendidas. Está ata-

viada con un vestido blanco con escote bordado en encaje, un botón desabrochado y un saquito de banlon color lila. Está la chimenea encendida. El General mira su entrada a través del espejo del comedor.

TESSA. Me demoré porque...

PERÓN. No importa porqué.

TESSA. Es inmenso ese cuadro...

PERÓN. ¿Fuiste hasta la entrada?

TESSA. Disculpe, General, es que... me perdí.

PERÓN. No me importa que espíes. Después te llevo a conocer...

TESSA. No estaba espiando, General... vi el cuadro desde arriba y no pude contenerme. Ese vestido largo, con piedras, ajustado, la falda, cubierta de pliegues en los pies... Le queda pintado...

Perón le corre la silla, Tessa se sienta agitada, emocionada por la visión que trae. Él, después de ella.

PERÓN. Sentate, chiquilina, se te va a enfriar el té.

TESSA. No me diga así, ¿quiere?

PERÓN. Y vos no me llames General, Tessa.

TESSA. No me atrevo. Deme tiempo, General. Su mujer... Evita... está tan hermosa, como una reina en su trono, sonriente... Parece una fotografía.

Entra AMPARO con la lechera de plata.

AMPARO. ¡Con permiso! (*Acercándose a ella.*) ¿Hasta dónde te sirvo...? (*Le echa leche en la taza de té.*)

TESSA. Así está bien. Gracias.

AMPARO. De nada. (*Al oído.*) ¡Entrometida!

TESSA baja la mirada.

AMPARO. ¿Necesita algo más, señor?

PERÓN. ¡Que se acuesten, eso necesito! Usted y la otra. Un poco de paz. ¿Será mucho pedir?

AMPARO. (*Yéndose.*) No señor. Disculpe que le pregunte... ¿La señora Evita no ha llamado todavía?

PERÓN. No sabía que tenía que avisarle, Amparo.

AMPARO. ¡No, claro que no, señor... disculpe! Pues, esto que... como siempre se pone al teléfono antes de cenar...

PERÓN. Está en España, Amparo, allá cenan a otra hora.

AMPARO. ¡Vale, tiene razón, qué cabezota!... Y digo... ¿Tardará mucho en volver? ... Se la extraña, sabe... Parece mentira, pero...

PERÓN. *(Interrumpiendo.)*... Cuando Franco la libere... ¿Está listo mi cuarto?

AMPARO. Como siempre señor.

PERÓN. Bueno, deje la luz de mi velador encendida.

AMPARO. Como usted quiera, señor. ¡Buenas noches! *(Lo saluda solo a él. Ambos contestan el saludo.)* ¡Buenas noches!

*TESSA se levanta, él retiene su mano para que se siente. Antes de entrar a la cocina, la mu-
cama gira la cabeza, mira a la joven y le hace un gesto de negación con la cabeza.*

PERÓN. No hay que levantarse ante la servidumbre, querida. Reglas de cortesía...

TESSA. Disculpe. Para mí son todos iguales.

PERÓN. ¿Un bombón de fruta?

TESSA. *(Revolviendo.)* ¿Y estos de qué son?

PERÓN. Deben ser de menta al chocolate, los otros de licor.

TESSA. ¿Este?

PERÓN. Probemos... *(Muerde uno, le da a probar en la boca.)*

TESSA. *(Se sonroja.)* ¡Mmm, qué rico! Me fascina el envoltorio... *(Hace ruido con el papel metalizado.)*

PERÓN. Así vas a contarles a todos que compartiste un bombón con Perón.

TESSA. *(Ríe.)* Le salió un versito, General.

PERÓN. Juan, decime Juan. Se llama rima. ¿Leíste a Bécquer?

TESSA. *(Niega con la cabeza.)* Aprendí a leer hace tres meses, más o menos, en la Fundación.

PERÓN. ¡Qué bien! *(Le limpia la boca con la punta de su servilleta.)* Te voy a leer, si querés...

TESSA. ¿Usted, a mí?... Gracias, me encantaría.

PERÓN. Después me vas a leer vos, a ver que tan bien aprendiste.

TESSA. Me encanta, sabe. Ya no me siento más sola cuando tengo un libro.

PERÓN. ¿Te sentís sola, a tu edad?

TESSA. Usted no, porque siempre está rodeado de gente.

PERÓN. A veces es cuando más solo me siento.

TESSA. ¿Sabe cuánto hace que no como chocolate?

PERÓN. Comételes todos. Date ese gusto.

TESSA. ¿Cuándo...?

PERÓN. Después que termines el té.

Prueba un sorbo de café, está frío, lo deja.

PERÓN. Estas dos no hacen una. ¿Qué te dijo?

TESSA. ¿Quién?

PERÓN. Amparo. Te dijo algo al oído.

TESSA. No... no escuché.

PERÓN. Mirá que para mí lo primero es la lealtad.

TESSA. Le juro que...

PERÓN. Secreto entre mujeres. No insisto. Sea lo que fuere, no le hagas caso. *(Ella sonríe.)*

Decime Tessa... ¿Cuántos años tenés?

TESSA. ¿Importan los años, General?

PERÓN. Bueno... depende para qué.

TESSA. Nadie me da la edad que tengo. Todos creen que tengo más. Que nací madura. Eso me dicen. Tener que criar a cinco hermanitos... No sé si será eso, yo...

PERÓN. ¿Tenés novio?

TESSA. Tuve. Cinco años. Desde los once. Nos prometimos amor eterno y fidelidad. No pudo ser. Me dejó por una compañera.

PERÓN. ¿De la escuela?

TESSA. Ajá. Me juró que no había nada entre ellos. Después buscó una excusa para cortar la relación y ahora anda con ella.

PERÓN. Delante de tus narices...

TESSA. Pero no me causa nada, no se crea. Ya lo acepté. Pasaron... en enero... *(Cuenta con los dedos.)*

PERÓN. ¿Seis meses?

TESSA. Van a ser. *(Pausa.)* Juan, ¿puedo hacerle una pregunta?

PERÓN. Claro, ¿qué querés saber?

TESSA. ¿Por qué me invitó... a su casa presidencial?

PERÓN. Quería que la conocieras. Eva me habla siempre de vos, tanto, que me sembró la curiosidad. "Es un encanto", me dice, vas a ver cuando la conozcas. Tan respetuosa, tan bonita, tan...

TESSA. *(Interrumpiéndolo.)* ¡Madura! No me diga nada. Seguro que le dijo eso.

PERÓN. Me dijo: cuando hables con ella te parecerá que estás con una persona mayor y es cierto. Me cuesta creer que tengas dieciséis...

TESSA. Quince, General, recién cumplidos. Por eso le digo, la edad, no tiene nada que ver. Si no fuera por mi altura y las... *(Se avergüenza, baja la mirada.)*

PERÓN. ¿Tetas? ¿Eso quisiste decir? No hay que avergonzarse. Llamar las cosas por su nombre.

TESSA. Bueno, mi cuerpo es tan... Parezco más grande.

PERÓN. No te engañes, princesa. No es tu cuerpo, es tu cabeza. A una chica de tu edad no le interesa el servicio. No se conmueve como vos ante la injusticia, no junta ropa para los pobres, ni se levanta temprano; no hace colectas para que tengan un juguete en navidad...

TESSA. Eso me lo enseñó la Evita, señor. Yo sólo supe aprender de ella... Yo también la extraño... Quisiera parecerme a ella. Y pasear del brazo de Franco, por España... Lucir sus pieles...

PERÓN. *(Se levanta, le ofrece el brazo.)* ¿Acepta, señorita?

TESSA. *(Se levanta.)* ¡Señor...!

PERÓN. Juan...

TESSA. ¿Adónde vamos, Juan?

PERÓN. A mostrarte sus pieles. Su cuarto, ¿qué te parece?

TESSA. Me encantaría... pero...

PERÓN. Quisiera probarte su estola de visón. Ya no la usa.

TESSA. ¿Me lo dice en serio?

PERÓN. Y claro, mujer. Todo lo que yo digo va en serio. Después te leeré un poema.

Van saliendo de escena.

TESSA. ¿Sabe una cosa, Juan?

PERÓN. Estás temblando...

TESSA. Nunca creí que iba a vivir una noche como ésta.

PERÓN. Yo tampoco, querida.... Por acá. Es por acá.

Salen de escena. Apagón.

ESCENA 2

PERÓN recita, recostado sobre la cama, con el libro abierto sobre su regazo. Tiene las tapas de madera y grabado en la cubierta: "Rimas de Bécquer".

TESSA lo escucha, sentada frente a él, embobada, en un silloncito estilo Luis XV. Tiene la estola de piel sobre los hombros. De tanto en tanto se mira al inmenso espejo del ropero, le sonríe, se anuda el cabello alrededor del dedo.

PERÓN. “¿Cómo vive esa rosa que has prendido junto a tu corazón?...

Nunca hasta ahora contemplé en el mundo junto al volcán la flor”.¹

TESSA. (*Bosteza.*) ¿No me vuelve a leer la otra?

PERÓN. No, si te envuelve el sueño...

TESSA. No, le juro que no, Juan.

PERÓN. Si te aburrís entonces será hora de... (*Amaga cerrarlo.*)

TESSA. ¡No, no lo cierre, por favor! Me fascina su voz cansada... ronca... tan...

PERÓN. ¿Qué ibas a decir?

TESSA. ...Masculina, iba a decir eso. ¡No se ría, por favor! Nadie sabe quién es usted en la intimidad.

PERÓN. Me estás conociendo, pequeña... No sé si me gusta.

TESSA. Es que usted, no se ofenda...

PERÓN. Terminá...

TESSA. Usted es grandioso, como un dios, ¿sabe? Cada vez que da un discurso, cuando alza los brazos o sonríe... se mete a la Plaza de Mayo adentro. Como si fuera una estatua viviente... (*Él sonríe.*) No, no me sé explicar...

PERÓN. Intentalo...

TESSA. ¡Tiene una convicción y una fuerza! Usted... no parece humano. Como si no temblara por dentro, si no tuviera miedo... No duda... Puede decir las cosas más difíciles, sin conmovirse.

PERÓN. Seguí. Me encanta tu sinceridad.

TESSA. No se burle.

PERÓN. No me burlo, quiero saber cómo me ven.

TESSA. Como un gigante, tal cual.

PERÓN. ¿Querés saber cómo te veo?

Ella asiente, cabizbaja.

PERÓN. Sentate allí, en su tocador.

Ella obedece, sonríe, emocionada. Intenta quitarse la piel.

PERÓN. No, no te quites la estola. Dejátela puesta... Frente al espejo. Ahora mirate.

Ella lo mira hacer a través del espejo.

1. - Rimas de Bécquer.

PERÓN. Encendé la luz.

Ella prende el velador con pantalla roja que está en el tocador de Eva, emocionada. Él se levanta con el libro y apaga su velador. Quedan envueltos en una luz rojiza. Mientras va hacia ella, el silencio se hace pesado. Solo el sonido de sus pies.

PERÓN. “Porque son niña, tus ojos,
verdes como el mar, te quejas;
verdes los tienen las náyades,
verdes los tuvo Minerva,
y verdes son las pupilas
de las huríes del Profeta.”²

Se le acerca, sentada frente al espejo, deja el libro y le acaricia el cabello con los dedos.

“Es tu mejilla temprana
rosa de escarcha cubierta,
en que el carmín de los pétalos
se ve a través de las perlas.”

Toma el cepillo del pelo de Eva, con mango de plata, lo comienza a cepillar. Ambos se miran fijo a través del espejo. Su voz es inquietante y trémula.

“Y sin embargo, sé que te quejas
porque tus ojos crees que la afean,
pues no lo creas.”

Ella está quieta, lo mira hacer por el espejo, cierra los ojos para escucharlo mejor.

“Que parecen sus pupilas húmedas, verdes e inquietas,
tempranas hojas de almendro
que al soplo del aire tiemblan”.

Él demora su mano en el pelo que se ha enredado en el cepillo. Ella toma su mano. Él prosigue. Mira sus labios a través del espejo.

2. Rimas de Bécquer.

“Es tu boca de rubíes
purpúrea granada abierta...”

Él deja caer su mano y se arrodilla a sus pies, abraza sus piernas. Ella gime, sorprendida. Silencio. Ella acaricia su cabeza.

PERÓN. *(Desfalleciente.)*... “Que en el estío convida a apagar la sed con ella...”

TESSA. No lo haga... Juan... no es necesario. Juan... no se arrodille. Por favor... *(Perón acaricia sus pies descalzos, los besa).* De veras,... no es nece... *(Tessa suspira, entrecierra los ojos. Una lágrima se asoma al espejo. Ella no deja de mirarse. Él levanta la cabeza y la mira.)*

PERÓN. No llores, princesa.

TESSA. No dejes de mirarme, Juan. *(Como para sí.)* ¡Nunca!

Baja lenta la luz.

ESCENA 3

Habitación de las mucamas. AMPARO se pone el camisón mientras ISABEL cepilla sus dientes. Tienen puestas pantuflas y un camisón largo. Las camas están enfrentadas; los uniformes colgados de las perchas, a la vista.

AMPARO. ¿Cuándo me la vas a dar?

ISABEL. ¡Quita! ¡Que no seas impaciente! Acuéstate y sosiega tu alma, ¿vale?

AMPARO. ¡Qué me estás tomando pa’ la chacota, niña... Mira que no puedo esperar... ¡Si la tienes, muestra!

ISABEL. Ya te la mostré. ¡Qué frío hace, tía!

AMPARO. ¡Así nomás! ¡Que no vi na’!

ISABEL. ¿No viste cómo se alisaba la melena?

AMPARO. Que no me des manija ¡joder! Esa mosquita muerta...

ISABEL. Está más viva que tú. ¡Y en su cama, la muy atrevida!

ISABEL sigue dando vueltas. AMPARO se acuesta, se cubre hasta el cuello.

AMPARO. ¿Te acuestas o no?

ISABEL. Me quema entre los dedos...

AMPARO. Léeme esa parte, aunque sea.

ISABEL. Si la encuentra, me pasa por las armas.

AMPARO. ¿Cómo te has atrevi’o? No pensé que tú fueras así.

ISABEL. Tú me pediste que le encienda el velador...

AMPARO. ¿Y qué? ¡Si va a resultar que ahora la culpa es mía!

ISABEL. ...Pues que no sé qué me dio por revisarle el cajón.

AMPARO. *(Irónica.)* ¿No sabés qué te dio?

ISABEL. Mejor se la llevo. *(Va a ponerse la bata.)*

AMPARO. *(Se incorpora en la cama.)* ¿Estás loca, mujer... ¿Con qué excusa? *(Pausa.)* Te prometo que a primera hora, cuando acicale su alcoba... *(La toma del brazo.)* Hazme caso....

ISABEL. Io la robé, io la devuelvo.

AMPARO. Lo entretengo... ¡Vamos de una vez! Si se levanta y nos oye...

ISABEL. ¿Y si viene a hacer la requisa?... ¿Pasaste el cerrojo?

AMPARO. ¡Que sí, mujer, vente pa'cá! *(La mete en la cama con ella.)* Está muy ocupao pa' eso. *(La tranquiliza, sonrén, cómplices.)*

Isabel se abre los botones del camisón y mete la mano en su corpiño, de donde extrae un papel doblado en cuatro.

AMPARO. Debe estar cachondo el coronel... *(Sonríe pícaro.)*

ISABEL. *(Suspira profundamente.)* ¿Dónde la iba a poner?

AMPARO. ¡Dámela!

ISABEL. ¡Ni se te ocurra, aparta!

ISABEL aparta el papel, lo desdobla cuidadosamente. Se acercan a la lámpara.

AMPARO bebe de una petaca.

ISABEL. *(Leyendo en tono bajo.)* “Querido Juan, salgo de viaje con una gran pena, pues lejos de ti no quiero vivir; te quiero tanto que ya es idolatría... te soy tan fiel que si Dios no quisiera esta felicidad de tenerte y me llevara, aún después de muerta te seguiría fiel y adorando desde las alturas...”³

AMPARO. *(Interrumpiendo.)* Todos los hombres son iguales. No hay derecho, ¡pobrecita!

ISABEL. ¿Y qué quieres?... Todas se le regalan, ¿vale?

AMPARO. Todas no, que nosotras somos decentes.

ISABEL. Decentes no, somos sus empleadas, que si no...

AMPARO. ¿Que si no, qué?

ISABEL. ¿Has de a decir que a ti nunca te tiró un lance?

AMPARO. ¡Por la virgen santísima! *(Se persigna.)* ¡Por supuesto que no!

ISABEL. Bueno, ¿sigo leyendo?

3. Carta de Evita a Perón del 9 de junio de 1947.

AMPARO. ¿Que se te tiró o no?

ISABEL. Una vez,... cuando recién nos presentaron, me arrastró el ala.

AMPARO. ¡A la flauta!

ISABEL. Me extendió su mano enguantada, (*Imita el gesto.*) se quitó el guante, y me rozó la mejilla con el anillo de sello... Peinado a la gomina y su sonrisa de galán de fotonovela. (*Suspira.*)

AMPARO. ¡Con que no lo miraste!

ISABEL. Imagina, Amparito. Que no sabía si tenía que besarle...

AMPARO. ¿El anillo o la mano?

ISABEL. Y ia sabes... Perón es como el Papa.

AMPARO. ¿Y?

ISABEL. ¿Y qué?

AMPARO. ¿Qué pasó?

ISABEL. Pues na'. Le sonreí, simplemente y bajé la vista. Te clava los ojos y te intimida.

AMPARO. ¡Claro!

ISABEL. Me hizo sentar pa' verme las piernas, io las crucé y me miró la enagua de tafetán rosada... vi cómo me relojeaba las pantorrillas... las medias con costura corridas... ¡Me dio un apuro! Después...

AMPARO. ... ¿Te estás burlando de mí, Chavela? ¡Que nunca me lo has contao!

ISABEL. ...Se me caió el documento y él muy gentilmente se reclinó ante mí, calcula... io también...

AMPARO. ¿Y?

ISABEL. Casi chocamos. Estuvimos tan cerca que pude oler su colonia de lavanda y su aliento a chocolate de pipa... ¡Me miró de una manera...! Mis mejillas se encendieron y...

AMPARO. ¿Y por qué nunca me lo has dicho, a ver?...

ISABEL. (*Levanta los hombros por toda respuesta.*) ¡No se te tiró, embustera! ¡Mas quisieras!

ISABEL. Una sabe de esas cosas, mi querida, pero si no me crees... ¿Has visto las medias de seda negras, que están en una cajita azul Francia, que no me estrené?

AMPARO. Las que nunca me quieres prestar...

ISABEL. (*Triunfante.*) Importadas de Italia. ¡Me las regaló el General!

AMPARO. ¡Son macanas! ¡Mulera!

ISABEL. (*Abre el cajón de la mesita de luz, toma bombones.*) Si la envidia fuera tiña...

AMPARO. Sigue leyendo, mejor... ¡La plata, la plata!

ISABEL. Bueno, ia va. No te alteres, mujer. (*Come, le ofrece a la otra.*)

AMPARO. ¿No trajiste los de anís?

ISABEL. Traje los que pude, esa atorranta se los engulló todos, a sabiendas.

AMPARO. (*Comiendo.*) A falta de pan, buenas son las tortas. Si no hay de anís... (*Bebe de la*

petaca) Pa' soportar el frío... ¡a tu salud!

ISABEL. (*Busca con el dedo sobre la hoja.*) ¡Dejá de chupar, y apártate de la luz! (*La empuja con la mano. AMPARO obedece, apoya la espalda contra la pared.*)

ISABEL. (*Leyendo.*) "Juan, si yo muriera..."

AMPARO. ¡Más alto!

ISABEL. Más alto, no. Acercate y listo. No me interrumpas. "Juan, si yo muriera a mamá cuidala, por favor, está sola y sufrió mucho. Dale cien mil pesos..."

AMPARO. ¡Una fortuna!

ISABEL. ...Y a Isabelita que te fue y te es fiel, dale veinte pesos y un mejor sueldo. Yo, desde las alturas..."⁴

AMPARO. ¡No puede ser! ¡Dámela! (*Le quita la carta, forcejean, rompe el papel.*)

AMPARO. (*Leyendo.*) ¡Qué hija de puta! ¡Pa' mí, na'!

ISABEL. ¡Amparo! ¿Te volviste loca? ¡Mira lo que has hecho!

AMPARO. ¿Tú, fiel? Espera que me río.

ISABEL. ¡Qué has hecho, papanatas! ¡Ahora sí que estoy frita! ¡Perón me mata!

AMPARO. (*Tratando de leer su parte cortada del papel.*) ¡Pa' mí... na'!

ISABEL. ¿Ahora qué hago, pues, me quieres decir?

AMPARO. (*Indignada.*) ¿Tantos años de servicio, pa' qué?

ISABEL. (*Tratando de unir los pedazos.*) ¡Baja la voz!

AMPARO. Tantos secretos guardados. ¿Tanta devoción, pa' qué?

ISABEL. ¡Que te calles, Amparo!

AMPARO. ¡No me callo na'! ¡Tanta mugre, tanta grasa entre los dedos... pa' limpiar su Generalísimo honor!

AMPARO está alterada. ISABEL deja la carta, le tapa la boca, ambas luchan, tiradas sobre la cama.

ISABEL. ¡Cálmate, Amparito, tienes que tranquilizarte, hija!

AMPARO. ¡Y tú te preocupas por veinte pesos de mierda! ¡Me cago en la leche! ¡Que me escuchen en Madriz, que me oigan todos!

ISABEL. ¡Basta, Amparo, que vamos presas, joder!

AMPARO. (*Desatada, grita.*) ¡Cornuda! ¡Tú, Eva Perón, la mujer más importante del mundo! ¡Una...!

ISABEL le da un cachetazo. AMPARO, como loca, va hacia su mesa de luz y agarra un cuchillo, que enarbola.

4. Carta de Evita a Perón del 9 de junio de 1947.

AMPARO. ¡Detenme ahora, Isabel! ¡Detenme de una vez porque te marco!

Suenan fuertes golpes en la puerta de la habitación. El picaporte se mueve. La puerta está cerrada con llave.

ESCENA 4

La pareja en el balcón que da al salón comedor. Sobre la mesa reposan unas copas de champagne, una frutera y una bandeja con masas.

TESSA, vestida de fiesta, con solero rojo y falda acampanada, estilo Marilyn. Él, de riguroso traje negro termina una porción de torta. Ella come de su plato con los dedos y mira por la baranda. Es una noche cálida. Hay relámpagos y música de jazz.

PERÓN. ¿Estudia dibujo, señorita?... Espero no comprometerla.

TESSA. ¿Así le dijiste?

PERÓN. Perdone mi atrevimiento. “Me llamo Juan Domingo Perón y usted me deslumbró, primero con su belleza y después con su dibujo”.⁵

TESSA. ¡Que romántico!

PERÓN. Éramos tan jóvenes... Ella intentaba pintar un jacarandá. Todavía lo tengo, como recuerdo.

TESSA. ¿Todas te dejan sus... recuerdos...? Entonces tengo que pensar en algo para que no te olvides de mí... Yo no sé pintar...

PERÓN. *(Le acaricia el mentón.)* No se me ponga triste, princesa.

TESSA. *(Rehúye su mano.)* Te imagino tan alto, tan guapo, montado sobre un caballo de crines lustrosas...

PERÓN. Tenía que sentar cabeza, mijita. Era lo que se esperaba de mí.

TESSA. ¡El sheik!

PERÓN. *(Ríe.)* ¡Comés como una piraña!

TESSA. Está muy rica.

PERÓN

Podrías usar el cubierto...

TESSA. Cortar la torta con tenedor es para ustedes, los pitucos. Yo no puedo. Como enrollar los tallarines en la cuchara. No puedo. Definitivamente, soy una salvaje.

PERÓN. Servite más. *(Sonríe.)* No puedo educarte.

TESSA. No, gracias, parezco un globo.

PERÓN. ¿Por qué no entramos? ¡Se está levantando un vientito...!

5. “Evita íntima”, Vera Pichel, Planeta, Buenos Aires, 1993.

TESSA. ¡No, un poco más! Quiero grabar en mi memoria este panorama.

Mira hacia abajo. Pausa.

TESSA. Tizón de Perón. Una rima... ¿La amabas mucho?

PERÓN. ¡Y claro, cómo no! Era mi mujer, me veneraba.

TESSA. ¡Como yo!

PERÓN. No pudo terminar su carrera, vivía para mí.

TESSA. Yo también viviría para ti.

PERÓN. ¡Sos una niña!

TESSA. ¡No, te lo juro! Si supieras lo que sería capaz de hacer...

PERÓN. *(Le da el último trozo de pastel en la boca.)* No hay que aferrarse a los sentimientos, Tes. Eso se aprende de grande.

TESSA. *(Masticando.)* Ni a los recuerdos... pero... ¿La querías más que a...?

PERÓN. No se habla con la boca llena, señorita.

TESSA. Te pregunté algo.

PERÓN. No contesto impertinencias. Eva es inigualable. Única. Y vos sos...

TESSA. ...Curiosa...

PERÓN. ¡Incorregible! ¿Más?

TESSA. *(Niega con la cabeza.)* Mmm, sólo la frutilla. *(La roba con la mano.)*

PERÓN. ¿Cómo hacés esas preguntas impertinen...? ¡La impunidad de la juventud!

TESSA. No hago preguntas imperi... imperte... quiero saber.

PERÓN. Contemplá esta imagen una vez más. *(Ella queda con la mirada perdida en la plaza de Mayo.)* Vamos a entrar antes que arrecie la lluvia.

PERÓN le da el plato. Entra, ella tras de él. Cierra la puerta del balcón. Suena más alta la música. La chica deposita el plato sobre la mesa. Después bebe de la copa champagne.

TESSA. ¡Oíme, Juan!

PERÓN. Escuchemos la música, mejor. Este es mi tema favorito: "Begin to Beguine".

TESSA. ¿Qué quiere decir?

PERÓN. Limpíate la boca y las manos, con la servilleta.

TESSA. ¿Eso quiere decir? *(Él la mira fijo, ella obedece.)* Sí, claro.

La toma de la cintura y la lleva al centro del salón. Ella le pasa el dedo por la boca a él, después se lo chupa.

PERÓN. ¿Qué hacés?

TESSA. Merengue. ¡Qué rico!

PERÓN. ¡Sos ingobernable! (*Sonríe a su pesar.*) Empezar algo, eso significa. El Inglés no es mi fuerte.

TESSA. (*Feliz.*) ¡Lo conozco...! ¿No lo baila Fred Ataire?

PERÓN. Sí, en la película. La toca la orquesta de Artie Show. Esta versión es mi preferida. (*Tararea.*)

TESSA. Dejame decirte algo...

PERÓN. ¡Shhh! Vamos a bailar.

TESSA. ¡Qué lindo!... Empezar algo...

Bailan abrazados sin hablar, sus mejillas se rozan. Ella se deja llevar, él acaricia su pelo, lo envuelve en su mano.

La acción pasa a la cocina donde están las mucamas. Una lava los platos, la otra los seca y acomoda en la alacena.

Baja la luz sobre la pareja que baila, en penumbras.

ISABEL. ¿No quieres secar? Yo lavo, mejor. La vajilla inglesa...

AMPARO. ...¿Mejor que io, manitos de mantequilla?

ISABEL. (*Va por otro repasador.*) Está empapado... No dije que lavo mejor que tú; te ofrecí cambiar. No seas tan resentida.

AMPARO. ¡Quién habla!... ¡Se va a largar una!

ISABEL. Hace un calor insoportable.

AMPARO. ¡Por fin se va "Madame Baterfly"! (*Lo pronuncia como suena.*)

ISABEL. ¿Y esa quién es?

AMPARO. Esa meretriz de pacotilla. (*Gira la cabeza.*)

ISABEL. No. ¿Madame Bater qué?

AMPARO. ¡Qué bruta que sos! ¿No sabés quién es?

ISABEL. No. ¿Y tú? ¿Quién es, a ver?

AMPARO. Coge el mataburro que no muerde. Si no, nunca vas a salir de sirvienta.

ISABEL. (*Resbala uno de los platos.*) ¡Hostias!

AMPARO. ¡Leva cuidado, torpe! (*Lo ataja en el aire.*)

ISABEL. Atiza, tú, gillipollas. ¡Estás en babia! Te dije, dejame a mí.

Pelean, se empujan.

AMPARO. ¡No empecemos...!

ISABEL. Ma' sí, que te descuenten del salario. ¡Por mí...!

AMPARO. Pasame los cubiertos.

ISABEL. Los cuchillos los friego yo.

AMPARO. (*Le pasa los cuchillos de mala gana.*). ¡Ufa! ¡Vale!

ISABEL. ¿Viste cómo está vestida? ¡Qué plato!

AMPARO. ¡Disfrazada! ¡Y él tan guapo, hombre mayor...! ¡Me enerva!

ISABEL. Es un cocoliche, una descocada.

AMPARO. ¡Pintada como una puerta! La rubia Mireia.

ISABEL. Mascarita de carnaval.

AMPARO. De burdel, le cuadra mejor. Los labios rojos; seguro le robó el carmín a la Eva. Y el colorete. Y ese escote corazón... De colorao... pa' provocar al toro. (*Ríen, cómplices.*)

AMPARO. Aunque la mona se vista de seda...

ISABEL. Hoy se estaba peinando como la señora, con la trenza hacia abajo. ¿La has visto? ¡Pero, qué coraje!

AMPARO. ¡Qué atrevía!

ISABEL. Di que el señor no la vio, que si no...

AMPARO. ¿En serio se peinó como ella?

ISABEL. ¡Por la Madalena! (*Cruza los dedos sobre la boca.*) Después se soltó la melena. lo le dije que al señor no le iba a gustar. "Evita hay una sola, tu eres una vulgar imitación, una fantasía."

AMPARO. ¡No te creo! (*Se va a espiar.*)

ISABEL. ¡A ver si me va a callar una simple pelafustán! Rubias hay muchas, pero Eva...

AMPARO. ¡Shhs, calla!

ISABEL. (*Lava cuchillos.*) Ven pa acá. Te salvaste que te echen como a un perro...

AMPARO. (*Cambia de tema; mira y le cuenta.*) ¡A la perinola!... ¡No sabés cómo aprietan, Isabel!... ¡Ven a ver, qué plato!

ISABEL. Cuenta...

AMPARO. Ella busca su cuello y le pone la cabeza en el hombro...

ISABEL. ¿Y él?

AMPARO. ¡Pero mira que es picaflor! Como siempre. Después, si te he visto, no me acuerdo.

ISABEL. Si lo sabrá Isabel....

AMPARO. (*Cambiando de tono.*) Le sujeta la cintura, le sonrío. Ahora le dice algo al oído... le toca la gomin... Ja ja, se va a pegotear.

ISABEL. ¡Shh, baja la voz!

AMPARO. Tienes que ver cómo apoia... su melena sobre el hombro y se deja caer. ¡Baboso!

ISABEL no puede más y va a ver. Los espían con la puerta entreabierta, las dos cabecitas pegadas.

ISABEL. ¡Me caigo y me levanto!... ¡Descocada!... ¡No quiero ver!

AMPARO. ¡Cómo le flirtea!... ¡Está que pela! ¡Nunca lo vi así, qué asco!

ISABEL. ¡Mira cómo le toma la mano!

AMPARO. Uy... se la mete en el pecho.

ISABEL. En las tetas, di mejor... ¡No quiero ver! Si Evita supiera... ¡Se arma la gorda!

AMPARO. ¡Que se va a enterar no lo dudes! ¡Tenemos que avisarla!

ISABEL. ¿Estás loca?

AMPARO. ¡Te lo juro por ésta! (*Hace la cruz en la boca.*)

ISABEL. (*Con intención, gesticula.*) ¡Antes te estrangulo!

AMPARO. ¡Traidora!... ¿Cómo le vas a mirar la jeta, después? Eh, dime.

ISABEL. Que tú no lo hacés por la Eva, muchacha, lo hacés por venganza.

AMPARO. ¿Y a ti, quien te ha dao vela pa' este entierro? Oreja de la señora...

Suena un trueno fuerte. Ambas pegan un grito ahogado y cierran automáticamente la puerta vaivén.

ISABEL. (*Se abrazan.*) ¡Qué miedo, mamita!

AMPARO. ¿Y pa' nosotras no hay fiesta?

ISABEL. ¡Vamos a engullirnos hasta las migajas! Hay fish and chips... (*Pronuncia mal.*) Con sidra de la buena. Después bailamos, ¿eh? Hay que festejar su regreso al terruño.

AMPARO. ¡Y que reine de nuevo la paz! ¡Sin intrusas!

ISABEL. ¡Salud!

AMPARO. ¡Salud!

Chocan las copas. Se sientan a comer. Baja la luz sobre ellas. Vuelve sobre ellos. Termina el tema, se separan levemente, frente a frente se miran en silencio.

TESSA. ¿Cómo hago para irme? Decime, vos que sabés todo.

PERÓN. (*Le toma las manos, se miran.*) Dijimos, sin despedidas...

TESSA. Un adiós sin olvido. Y sin palabras.

PERÓN. ¡Sos tan bonita!... Me cuesta dejarte, hermosura.

TESSA. No me dejes, entonces. (*Entrecierra los ojos.*) ¡Bésame!

PERÓN le besa las manos.

TESSA. (*Enojada.*) ¿Por qué nunca me besás en la boca? Es el único recuerdo que puedo

dejarte... el único que quiero llevarme... *(Llora.)* ¿Te doy asco?

PERÓN se aparta de ella, ella lo toma del brazo.

TESSA. ¡Mírame!... ¡Por favor...!

PERÓN. No digas pavadas... No es mi costumbre... ¿Cómo me vas a dar...? ¿No te das cuenta que te adoro?

TESSA. ¡No! Necesito saber que me amás, si es que me amás. Si para vos es tan fácil...

PERÓN. ...Porque no es fácil prefiero que sea así, niña mía. Tiene que ser así. *(Pausa, se vuelve a separar.)* Ya lo vas a entender... Esperá que quiero darte algo... *(Le suelta la mano, ella trata de impedirlo.)* ¡Esperá te digo...!

Él sale. Ella solloza, desolada. Abre las ventanas para ver la lluvia. Sale al balcón, se deja mojar. Se asoma, deja caer su cintura sobre la baranda. Luego se sienta sobre ella, se hamaca peligrosamente.

Entra PERÓN con la estola en el brazo, la tira al piso y corre al balcón.

PERÓN. ¡Tessa! ¿Qué hacés ahí? ...

TESSA. Nada... te esperaba.

PERÓN. ¡Quedate quieta! Te podes caer.

TESSA. ¡No te acerques! *(Como poseída.)* Quedate ahí. *(Silencio.)* Sería terrible para usted, Coronel Perón: un papelón sin remedio. ¿Cómo podrías explicárselo a Eva, al pueblo?... Tu derrota electoral.

PERÓN. No juegues conmigo. ¡Bajá, muchacha, te estás empapando!

TESSA. *(Se mece sobre la cornisa, peligrosamente.)* ¿Quién juega con quién?

Él se acerca y tiende los brazos hacia ella.

TESSA. ¡No me toque General!

PERÓN. *(Se acerca.)* ¡Por favor! Voy a acercarme... No te toco, te lo juro...

TESSA. No se asuste, no me voy a tirar. Amo la vida. Esta vida.

PERÓN. Estás haciendo una chiquilinada. Pausa. No lo repito. *(Imperativo.)* ¡Bajate de ahí! ¡Ahora!

TESSA. ¡Diga que me ama! Pero de verdad. Dígalo desde el fondo de su corazón. ¡Con seguridad, con desesperación...! ¿Sabe cómo sufro?

PERÓN. *(Se acerca, se moja.)* Si te vas, me matás. No me hagas esto... Te prometo que...

TESSA. ¿Qué? ¿Regalos, pensiones, joyas?... Quiero tu amor, no promesas de político.

PERÓN. Lo tenés para siempre.

TESSA. ¡Eso quería escuchar! *(Pega un salto y baja, victoriosa.)*

Silencio pesado en el ambiente. PERÓN cierra la ventana y se seca el rostro con una servilleta. Ella, visiblemente arrepentida.

PERÓN. *(Sin mirarla.)* Jugar con fuego. Eso no se hace... ¿Tan mal me porté para que me hagas esto?... Me lo merezco por.... *(Pausa.)* Cuando era joven dijeron de mí que no sabía sentir, solo representar los sentimientos, que una señal de tristeza o compasión se me pegaba como alfiler sobre el rostro. No es cierto. *(Silencio pesado.)*

TESSA. *(Se arrodilla a sus pies.)* ¡Perdón, mi amor!

PERÓN. La culpa es toda mía. Andate mejor, ya es hora... Primero al baño, secate. Después te vas.

TESSA. No hace falta, Juan. Sos muy bueno. Yo no te di nada, y vos...

PERÓN. *(Ordena.)* ¡De pie! *(Ella tarda en pararse, resignada. Él le extiende la estola.)* ¡Llévatela!

TESSA. ¿Un recuerdo...?

PERÓN. De un encuentro... inolvidable.

TESSA. De ella.

PERÓN. Tomala. Ya no la usa. Dentro de unos años valdrá mucho más.

TESSA. *(Para sí.)* Como la pintura...

PERÓN. Se te corrió el maquillaje. Arreglate. Tenés los ojos negros.

TESSA. Limpiame vos, Juan. Por favor. El calor de tu mano...

PERÓN. No te mimaron mucho, se nota. Te pareces a Negrita.

TESSA. *(Desesperada, suplica.)* No me iba a tirar. Lo hice para llamar la atención, perdóname. Una caricia te pido. La última.

Él le limpia el rostro con su pañuelo blanco bordado con sus iniciales; luego le besa la frente, ella sube la cara, lo besa en la boca. El pañuelo cae al piso. La mira con frialdad y se va a llamar a la mucama, ella se agacha, esconde el pañuelo en su mano.

PERÓN. *(Tocando la campanilla.)* Si me disculpas... tengo que acostarme, mañana será un día duro... Te traigo las cosas.

TESSA. Vuelve ella. No veo qué tan duro...

PERÓN. A las nueve tengo que estar en el puerto, y... no te concierne.

TESSA. Ya sé, no te demores.

PERÓN. ¡Quedemos en paz!

ISABEL entra con una cartera y una valijita.

ISABEL. Permiso, señor.

PERÓN. Adelante, Isabel.

Las dos mujeres se miran mal.

ISABEL. ¿Dónde lo pongo?

PERÓN. Déjelo ahí.

ISABEL. Bien, señor. *(La pone a los pies de la joven.)* ¿Precisa algo más?... ¿Quiere una bata, señor? Está todo mojado...

PERÓN. Prepare un baño de inmersión, con sales, y vaya a acostarse. Estoy helado. Gracias. Hasta mañana.

ISABEL. Hasta mañana, señor. *(Vuelve sobre sus pasos.)* ¿Acompaño a la “señorita”?

PERÓN. Como quiera...

TESSA. *(A mucama.)* Conozco el camino. Gracias.

Mucama sale. Se queda espiando en off.

Suena “Cuando tú no estás” de Gardel y Lepera, hasta el final de escena.

TESSA, tiritando, saca una carta de la cartera que moja.

TESSA. Este es el recuerdo que no hubiera querido darte. *(Él la agarra.)* No la abras hasta después... Está perfumada.

PERÓN. *(La acerca a su nariz.)* ¡Qué gesto! ¡Adiós, Tessa! *(Se va yendo.)*

TESSA. Aprendí a escribir mejor. La letra más chica, fijate. Gracias a tus indicaciones.

Juan no contesta. Ella corre hacia él, lo abraza.

TESSA. ¡Te amo, Juan! Con desesperación.

PERÓN. Gracias por estos dos meses... a pesar de todo.

TESSA. ¡Lo mejor que me pasó en la vida! *(Lo besa en la boca.)*

PERÓN. *(Le da unos billetes.)* Tomate un taxi. Llueve a cántaros.

TESSA. A usted, General, por dejarme soñar despierta.

PERÓN. ¡Adiós!

El hombre se va, ella queda sola, viéndolo partir. Toma su valija, suspira hondo.

Mira alrededor. Suena otro chaparrón. Apagón lento sobre ella.

ESCENA 5

En el apagón suena el vals: “Pequeña”, cantado por Carlos Dante, orquesta de Alfredo de Angelis - Osmar Maderna – Homero Expósito. Espacio vacío.

“Pequeña, te digo pequeña, te llamo pequeña
Con toda mi voz.
Mi sueño que tanto te sueña.
Te espera, pequeña de mi corazón.”

Baja el volumen cuando sube la luz.

PERÓN. Es una piraña...

AMPARO. Que te come a mordiscos...

PERÓN. Una joven de expresión desenfadada, esbeltas piernas y mórbidas caderas.

TESSA. Sólo quería trabajar en la radio. En Estampas porteñas.

ISABEL. ¿Sólo eso?

PERÓN. “Un blasón masculino exhibido con orgullo”.⁶

TESSA. (*Cantando*) Yo te daré, te daré Patria hermosa, te daré una cosa, una cosa que empieza con P.

MUCAMAS. ¡Perón!

TESSA. Era una hija para él.

PERÓN. Yo no puedo tener hijos. Un accidente, en las barras paralelas.

TESSA. Fui su sobrina, su ahijada...

AMPARO. Su novia...

PERÓN. “Soy un faquir. He pasado por tantas cosas que ya me acuesto en la cama de clavos y duermo perfectamente bien”.⁷

ISABEL. Y ella es una piraña.

TESSA. No me llames así. Vos no.

ISABEL. El mate cocido es la infusión preferida del señor. Lo mismo que tomamos nosotras.

PERÓN. Y ya no hay más tacto, ni más olfato, ni más imaginación. Todo está anulado, todo está muerto.⁸

AMPARO. Se comió un juicio por estupro.

ISABEL. Siempre eligió mujeres mucho más jóvenes.

6. “La Mujeres de Perón”. Aracelli Bellota: Booket 2007- Divulgación.

7. “La Mujeres de Perón”. Aracelli Bellota: Booket 2007- Divulgación.

8. “La Mujeres de Perón”. Aracelli Bellota: Booket 2007- Divulgación.

PERÓN. Tengo propensión a la pedagogía. Desde que recuerdo, siempre traté de educar, de dirigir, formar a las personas, y esto incluye a las mujeres.⁹ (*Sonríe.*)

TESSA. Tuvo que enterrar a sus dos esposas con cáncer de útero. Menos mal que no se casó conmigo.

PERÓN. “No tengo preferencias. No puedo decir: las prefiero altas, o enérgicas, me gustan las mujeres útiles”¹⁰. Me gustan los deportes, esquiar, esgrima, el Jockey Club.

TESSA. Y el rugido de la multitud. Ese es su deporte preferido”.

PERÓN. “El poder terminó aniquilando al amor”.¹¹

TESSA. La piraña.

AMPARO. La enfermera que tenía en casa para mitigar los fantasmas que aparecían en la soledad de sus noches.¹²

PERÓN. Yo no te di mi palabra, chiquita, vos me la arrancaste.

MUCAMAS. Todos los hombres son iguales.

ISABEL. Alta traición la de las clases altas.

PERÓN. Yo te daré, te daré Patria hermosa...

TESSA. Te daré una cosa...

MUCAMAS

Una cosa que empieza con P.

TODOS. ¡Perón!

Suena más alto el vals. Las parejas bailan hasta el apagón final.

FIN

9. “La Mujeres de Perón”. Aracelli Bellota: Booket 2007- Divulgación.

10. “La Mujeres de Perón”. Aracelli Bellota: Booket 2007- Divulgación.

11. “La Mujeres de Perón”. Aracelli Bellota: Booket 2007- Divulgación.

12. “La Mujeres de Perón”. Aracelli Bellota: Booket 2007- Divulgación.

VOTO DE SILENCIO

(LA HISTORIA DE UN BESO)

Verónica Mc Loughlin (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)

veronicamclou@gmail.com

PERSONAJES

ANA

EDUARDO

MOMENTO 1

Una habitación gris pequeña. Es de noche.

En la pared del fondo, una ventana. Llueve y el vidrio está mojado y algo empañado. Una lámpara plato encendida cuelga en el medio del techo. A la izquierda, una cama de una plaza y una cruz de madera sobre la cabecera. Una valija de cuero muy grande, abierta, sobre la cama.

A la derecha una puerta cerrada. Una mesa y una silla, al lado de la puerta. En la mesa, dados de queso sobre el papel que los envolvía y una bolsa blanca arrugada. Una cajonera de madera en la otra esquina, contra la pared del fondo.

En el medio de la habitación, una mujer de unos veinte años, muy delgada, vestida con una pollera gris que le cubre las rodillas y una remera blanca que asoma debajo de un sweater gris. Alpargatas blancas. Cabello largo, lacio y castaño, recogido en una cola de caballo. Sus manos son blancas. Sus movimientos son suaves. Tiene un pulóver también gris, doblado en sus manos. Lo acaricia, le saca una pelusa, lo mira, lo huele.

El final de toda una vida de pena.

Guarda el sweater. Lo mira dentro de la valija.

Va a la cajonera y mira el cajón de arriba, que está abierto. Saca un frasco de vidrio brillante y granuloso. Lo destapa y lo huele. Se pone un poco de perfume en el cuello. Sonríe. Lo tapa y lo lleva a la valija. Lo guarda dentro de ella. Mira.

Saca de la valija un libro delgado, de tapa dura sin ninguna inscripción. Lo mira y lo apoya lentamente sobre la cama dejando su mano sobre él unos segundos. Comienza a llorar despacio, emocionada. Todo es armónico y suave. Se seca las lágrimas con sus manos, respira y camina hacia la mesa. Come un dado de queso.

Recuerda algo. Va a la cajonera, se agacha, abre el cajón de abajo y revuelve hasta que algo suena metálico. Lo toma y lo saca del cajón. Una pequeña campana de bronce. Sonríe.

La hace sonar frente a su cara. Saca del mismo cajón un pañuelo claro y envuelve con él la campanita. Se pone de pie y va a la valija. Mete el paquete en ella rápidamente.

Sus movimientos comienzan a ser más dinámicos. Va a la cajonera y cierra los cajones. Luego, va hacia la mesa. Come los pedazos de queso que quedan, uno atrás del otro, en velocidad. Su boca está llena. Mientras mastica hace un bollo con el papel y lo mete en la bolsa blanca. Le hace un nudo y la deja arriba de la mesa. Limpia sus manos en la pollera. Mira a su alrededor. Sonríe emocionada terminando de tragar.

Mira la valija.

Lentamente va hacia allí.

Se detiene frente a ella sin dejar de mirarla.

Se mete adentro de la valija.

Baja la tapa, cubriéndose.

Deja salir una de sus manos por entre los cierres aún abiertos y traba la lengüeta de la valija con un broche de metal del lado de afuera. Mete su mano y cierra los cierres, desde adentro.

Tiempo.

Amanece.

Día soleado.

Por la ventana se ve un hermoso paisaje. Campo verde que se pierde en el horizonte. A lo lejos, unas construcciones bajas que separan la tierra del cielo.

Tiempo.

EDUARDO, un hombre de unos cuarenta años, abre la puerta enérgicamente. Tiene puesto un impermeable desabrochado. Jeans claros, borceguíes negros. Mirada limpia.

Sostiene el picaporte con su mano derecha. Mira hacia la cama. Ve la valija. Sonríe. Va decidido a ella. Ve el libro al lado de la valija. Lo toma. Lo mira. No lo abre. Solo lo mira. Lo guarda en un bolsillo de su impermeable.

Toma la manija de la valija con ambas manos. Con mucho cuidado. Apoya el canto de la valija en el piso. La inclina sobre una de sus piernas y la carga. Así la va llevando hasta la puerta. Sale. Se detiene afuera y cierra la puerta con una mano, sosteniendo la valija con la otra.

Tiempo.

A través de la ventana se lo ve pasar cargando la valija, cruzando el paisaje, en diagonal, decidido y con esfuerzo. Nunca se detiene. Hasta perderse y confundirse con el horizonte.

MOMENTO 2

Negro. Sonido de motor de tren. Pitido. Sonido de tren en marcha.

MOMENTO 3

Una habitación vacía. Es de noche. Una ventana en la pared de atrás por donde entra la luz de la luna. No hay muebles, solo una mesa con tablas rebatibles al pie de la ventana, donde apoya un farol de kerosén apagado. La puerta, a la derecha, cerrada.

EDUARDO abre la puerta con una de sus manos. Con la otra sostiene la valija. Con dificultad y esmero la lleva al otro extremo de la habitación y la coloca sobre el piso. Acaricia la tapa de la valija. Va hacia el farol y lo enciende rápido, cotidianamente, iluminando la habitación de un tenue color naranja. Se agacha y abre la valija. Primero el broche de metal, luego un cierre, luego el otro. Abre la tapa. Mira hacia adentro y sonríe.

ANA está en posición fetal dentro de la valija. Lo mira desde allí y sonríe.

EDUARDO se pone de pie y da un paso hacia atrás.

ANA se incorpora hasta quedar sentada. Está despeinada y con cara de dormida.

EDUARDO le extiende su mano.

ANA la mira y la toma con su mano izquierda. Se pone de pie dentro de la valija.

Se miran. Sonríen. Hay limpieza en sus miradas. No esconden nada. Solo se miran y sonríen.

EDUARDO. ¿Tuviste un buen viaje?

ANA asiente sonriendo.

Silencio.

EDUARDO. ¿Tenés hambre?

ANA niega con la cabeza.

EDUARDO. ¿Sed?

ANA sonríe y asiente.

EDUARDO. Te traigo agua.

EDUARDO sale de la habitación.

ANA queda allí. Mira a su alrededor. Da un paso y sale de la valija. Mira sus pies en el piso. Mira hacia arriba y sonríe cerrando los ojos y llevando sus manos al pecho. Respira profundo. EDUARDO vuelve, se detiene en el umbral de la puerta y la ve así. Trae un vaso de agua en su mano. Tose apenas, mirando hacia abajo.

EDUARDO. Permiso.

ANA lo mira. Sonríe.

EDUARDO se acerca a ella y le da el vaso de agua.

ANA lo toma y bebe todo el vaso sin parar. Se lo devuelve vacío.

EDUARDO. Tenías sed en serio. ¿Querés un poco más?

ANA niega.

EDUARDO. ¿Seguro? Mirá que es un minuto, no me molesta...

ANA niega con más énfasis.

Silencio.

EDUARDO. (Mirando a su alrededor.) No hay nada todavía, pero de a poco la voy a ir preparando. Fue todo tan rápido que no tuve tiempo de conseguir cosas...

ANA mira el piso, como avergonzada, pero sonriendo y asintiendo chiquito.

EDUARDO. Ya vengo.

EDUARDO sale con el vaso vacío.

ANA, luego de un momento, va a la valija. Se agacha. Busca. Toma el pañuelo. Saca la pequeña campana. La hace sonar en su cara. Devuelve el pañuelo a la valija, se para y busca con la mirada dónde colgar la campanita.

EDUARDO vuelve ya sin el vaso y la ve haciendo eso.

EDUARDO. Podés ponerla en la puerta, así suena si alguien la abre.

ANA lo mira y sonríe.

EDUARDO. Como si fuera un timbre.

ANA le da la campanita.

EDUARDO la toma entre sus manos con mucho cuidado. La sostiene del hilo superior y la mira.

EDUARDO. Habría que poner un clavito para colgarla.

ANA sonríe.

EDUARDO también.

EDUARDO. Voy a buscar.

EDUARDO sale. La campanita tintinea con su caminar hasta que el sonido se pierde.

ANA se queda mirando su salida. Se apura y va a la valija. Saca el frasco brillante y granuloso y se pone perfume detrás de las orejas.

ANA no sabe seducir y se perfuma.

Se empieza a escuchar el tintineo nuevamente.

ANA, apresurada, guarda el frasco y se para en el mismo lugar que estaba cuando él se fue.

Se estira un poco la ropa.

EDUARDO aparece por el umbral de la puerta con un martillo y un clavo, y la campanita. Se detiene allí.

EDUARDO. Acá estoy.

EDUARDO se cuelga la campanita de un dedo y clava el clavo en el medio de la puerta. Los martillazos suenan junto con la campanita. Mientras lo hace, mira a ANA, y ella a él, y sonríen de esta mezcla de sonidos. EDUARDO termina y cuelga la campanita.

EDUARDO. A ver...

EDUARDO mueve la puerta a ver si suena al abrirse pero la campanita se desliza por el clavo, apoyándose en la puerta y no suena.

EDUARDO. Uy, no suena.

ANA mueve su mano indicándole que la toque.

EDUARDO toma el hilo del péndulo y la hace sonar. Ahí suena.

EDUARDO. Y... así sí. Pero yo decía que sonara cuando se abriera la puerta.

ANA. Suena si alguien quiere que suene.

EDUARDO. *(Mirándola sorprendido.)* Sí.

EDUARDO sonríe tímido. Tiene el martillo en su mano. Avanza un paso hacia ella. Pero se detiene.

Se miran.

ANA sonríe mucho.

EDUARDO, luego, también.

MOMENTO 4

La misma habitación. Es de noche. El farol de kerosén está encendido.

ANA sentada en una banqueta de madera, cerca de la valija, tiene en sus manos un mate de metal y está terminando de tomarlo. Hace ruido.

EDUARDO está de pie apoyado en el marco de la puerta. Sostiene una pava medio abollada. Lucen igual que antes aunque él sin el impermeable.

ANA termina el mate y se lo da, extendiendo su brazo.

EDUARDO da un paso para alcanzarlo y se ceba uno él.

ANA mira para abajo, se friega las manos.

No hablan. Hay algo de incomodidad o de excesiva timidez.

EDUARDO. Me gustaría que estuvieras más cómoda. De a poco te voy a ir trayendo lo que pueda.

ANA sonríe levantando los hombros.

EDUARDO. Hoy podés dormir en la valija. Después te traigo unas frazadas y unos almohadones. ¿Te parece? Por hoy, nomás. Bah, si no te molesta. Porque no tengo otro colchón. Tengo el mío, pero es de lana y de dos plazas y para traerlo hasta acá pesa mucho. Y está medio despanzurrado también.

ANA sonríe.

EDUARDO. Y mañana podemos ir a comprar algunas cosas.

ANA mira para abajo.

EDUARDO la mira. Le ceba un mate. Se lo da.

EDUARDO. No te preocupes por la plata. Yo tengo algo.

ANA mira el mate.

ANA. Tengo que conseguir un trabajo.

ANA toma el mate mientras piensa.

EDUARDO. Ya nos vamos a ir arreglando.

Pausa.

ANA. Se coser bien.

EDUARDO. ¿Sí?

ANA. *(Mientras le devuelve el mate.)* Yo les hacía la ropa a los chicos, en el convento.

EDUARDO. Ah. Mirá vos.

EDUARDO recibe el mate. Se ceba uno.

EDUARDO. Bueno, podemos poner un cartel afuera que diga que arreglás ropa.

ANA asiente.

EDUARDO sorbe el mate.

EDUARDO. O podemos hablar con la dueña de la mercería y ver si necesitan a alguien ahí. Es amiga mía. No. Amiga no. Conocida. Los hijos siempre me traen las bicicletas.

ANA asiente con la cabeza.

Silencio. EDUARDO termina el mate, hace ruido.

EDUARDO. *(Repentino.)* Uy, a lo mejor estás cansada y yo no paro de hablar... ¿Querés acostarte?

ANA niega.

EDUARDO. Bueno, me quedo un ratito más.

ANA sonríe y asiente.

EDUARDO. *(Sonriendo, mostrándole el mate.)* ¿Otro?

ANA asiente.

EDUARDO ceba un mate. Se lo da sonriendo.

MOMENTO 5

La misma habitación. Es de noche. El farol de kerosén está encendido.

ANA está acostada en la valija. La cubre una frazada y su cabeza está apoyada en un almohadón gordo y claro. Solo su cara descubierta. Está despierta, mirando hacia el techo, pensando.

Suena la campana. ANA mira la puerta, sin incorporarse.

ANA. Si.

EDUARDO. *(Desde afuera.)* ¿Puedo pasar?

ANA. Sí.

EDUARDO. *(Abre la puerta despacito, asomando solamente medio cuerpo.)* Solo quería decirte buenas noches. Me voy a dormir.

ANA sonríe.

EDUARDO. ¿Querés que apague el farol?

ANA asiente.

EDUARDO entra y va cuidadoso hacia la mesa. Apaga el farol. Entra luz de luna por la ventana.

EDUARDO. Que sueñes cosas lindas.

ANA sonríe, se acomoda y cierra los ojos.

EDUARDO la mira un momento más. Respira y sale, cerrando la puerta.

MOMENTO 6

La misma habitación. Es un hermoso día de sol. Por la ventana se ve la calle de un pueblo. Una calle de adoquines y casas bajas. Algunos árboles.

ANA duerme en la valija, en posición fetal. Hay una leve sonrisa en su cara. Como si soñara algo agradable. Un rayo de sol ilumina su rostro.

La puerta está cerrada.

Suena el tintineo agudo y suave de la campana.

ANA sigue durmiendo.

Silencio.

Suena otra vez.

ANA sigue durmiendo.

Se mueve lentamente el picaporte y se abre muy levemente la puerta. Es EDUARDO quien asoma su cabeza apenas y la ve dormir.

EDUARDO. *(En un susurro.)* Ana.

EDUARDO la mira y va asomándose cada vez más a la habitación, abriendo la puerta con cuidado.

EDUARDO. *(Susurrando.)* Buen día, Ana.

ANA sigue durmiendo.

EDUARDO abre más la puerta y da un paso corto sobre la habitación. Tiene el mate y la pava en una mano. Lleva puesto el mismo jean claro, los borcegués y un pulóver con cuello alto.

EDUARDO mira toda esa imagen de mujer-durmiendo-en-valija-bañada-de-sol.

Se acerca a la puerta despacio, y vuelve a tocar la campana.

ANA se mueve apenas. Abre los ojos mirando hacia el techo. Luego mira hacia él y sonríe.

Se incorpora un poco, sin llegar a sentarse.

EDUARDO. Toqué varias veces pero no escuchabas, por eso abrí.

ANA sonríe.

EDUARDO. Buen día.

EDUARDO le muestra la pava y el mate.

EDUARDO. Hice mate. ¿Querés uno?

ANA asiente.

EDUARDO le ceba un mate y se lo da.

ANA se extiende para alcanzarlo y mira a la ventana, sentándose.

EDUARDO. Es un día hermoso. Está un poco fresco.

ANA toma el mate.

EDUARDO. Fui a comprar pan. Hice tostadas.

ANA le devuelve el mate.

EDUARDO. Soy madrugador.

EDUARDO termina de tomar el mate que ella le dio, haciendo mucho ruido y moviendo la bombilla con la boca. Luego apoya la pava y el mate en el extremo de la mesa.

EDUARDO. Ahora vengo.

Sale.

ANA se despereza. Estira las piernas. Sentada con las piernas estiradas, entra en la valija. Vuelve a mirar por la ventana y sonríe. Está alegre, despeinada y con la misma ropa, pero alegre.

EDUARDO vuelve con un plato con tres tostadas con mermelada.

ANA lo mira sonriendo.

EDUARDO apoya el plato al lado de la valija y da un paso hacia atrás. Luego toma la pava y el mate y vuelve a cebar.

ANA mira el plato y se sirve una tostada. La mira antes de morderla.

EDUARDO. El dulce es casero. De naranja. Lo hace una clienta que tiene unos naranjales increíbles. No viene muy seguido pero cuando viene siempre me trae.

ANA come. EDUARDO toma el mate.

ANA. (Masticando y sonriendo.) Mmm...

EDUARDO sonríe también al verla así.

EDUARDO. ¿Dormiste bien?

ANA. *(Asiente. Aún tiene un trozo de tostada en la boca. La termina de tragar.)* Soñé algo lindo.

EDUARDO. ¿Sí? ¿Qué soñaste?

ANA. *(Toma aire.)* Tenía un pañuelo en la cabeza y un vestido floreado. Había muchos chicos alrededor mío. Y yo tenía una torta recién hecha en la mano. Estaba todavía tibia. Era en la puerta de la bicicletería. Vos atendías a la gente, y yo te estaba llevando la torta. Y se llenó de chicos, por el olor, que querían un pedacito. Y yo me reía. Y vos también.

EDUARDO. ¿Soñaste conmigo?

ANA asiente riendo pícara.

EDUARDO. Y con la bicicletería... y ni la conocés.

Silencio.

EDUARDO. *(Atajándose.)* Todavía.

EDUARDO respira profundo. Ceba un mate y se lo da.

EDUARDO. Yo nunca me acuerdo de lo que sueño. A veces sí, pero pocas veces.

Silencio.

ANA toma el mate.

EDUARDO. Bueno, deberíamos organizar el día, ¿no? ¿Qué querés hacer primero?

ANA se encoge de hombros y le devuelve el mate.

EDUARDO. *(Sobresaltado, como dándose cuenta.)* ¿Te gustaría bañarte? ¡Me olvidé de ofrecértelo antes! Perdón.

ANA sonríe con timidez, mirando hacia abajo.

EDUARDO. Voy a prepararte el agua.

EDUARDO deja el mate y la pava sobre la mesa y sale rápidamente.

ANA lo mira irse. Toma aire, se destapa y sale de la valija. Mira a la ventana y se acerca a ella como atraída por lo que ve. Arrima su cara al vidrio para poder ver lo que está fuera de campo. Sonríe. Le gusta lo que ve.

Se empieza a escuchar suavemente un sonido de agua que corre. De ducha abierta.

ANA vuelve a mirar hacia a la habitación. Decidida mira la valija. Va hacia ella. Corre la frazada y saca de una esquina el pulóver gris que guardó, y de un bolsillo de la tapa de la valija, ropa interior blanca. Toma un peine y un cepillo de dientes, también. Los envuelve en la ropa interior y con el pulóver envuelve todo. Vuelve a acomodar la frazada, tapando el interior de la valija. Mira hacia la puerta y espera un poco. Mira la banqueta y se sienta en ella. El bollo de ropa, sobre su regazo. Sus codos, apoyados en sus rodillas. Como si su cuerpo escondiera sus objetos.

Tiempo.

EDUARDO asoma su cabeza por el marco de la puerta que quedó abierta, y la ve sentada.

EDUARDO. Ya está todo listo.

ANA se pone de pie.

EDUARDO da un paso dentro de la habitación y extiende un brazo para indicarle.

EDUARDO. Vení. Es por acá.

ANA avanza.

EDUARDO espera a que ella salga y la sigue.

EDUARDO. *(Con mucho entusiasmo.)* Te dejé dos toallas limpias...

Ya están afuera de la habitación.

VOZ DE EDUARDO. ...y un jabón para que uses solo vos. Cualquier otra cosa que necesites, me avisás. Creo que la temperatura del agua está bien, pero la vas regulando con las canillas. Es una ducha, no tengo bañadera...

LA VOZ DE EDUARDO se pierde paulatinamente.

Se escucha el sonido del agua correr.

Tiempo.

EDUARDO entra a la habitación, decidido, con el libro sin inscripción en su mano. Lo deja arriba de la mesa y sale.

Tiempo.

EDUARDO entra a la habitación y toma el mate y la pava. Sale.

El sonido del agua se detiene.

Tiempo.

ANA entra con el pelo mojado y suelto. Vestida igual que antes y el mismo bollo de ropa entre sus manos pero menos prolijo. Un toallón blanco cuelga de su brazo. Va a la valija y, en cuclillas, mete el bollo en una esquina. Se incorpora y estira el toallón con ambas manos. Mira a su alrededor, buscando dónde ponerlo. Ve el libro sobre la mesa. Se ensombrece y va hacia él. Mira hacia la puerta abierta. Se cuelga el toallón de un brazo y toma el libro. Lo mira, seria. Se encamina hacia la puerta con el libro entre las manos. Entra EDUARDO, rápidamente. Ambos se detienen bruscamente al verse.

EDUARDO. (Señalando el plato con tostadas, sonriendo.) Venía a buscar el platito.

La mira.

EDUARDO. ¿Ya terminaste?

ANA lo mira. Mira el libro. Vuelve a mirarlo. Va a decir algo.

EDUARDO. Ah. No me acordé de dártelo ayer. Lo habías dejado afuera de la valija. Pensé que te lo habías olvidado.

ANA. No lo había olvidado.

EDUARDO. Ah.

ANA le da el libro.

EDUARDO lo toma.

EDUARDO. Es tuyo.

ANA lo mira a los ojos.

Silencio.

EDUARDO. No lo leí. No sé qué es.

Pausa.

EDUARDO. ¿Querés que lo guarde?

ANA niega.

Silencio.

EDUARDO. ¿Por qué? ¿Qué es?

EDUARDO mira el libro y lo va a abrir.

ANA. (Mirando a la ventana.) Mi primer libro de oración.

EDUARDO. (La mira y lo cierra.) Ah.

Silencio.

ANA va a la ventana.

EDUARDO la mira. Mira el libro. Mira la ventana. La mira.

EDUARDO. Tengo que abrir la bicicletería. ¿Querés venir conmigo? Al mediodía podemos ir a hablar con Marisa.

ANA lo mira.

EDUARDO. La dueña de la mercería.

ANA asiente.

EDUARDO. ¿Vamos?

ANA asiente.

EDUARDO la mira y sonríe.

EDUARDO. Al toallón lo podés colgar en el patio.

ANA lo mira y mira el toallón. Sonríe.

Van a salir.

ANA se detiene.

EDUARDO. ¿Pasa algo?

ANA niega. Se queda allí.

EDUARDO la mira.

EDUARDO. ¿Te espero afuera?

ANA asiente.

EDUARDO sale.

ANA corre a la valija, se agacha, apoya el toallón sobre sus piernas mientras busca algo allí. Encuentra el frasco y se pone un poco de perfume en el cuello. Lo vuelve a guardar en la valija. Toma el pañuelo. Se lo pone en la cabeza y se lo ata en la nuca. Se pone de pie, tomando el toallón nuevamente y se dirige a la puerta. Se detiene en la ventana y mira su reflejo en el vidrio, para ver cómo luce. Sonríe conforme y sale.

MOMENTO 7

La misma habitación. Es de noche. El farol de kerosén está encendido.

ANA está acostada en la valija, tapada con la frazada. Está despierta, mirando hacia el techo, pensando.

EDUARDO apaga el farol. Entra luz de luna.

EDUARDO. Que sueñes cosas lindas.

EDUARDO va a salir.

ANA. ¿Me contás un cuento?

EDUARDO. *(Deteniéndose y mirándola.)* ¿Un cuento?

ANA asiente.

EDUARDO. No sé ninguno, me parece.

EDUARDO piensa preocupado.

EDUARDO. Puedo inventar.

ANA asiente.

EDUARDO se sienta en la banqueta.

EDUARDO. O puedo contarte alguna anécdota de algo que me haya pasado.

ANA. Algo lindo.

EDUARDO. A ver...

ANA. *(Lo mira de reojo, pícara, y luego sin mirarlo.)* Había una vez... una estación de tren...

EDUARDO. *(La mira algo sorprendido y sonrío.)* Bueno... una estación de tren... de un pueblo.

ANA asiente y se acurruca en posición fetal colocando sus dos manos bajo su cara, mirándolo.

EDUARDO. *(Tomando confianza y mirándola.)* Un vagón de un tren negro, antiguo, con chimenea en el techo de la locomotora.

ANA lo mira frunciendo los ojos, como dudando de lo que él dice.

EDUARDO. Sí, en serio. En el andén había algunas personas que iban y venían, como medio perdidas y caminando rápido... como en una película antigua...

ANA sonrío y cierra los ojos.

EDUARDO. El andén era techado con techo de chapa y había un kiosco de diarios a la derecha que estaba cerrado. Y humo... no... niebla... no, era humo, de la chimenea de la locomotora... Era de noche. El cielo estaba gris. Lloviznaba.

ANA ya relajó su sonrisa. Duerme.

EDUARDO la mira dormir.

EDUARDO. (Animándose más.) Había un hombre con una valija muy grande que trataba de subir por una de las puertas del vagón. Se sostenía con una mano del pasamano del tren y con la otra cargaba la valija. Le costaba mucho hacer eso. La valija pesaba mucho y él cuidaba esa valija como si adentro hubiera... algo muy importante. Y muy delicado. Como de cristal...

EDUARDO hace silencio.

ANA duerme.

EDUARDO la mira dormir. Se inclina un poco hacia ella y le corre mínimamente un mechón de pelo de su cara. Vuelve a mirarla. Se para y se va. Cierra la puerta suavemente.

MOMENTO 8

La misma habitación. Es de día.

ANA está limpiando la habitación. Tiene el pañuelo en la cabeza. Barre con un escobillón. Tiene una gamuza en la cintura, que cuelga del elástico de la pollera. Se la suelta y limpia la mesa, levantando el farol. Sigue barriendo llevando todo lo que junta cerca de la puerta. Se escucha lejos la VOZ DE EDUARDO.

VOZ DE EDUARDO. ¡Ana! ¡Ana!

ANA deja de barrer y se acerca al marco de la ventana, para ver desde dónde viene la voz. No ve bien y se inclina más.

VOZ DE EDUARDO. ¡Ana!

ANA lo ve y sonríe mucho. Hace un gesto de saludo inclinada sobre la ventana. Se escucha un portazo y la voz de él más cerca.

VOZ DE EDUARDO. ¡Ana!

ANA apoya el escobillón en la mesa, y corre hacia la puerta. Al abrirla, se choca con una pila de ropa que sostiene EDUARDO. Es tan alta que lo tapa. ANA se sobresalta y retrocede unos pasos.

EDUARDO. (*Asomando su cabeza por el costado del montículo de ropa.*) ¡Mirá Ana! ¡Lo manda Marisa! ¡Tenés un montón de trabajo!

ANA está parada en el medio de la habitación sonriendo y sorprendida.

EDUARDO. ¿Y? ¿Qué te parece? ¡Sos un éxito!

ANA ríe.

EDUARDO. ¿No vas a decir nada?

ANA lo mira sonriendo levantando los hombros. Lleva las manos a su cara, tocando sus mejillas, como si quisiera sostener esa sonrisa para siempre.

EDUARDO. (*Riendo, la mira y mira a su alrededor.*) Vamos a tener que abrir la mesa. Si no, no hay dónde poner todo esto.

ANA no puede contener más la alegría y corre a abrazarlo. Al hacerlo algunas prendas caen al piso.

EDUARDO queda estupefacto ante esta reacción.

ANA, de pronto, como si hubiese despertado de un trance, detiene la fuerza del abrazo y lo suelta. Deja caer sus brazos a los costados y se queda ahí parada cerca de él. Lo mira. Luego saca la mirada. Entre avergonzada y contenta.

EDUARDO la mira también.

Silencio.

ANA ve la ropa caída y la levanta. Y luego toma la ropa que él sostiene, con cuidado, para que nada vuelva a caerse.

EDUARDO la deja hacer.

ANA se esconde tras la ropa y camina despacio hasta la valija, se acucilla y apoya la ropa sobre la frazada.

EDUARDO está parado, mirando lo que ella hace. No sabe qué hacer.

ANA comienza a revisar las prendas, una a una. Las extiende frente a ella, dejando que cuelguen desde sus manos, hasta encontrar las roturas que deberá remendar. Cuando las encuentra, las dobla cuidadosamente y hace una pila al costado de la otra.

EDUARDO. (*Algo confundido, buscando qué decir para romper el silencio.*) Me dijo Marisa que quedó muy contenta con el otro arreglo. Que cosés muy bien.

ANA sonríe pero no lo mira y sigue haciendo su tarea.

Silencio.

EDUARDO. Y también me dijo que si necesitás hilos de otros colores o más botones, que se los pidas, que te los da y que te lo descuenta después, cuando te paga el trabajo.

ANA asiente apenas, imperceptiblemente, y sigue en lo suyo.

EDUARDO. Bueno, te dejo seguir trabajando.

ANA sigue con su tarea.

EDUARDO duda, va hacia la puerta, vuelve a mirarla.

EDUARDO. Marisa me ofreció una máquina de coser. A pedal. Pensé que la podíamos poner acá, cerca de la puerta, para aprovechar la luz de la ventana.

ANA se da vuelta lo mira y sonríe asintiendo.

EDUARDO la mira un momento más. Detenido. Luego finalmente se da vuelta, sale y cierra la puerta.

ANA se queda mirando su salida, sonríe mucho, se pone de pie y corre hasta llegar a la puerta cerrada, Se apoya en ella y la besa. Como si lo besara a él. Sonríe.

MOMENTO 9

La misma habitación. Es de noche. El farol de kerosén está encendido.

La ropa para coser está sobre la mesa, dividida en dos pilas, una más baja, prolijamente doblada. La otra un poco más alta y más desorganizada. Sobre la pila más baja, una costurero de lata, de la que asoma el mango de una tijera e hilos de colores.

EDUARDO talla, apoyando su espalda en la mesa, sentado en el piso, con las piernas abiertas para que el resto de maderas caiga allí.

ANA está sentada en la banqueta, cerca de él. Lo mira hacer.

EDUARDO. ...no sé cómo aprendí. No me acuerdo. Creo que no me enseñó nadie.

Silencio. Talla. Se escucha el sonido de la cuña contra la madera.

EDUARDO. Después empecé a mirar. A prestar más atención. Investigué sobre herramientas.

Sobre tipos de madera.

Sigue tallando. Hace fuerza para lograr una forma.

ANA. ¿Nunca te lastimaste?

EDUARDO. Sí. Muchas veces. Sobre todo cuando quiero lograr una forma muy especial, que necesita de la punta. Ahí es cuando más se puede zafar la cuña. Igual, nada grave... Me lastimo más en la bicicletería.

Silencio.

EDUARDO talla. ANA mira.

ANA. Trabajás con las manos.

EDUARDO. Sí.

Silencio.

EDUARDO la mira.

EDUARDO. Como vos.

Se miran.

ANA sonríe.

EDUARDO se pone serio. Se recuesta en la mesa ya sin tallar y mirándola.

EDUARDO. Es todo demasiado lindo ¿no?

Silencio.

EDUARDO. Como increíble.

ANA lo mira.

EDUARDO. Como si no fuera cierto.

ANA. ¿Y es mentira?

EDUARDO. No... No sé...

ANA se pone seria.

ANA. Solamente lo feo es verdad, entonces.

EDUARDO. No, no... tampoco.

Silencio.

EDUARDO. (*Mirando hacia abajo.*) Me gustaría que hablemos, Ana.

ANA. (*Irguiéndose.*) Estamos hablando.

EDUARDO. (*La mira.*) Digo de lo que pasó.

Silencio.

EDUARDO. Creo que yo necesito hablar.

ANA. Yo no.

Silencio.

EDUARDO va a decir algo. No lo dice. Se acomoda para seguir tallando.

ANA agacha la cabeza. Luego mira la valija. Va a ella. Se mete en ella. Baja la tapa. No la cierra, solo baja la tapa, cubriéndose.

EDUARDO mira esto.

EDUARDO. Ana.

Silencio.

EDUARDO toma aire y se pone de pie, dejando la cuña y la madera en el piso. Mira la valija.

Duda. Va hacia la puerta y sale, dejándola abierta.

Tiempo.

EDUARDO vuelve, se para en el umbral de la puerta y se apoya en el marco, mirando la valija.

EDUARDO. Ana.

Tiempo. Deja de apoyarse en el marco, pero se queda allí parado.

EDUARDO. (*Un poco más fuerte, como para asegurarse que es oído, pero con suavidad.*)
Ana.

Da un paso dentro de la habitación.

EDUARDO. Ana. Mirá... Vos estarás acostumbrada a no hablar, pero yo no... Yo necesito hablar... Y necesito escucharte también. Preguntarte cosas...

Silencio.

EDUARDO. Tengo miedo todo el tiempo, Ana... Que te vayas... así como viniste.

Se acerca a la valija cerrada. La mira fijo.

Se acerca más a la valija y se arrodilla al lado de ella.

Le cuesta mucho decir esto. Lo dice más bajito que el resto, como una confesión.

EDUARDO. Y yo no quiero que te vayas. Quiero que te quedes conmigo.

Se emociona sonriendo.

Tiempo.

EDUARDO. Háblame, Ana.

Silencio largo. Mira fijo la valija. Traga el nudo en su garganta para poder hablar.

EDUARDO. ¿Querés que te lleve de nuevo?

Silencio. No deja de mirar la valija. Sus ojos brillan más.

MOMENTO 10

La misma habitación. Es de día. La mesa, el farol apagado, la banqueta, las pilas de ropa y el costurero de lata. La valija no está. La puerta cerrada. No hay nadie.

Tiempo.

Se lo escucha a EDUARDO hablar desde afuera.

VOZ DE EDUARDO. Sostenelo de ahí un minuto que abro la puerta. No, pero dejalo apoyado

en el piso. Es pesado. ¿Podés? A ver. Dejá.

La puerta se abre de golpe, como empujada desde afuera. Entra primero un colchón y luego EDUARDO, sosteniéndolo. Lleva el colchón hasta donde solía estar la valija y lo acuesta allí. Atrás de él, entra ANA. Tiene sábanas dobladas en sus manos y unas mantas también dobladas que casi la tapan.

EDUARDO acomoda el colchón con esfuerzo.

EDUARDO. Te hubiera traído el mío, al final éste es igual de pesado.

EDUARDO se incorpora y toma todo el paquete de sábanas que ANA trae y las apoya sobre la mesa. Toma una sábana y comienza a hacer la cama.

ANA lo deja hacer.

EDUARDO. Aunque éste está un poco más sano.

Tiempo.

ANA se sienta en la banqueta.

ANA. (Mirando lo que él hace.) Le voy a coser algo a Marisa, para agradecerle las cosas.

EDUARDO sigue haciendo la cama.

EDUARDO. Yo también estaba pensando en hacerle un cartel para el negocio. Como el que hice para vos. Quedó lindo ese cartel...

ANA asiente pero él no la ve.

EDUARDO. *(La mira.)* ¿Te gustó, no?

ANA. Sí.

EDUARDO. Ah... como no me contestaste.

ANA. *(Sonriendo.)* Sí, te contesté.

EDUARDO. *(Sonriendo sin dejar de hacer su tarea.)* Ah, no te vi.

EDUARDO termina con la cama y mira lo realizado.

EDUARDO. Bueno, ya está. Es mejor que la valija.

ANA asiente.

Se miran. EDUARDO sonríe mucho.

EDUARDO. ¿Traemos el roperito?

ANA asiente alegre y se dirige a la puerta.

EDUARDO. Así después podés acomodar tus cosas...

Salen.

VOZ DE EDUARDO. ...y guardamos la valija. Podemos ponerla en el cuartito de atrás...

Tiempo.

Se escucha un sonido de algo que se arrastra.

EDUARDO entra una cajonera de madera, alta y delgada. Se detiene en el umbral.

EDUARDO. *(Mirando hacia fuera, donde está ANA.)* ¿Dónde querés que lo ponga?

Silencio.

EDUARDO. *(Mirando hacia adentro.)* Y, no se... acá al lado de la puerta, puede ser.

EDUARDO mira hacia fuera. Silencio.

EDUARDO. *(Señalando.)* ¿De este lado?

EDUARDO empuja más la cajonera y la coloca al lado de la puerta, contra la pared.

Entra ANA detrás, con sus cosas en las manos. Son pocas cosas.

EDUARDO. ¿Ahí te gusta?

EDUARDO da unos pasos hacia atrás para apreciar como quedó.

ANA mira. Se acerca a la cajonera. Es de su misma altura. Abre un cajón y mete todo dentro

de él. Cierra el cajón y se da vuelta mirándolo.

EDUARDO. *(Sonriendo.)* Te sobra lugar.

ANA asiente y sonríe.

EDUARDO. Vas a poder guardar la ropa para coser también.

ANA mira la cajonera y asiente.

EDUARDO. Un cajón para lo que tenés que coser y otro para lo que ya cosiste.

ANA sonríe. EDUARDO también.

Silencio.

Se miran.

EDUARDO. Te dejo sola, así acomodás.

ANA asiente.

EDUARDO. Voy a ver si puedo ir a buscar la máquina ahora. Y te traigo más ropa también. Dijo Marisa que ya tiene otra tanda para darte.

ANA sonríe mucho.

Silencio.

EDUARDO. Bueno, me voy.

EDUARDO va hacia la puerta. ANA camina acompañando su salida. EDUARDO gira para cerrar la puerta.

Se miran.

ANA. Gracias Eduardo.

EDUARDO recibe su gratitud. Sale.

ANA cierra la puerta y se apoya en ella con toda su espalda. Sonríe mucho mirando hacia arriba. Cierra fuerte los ojos. Es un grito en silencio. Un grito de júbilo.

MOMENTO 11

La misma habitación. Día de sol.

Una vieja máquina de coser a la izquierda de la puerta sobre una mesa con ruedas. Un banco redondo, como de pianista, entre la máquina y la pared. Una pila de ropa sobre el banco. Otra pila más prolija y más alta sobre la mesa rebatible.

Un vestido blanco con flores rojas medio anaranjadas, sobre la cama, extendido.

ANA entra a la habitación abriendo la puerta con energía. Y apenas abre, lo ve. Abre la boca conteniendo una exclamación. Suelta el picaporte lentamente y se acerca despacio a la cama. Mira el vestido, sorprendida y feliz. No lo toca. Se inclina mínimamente sobre él y con la punta de los dedos lo acaricia apenas. Corroborando su realidad. Toma con cada mano un extremo de la falda, pero apenas, estirándolo apenas. Casi no lo mueve. Es solo un gesto. EDUARDO se asoma por la puerta. La mira, luego, al ver su reacción, sonríe.

EDUARDO. ¿Te gusta?

ANA. *(Se da vuelta de golpe. Lo ve y sonríe mucho.)* ¡Sí!

EDUARDO. Es para vos.

ANA vuelve al vestido. Se inclina más sobre él y lo abraza como si levantara un cuerpo hacia ella. Lo alza hasta que está a su altura. ANA y el vestido. Frente a frente.

EDUARDO. Te lo podés probar si querés. Supongo que te va a quedar bien. Marisa me ayudó. Yo no tengo idea de talles y esas cosas, pero ella sí.

Silencio. ANA lo mira sonriendo y vuelve a mirar el vestido.

EDUARDO. Igual, el color... la forma... lo elegí yo.

EDUARDO ríe lleno de vergüenza, mirando para abajo y metiendo las manos en los bolsillos.

EDUARDO. No sé si te gusta... pero...

ANA. Me gusta mucho.

EDUARDO. *(Mirándola.)* ¿Sí?

ANA mirándolo asiente, luego vuelve a mirar el vestido.

EDUARDO. Pensé en tu sueño.

ANA lo mira.

ANA. Es igual.

EDUARDO sonríe.

EDUARDO. Bueno, te dejo así te lo probás. ¿Querés?

ANA. No.

EDUARDO. *(Sorprendido)* ¿No te lo querés probar?

ANA. Me lo pruebo en el baño. Ahí hay espejo.

EDUARDO. Ah... Sí, claro...

ANA va hacia la puerta y se detiene frente a él. Se miran confundidos.

ANA. Permiso.

EDUARDO. *(Dejándola pasar.)* Sí, sí...

ANA sale.

EDUARDO la mira y sale también, dejando la puerta abierta.

Tiempo.

ANA vuelve corriendo con el vestido puesto, apretando el bollo de ropa que se sacó, contra su pecho, sosteniéndolo con una mano, como escondiéndose. Cierra rápido la puerta. Está muy contenta. Va a la cajonera, y, en cuclillas, abre un cajón de abajo, que está vacío y mete el bollo allí. Lo cierra. Todo lo hace muy rápido.

Luego se para y se mira con el vestido. Sonríe mucho. Está muy contenta. Se mueve para un lado y para el otro jugando con la falda amplia. El movimiento la hace girar y gira y gira en el lugar sin parar, moviendo la falda. Girando llega hasta la cama y se sienta con energía sobre ella.

Mira la falda desparramada sobre la cama.

Suena la campana.

ANA. *(Mira a la puerta y sonríe. Se suelta el pelo con una mano. Sacude la cabeza)* ¿Sí?

VOZ DE EDUARDO. ¡Ana! ¿Te probaste el vestido?

ANA. ¡Sí!

EDUARDO. ¿Puedo pasar?

ANA. Esperá.

ANA corre a la cajonera y de un cajón saca el frasco de perfume. Se pone un poco en el cuello y lo guarda. Vuelve corriendo a la cama en la misma posición de antes.

ANA. Pasá.

EDUARDO abre la puerta de a poco. Asoma su cabeza primero y luego su cuerpo. Está sonriendo. Al verla, la sonrisa se relaja hasta desaparecer.

ANA lo mira, se llena de vergüenza y baja la mirada, pero no puede dejar de sonreír. Como si estuviera a punto de reírse a carcajadas, pero conteniéndolas. Se sabe mirada. Le gusta y la abruma el pudor.

EDUARDO está detenido en el umbral de la puerta. Una mano sostiene el picaporte.

ANA. (Sin mirarlo.) ¿Te gusta?

EDUARDO no contesta.

ANA se pone seria al no escuchar respuesta. De a poco levanta la mirada y lo ve allí parado impávido.

ANA. ¿No te gusta?

EDUARDO. Estás hermosa.

ANA. ¿Sí?

EDUARDO. ¡Sí!

EDUARDO se acerca a ella lentamente. Le extiende la mano y la invita a pararse.

EDUARDO. ¿A ver?

ANA sin dejar de mirarlo, le toma la mano y se pone de pie.

EDUARDO da un paso atrás sin soltarla, para verla.

ANA no deja de mirarlo.

EDUARDO sonríe apenas, como emocionado.

ANA sonríe también.

Se sueltan las manos suavemente.

EDUARDO

Elegí bien...

Silencio.

ANA da un paso hacia EDUARDO. Está frente a él. No demasiado cerca. Acerca su rostro al de él y se pone en puntas de pie. Le da un beso sobre los labios, cerrando los ojos en el momento de contacto. Luego vuelve a apoyar los pies. Mirándolo.

EDUARDO no se mueve.

ANA sonríe.

EDUARDO también.

EDUARDO le toma la cara con sus manos y la besa suave y profundamente.

ANA recibe el beso abrazándolo.

Es un beso dulce, suave, ansiado, temido. El primero.

FIN

JAZMINES. ROSAS. Y UN CHICHIRICÚ

María Rosa Pfeiffer (Humboldt, Santa Fe.)

mar_pfeiffer@yahoo.com.ar

ALAS NACER VI EN LOS HOMBROS

DE LAS MUJERES HERMOSAS:

Y SALIR DE LOS ESCOMBROS,

VOLANDO LAS MARIPOSAS.

JOSÉ MARTÍ

PUES QUIEN POR FUERA NO ES NOCHE

POR DENTRO YA OSCURECIÓ

NICOLÁS GUILLÉN

PERSONAJES

NATALIA, ronda los treinta años.

HORACIO, cuarenta y pico.

ESPACIOS

Sala de espera de una funeraria.

Sala de espera de un aeropuerto.

ESCENA 1

En la funeraria.

HORACIO y NATALIA, sentados. En medio de ellos, una mesita con una urna. La miran.

HORACIO. ¿Te había contado de la rata?

NATALIA. ¿...?

HORACIO. Cuando compramos el departamento a reciclar, había un hueco detrás de la cocina. Lo tapé con una madera que tu madre cubrió con tarjetas y...

NATALIA. Sí. Hizo un mural. Todas imágenes de espectáculos de danza. Había quedado hermoso.

HORACIO. Igual, seguía saliendo olor feo de las cañerías. Un día saqué la madera. Había una rata.

NATALIA. ¿Viva?

HORACIO. (*La mira un instante.*) Lo mismo me preguntó tu mamá. (*Pausa.*) Sí. Viva. No sé cómo tuve coraje para sacarla. Estaba agazapada en una bolsa de nylon. No se movía. Supongo que tenía el mismo susto que nosotros. No la veía. Pero sabía que estaba ahí adentro. Me daba mucho asco. La metí en otra bolsa más grande, y la até. Después adentro de otra, y otra. Capas de bolsas de consorcio. Bajé, la puse en un container que había a la vuelta del edificio. Me sentía un delincuente. (*Pausa.*) Volví. Me fregué las manos como si las hubiera metido en un pozo de basura. Creo que fue peor no verla. Ese día quedé muy impresionado. Cuando me acordaba, me venían estertores. Trataba de disimular delante de tu mamá. Pero ella se daba cuenta. También estaba muy impresionada. (*Pausa. Mirando de reojo la urna.*) Ahora tengo la misma sensación.

NATALIA. No es una rata.

HORACIO. No. Es ella.

NATALIA. ¡No es ella!

HORACIO. Sus restos.

NATALIA. Sos... (*buscando la palabra correcta*) crudo.

HORACIO. Está bien. Tu madre no está acá. (*Señalando la urna.*)

NATALIA. Esto es... (*Duda un instante.*) Su deseo. Toda la vida nos dijo que quería que la cremaran y tiraran sus cenizas al mar.

HORACIO. Sin ánimo de ofender su memoria, convengamos que no fue precisamente muy original. Suena a novela romántica.

NATALIA. Mamá era romántica.

HORACIO. Me lo vas a decir a mí.

NATALIA. También era original.

HORACIO. No en este caso.

NATALIA. No es fácil ser original con la muerte.

Silencio largo, incómodo.

HORACIO. Podríamos ir a la costa de acá.

NATALIA. ¿Estás loco? Nuestro mar es frío.

HORACIO. El mar es mar en todos lados.

NATALIA. No. No es el mismo en el Sur que en el Caribe.

HORACIO. Bueno, quizá con alguna corriente a favor, llegue.

NATALIA. ¿Vos me estás hablando en serio?

Horacio inspira hondo.

HORACIO. Mejor si te vas sola.

NATALIA. Ella quería que fuéramos juntos.

HORACIO. Puedo darle mi pasaje a Iván. Él estaría contento de acompañarte. De paso se toman unas mini vacaciones.

Silencio prolongado.

NATALIA. Cortamos.

HORACIO. ¿Qué?

NATALIA. Nos separamos.

HORACIO. ¿Se separaron?

NATALIA. Sí.

HORACIO. Mirá vos.

Silencio incómodo.

HORACIO. ¿Hace mucho?

NATALIA. Dos meses. (*Pausa.*) Que veníamos mal, más de un año.

HORACIO. Tu madre no me dijo nada.

NATALIA. No le conté. Para no preocuparla.

Silencio.

HORACIO. Por eso Iván estaba tan... reticente las últimas veces que... (*Pausa.*) Seguro van a volver.

NATALIA. No. Es para siempre.

HORACIO. Uhh ¡Qué dramática!

NATALIA. No te burles.

HORACIO. No me burlo. Tenés una tendencia natural a la exageración.

NATALIA. Y vos al recato.

HORACIO. No te enojés.

NATALIA. No me enojo. Reflexiono.

HORACIO. Raro.

NATALIA. ¿Qué?

HORACIO. Que vos reflexiones

NATALIA. (*Suspira. Se contiene.*) No te contesto... por mamá.

HORACIO. (*Irónico.*) ¿No era que no estaba acá?

NATALIA. ¿Querés pelear?

HORACIO. No es momento.

NATALIA. No.

Silencio.

HORACIO. No va a ser fácil. (*Pausa.*) Digo. El viaje juntos.

NATALIA. Lo sé.

Silencio.

HORACIO. (*Pensando.*) No fue romanticismo. Fue premeditación.

NATALIA. ¡Chocolate por la noticia!

HORACIO. No me vas a decir que te habías dado cuenta.

NATALIA. Conocía perfectamente a mi madre.

HORACIO. No más que yo.

Natalia hace un gesto de restarle importancia al comentario.

HORACIO. Dijiste que lo hizo de romántica.

NATALIA. Una cosa no quita la otra.

Silencio incómodo.

HORACIO. Deberíamos irnos de acá.

Miran la urna. No se deciden a tomarla.

NATALIA. Tenemos que arreglar lo del viaje.

HORACIO. Sí. La semana que viene.

NATALIA. Cuanto antes, mejor.

HORACIO. (*Señalando la urna.*) ¿Te la llevás vos?

NATALIA. (*Irónica.*) ¿Qué opinás?

HORACIO. (*Sin percatarse del tono irónico.*) Prefiero.

NATALIA. Lo suponía.

HORACIO. ¿Pensás que no quiero llevarla?

NATALIA. No pienso.

HORACIO. ¿...?

NATALIA. Es así ¿no? Para vos, yo no pienso. Siento.

Decidida, NATALIA toma la urna y sale. HORACIO queda sentado por un momento, enfurruñado. Luego se va.

ESCENA 2

En el aeropuerto. NATALIA con un bolso de mano, espera impaciente.

Llega HORACIO con un bolso de viaje.

NATALIA. ¡Por fin!

HORACIO. ¿Pensaste que me iba a arrepentir?

NATALIA. *(Duda en contestarle.)* Era lo más probable.

HORACIO. *(Señalando el bolso de mano de Natalia.)* ¿No me digas que llevás sólo eso?

HORACIO se sienta. Pone su bolso en el asiento entre NATALIA y él.

NATALIA. Ya despaché mis valijas.

HORACIO. ¿"Tus" valijas? ¿Pensás quedarte a vivir en Cuba?

NATALIA. Ojalá pudiera.

HORACIO. Quisiera verte. Comiendo arroz y sin internet.

NATALIA. No me pesaría, sabiendo que es una sociedad más justa.

HORACIO. *(Muy irónico.)* ¡Y Natalia tomará definitivamente la bandera de la justicia social! Pero como en su país es muy difícil, se irá a uno donde otros ya lo hicieron. Eso sí, sumará sus ideales a la causa, que no es poco.

NATALIA está por responder, pero haciendo un gran esfuerzo, se contiene. Respira profundo.

Silencio tenso.

HORACIO. *(Intentando aflojar.)* ¿Cuánto tiempo pensás quedarte?

NATALIA. Un mes, por lo menos.

HORACIO. Sos loca. ¿Y la nena?

NATALIA. Se queda con Iván. Y con los abuelos. La va a pasar bien.

HORACIO. Sin la madre.

NATALIA. Mirá que sos estructurado. Resulta que los chicos pueden soportar la ausencia del

padre, pero no la de la madre. (*Pausa.*) Necesito este tiempo sola. Son muchas cosas... Con mamá soñamos tantas veces viajar juntas a Cuba. Nunca podíamos organizarnos. Al final, acá estamos, pero mirá cómo va ella. (*Señalando su bolso de mano.*)

HORACIO. (*Muy impresionado.*) ¿La tenés ahí?

NATALIA. ¿Dónde si no?

HORACIO. Qué sé yo, en una de tus valijas.

NATALIA. ¿Si se pierde? Nunca se sabe con los aviones. No, mejor cerca.

HORACIO. ¿No era que no era ella, si no su deseo?

NATALIA. Lo que sea, ella, su deseo, sus cenizas, su alma. ¿Te parece que importa mucho cómo la nombremos?

Silencio.

HORACIO. ¿Tenemos asientos juntos?

NATALIA. (*Fastidiada.*) Sí, tenemos asientos juntos.

HORACIO. ¿Cuánto dura el viaje?

NATALIA. Nueve horas.

HORACIO suspira.

NATALIA. ¿Te da miedo?

HORACIO. No. Ya estuve cerca tuyo muchas veces. Podríamos decir que estoy vacunado.

NATALIA. (*Se muere.*) Te pregunto si te da miedo volar.

HORACIO. Sí. Un poco. No me hace precisamente feliz.

NATALIA. A mí me apasiona. Esa sensación de vacío en el estómago cuando despegas... el momento en que el cuerpo se estira, la gravedad que te lleva para abajo y esa fuerza incommensurable que te empuja hacia arriba.

HORACIO. El motor.

NATALIA. ¿Qué?

HORACIO. La “fuerza incommensurable”. El motor del avión te tira para arriba. Lo decís como si fuera Dios. Y el vacío es un fenómeno físico: inercia.

NATALIA. Ya sé que es inercia. ¿Creés que soy idiota? Pero me gusta hablar de los fenómenos como si tuvieran algo mágico. No puedo estar analizando todo el tiempo todo como un científico.

HORACIO. Poesía barata.

NATALIA. Realmente no entiendo cómo mamá te aguantó tanto tiempo.

NATALIA se levanta, comienza a salir.

HORACIO. ¿A dónde vas?

NATALIA. Al baño. ¿Puedo?

NATALIA sale y deja el bolso en la silla. HORACIO se queda mirando el bolso.

Por altoparlante se oye una voz impersonal que anuncia que el vuelo con destino a La Habana se retrasa por cinco horas. HORACIO hace un gesto de enojo e impotencia.

Tiempo.

Suena su celular.

HORACIO. *(Atendiendo.)* Sí, él habla. ¿De dónde?... Ah, sí... *(Escucha atentamente. Su rostro se va transformando.)*... Pero... ¡No puede ser! *(Tiempo.)* ¿Usted quiere decir que...? Ya sé que existen los errores. Pero en esto... *(Tiempo.)* ¿Cómo quiere que me tranquilice? ¿Usted ha tomado dimensión de lo que está diciendo? *(Tiempo.)* ¿Cómo que me fije en...? ¿Usted pretende que...? Yo... Sí. Lo... la tengo cerca. Espere un momento. *(Toma el bolso de Natalia. Lo abre. Saca la urna. Muy impresionado trata de abrirla. Escucha con atención. Respira hondo.)* Sí, no. Ella no usaba imágenes religiosas. No. ¿Usted dice que...? *(Pone la mano dentro de la urna venciendo a duras penas su aprehensión y empieza a revolver.)*

Llega NATALIA.

NATALIA. ¿Escuchaste que el vuelo *(Queda paralizada viéndolo revolver la urna.)* ¡¿Qué estás haciendo?!

HORACIO. *(Le hace señas del teléfono.)* Estoy tratando señora... *(A NATALIA.)* De la funeraria... Que se confundieron...

NATALIA. *(Sin entender.)* ¿Qué?

HORACIO. La... *(Saca una cadenita de la urna.)* Acá la tengo. Sí. Es verdad. *(A NATALIA.)* ¿No era de ella no?

NATALIA. *(Desconcertada.)* Mamá no usaba cadenitas.

HORACIO. *(Acercando la cadenita a sus ojos.)* Sí, tiene una medalla... No sé, parece una virgen... *(A NATALIA.)* No es.

NATALIA. ¿Que no es qué?

HORACIO. *(Al teléfono.)* No sabría decirle exactamente qué virgen.

NATALIA. ¿Qué querés decir con que no es?

HORACIO. (A NATALIA.) Ella. (Al teléfono.) No conozco mucho sobre el tema... A ver, espere un momento (A Natalia, mostrándole la medalla.) ¿Vos tenés idea de qué virgen es ésta?

NATALIA. (Mirando con cierta aprehensión.) No, no sé, es muy chiquita la imagen. Hay tantas vírgenes... de Guadalupe, de Luján, María Auxiliadora, la Desatanudos...

HORACIO. (Duda un instante. Al teléfono.) María Auxiliadora ¿le viene bien?

NATALIA. Te dije que tal vez. No estoy segura.

HORACIO. (Al teléfono.) No, no está segura. No, no usted. Bueno, no importa.

(A NATALIA.) Se la sacaron para crem... (Al teléfono.) Bueno, si usted lo dice... Claro... Espere... acá hay unas iniciales... A ver (Se acerca la medallita a los ojos.) Eme. A. (A NATALIA.) Otra difunta... (Al teléfono.) Ah... Claro. María Auxiliadora. (Le hace un gesto de triunfo a NATALIA.) Los familiares de... (Le señala la urna.) Se olvidaron de sac... (Al teléfono.) Pero c... (A NATALIA.) Pidieron que se la pusieran en la ur (Al teléfono.) Sí, claro,... No. (A NATALIA.) Cuando revisaron no encontraron la cad... (Al teléfono.) Muy valiosa. Sí. De oro. Es de oro. Entiendo. Lo antes posible. (Tiempo.) No, está bien. Yo le comunico. (Corta el teléfono. Introduce la cadenita en la urna. La cierra. La vuelve a guardar en el bolso de NATALIA.) Tenemos que ir a cambiarla.

NATALIA está paralizada, sin poder pronunciar palabra.

HORACIO. No es tu madre. ¿Entendés? Se equivocaron.

NATALIA. (Se pone como loca.) ¿Cómo se van a equivocar? ¡No puede ser! ¿Dónde está mamá? ¡Quiero a mi mamá!

HORACIO. La tienen ellos. Nos esperan para cambiarla. Un error en los datos. Parece que el nombre y el apellido de (Señala nuevamente el bolso.) empezaba con las mismas iniciales que...

NATALIA. (Como hipnotizada.) Es... monstruoso. (Aleja el bolso de su lado. Se pone a llorar.)

HORACIO. (Duda un instante. Luego se acerca. Le acaricia la cabeza.) Tranquilizate.

NATALIA llora aún más. HORACIO vuelve a dudar. La abraza.

HORACIO. Bueno, bueno. Ya lo vamos a solucionar.

NATALIA. (Llorando.) No es sólo por esto. Es por todo. No haber llegado a tiempo. Yo corriendo de un lado a otro. Los últimos días casi ni la vi. Entre la nena, las clases, Iván que me exigía que... Ella haciéndose los estudios. Yo sin darme cuenta de... Sin tomármelo en serio. Pensando que era imposible que fuera tan grave. Convencida de que somatizaba por el concurso ese en el que por honesta le quitaron las horas en la universidad. Bailá, mamá, bailá que te va

a hacer bien, le decía por teléfono, y ella que le hubiera encantado pero que le dolían mucho las piernas. Concéntrate, estás somatizando. ¡Hasta me había enojado con ella! No podía ser que ella que alentaba siempre a todo el mundo, que le encontraba la vuelta a todo, no pudiera salir de esa mierda. No podía ser que mamá se muriera. Era un mal sueño que se iba a terminar pronto... No pude verlo, no podía entender. Ella que iluminaba los lugares adonde iba. ¿Cómo se iba a morir? Y ahora ésto. Es una burla. *(Pausa.)* Del universo. De Dios. ¿De quién?

HORACIO la acaricia con ternura, en silencio. Saca un pañuelo bien doblado del bolsillo de su pantalón y se lo tiende.

NATALIA. *(Secándose las lágrimas. Se suena la nariz.)* Un chichiricú. Tal vez haya sido un chichiricú.

HORACIO. ¿Qué?

NATALIA. Un duende de allá.

HORACIO la mira sin poder creer lo que escucha, intenta hablar pero no emite palabra.

NATALIA. De Cuba. Traviesos como todos los duendes, sólo que son negros, toman ron, disfrutan mucho del sexo y bailan rumba.

HORACIO. *(Se muerde la boca. Conteniendo una réplica se levanta.)* Vamos.

NATALIA. ¿A dónde?

HORACIO. A cambiarla. Nos indemnizan. Bah, nos devuelven la mitad de los gastos de la cremación.

NATALIA. *(Intentando recomponerse. Dobla el pañuelo. Está a punto de devolvérselo. Se arrepiente.)* Después te lo devuelvo limpio. *(Lo pone en un bolsillo de su bolso. Suspira.)* Mirá si el vuelo no se hubiera retrasado.

HORACIO. Nos hubiéramos ido con quién sabe quién.

NATALIA. ¿Viste que las cosas suceden por algo? Vos que no creés en el sincrodestino.

HORACIO. *(La mira con fastidio. Está a punto de decirle algo, pero se contiene.)* Mejor vamos. *(Empieza a salir.)*

NATALIA. Yo no la llevo.

HORACIO. *(Volviéndose.)* Natalia... Estuviste hasta ahora, de aquí para allá con...

NATALIA. Pero creyendo que era mamá. *(HORACIO la mira.)* Bueno, su deseo. *(Pausa.)* Ahora llevála vos. *(Quitándole el bolso de viaje de la mano.)* Dame, yo te llevo éste.

HORACIO muy impresionado, toma el pequeño bolso.

NATALIA. ¿Es “la” o “el”?

HORACIO. *(Apenas pudiendo hablar.)* “La”. Dijeron “difunta”. *(Pausa.)* Creo.

Salen los dos muy consternados.

ESCENA 3

En la funeraria. La misma situación que en la Escena 1.

Los dos sentados. En medio, una mesita con una urna idéntica.

NATALIA. Bueno, ya está.

HORACIO. *(Mirando la urna.)* Se ve igual que la otra.

NATALIA. Y sí. Si la abrís, también se debe ver igual.

HORACIO. ¿Quién nos garantiza que ahora sí es?

NATALIA. No sé. A esta altura, es cuestión de fé.

NATALIA se pone a revolver su cartera.

HORACIO. ¿Qué hacés?

NATALIA. Busco mi teléfono.

Revuelve todo muy nerviosa.

NATALIA. No puede ser.

HORACIO. ¿Querés que te llame?

NATALIA. *(Extremadamente susceptible.)* ¿Para qué? ¿Tenés que decirme algo que no te animás a decirme en la cara?

HORACIO. *(Conteniéndose la ironía.)* No. Para que lo encuentres.

NATALIA. Ah. Perdón. Tenés razón. Dale.

HORACIO marca su celular. El celular de NATALIA suena en el fondo de la cartera.

Ella rebusca hasta encontrarlo. Marca un número. Espera.

NATALIA. ¡Hola! Sí. No. Todavía no salió... ¿Me pasás con Carola? Sí. Hay retraso. ¿Me pasás con Carola? No. Sí, un poco malhumorada porque... *(Impaciente.)* ¿Me pasás por favor? La escucho. Te está diciendo que le des el teléfono. *(Tiempo.)* ¡Hola mi amor! No. Todavía no estoy volando. Sí. Apenas llegue te llamo. ¿Al mar? Sí, mamá después te lleva. En las vacaciones. Vamos a hacer castillos. Sí. A los juegos. También. Tres pares de zapatillas con luces.

Y el traje de hada. Con la varita. Claro. ¿Un delfín? ¿De verdad? No, no puedo traerte un delfín de verdad. ¿Dónde lo vamos a poner? Además en el avión no me dejarían. No llores amorcito. No, yo te prometo que te traigo un delfín inflable, para la pileta. Lo podés guardar en tu pieza... Carola no llores... Hay muchos animalitos de mar de juguete que se hacen chiquitos, los podés guardar hasta en un bolsillo y cuando los inflás se vuelven grandes, y... ¡Carola! Carola no llores. ¡No puedo traerte un delfín de verdad! (*Conteniendo el llanto.*)... Pasalo lindo con papá, portate bien con los ab...

¡Hola! ¡Hola! ¡Carola! (*Tiempo.*) Cortó... Pobrecita... (*Se le caen unas lágrimas. Busca el pañuelo que le dio Horacio. Se seca. Lo vuelve a guardar.*)

Silencio prolongado.

NATALIA. ¿Qué estamos esperando?

HORACIO. Que pongan los papeles en orden. Llamaron a un escribano. Tenemos que firmar los dos.

Silencio.

NATALIA. Me gustaría comprar algunas flores.

HORACIO. ¿Ahora?

NATALIA. Sí. ¿Cuándo si no?

HORACIO. Allá, cuando lleguemos.

NATALIA. Yo digo ahora. Para compensar la equivocación.

HORACIO. No fue nuestra.

NATALIA. No. Pero la tuvimos lejos. Casi una semana. En otra casa. Con otra gente. (*Pausa.*) Lo bueno fue que la confundieran con una bailarina. Le debe haber gustado eso. Suena a una especie de justicia celeste.

HORACIO. ¿Cómo sabés que era una bailarina?

NATALIA. Pregunté.

HORACIO. ¿A quién?

NATALIA se hace la distraída. No responde.

Silencio.

NATALIA. Jazmines. Voy a comprar jazmines.

HORACIO. Mejor rosas.

NATALIA. Le gustaban más los jazmines.

HORACIO. Las rosas. El rosal que trasplantó de...

NATALIA. Ese era especial. Abajo había enterrado mi ombligo. La abuela le había dicho que así crecería sana y hermosa. Como una rosa. *(Sonríe evocando.)* Por eso se lo quiso llevar cuando se mudaron.

HORACIO. No sabés cómo se puso cuando se secó.

NATALIA. Sí sé.

HORACIO. No vivías con ella.

NATALIA. Si sacamos la cuenta, viví más tiempo yo que vos con ella.

HORACIO. Vivir es una cosa. Conocer es otra.

NATALIA. Vos dijiste vivir. *(Pausa.)* ¿Qué me querés decir? ¿Qué yo no conocía a mi mamá?

HORACIO hace un gesto de fastidio.

Los dos enfurruñados se dan la espalda. Por unos momentos, no se hablan.

HORACIO. *(Suspirando.)* Todos los días, lo primero que hacía al levantarse era correr a ver si podía salvarlo. Ya estaba raquítico. Pero insistía, con fertilizantes, con pócimas que le indicaban las amigas. Le ponía música. Le hablaba. No hubo forma. Cuando por fin reconoció que no había posibilidades, lloró como si se le hubiera muerto alguien de la familia.

NATALIA. Ahí empezaste a regalarle rosas.

HORACIO. Intentaba paliar un poco su angustia. A mí las flores no me gustan. Pero lo hacía para ver si le levantaba el ánimo.

NATALIA. ¡Cuánto espíritu de sacrificio!

HORACIO. ¿Estás tomando clases de ironía?

NATALIA. Con el mejor maestro.

Largo silencio.

NATALIA. La primera lección la tuve un día de la madre.

HORACIO. ¿.....?

NATALIA. No me mires así. Sabés bien de qué día de la madre te hablo. Yo tenía diecisiete años. Fue el último año que viví con ustedes. Le quería hacer una tarta de espárragos y

HORACIO. Mirá lo que venís a sacar ahora.

NATALIA. Porque no lo pude “sacar” antes. Nunca te lo pude decir. *(Pausa.)* Te levantaste más temprano y le cocinaste un pollo a la miel. ¿No podías hacerle un postre?

HORACIO. Le gustaba el pollo a la miel.

NATALIA. La tarta de espárragos también. Pero no. Tenías que cagarme el plato principal.

¡Era mi mamá! ¡No la tuya! ¡Era el día de la madre, no de la mujer, ni de los enamorados, ni de la concubina! ¡Era el día de la madre y yo era su única hija! ¿No tenía derecho a cocinarle?

HORACIO. ¿Y por qué no se la hiciste igual?

NATALIA. Porque éramos tres gatos locos. No se justificaba. Además, esa cocina chiquita en la que no entraba más que uno de costado... Ya está. Te lo dije. Trece años me lo tragué. *(Pausa.)* Siempre me disputaste a mamá. Siempre tuviste celos.

HORACIO. No eran celos.

NATALIA. ¿A no? No veías la hora de que me fuera. Tenerla sólo para vos. ¿Pensaste que no me daba cuenta? Yo hacía esfuerzos... por acercarme, por hacerte sentir importante, para que vieras que yo te necesitaba.

HORACIO. No iba a jugar al papá con vos.

NATALIA. Al principio jugaste. Me buscabas a la salida del colegio, me ayudabas con la tarea. ¿Fingías para conquistar a mamá?

HORACIO. *(Atragantándose.)* Al principio eras una nena.

NATALIA. ¿Qué? ¿Crecí y se te acabó el cariño?

HORACIO se muerde los labios. Mira para otro lado. Suspira.

HORACIO. ¿Entonces? ¿Qué compramos?

NATALIA. Jazmines. *(Piensa.)* Y rosas. *(Pausa.)* También voy a comprar otro bolso. Era bailarina, pero al fin y al cabo una desconocida. Quién sabe qué energía tenía.

ESCENA 4

En el aeropuerto. HORACIO hojeando un diario. Sostiene un vasito de material descartable. En el asiento en medio de los dos, un ramo de jazmines y un ramo de rosas. NATALIA que estaba dormida, se despierta. Tiene otro bolso de mano, de color violeta.

Un asiento desocupado en medio de los dos.

NATALIA. Soñé con mamá... Estaba acostada en una sala blanca, muy luminosa. La iban a operar. Ella me miraba y me guiñaba un ojo. Después se dormía. Veía cómo le cortaban el pecho. Pero no salía sangre. Le despegaban la piel, la carne, y de pronto se quedaban paralizados, sin saber qué hacer. Tenía el corazón bordado, en punto festón, con hilo perlé, dorado. Uno de los médicos se ponía a tocar un bongó y todos bailaban. Una rumba, creo. Entonces aparecía Carola, me tomaba de la mano y me tironeaba hasta llevarme al jardín. Me mostraba cómo había cavado una fosa enorme ella solita con una pala de juguete, y había sacado el limonero. “Después lo vuelvo a plantar, mami” me decía, “pero antes, en el fondo, la acostamos a la abuela, para que duerma fresquita”. Entonces yo corría, corría. Hasta llegar a la casa

antigua. Y abría las puertas, los cajones de los muebles. Estaban llenos de hojas. Hojas de paraíso, de plátano, de limonero. Verdes, amarillas, anaranjadas, rojas. No eran hojas secas. Buscaba las fotos, los álbumes, las tazas de té, las agujas de tejer, los manteles. Pero todo había desaparecido. Sólo había hojas. Hojas que salían de los cajones haciendo una danza que iba cubriendo la casa... Hasta que venía una ola inmensa y se tragaba todo.

HORACIO. Te ahorra el trabajo.

NATALIA. ¿Qué?

HORACIO. El sueño. Te ahorra el trabajo de tener que decidir qué hacer con todas las cosas que te dejó tu madre. Las que tu abuela le dejó a tu madre. Las que la abuela de tu madre le dejó a tu abuela. Y así, sucesivamente. *(Pausa.)* ¿Querés? *(Le tiende el vaso.)*

NATALIA. ¿Qué es? ¿Café?

HORACIO. Gaseosa.

NATALIA acepta. Toma un trago.

HORACIO. Nunca entendí por qué no se fue a Cuba.

NATALIA. Dos veces lo intentó. Y las dos veces la abuela se enfermó.

HORACIO. Pero cuando tu abuela murió.

NATALIA. *(Con tono de reproche.)* Ya estaba con vos. Y no quería ir sola.

HORACIO. Ella sabía que a mí viajar no me vuelve loco. Pero yo no tenía ningún problema en que se fuera sola.

NATALIA. Habrá tenido miedo.

HORACIO. ¿Miedo? ¿Ella? ¡Qué disparate!

NATALIA. De enamorarse demasiado de ese país y no poder volver.

Silencio.

HORACIO. ¿Ya elegiste el lugar?

NATALIA. No todavía. Me fijé en los folletos. Hay varias playas que parecen más desoladas, más vírgenes. Me gustaron las fotos de Cayo Largo, y de Santa Lucía. ¿Querés ver? *(Le devuelve el vaso. Rebusca en su bolso.)*

HORACIO. No tengo ganas de mirar. El mar es el mismo. En todos lados.

NATALIA. Sí, pero no es cuestión de ir a cualquier lugar. Creo que tiene que ser “un lugar especial”. Me gustaría llegar y buscar una señal, una forma en la arena, una luz diferente en el agua, algo que me indique que es ahí. Una brisa que dibuje algo semejante a lo que podría ser la huella de sus pies volando.

HORACIO. Mirá Natalia, yo quisiera hacer esto lo más rápido posible. Si querés que lo haga-

mos juntos, tratá de que apenas lleguemos, lo resolvamos y listo.

NATALIA. ¿Qué? ¿Vas a llegar y te vas a volver?

HORACIO. No me entusiasma mucho conocer Cuba. *(Pausa.)* Dejo cosas pendientes acá. *(Busca justificarse.)* Estoy probando sistemas nuevos, tengo clientes a los que no puedo colgar y

NATALIA. Podrías ayudarme ¿no?

HORACIO. ¿Yo? Sos vos la que busca signos mágicos. A mí me da lo mismo hacerlo en cualquier lado.

NATALIA. ¿No podemos buscarlo juntos?

HORACIO. Dijiste que necesitás estar sola.

NATALIA. Bueno, tengo mucho tiempo después para eso. Por algo mamá quiso que viajáramos los dos.

HORACIO. Sabés que no quería hacer este viaje.

NATALIA. ¿Por mí?

HORACIO. ...

NATALIA. Decilo. Animate. Decí que no me soportás. Que me aguantaste porque era su hija. Que si yo no hubiera existido, hubiese sido todo mejor para vos. Animate a decirlo. No me vas a sorprender. Lo sentí toda la vida. *(Estallando.)* ¡Quedate! ¡No quiero irme con vos! ¡Me voy sola! ¿Pero sabés qué? *(Duda, mira hacia todos lados, repara en el vaso que sostiene HORACIO. Se lo quita, mira adentro, se toma de un trago el contenido. Abre su bolso, saca el pañuelo de Horacio. Seca el vaso. Después saca la urna, y en silencio, con lágrimas en los ojos, apretando los carrillos, empieza a trasvasar las cenizas al vaso.)*

HORACIO. *(Atónito, sin poder creer lo que está viendo.)* ¿Qué estás haciendo...?

NATALIA. Me la llevo. No toda. Porque sé que te quería también. Y la cuidaste hasta el último momento. Estuviste cerca suyo. *(Le tiende el vaso.)* Hacete cargo de tu parte. La que me corresponde la voy a tirar al mar. Voy a cumplir su último deseo. ¡Y ojalá reencarne en una mulata y pueda bailar libre por toda la eternidad!

HORACIO queda paralizado.

NATALIA. *(Lo obliga a agarrar el vaso.)* La urna me la llevo yo. Es más segura para el viaje.

HORACIO. Estás loca.

NATALIA. *(Desafiante.)* ¡Sí, estoy loca! *(Pausa. Se desarma.)* Estoy herida. Tengo clavado un alfiler, acá, entre las costillas. Un alfiler chiquito de cuando papá se fue. *(Pausa.)* Cuando llegaste, tan alto, tan hermoso... diez años tenía, y muchas fotos de Brad Pitt pegadas en mi diario, sentí que se me anesthesiaba el pinchazo. Que mamá era una genia al haber logrado enamorarte con quince años menos que ella. Hasta sacó el poster del Che que tenía en su

pieza para que no te intimidara. *(Pausa.)* Eras para las dos. No venías a separarnos, sino a formar una familia. Pero no fue así. Te pregunté si podía decirte “papá”, pero me dijiste que no correspondía. Y el alfiler clavado volvió a doler. Después, conocí a Iván. Estaba a salvo. Podía armar mi propia familia. Como un patchwork. Ahora ya no quiero sacar la cuenta de los pinchazos. Tengo un alfiletero en el lugar del corazón.

HORACIO. Natalia... Yo... No es que no te soportara. Era que... Te veía crecer. Tanto. Tus ojitos de nena mirándome. En tu cuerpo de mujer. *(Pausa.)* No quería mirarte. Eso. Prefería estar lejos... Si una imagen tuya atravesaba mi pensamiento, debía eliminarlo, de raíz. Amé a tu madre, primero con pasión, después con devoción, con respeto. No podía permitirme fallarle, ni fallarme. Y creo que... lo que me salía era esto. Una postura rígida, irónica. Yo, no quería pelear, ni burlarme. Quería estar lo más lejos posible. Cuando llegó Iván y después nació Carola, fue un alivio. Un gran alivio. Y ahora...

NATALIA lo mira consternada. Intenta hablar. No puede. Aprieta la urna. Baja la cabeza, se queda con la mirada perdida.

Largo silencio.

NATALIA. Mamá... ¿Sabía?

HORACIO. No.

Otro largo silencio.

NATALIA. *(Con seguridad.)* Sí. Mamá sabía. Siempre supo.

Quedan los dos mirándose.

NATALIA. Cuando te conocí, yo estaba enamorada de un compañero de la escuela que no me daba ni cinco de bolilla. Y en mi diario ponía cosas como “Hoy llevó una pelotita de goma.” “Se comió tres chicles” “Se le enganchó el dobladillo del delantal en el banco”. El día que mamá te llevó la computadora, hubo paro docente, por eso fui con ella. “Es un genio de la computación” me dijo y cuando te vi, te imaginé entrando y saliendo de cada máquina en forma de humito, como si cada una fuera la lámpara maravillosa. Volví feliz. Le dije que iba a escribir en mi diario que había conocido al muchacho más inteligente, al más hermoso, al más parecido a Brad Pitt. Y ella me dijo que eras muy grande, que en todo caso estabas más para ella que para mí. Se rió, buscó un disco de Liuba María Hevia “La vida es como un duende” cantaba, y se puso a bailar. Me tendió las manos invitándome. Me fui corriendo a mi pieza, tragándome las lágrimas, busqué mi diario y escribí: “¡Odio a mi mamá!”. *(Pausa.)* Después, cuando vos y

ella... bueno, decidieron tomarse las cosas en serio, yo arranqué esa hoja, intenté inventarte una cara de padre. Aunque no me la hacías nada fácil. *(Pausa.)* No pensaba decírtelo. Nunca. Era mi secreto.

HORACIO. Nati... ¿Vos decís que tu mamá...

NATALIA. *(Señalando el vaso.)* Dame.

HORACIO. ¿Qué vas a hacer?

NATALIA. La voy a volver a su lugar. *(Vuelca el contenido en la urna. La deja en la silla, entre los ramos de flores.)* ¿Vas a viajar?

HORACIO. *(Duda un instante.)* Sí.

NATALIA. Tenés que volverte enseguida.

HORACIO. Lo puedo manejar.

NATALIA. ¿Me vas a ayudar a buscar el lugar?

HORACIO. Lo voy a... intentar.

NATALIA. Tal vez mamá nos mande algún chichiricú que nos ayude a encontrarlo.

Se miran.

El tiempo se detiene.

Por altoparlante una voz anuncia la partida del vuelo.

Cada uno toma un ramo de flores. Salen los dos, apurados.

La urna queda sobre la silla. Solita. Iluminada.

Pasan unos instantes.

Vuelven.

HORACIO toma la urna, mientras NATALIA abre su bolso de mano.

Se miran, arrobados.

LENTAMENTE BAJA LA LUZ

QUERÍA QUE QUISIERAS

Carolina Sturla (Ciudad Autónoma de Buenos Aires.)

carolinasturla@gmail.com

PERSONAJES

GREGORIO

MANUELA

Living-comedor de un moderno y muy bien decorado duplex donde viven MANUELA y GREGORIO. Hay colgadas guirnaldas, globos y un cartel que dice “Bon Voyage”. También hay vasos, copas, botellas vacías y otros restos que señalan que hubo una fiesta.

Junto a la puerta de entrada hay una gran valija y un estuche de un teclado.

MANUELA recorre el espacio juntando copas, lleva tres enganchadas en los dedos, cada vez que junta una se toma el fondito de champagne, intentando sacar hasta la última gota.

Se abre la puerta de entrada al departamento, entra GREGORIO. MANUELA apoya rápidamente las copas sobre una pequeña mesa junto a la puerta y se abalanza sobre GREGORIO, quien queda entre ella y la puerta. MANUELA besa a GREGORIO en la cara con torpeza.

MANUELA. Al fin se fueron...

GREGORIO. Tus invitados.

MANUELA. Nos dejaron solos.

GREGORIO. Me estás clavando el picaporte.

MANUELA lo besa e intenta sacarle la remera.

GREGORIO. Ordenemos, sino mañana te vas a quejar que te quedó todo a vos.

MANUELA. Qué importa, no vas a estar para escucharme. Mañana, *au revoir mon amour*, el mundo es tuyo, vos sos del mundo, pero lo que queda de esta noche sos mío.

GREGORIO la aparta suavemente.

GREGORIO. Estoy molido, Manu. No me mires así, vos te lo buscaste.

MANUELA. ¿Me lo busqué?

GREGORIO. Te pedí queuviéramos una última noche solos para despedirnos, y a vos se te da por organizar una fiesta.

MANUELA. Lo hice por vos, para que no te vayas sin despedirte de tanta gente que no llegaste a ver.

GREGORIO. La mayoría eran compañeros tuyos de trabajo.

MANUELA. Te conocen más que tus propios amigos, me la paso hablando de vos.

GREGORIO comienza a juntar vasos que apila y acomoda dentro de una gran bandeja.

MANUELA toma su teléfono celular y sin ser vista por GREGORIO escribe, luego se lo mete en el bolsillo.

Suena el teléfono de GREGORIO.

MANUELA. ¿Quién te escribe a esta hora?

GREGORIO encoge los hombros y toma de su bolsillo su teléfono celular.

GREGORIO. *(Leyendo un mensaje.)* ¿Qué me mandás?

MANUELA. Una propuesta indecente.

GREGORIO sonríe y continúa ordenando.

MANUELA. Antes te mandaba un mensaje así y te morías, te escapabas antes de tu ensayo y venías corriendo a estar conmigo, ahora me preguntás por qué te mando eso. El paso del tiempo.

GREGORIO. No seas ridícula.

MANUELA sin ser vista por GREGORIO saca una foto de su escote con su teléfono celular y se lo manda. Suena el teléfono celular de GREGORIO.

GREGORIO mira a MANUELA y luego al teléfono.

MANUELA. No es para que te rías, sabés lo que tenés que hacer.

GREGORIO. Esto me lo tenés que mandar cuando esté en París, no cuando estamos en el mismo ambiente.

MANUELA. ¿Si no te caliento a dos metros, qué efecto voy a tener a miles y miles de kilómetros?

GREGORIO. La distancia.

MANUELA. Me haces mendigar Gregorio, todo el tiempo.

GREGORIO se va en dirección de la cocina con la bandeja llena de vasos.

MANUELA trae una bolsa, de las negras grandes.

*MANUELA descuelga de un salto el cartel que dice “Bon Voyage” y lo rompe en pedacitos.
GREGORIO vuelve con una bolsa de consorcio grande.*

GREGORIO. ¿Qué hiciste?

MANUELA. ¿Lo querías guardar?

GREGORIO. No, pero así roto parece un mal presagio.

MANUELA. Ahora sos supersticioso.

GREGORIO levanta los pedazos del cartel del piso, MANUELA lo ayuda.

GREGORIO. Es que anoche tuve ese sueño otra vez. Cientos de cabezas humanas gritan mi nombre, abro la boca pero no salen las palabras, mis dedos están inmóviles frente a un piano, todas las teclas son negras, la partitura también negra, no recuerdo la melodía que tengo que tocar, todo estaba desordenado en mi cabeza.

MANUELA. Los nervios del viaje.

GREGORIO. Ahí aparece la Medusa, todas la cabezas bajan la mirada para no verla a los ojos, yo no. La miro pero antes de verle la cara me despierto. Y si una vez que estoy allá, ¿me va mal?

MANUELA. Te va a ir bien, sos el mejor, mi amor, ya sabes.

GREGORIO. En el sueño estoy paralizado, no puedo hacer nada.

MANUELA. Es un sueño nada más. Abrí, la bolsa.

GREGORIO. Pero si se repite, algo tiene que significar.

MANUELA. ¿A mí me preguntás? Vos sos el que va al psicólogo.

GREGORIO sostiene la bolsa, MANUELA mete un par de botellas y papeles. Hay paquetes de regalos, tarjetas, chocolates.

MANUELA. No entiendo por qué la gente te regala chocolates y tanta pavada, qué se piensan, ¿que te vas a llevar todo esto a París? Me los voy a terminar comiendo todos yo y cuando vuelvas voy a estar con cinco kilos de más, todo culpa de tus chocolates. *(Pausa.)* Bueno, si es que volvés...

MANUELA. *(Con un chocolate en la mano.)* Acá hay uno que tiene raspadita, esos que tienen un mensaje sobre el futuro.

GREGORIO. Nunca le pegan esas cosas.

MANUELA. Lo que diga esta raspadita es lo que va a pasar. (*MANUELA raspa el chocolate y se queda mirando el mensaje.*) No puede ser.

GREGORIO. Son pavadas inventadas por un empleado de una multinacional con poca creatividad.

MANUELA. (*Lee.*) “Las distancias se agrandan entre tú y tu amor, quizás para siempre”.

GREGORIO. Sí, claro, dice eso.

MANUELA le pone el papel con el mensaje frente a los ojos de GREGORIO.

MANUELA. El chocolate sabe todo.

GREGORIO. Casualidad.

MANUELA. No es casualidad. ¿Sabés lo que es casualidad? Haber salido esa noche solo porque Pili me forzó a que la acompañe y haberte conocido en ese bar,irme sin que me pidas el teléfono para el lunes siguiente encontrarte con cara de dormido y tu teclado en el subte. Lo que dice el chocolate en cambio, es el destino.

GREGORIO se acerca a MANUELA y la abraza.

GREGORIO. Tratá de ser positiva, pensá lo rápido que se pasaron estos últimos seis meses, casi sin darnos cuenta, así de rápido van a pasar los próximos seis.

MANUELA. ¿Y si no volvés?

GREGORIO. ¿Por qué pensás que no voy a volver?

MANUELA. Yo tengo que saber, necesito hacer cálculos. Los óvulos se me secan, mes a mes. Escucho el tic tac, tic, tac, como una bomba a punto de estallar. Vos no entendés, si te vas seis meses y después no volvés porque decidís enamorarte de una parisina flaca de esas que usan boina y fuman cigarrillos finitos. Yo voy a perder seis meses de mi vida esperándote, más un año *aprox* que me va a llevar recuperarme y empezar a salir otra vez. Ahí ya voy a tener casi treinta y tres años. Si tengo suerte conozco a alguien más o menos decente, un año o dos de relación mínimo y quizás ya es tarde, el tiempo se me pasó. Tic, tac, tic, tac... O peor vuelvo soltera y despechada a lo de mi mamá, a ese pueblo del que quizás nunca me tendría que haber ido, porque si no me hubiera ido seguro ya estaría casada con algún chacarero de la zona, tendríamos cuatro hijos los cuales mandaríamos con esfuerzo a un colegio privado y yo sería de esas madres que no tienen ni un minuto para pensar si están conformes o no con su vida porque se pasan el día llevando y trayendo chicos. En nuestro décimo aniversario mi marido chacarero para levantarme el ánimo, me va a llevar a París y ahí te voy a ver, sentado con tus aires de músico fascinante en un banco de esos que están en Champs Elysees con una parisina flaca que usa boina y fuma cigarrillos finitos. Nos vamos a mirar y vamos a ser

dos extraños porque nunca nos conocimos. Yo voy a envidiar a esa parisina flaca por estar al lado tuyo pero vos ni vas a reparar en mí.

GREGORIO. Vamos a dormir.

MANUELA. Prometeme que no te vas a enamorar de esa parisina flaca que usa boina y fuma cigarrillos finitos.

GREGORIO. Te lo prometo.

MANUELA. ¿Cómo sé que no me estás mintiendo?

GREGORIO. Porque es un cliché y sabés que no me gustan los clichés.

MANUELA. Sí, ya sé. Quizás entonces, sea una parisina gorda que no toma vino ni come queso.

GREGORIO. Tampoco va a pasar.

MANUELA. ¿Cómo podés estar tan seguro?

GREGORIO. Porque el cliché es que París es la ciudad del amor y hay que enamorarse.

MANUELA. ¿Dónde te enamorás vos?

GREGORIO. Acá en Buenos Aires.

MANUELA. ¿De quién?

GREGORIO. De una contadora un poco loca, que es mala haciendo cuentas y peor haciendo balances y proyecciones.

MANUELA. Pero te gusta porque no es ningún cliché.

GREGORIO. Sí. Vamos a dormir, Manu, es muy tarde.

MANUELA. En menos de dos horas te viene a buscar el taxi. Si dormimos, cuando nos despertemos ya te vas a tener que ir y no vamos a tener más tiempo.

GREGORIO. Hablás como si fuera el fin del mundo.

MANUELA. Es el fin de este mundo como lo conocemos. ¿Hacés café, por favor? Tengo sueño y no me quiero dormir.

GREGORIO sale en dirección de la cocina.

MANUELA lo ve salir, se saca su corpiño maniobrando por debajo de su remera, un corpiño de encaje negro. Va hacia la valija junto a la puerta, la acuesta sobre un lado, la abre, mete el corpiño en el fondo. Cierra la tapa cuando está a punto de agarrar el cierre, vuelve a abrirla, la revisa. Huele alguna prenda, mete la mano en el bolsillo de la tapa, saca ropa interior masculina, separa una y se la queda. Sigue revolviendo el bolsillo, siente algo en el fondo, palpa, saca una caja de preservativos, luego otra y otra. Los observa, no puede creer lo que ve. Se escuchan pasos que se acercan, cierra rápido la valija y se incorpora. MANUELA esconde los preservativos y la prenda debajo del almohadón de un sofá. GREGORIO entra con una bandeja con tazas y café.

GREGORIO. Hice de filtro, bien negro. Tendría que haber tocado unos temas hoy. ¿No?

MANUELA no contesta, lo mira fijo.

GREGORIO. Seguro que todos estaban esperando que tocara. Me vendría bien estirar los dedos un poco, con el vuelo seguro se me hinchan y entumecen.

MANUELA. ¿Por qué no me dejaste ayudar con las valijas?

GREGORIO. ¿Cortado, no?

MANUELA. Te pregunté algo.

GREGORIO. No sé, no se me ocurrió pedirte.

MANUELA. Siempre que viajás te las armo.

GREGORIO. No quería que te pongas mal.

MANUELA. Vos ponés cosas que después no necesitás.

GREGORIO. ¿No querías café?

MANUELA. ¿Qué escondés?

GREGORIO. Nada.

MANUELA. Eso significa que si reviso cada rincón de tu valija no voy a encontrar nada raro.

GREGORIO. No te pongas pesada. *(Le acerca la taza de café.)* Tomá.

MANUELA lo ignora, se acerca a la valija, se sienta a caballito sobre ella y acerca la mano al cierre.

GREGORIO. Me tenés que dar el candado no te olvides.

MANUELA. No cambies de tema Gregorio, esta vez no es como cuando te amenazó con hacer algo y vos me decís que no tenés problema con que lo haga solo para que yo te tenga confianza y termine no haciéndolo.

GREGORIO. Está todo listo Manuela, no te vas a poner a revolver ahora.

MANUELA. *(Saliendo de arriba de la valija y acercándose al sillón donde está GREGORIO.)*
No hace falta, ya vi todo.

Mete la mano debajo del almohadón del sillón y saca una caja de preservativos, se la muestra a GREGORIO.

GREGORIO. ¿Y eso?

MANUELA. Son forros, Gregorio, preservativos, profilácticos. ¿Ahora me vas a decir que no sabés qué son?

GREGORIO. No seas irónica.

MANUELA. ¿Qué te pensás que en París no venden?

GREGORIO. No está bien lo que hiciste Manuela, andar revisándome mis cosas.

MANUELA. Sabés que te reviso todo.

GREGORIO. No te conozco, te miro y pienso qué hizo esta chica que tengo en frente con mi novia linda y amorosa.

MANUELA. No te hagas el ofendido, buscate otra estrategia. Inventá que te los regalaron, que te los trajo Marcos, ese amigo desagradable que tenés que lo único que piensa es en sexo, inventá que los metió un hada madrina, que quedaron ahí de otro viaje que hiciste conmigo, que los compraste para inflarlos y decorar con globos tu nuevo departamento, pero no te hagas el distraído y cambies de tema, buscate otra estrategia.

GREGORIO. Los compré yo. ¿Ok?

MANUELA. ¡Ya sé que los compraste vos! Lo que no entiendo es por qué me estás manteniendo esta farsa de que te vas pero seguimos juntos si ya tenés todo tan planeado y no tenés ni la decencia de gastar unos euros para serme infiel en París. ¿Por eso los compraste no? Pensaste que allá iban a estar más caros.

GREGORIO. Manu, no significa nada.

MANUELA. Para mí significa un montón.

MANUELA le sacude con la caja a GREGORIO.

MANUELA. Tomá, llevatela, ahorraste unos euros.

GREGORIO. Son seis meses. ¿Qué esperabas?

MANUELA. *(Sacude con bronca las otras cajas.)* ¿Qué esperaba? ¿Qué esperaba? Fidelidad, pero parece que no aguantás ni hasta el aeropuerto.

GREGORIO. La monogamia está sobrevalorada. ¿Cuántas veces lo hablamos? Nos obliga a hacer lo que no queremos y a no hacer lo que sí queremos.

MANUELA. Una cosa son las ideas, otra cosa distinta es la práctica y, otra cosa muy pero muy distinta es que me refriegues la práctica en la cara.

MANUELA se toma de la muñeca izquierda e intenta desatarse una pulsera de cinta colorada un poco desteñida y sucia que tiene atada en la muñeca, idéntica a una que lleva GREGORIO en su muñeca. El nudo está duro, intenta con la boca desatarlo. No puede.

MANUELA. Tomá, llevate esto también, no lo quiero. No quiero nada tuyo. No puedo. Sacámela, sacámela.

GREGORIO. Nuestra pulsera.

MANUELA. Sacámela, te digo.

GREGORIO obedece y le desata la cinta, se la entrega.

MANUELA. Quedátela vos, ponete las dos vos, a mi nadie me va a envidiar en estos próximos meses.

GREGORIO. No te pongas así, Manu. Yo te quiero. ¿No es eso lo más importante de todo?

MANUELA. Sí. No. No sé...

GREGORIO. No me gusta verte así. Mirá, agarramos todas estas cajitas (*Toma las cajas de preservativos.*) y las tiramos con todos los restos de esta fiesta, a la basura, como si no existieran. ¿Te quedás más tranquila así?

MANUELA se para y va hacia el mueble de la entrada.

GREGORIO. ¿A dónde vas?

MANUELA saca del mueble una notebook, se sienta en el sillón con la notebook sobre su falda.

MANUELA. Tenés razón, seis meses es mucho tiempo.

GREGORIO. No entiendo.

MANUELA. Que me equivoqué.

MANUELA abre la notebook.

GREGORIO. ¿Qué hacés?

MANUELA. Compro un pasaje. En una semana puedo arreglar todo, quince días más tardar, pongo en alquiler el departamento, dueño directo se alquila en un toque; renuncio a mi trabajo o quizás me den una licencia, mi jefe se muere si me voy; cambio mis ahorros por euros y voilá, a París.

GREGORIO. (Se incorpora, nervioso.) Manu, sabés que me encantaría que vengas conmigo pero ya tomaste tu decisión.

MANUELA. ¿Y qué? ¿Por qué hay que ser tan terminantes con las decisiones? Se puede cambiar.

GREGORIO. ¿Para que estés después enojada allá porque lo único que conseguís es un trabajo mal pago de moza?

MANUELA. Acá hay uno a buen precio, doce mil pesos, seis cuotas.

GREGORIO. ¿Para reprocharme todos los días que al final después de años criticándola ter-

minaste haciendo lo mismo que tu mamá, dejar tu vida profesional para seguir a un hombre?

MANUELA. No, no me gusta.

GREGORIO. ¿Ves? Tengo razón, vas a estar allá y te vas a arrepentir.

MANUELA. No, no es eso, tiene una escala como de diez horas en Bogotá. Prefiero pagar más y que sea directo. Acá hay uno mejor por catorce mil. ¿Me traés mi pasaporte?

GREGORIO. Pará un poco, no estás pensando con claridad.

MANUELA. Y mi billetera también o sacá la tarjeta de crédito directo.

GREGORIO le saca la notebook y la cierra.

GREGORIO. Son las seis de la mañana, no se toman buenas decisiones a esta hora.

MANUELA. ¿No querés que vaya?

GREGORIO. No, no es eso.

MANUELA. Entonces, dame la computadora.

GREGORIO. ¿Qué vas a hacer en París?

MANUELA. Muchas cosas.

GREGORIO. Yo voy a estar todo el día en el conservatorio o estudiando.

MANUELA. Siempre quise aprender francés y de paso ya que estamos ahí tan cerca, podemos llamar a la cigüeña.

GREGORIO. ¿Qué? Ya lo hablamos, todavía no estoy listo para llamar a nadie.

MANUELA. Pero yo sí y la naturaleza es sabia, tenés nueve meses para hacerte a la idea.

GREGORIO. ¡Basta Manuela!

MANUELA. Es un plan perfecto.

GREGORIO. Perfecto para vos.

MANUELA. Para los dos.

GREGORIO. No.

MANUELA. ¿Por qué?

GREGORIO. Porque...

MANUELA. ¿Porque querés ir solo?

GREGORIO. No, no es eso.

MANUELA. Querés ir solo.

GREGORIO. No.

MANUELA. ¡Decime por qué entonces!

GREGORIO. Porque...

MANUELA. ¿Qué, Gregorio, qué?

GREGORIO. ¡Sí, quiero ir solo!

Pausa.

GREGORIO. No me mires así, no me quieras hacer sentir culpable ahora. Esta decisión la tomamos juntos, vos leíste sobre la beca, me ayudaste a completar los papeles, me acompañaste a la embajada, hasta me buscaste el departamento para vivir allá, no entiendo todo este planteo a horas de tomar el avión.

MANUELA. No pensé que te fueran a elegir.

GREGORIO. ¿Qué?

MANUELA. Pensé que con esto te ibas a sacar de la cabeza esa idea de irte a vivir afuera un tiempo, si te rechazaban te ibas a olvidar de todo.

GREGORIO. ¿No pensaste que me fueran a elegir? ¿Y todo eso que siempre me decís que soy el músico más talentoso de mi generación?

MANUELA. Ay Goyo, soy contadora, qué puedo saber de música.

Pausa.

GREGORIO. Él me decía que yo no tenía ningún talento, que mejor estudiara una carrera seria, abogacía, no se necesita talento para eso.

MANUELA. No me compares.

GREGORIO. Una pérdida de tiempo decía, andar con el pianito de acá para allá.

MANUELA. No te victimices con eso.

GREGORIO. Nunca me fue a ver tocar.

MANUELA. Yo voy siempre.

GREGORIO. Si ahora supiera, que me estoy yendo a París, elegido entre muchos, me eligieron entre cientos.

MANUELA. Sí, ya se. Tu papá seguro estaría tan orgulloso como yo.

GREGORIO. *(Como teniendo una revelación.)* ¡Es él! Él es la Medusa que paraliza. Siempre emitiendo opiniones, con su vida chiquita, segura y chiquita, hasta que un día se le terminó.

MANUELA. ¿Me dejás explicarte lo que quise decir?

GREGORIO. Él llegaba a casa, ya no podía tocar, le perturbaba escuchar el piano. Ni bien ponía la llave en la puerta, mamá venía y me decía “llegó tu padre”, ahí tenía que cortar, guardar el teclado abajo de la cama. Era eso o escuchar su crítica constante, porque no sabía tocar ni la flauta dulce pero de todo era un entendido y criticar era su especialidad. Nunca me escuchó tocar. Contador como vos, tampoco sabía de música.

GREGORIO se va en dirección del baño, se mete y cierra la puerta de un portazo. MANUELA se acerca a la puerta, golpea. No hay respuesta. Vuelve a golpear.

MANUELA. ¡Abrime Goyo! Dale, mi amor, abrí. ¿Me abris? *(Pausa.)* Bueno, quedate ahí y me escuchás... No quise decir lo que dije. No te pongas mal. ¿Nunca te pasó de decir lo que pensás sin querer? Se me escapó... ¡Gregorio! *(Golpea la puerta.)* Voy a entrar. *(Golpea nuevamente la puerta.)* Quiero verte la cara, no me gusta hablar con la puerta. Permiso. *(Manotea el picaporte e intenta entrar pero la puerta está trabada.)* Bueno, está bien, me quedo acá. ¿Me escuchás? ¿Al menos me escuchás? Yo cuando te vi tocando el piano en ese sótano de mala muerte la noche que nos conocimos, casi me caigo, ahí nomás me enamoré. Bueno, es verdad que había tomado un montón, pero eso no tuvo nada que ver. Entre todos esos músicos frustrados, para mí eras el mejor. Te super destacabas, eras el más lindo de todos. No es que pensara que sos malo y que no te podían elegir, pero pensé “se va a postular un montón de gente, músicos súper talentosos de todo el continente, eligen tres, flor de casualidad si justo te eligen a vos”... O sea, no casualidad, destino... Quiero decir ¡Talento! ¿Goyo, me entendés? *(Pausa.)* ¿Vos te creés que yo soy el tipo de mujer que saldría con un músico? No, para nada. Sabés que en general me caen bastante mal, esa manía de hacerse los inspirados, de pensar que lo de ellos es trascendental pero que hacer un balance contable de fin de año es insignificante. Eso de creerse que van contra el sistema por “hacer arte” pero en el fondo su sueño es vender discos y llenar un estadio. ¿Qué diferencia hay entre eso y trabajar para una multinacional como yo? No lo digo por vos, lo digo por tus amigos, algunos de tus amigos, vos sabés cuales. Para mí vos sos todo, todo, el mejor. ¿No te vas a quedar con una cosa que dije así al pasar por enojo? ¿No? *(Pausa, se angustia.)* ¿Por qué llegamos a esto, Goyo? Con una puerta que nos separa. ¿Por qué? *(Pausa.)* No me quiero quedar sola. Tengo pánico a quedarme sola. Pienso en eso todo el tiempo, desde que salió lo de tu beca. Ya me lo veo venir, la mirada de lástima de mis amigas, primero la pregunta constante si tengo novedades tuyas y después cuando me dejes y no vuelvas, van a empezar, que si conocí o salí con alguien. A veces cuando vos te vas de gira, practico cómo sería estar sola otra vez, duermo en diagonal en la cama, me cuesta porque prefiero usar solo mi lado. El otro lado siempre está frío y a mí me agarra una cosa, un vacío, terrible. Si tuviéramos un hijo, nunca más me sentiría sola. Un hijo en París, ¿no te encantaría?

Se abre la puerta sale GREGORIO, tiene una revista Rolling Stone debajo del brazo. MANUELA lo mira expectante.

GREGORIO. No me gusta que me hables cuando estoy en el baño, mil veces te lo dije.

MANUELA se queda paralizada.

MANUELA. Pero...

GREGORIO. ¿Dónde quedó mi pasaporte?

MANUELA. ¿Eh?

GREGORIO. Que dónde quedó mi pasaporte.

MANUELA. Ah. En el cajón derecho de la mesita.

GREGORIO va hacia la mesa de la entrada y saca el pasaporte, lo mete en una mochila, comienza a preparar las últimas cosas antes de partir. MANUELA se interpone en su camino y no lo deja avanzar.

GREGORIO. Me dejás terminar, en media hora llega el taxi.

MANUELA. ¿Alguna vez vas a querer?

GREGORIO. ¿Qué cosa?

MANUELA. ¿Tener un hijo conmigo?

GREGORIO. ¿Es necesario esto ahora? Me estoy yendo seis meses.

MANUELA. Por eso, necesito saber.

GREGORIO. ¿No podemos seguirla a la vuelta?

MANUELA. No podemos.

GREGORIO. Tengo sueños cargados de fantasmas, él se me aparece todo el tiempo aunque casi no lo recuerdo. Me estoy olvidando de todo.

MANUELA. ¿De qué estamos hablando ahora?

GREGORIO. De mi papá.

MANUELA. Pero si estás lleno de fotos.

GREGORIO. Su voz, su forma de caminar, sus manos, me las voy olvidando. Es ese dolor y a la vez el alivio que sentí el día que... ya sabés. Esa contradicción. Hasta que no solucione esto que me pasa con él no voy a poder ser buen padre.

MANUELA. ¿Te crees que no me doy cuenta lo que hacés? Me estás cambiando de tema, otra vez. Cortala con la mierda psicoanalítica.

GREGORIO. Vos me mandaste a la psicóloga.

MANUELA. Pensé que te iba a ayudar.

GREGORIO. Pensaste que te iba a ayudar a vos.

MANUELA. En cambio te dejó más paralizado que nunca. Hace más de diez años que se murió tu papá.

GREGORIO. Parece ayer...

MANUELA. Ay, Gregorio, por favor.

GREGORIO. Me tenés una confianza aterradora. ¿Y si fracaso? ¿Si no puedo ser buen padre?

MANUELA. No te estoy pidiendo que seas buen padre, te estoy pidiendo tener un hijo, una

hijita encantadora que sientes sobre tu falda mientras tocás el piano, y le cantes canciones, sólo eso, yo me ocupo de todo el resto.

GREGORIO. Escuchate Manuela, escuchá las cosas que decís.

MANUELA. ¿Qué tiene de malo? Yo no tuve un buen padre. ¿Y qué? Salí adelante. Estudié, me recibí, tengo un buen trabajo, tengo mi casa. ¿Qué problema me generó? ¡Nada! ¿O vos ves que tengo algún problema?

GREGORIO. ...

MANUELA. Contestame.

GREGORIO. Me dijiste que la cortara con la mierda psicoanalítica.

MANUELA. Ay Gregorio, sos tan obediente en todo que me volvéis loca. Todo, todo lo que yo digo, menos esto, y yo... yo soy buena, porque podría habértelo sacado, lo podría haber hecho a la fuerza como muchas, oportunidades no me faltaron, pero yo quería que quisieras. Fui una tonta.

GREGORIO. Estás totalmente loca.

MANUELA. Y vos sos un tibio. Siempre una excusa, nunca me decís ni que si ni que no. Me tenés acá esperando. La música es lo único que te importa pero ni siquiera por eso hacés algo, sólo te estás yendo a París porque yo te lo conseguí, si fuera por vos seguís tocando con esos músicos de cuarta en el sótano decadente que estabas el día que te conocí.

GREGORIO. Me voy, en media hora. ¿Así querés terminar esto?

MANUELA. No te vas a ir nada, porque sos un cobarde y subirte a ese avión solo es demasiado para vos. No vas a poder. Solo no vas a poder.

GREGORIO. No voy a estar solo. Hay un montón de gente en París.

MANUELA. ¿Y nosotros? ¿Y todo lo que queríamos?

GREGORIO. ¿Qué queríamos?

Pausa.

MANUELA. Todo lo que yo quería.

GREGORIO se encoge de hombros. MANUELA toma dos copas de champagne que tienen un fondito. Le extiende una a GREGORIO. GREGORIO la agarra un poco perplejo.

MANUELA. Brindemos por el fin.

GREGORIO sostiene la copa sin atinar movimiento. MANUELA la choca con fuerza, se toma el champagne. Le saca a GREGORIO la copa y toma su contenido también. MANUELA va hacia la ventana, apoya su cabeza contra el vidrio. Está amaneciendo. Mira hacia afuera.

MANUELA. Ya se están levantando.

GREGORIO. ¿Quiénes?

MANUELA. La familia que vive en el edificio de enfrente.

GREGORIO. (*Mientras arma su mochila con las últimas cosas.*) ¿Los candados?

MANUELA. Me gusta mirarlos. Lo primero que hace ella cuando se levanta es ir al baño, lo sé porque enciende la luz y se ve por la ventana. Después vuelve a su habitación y sube la persiana. A él, su marido, lo despierta con un beso, tiene suerte, nunca tiene que escuchar el despertador. Lo que sigue son los chicos, se sienta junto al varón que se llama Juan y lo sacude despacio, le canta “arriba Juan, arriba Juan, hay que ir a la escuela” y él le contesta medio dormido, se ríe. Después va a la más chiquita, Lola, la carga a upa todavía media dormida y la sienta en su sillita, lo primero que ve cuando logra abrir los ojos es su vasito de piquito. ¿Ves? Siguen todos en pijama, salvo el padre, que siempre aparece bañado y en traje, debe ser abogado. Vení, mirá. ¿Los conocés?

GREGORIO. No.

MANUELA. ¿Nunca te los cruzaste en la calle?

GREGORIO. No sé, no presto atención.

MANUELA. Yo sí, a veces bajo corriendo por las escaleras cuando veo que salen, para cruzármelos. Él toma el café de parado, les da un beso y se va. Ella se queda con los chicos, los viste, les pone los guardapolvos a cuadros, se pone las calzas y las zapatillas para ir a correr y salen. Son felices.

GREGORIO. Manu, en cualquier momento llega el taxi.

MANUELA. Quiero ver la mejor parte, ella se acerca a la chiquita, la sienta sobre su falda y le hace una trenza cosida.

GREGORIO. Parece que es tu tele-novela diaria.

MANUELA. A partir de hoy es lo único que tengo.

GREGORIO. ¿No es mejor mirar la tele?

MANUELA. En la tele no hay gente feliz.

GREGORIO se acerca a la ventana, se para junto a MANUELA, mira hacia afuera.

GREGORIO. En la vida real tampoco. Ella quiere separarse hace meses pero no tiene a donde ir. Está harta y aburrida. Él cada vez sale más temprano y vuelve más tarde para ir a un trabajo que odia pero peor es estar en su casa. La nena todavía se hace pis en la cama y a veces también en el jardín, los compañeritos se le ríen y siempre vuelve vestida con ropa de otros. Ella sale a correr todos los días porque en algún lugar tiene que quemar tanto odio y tedio.

MANUELA. ¡Basta!

Suena el portero.

MANUELA. Eso que dijiste es todo mentira. Un invento.

GREGORIO. Todo lo que vos dijiste también.

GREGORIO va hacia el portero que está en la cocina, se escucha apenas su voz atendiendo. Vuelve. MANUELA sigue mirando por la ventana, con su mirada clavada en el edificio de enfrente.

GREGORIO. Era el taxi. Me voy, Manu.

MANUELA. Me sacás todo. Soñaba con una nenita con pelo largo para hacerle una trenza cosida como esa de enfrente, yo la levanto a la mañana, le preparo la leche en su vaso con piquito. (*GREGORIO se acerca a MANUELA, le da un beso en la mejilla, ella ni se percata.*) Vos la hacés volar por el aire, ella se ríe a carcajadas, yo me hago la enojada porque va a llegar tarde al jardín y con la trenza desecha, pero es solo una pose, porque en el fondo me encanta que se diviertan juntos. Y vos la llevás al jardín, antes parás en un kiosco y le comprás caramelos. (*GREGORIO va hacia la puerta, se cuelga la mochila, agarra la valija, el teclado, abre la puerta. Mira a MANUELA. Sale. Se cierra la puerta.*) Y yo los miro desde la ventana, me saludan desde la vereda, les sonrío, los sigo con la mirada hasta que doblan en la esquina y desaparecen. Ese era mi sueño. ¿Era mi sueño? ¿De quién es ese sueño?

FIN

BOQUITAS

(SOBRE TEXTOS DE *BOQUITAS PINTADAS* DE MANUEL PUIG)

Gilda Bona (Ciudad Autónoma de Buenos Aires.)

gildabona@gmail.com

PERSONAJES

MUCHACHA

NENÉ

JUAN CARLOS

MABEL

CELINA

DR. MALBRÁN

LOCUTORA

LUISA DÍAZ PARDO

CRONISTA

MUCHACHA. Él me miraba siempre cuando yo pasaba por el bar, a casa de vuelta de hacer los mandados... Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita Tú eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte amén. Porque llueva y no se seque el pasto, porque mi abuela se cure, porque no vuelvan las langostas que se comen todo, porque no haya más plaga de tucura. ¡A los trece años, Santa María Madre de Dios, qué sabía yo lo que eran los hombres! Y desde entonces todos los días pedí que se muriese, y pido perdón de todo corazón que estoy arrepentida de haberle deseado la muerte a ese pobre muchacho que se murió ayer, que tanto odiaba...

LOCUTORA. El día sábado 18 de abril de 1947, a las 15 horas, Juan Carlos Jacinto Eusebio Etchepare dejó de existir. Junto a él se encontraban su madre y su hermana a quienes había venido a visitar en Semana Santa como todos los años, porque el comienzo del otoño era la época recomendada por los médicos para sus breves permanencias en Coronel Vallejos. No había dejado su habitación durante los últimos cuatro días debido a un profundo agotamiento físico. Al mediodía había comido con más apetito que de costumbre, pero un dolor agudo en el pecho lo despertó de su siesta, llamó a su madre a gritos y a los pocos instantes dejó de respirar, asfixiado por una hemorragia pulmonar.

El Dr. Malbrán llegó diez minutos después y lo declaró muerto.

NENÉ

Buenos Aires, 12 de mayo de 1947.

Estimada Doña Leonor:

Me he enterado de la triste noticia por la revista Nuestra Vecindad y después de muchas dudas me he atrevido a mandarle mi más sentido pésame por la muerte de su hijo. (Pausa.) Yo soy Nélida Fernández de Massa, me decían Nené. ¿Se acuerda de mí? Ya hace bastantes años que vivo en Buenos Aires, poco tiempo después de casarme nos vinimos para acá con mi marido, pero esta noticia tan mala me hizo decidirme a escribirle algunas líneas a pesar de que ya antes de mi casamiento usted y su hija Celina me habían quitado el saludo. Pobrecito Juan Carlos ¡qué en paz descanse! La última vez que lo vi fue como hace nueve años. (Pausa.) Yo señora no sé si usted todavía me tendrá rencor, yo de todos modos le deseo que Nuestro Señor la ayude. (Pausa.) Pese a los cuatrocientos setenta y cinco kilómetros que separan Buenos Aires de Coronel Vallejos, en este momento estoy a su lado. Aunque no me quiere déjeme rezar con Usted.

Nélida Fernández de Massa

CELINA. *(Murmura.)* Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre, venganos él Tu reino, hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy, y perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal, Amén...*(Alto.)* Pero no puedo conformarme, no puedo, Jesús, porque él no tuvo la culpa de nada, fue todo por culpa ajena, mi hermano era bueno, y ahora estamos solas mamá y yo, y cuando una enfermedad viene por voluntad del destino es distinto, pero cuando viene porque alguien la provoca entonces yo no me puedo conformar: si aquella no lo hubiese tentado y tentado esto no habría sucedido. Jesucristo, yo pido que se haga justicia, que esa mujer tenga su merecido. ¡Un muchacho débil, resfriado, y ella lo hacía quedarse en ese portón horas y horas, hasta la madrugada, lo hacía quedarse con sus malas artes! Yo pido que pronto esa mujer tenga su merecido, porque si no, no voy a poder seguir viviendo del odio que le tengo, y que nunca se me cruce en mi camino porque no respondo de mis actos ¡Que el cielo no lo permita! ¡No quiero saber dónde está, si vive o está muerta! Pero que no se me cruce en mi camino porque la voy a despedazar.

NENÉ

Buenos Aires, 24 de mayo de 1947

Querida Doña Leonor:

¡Qué consuelo fue recibir su carta de contestación! La verdad es que no me la esperaba, creía que Usted no me iba a perdonar nunca. Su hija Celina en cambio veo que me sigue despreciando, y como Usted me lo pide le escribiré a la Casilla de Correo, así no tiene discusiones con ella. (Pausa.) Señora...Yo estoy tan triste, no debería decírselo a Usted justamente, en vez de tratar de consolarla. Pero no sé cómo explicarle, con nadie puedo hablar de Juan Carlos, y estoy todo el día pensando en que un muchacho tan joven y buen mozo haya tenido la desgracia de contraer esa enfermedad. (Pausa.) Yo sabía que él estaba enfermo, que había ido de nuevo a las sierras de Córdoba para cuidarse, pero no sé por qué...No me daba lástima, o debe ser que yo no pensaba que él se estaba por morir. (Pausa.) Ahora me voy a tomar un atrevimiento. Cuando él se fue a Córdoba me escribió unas cuantas cartas de novio a Vallejos, decía cosas que yo nunca me las olvidé, yo eso no lo debería decir porque ahora soy una mujer casada con dos hijos sanos, dos varones, uno de ocho y otro de seis, que Dios me los conserve, y no tendría que estar pensando en cosas de antes, pero cuando me despierto a la noche se me pone siempre que sería un consuelo volver a leer las cartas que me escribió Juan Carlos. Cuando dejamos de hablar, y después de lo que pasó con Celina, nos devolvimos las cartas. Yo no sé si él las habrá quemado, a lo mejor no. Yo las tenía atadas con una cinta celeste, porque eran cartas de un muchacho. (Pausa.) ¿Qué van a hacer con todas esas cosas de Juan Carlos personales? Yo sé que él una vez guardó un pañuelo con rouge, me lo contó para hacerme dar rabia, de otra chica. Entonces yo pensé que si usted no piensa mal y encuentra esas cartas que él me escribió a mí, a lo mejor me las manda. (Pausa.) Bueno, Señora, tengo ganas de que me siga escribiendo, una cosa que me sorprendió es el pulso que tiene para escribir, parece letra de una persona joven, la felicito. No es que usted se las hace escribir por otra persona, ¿Verdad que no? (Pausa.) La abraza y besa.

JUAN CARLOS

Cosquín, sábado 3 de julio de 1937.

Querida mía:

Tengo frente a mí tu carta, cuanto la esperé. (Pausa.) Llegó primero carta de mi hermana. Estoy con bronca contra ella. La vieja me había dicho que me escribía sin falta pero ahora se echó atrás, porque tiene el pulso muy tembleque y le da vergüenza mandarme garabatos. Pero si es letra de mi vieja, a mí que me importa que sean garabatos. Mi hermana la crítica y la tiene acobardada. (Pausa.) Qué linda carta me mandaste... ¿Es cierto todo lo que me decís? (Pausa.) Yo acá siempre en la misma. Tenés que ver las cosas que se ven en este sanatorio, que lo de Hostal es puro grupo. Hay hasta gente que se está muriendo... Y acá me las tengo que aguantar, no te dan sogá para nada. Por eso yo los estoy madrugando, y no digo todo lo que hago, que al final es bastante poco. Resulta que el agua del río Cosquín es

calentita, y a la siesta está mejor que nunca, pero el reglamento es que tenés que dormir la siesta o como gran farra tirarte en la reposera del balcón de invierno, con una frazada cordobesa pesada como tres de las nuestras, al sol. Bueno, este cuerpito se panta y se baña en el río. Si duermo siesta es peor, porque a la noche me empiezo a revolcar en la cama sin sueño, y me vienen a la cabeza cada pensamiento que mejor ni hablar. (Pausa.) Vos ahora olvidate todo esto, a vos no te toca, vos sos sana, no te entran ni las balas, dura, sos como el diamantito que tienen en la ferretería para cortar los vidrios, aunque los diamantes son sin color como un vaso sin vino, mejor llenita de vino, coloradita entonces como un rubí, mi vida. Escribime pronto, sé buena.

Te espera impaciente y te besa mucho

Tu Juan Carlos

NENÉ

Buenos Aires, 22 de junio de 1947.

Querida Doña Leonor:

Ya le estaba por escribir sin esperar contestación cuando por suerte llegó su cartita. (Pausa.) Ya le estaba por escribir porque en la última carta me olvidé de preguntarle si Juan Carlos está sepultado en tierra, en un nicho o en el panteón de alguna familia. Tengo tantos deseos que no esté en tierra... ¿Usted nunca se metió en un pozo que alguien estuviera cavando? Porque entonces si pone la mano contra la tierra dura del pozo siente lo fría y húmeda que es, con pedazos de cascotes, filosos, y donde la tierra es más blanda todavía, porque están los gusanos... Perdóneme si esto le causa impresión, ¿pero con quién puedo hablar de esto si no es con Usted? (Pausa.) Lo que sí, no sé cómo decirle que empezaban las cartas de Juan Carlos. Qué cosa tan rara que no tengan más la cintita celeste. ¿Son tantas las cartas que encontró? Qué raro, Juan Carlo me juró que era el primer carteo que tenía con una chica, claro que después pasaron los años, pero de nada sirvió que nos carteáramos porque lo mismo rompimos, se me puso en la cabeza que él le había hecho la cruz y raya a la idea de cartearse con otra chica. Le ruego que haga lo posible por encontrarlas.

Besos y cariños de Nené

LOCUTORA. Cómoda de la Señorita María Mabel Sáenz, año 1937.

Debajo del papel que cubre el fondo de uno de los cajones se halla escondida una fotografía donde se ve una pareja sentada junto a un mantel de picnic, ella con aire ausente y él apuntando a un plato con un tenedor. Detrás de la fotografía se lee el siguiente texto:

JUAN CARLOS

21 de setiembre de 1935.

*Mi amor: Este fue el día más feliz de mi vida. ¡Nunca soñé que pudiera hacerte mía! ¡Y en el día de la primavera! Escondí esta foto hasta que se arregle todo. Te escribo estas indiscreciones a propósito así no la podés mostrar a nadie, porque en esa pose parezco un pavote y un poco “alegre”. Ya sabés que por ahí me quieren hacer fama de borrachín. En este momento te agarraría de la mano y te llevaría hasta el cielo, o por lo menos a alguna parte lejos de acá. ¿Te acordás de los sauces llorones al lado de la lagunita? Yo no me los olvido más. Te quiere más y más,
Juan Carlos*

LOCUTORA. Junto a la fotografía hay dos números de la revista *Mundo femenino*, publicados con fechas 30 de abril y 22 de junio de 1936. En la sección “Correo del corazón” figuran consultas de una lectora que firma “Espíritu confuso” y las respectivas respuestas que da María Luisa Díaz Pardo, redactora de la sección.

MABEL

30 de abril de 1936.

*Querida amiga: Tengo dieciocho años, soy maestra, recién recibida, y mis padres tienen una posición desahogada. Me ama mucho un muchacho bueno pero de incierto porvenir. Ha pasado una época de resfríos continuos y a menudo se siente cansado. Yo se lo creo pero la versión circulante es que le gusta demasiado divertirse, que es muy mujeriego, que por lo menos una vez a la semana se embriaga con sus amigos. Al principio estaba segura de quererlo con toda el alma, pero cada día tengo que soportar los reproches de mis padres, lo que hace que él me encuentre a menudo irritable. Yo le digo que es la nerviosidad natural de mi primer año ejerciendo como maestra. Pero lo que me ha tornado irritable es la duda: ¿Lo quiero o no lo quiero? Últimamente ha surgido un nuevo personaje en discordia: un joven estanciero de origen inglés llamado Cecil, menos apuesto que “él” pero de trato más agradable, se ha valido de su amistad con papá para introducirse en casa y dirigirme algunas palabras galantes. Y he aquí la disyuntiva... Nos ha invitado a mí y a una acompañante (elegiré a una tía materna) a pasar en su estancia unos días, y mis padres insisten en que vaya, a lo cual “él” se ha opuesto rotundamente. Yo he decidido... ir, porque de ese modo sabré si lo echo de menos o no. ¿Pero si cumple su palabra y no me mira más como efectivamente me ha conminado? Amiga, aguardo su consejo valioso, suya,
“Espíritu confuso”*

MUCHACHA. Santa María Madre de Dios, ¡qué sabía yo lo que eran los hombres! Y desde entonces todos los días pedí que se muriese, y pido perdón de todo corazón que estoy arrepentida de haberle deseado la muerte a ese pobre muchacho que se murió ayer, que tanto

odiaba... ¡Hace tantos años! El 14 de septiembre de 1937, ya hizo nueve años... y hay una cosa que nunca conté... ¡que nunca se lo pude contar a nadie! Él me miraba siempre si yo pasaba por el bar... Y hoy ante todo pido salud para mi familia, que a los frutales les caiga lluvia, que broten semillas, que la cosecha nos dé este año un poco más que el año pasado.... Él me miraba... después de hacer los mandados....

MARÍA LUISA DÍAZ PARDO

Envidiable Espíritu confuso: No te envidio la confusión del espíritu sino lo mucho que tienes en la vida. Creo que a tu festejante no lo quieres tanto como para afrontar el rompimiento con tus padres. Seguir con tu amorío (perdóname el término) significaría romper esa armonía familiar que ya sientes amenazada. Y créeme que por un amorío no se paga semejante precio. Eres muy joven y puedes esperar la llegada del príncipe azul al paladar de todos. Que lo pases bien en la estancia, estudia inglés y trata de aprender por último, nunca al principio, la palabra "yes", que significa ¡sí! Usando poco ese monosílabo conquistarás al mundo y, más importante aún, asegurarás tu felicidad y la de tus padres. Siempre a tus órdenes.

María Luisa Díaz Pardo

JUAN CARLOS

Cosquín, sábado 27 de julio de 1937.

Querida mía:

¿Qué estás haciendo a esta hora hoy sábado? Me gustaría saber ¿estás durmiendo la siesta? ¿Bien tapadita? Quien fuera almohada para estar más cerca, y por ahí me consultás y quién sabe de qué me entero, una gitana vieja me dijo que desconfiara de las rubias ¿qué le vas a consultar a la almohada? Si le preguntás quien te quiere te va a contestar que yo, cómo macanean las almohadas... Y vos rubia mejor es que te cuides bien porque yo allá dejé mis vigías bien apostados, nada de malas pasadas porque me voy a enterar ¿vos creés que no? Si la llegás a hacer un paquete con muchos firuletes a algún desgraciado de allá lo voy a saber más pronto que ligero. No, de veras, yo no sé perdonar una jugada sucia, de eso no te olvides.

Te besa hasta que digas basta,

Juan Carlos

MABEL

22 de junio de 1936.

Querida amiga:

En efecto mi festejante se enojó al ir yo a la estancia, y tal incidente sirvió para cortar nuestras relaciones. Le confieso que la estadía en la estancia no fue lo que me esperaba. En el mo-

mento de despedirnos ese caballero me quiso arrancar una promesa pero yo no le prometí nada, ¿qué quiere decir la palabra “yes”? ¡Ignoro esa palabra! Y como Usted lo anticipó eso surtió efecto porque ha escrito a mis padres invitándonos a todos para las vacaciones de invierno. Pero lo que tengo ahora que contar es tan triste que me abruma. (Pausa.) Pocos días después de volver del campo mi papá me llamó aparte, en su escritorio nos aguardaba el doctor Malbrán. En la más total confidencia me dijo que mi ex festejante estaba algo delicado de los pulmones, según revelaban los análisis recientes ¡padece de un principio de cierta enfermedad altamente contagiosa! Yo no daba crédito a mis oídos y hasta pensé que se trataba de una treta de papá. El médico agregó que yo debía rehuir su compañía y que dado el enojo surgido apenas dos semanas atrás yo debía aprovechar esa excusa y no verlo más, hasta que lograra curarse. Además al día siguiente, sin consultarme, mi mamá me dijo que a las cinco teníamos hora con el médico para las radiografías. Ya hemos visto el resultado: estoy sana. (Pausa.) Ahora bien, ¿qué hacer para ayudar a mi querido amigo? En este momento me avergüenzo de haberlo hecho sufrir. Tal vez un día la vida nos vuelva a unir, porque creo amarlo de verdad, ¿o será sólo compasión? Le ruego, amiga consejera, que me ayude a dilucidar mis verdaderos sentimientos. Anhelante espera.

“Espíritu confuso”

MARÍA LUISA DÍAZ PARDO

Espíritu confuso pero generoso: Confío en que saldrás adelante. Seguramente lo que sientes ahora por él es compasión. Trata de no acercarte mucho y de acostumbrarte a palmearlo solamente al encontrarte con él, mientras que al despedirte puedes darle la mano, ya que en seguida tendrás la posibilidad de lavártela con jabón y luego empaparla en alcohol. Sí, ofrécele tu amistad, pero no de manera repentina o sospechosa, espera una oportunidad propicia, pues los afectados por esa enfermedad desarrollan una gran susceptibilidad. No le dejes ver tu compasión. (Pausa.) En cuanto a tu futuro, no olvides que el inglés es un extraño pero bello idioma. Hasta siempre

María Luisa Díaz Pardo

JUAN CARLOS

Cosquín, 10 de agosto de 1937.

Vida:

El otro día llegaron juntitas tu segunda carta y la de mi hermana. Ni me vas a creer que estas cuatro cartas son las únicas que he recibido desde que estoy acá ¿Qué le pasa a la gente? ¿Tienen miedo de contagiarse por correo? (Pausa.) Y ahora te tengo que explicar porque no te escribí a vuelta de correo, porque dejé pasar varios días... Estuve pensando tanto en vos, y en otras cosas, pensar que recién ahora que estoy lejos me doy cuenta de una cosa... Te

lo quiero decir pero es como si se me atrancara la mano ¿qué me pasa, rubia? ¿Me dará vergüenza decir mentiras? Yo no sé si antes sentía lo mismo, a lo mejor sentía lo mismo y no me daba cuenta, porque ahora siento que te quiero tanto. (Pausa.) Si pudiera tenerte cerca, si pudiera verte entrar con el micro que llega de Córdoba, me parece que me curarías la tos de golpe, de la alegría nomás. ¿Y por qué no podría ser? Todo por culpa de los malditos billetes, porque si tuviera billetes para tirar enseguida te mandaba un giro para que te vinieras con tu mamá a pasar unos días. Vida, yo te extraño. Qué felices vamos a ser, rubí, te voy a tomar todo el vinito que tenés adentro, y me voy a agarrar una curda de las buenas. Al volver a Vallejos empezaremos una nueva vida, y unidos para siempre ¿Me aceptás? Andá haciendo planes. Te quiero de verdad.

Juan Carlos

DR. MALBRÁN

23 de agosto de 1937.

Dr. Mario Eugenio Bonifaci

Hostal Médico "San Roque"

Cosquín, Pcia de Córdoba

Respetado colega:

Ante todo le pido disculpas por mi demora en contestarle, debida créame al deseo de informarme mejor sobre el caso de Etchepare. Yo lo conozco desde que nació y lo consideraba de carácter fuerte, empecinado sí, pero siempre en su provecho. No sé por qué no obedece al tratamiento. La gravedad del estado de Etchepare la conocí gracias a un anónimo mandado evidentemente por una mujer que decía que Juan Carlos en su presencia había escupido sangre y que yo debía alejarlo del contacto con los seres queridos. Lo notable de este anónimo es que proporcionaba un dato curioso, decía que Etchepare se sentía realmente mal entre la una y tres de la mañana. (Pausa.) De todos modos creo que ustedes tendrán poco que hacer porque según la conversación que sostuve con la madre en el día de ayer, no podrán solventar los gastos de su sanatorio más allá de mediados de setiembre. Dejo libre a su criterio comunicarle la noticia a Etchepare ya o más adelante. Para su información la madre es viuda y no tiene casi dinero. Él por su parte no tiene ahorros y la licencia de empleo es sin goce de sueldo. Realmente no comprendo por qué no aprovecha el tratamiento.

Cordialmente,

DR. Juan José Malbrán

MUCHACHA. Él me miraba siempre si yo pasaba por el bar..., qué sabía yo lo que eran los hombres..., después de hacer los mandados, al pasar por el bar, si él no se daba cuenta yo lo miraba, pero un día no estaba más y pasaron no sé cuántos meses y la de al lado lo vio

bajar del expreso ¡tostado del sol!, ¿adónde estuvo tanto tiempo? A las cinco es de noche en invierno, en una calle oscura a una cuadra del bar, ¿será que me estaba siguiendo?

JUAN CARLOS. Vos sos de la chacra que está detrás de la vía ¿verdad? Ya sos una señorita...

MUCHACHA. ...Y me empezó a hablar... Que había estado en una estancia paseando, que había llegado el día antes en el expreso y estaba muy amargado me dijo, porque había tenido una gran desilusión... En la esquina de casa, todas las cuadras ya por el descampado me contaba del Baile de la Primavera, y él estaba seguro de que yo iba a salir Reina de la Primavera cuando tuviera quince años... Ese muchacho estaba muy amargado esa noche...

NENÉ

Buenos Aires, 14 de julio de 1947.

Querida señora:

Ya hace tanto que no me escribe... Si Usted me viera lo mal que ando, no tengo ganas de nada. Ni bien terminé de darles de almorzar a los chicos, hoy me acosté así pude por lo menos no andar disimulando. Ya no aguantaba las ganas de estar un poco sola. Ese es el único alivio, y oscurezco bien la pieza. Entonces puedo hacer de cuenta que estoy con Usted y que vamos a la tumba del pobrecito Juan Carlos y juntas lloramos hasta que nos desahogamos. (Pausa.) Le juro señora que cuando me casé con Massa ya no me acordaba más de Juan Carlos, lo seguía apreciando como amigo y nada más. Pero ahora no sé qué me pasa, pienso si Celina no hubiese hablado mal de mí, a lo mejor a estas horas Juan Carlos estaba vivo, y casado con alguna buena chica, o conmigo. (Pausa.) Aquí le mando este recorte de la revista Nuestra vecindad, cuando la fiesta de la Primavera, le calculo yo que sería 1936, sí claro, porque yo tenía recién los veinte años cumplidos. Ahí empezó todo.

CRONISTA. “*Lucida celebración del día de la primavera*”: Siguiendo una práctica impuesta por la costumbre, el Club Deportivo “*Social*” inauguró la entrada de la estación primaveral con una lucida reunión danzante, con el amenizamiento de la orquesta *Los Armónicos* de esta localidad. A medianoche, en un intermedio, resultó elegida Reina de la Primavera 1936 la encantadora Nélida (Nené) Fernández, cuya esbelta silueta engalana estas columnas. A continuación, la Comisión de Fiestas del Club presentó una estampa de antaño con el título de “*Tres épocas del vals*” y su desarrollo corrió bajo la dirección de la aficionada señora de Baños, quien también recitó las bonitas glosas. Cerró esta cabalgata musical un vals vienés de fin de siglo, ejecutado con ímpetu notable por la Srta. Nélida Fernández y el Señor Juan Carlos Etchepare, quienes convincentemente demostraron “la fuerza del amor que supera todos los obstáculos”, como declamara la Sra. De Baños. Fue una simpática y por muchos motivos inolvidable reunión que tuvo la virtud de congregarse a un crecido número de personas, danzándose animadamente hasta altas horas de la madrugada.

NENÉ

Si no le molesta, devuélvame, que es un recuerdo.

La abraza, suya.

Nené

PD. ¿No me va a escribir más?

JUAN CARLOS

Cosquín, 9 de setiembre de 1937.

Mi vida:

Es posible que yo llegue antes que estas líneas. Parece que voy a tener que volver a Vallejos... Los de la Intendencia no quieren alargar la licencia, que les hace, total es sin goce de sueldo. (Pausa.) No estoy bien, de ánimo quiero decir. (Pausa.) ¿Sabés una cosa? El médico dijo que voy mejor, yo ahora le hago caso en todo. Pienso que si arreglo todo volveré aquí lo más pronto posible para completar la cura. (Pausa.) Ahora te pido una cosa, y muy en serio, que por favor no digas a nadie, ni en tu casa, que vuelvo sin completar la cura. (Pausa.) Rubia, ya de charlar un poco con vos me siento mejor ¡cómo será cuando te vea! Hoy fue uno de los peores días de mi vida. Hasta prontito, te besa y te abraza.

Juan Carlos

NENÉ

Buenos Aires, 23 de julio de 1947.

Doña Leonor querida:

¡Cuánto tiempo que me está dejando sin noticias! ¿Por qué es que no me escribe? A lo mejor Usted cambió de idea y ya no me aprecia, ¿alguien le dijo algo más, otra cosa mala de mí? (Pausa.) Hoy sábado a la tarde, conseguí que mi marido se llevara a los chicos al partido, a Dios gracias me quedé sola un poco porque si mi marido me llegaba a recriminar otra vez lo mismo no sé qué le contestaba. Dice que ando con cara agria. (Pausa.) ¿Qué estará haciendo Usted? Los sábados a la tarde en Vallejos venía siempre alguien a tomar mate a casa, las chicas. Pensar que si yo hoy estuviera de paseo por allá tampoco podría ir a su casa a tomar mate, por Celina. Y total por qué empezaron todos los líos... pavadas nomás. Todo empezó en la época en que entré como empaquetadora en Al Barato Argentino y como de la escuela primaria era amiga de Celina y de Mabel, que ya se habían recibido de maestras, y Mabel además era chica con plata, empecé a ir al Club Social. ¿Qué chicas iban al Social? Chicas que podían ir muy bien puestas, o porque los padres tenían buena posición, o porque eran maestras. Las chicas de las tiendas iban más bien al Club Recreativo. Mamá me dijo que metiéndome donde no me correspondía iba a ser para lío nada más. Dicho y hecho. (Pausa.)

En ese mismo año, para la fiesta de la Primavera, me eligieron a mí y a Celina no. A Mabel se sabía que la iban a elegir, porque el padre hacía y deshacía en el Club. *(Pausa.)* Celina me había hecho el pedido que no aceptara, en adhesión, pero a Mabel no le pidió lo mismo, así que a mí me dio rabia, ¿por qué no se animó a decirle lo mismo a Mabel? ¿Porque Mabel tenía plata y yo no? o porque era maestra y yo no había ido más que hasta sexto grado, no sé por qué Celina me quería sacrificar a mí y a la otra no. La rabia mía es una: Celina quiso hacerle gancho al hermano con Mabel, y Usted sabe que Juan Carlos la afiló un poco, pero después dejaron. Antes de noviar conmigo... eso creo..., si pasó algo después que nosotros empezamos a noviar..., yo nunca supe...

MABEL. *(Irrumpe.)* El jueves 23 de abril de 1937, yo, María Mabel Sáenz, conocida por todos como Mabel, abrí los ojos a las 7:00 de la mañana cuando mi reloj despertador sonó la alarma. El olor a rastros de brillantina de Juan Carlos en mi almohada me hizo estremecer. *(Pausa.)* A las 7:46 entré a la escuela Número 1. *(Pausa.)* A las 13:45 entré en casa de la familia Etchepare sin golpear. Celina me hizo pasar directamente a su cuarto. Yo tenía los párpados pesados y con dificultad prestaba atención a sus quejas:

CELINA. Juan Carlos trata mal a nuestra madre y a mí, seguramente instigado por Nené, y no se cuida, anoche estuvo con esa cualquiera, con Nené, hasta las tres, ¿qué está buscando? ¿Pescarse una tuberculosis?

MABEL. A las 18:05 de ese mismo día yo y mi madre entramos al único cinematógrafo del pueblo. Se trataba de una comedia lujosa ambientada en escenarios que me encantaron por donde se desplaza una rubia neoyorkina dactilógrafa, que encuentra a un viejo banquero que la pide en matrimonio y la lleva a París. En la última escena la dactilógrafa baja de un suntuoso automóvil blanco, no sin antes cambiar una mirada de complicidad con el chófer, un apuesto joven. *(Pausa.)* Yo pensé en la intimidad de la rica ex dactilógrafa con el chófer, en la posibilidad de que el chófer estuviera muy resfriado y decidieran amarse con pasión pero sin besos, en el esfuerzo sobrehumano de no besarse, pueden acariciarse pero no besarse, abrazados toda la noche sin poder quitarse la idea de la cabeza, las ganas de besarse, la promesa de no besarse para impedir el contagio, noche a noche el mismo tormento, y noche a noche cuando la pasión los arrebatara sus figuras en la oscuridad resplandecen cromadas, el corazón cromado se agrieta y brota la sangre roja, se desborda y tiñe el raso de blanco, el satén blanco, las plumas blancas: es cuando el metal cromado no logra ya sujetar la sangre impetuosa que las bocas se acercan y todas las noches se regalan el beso prohibido.

NENÉ

(Retomando su carta.) Y ya que no le quieren dejar ver la verdad, se la muestro yo: no hacía mucho que hablábamos con Juan Carlos cuando tuvo aquél catarro que no se le curaba.

Ahora esto que lo sepa Celina: Cuanto más lo entretenía yo a la noche charlando en la tranquilidad... más tardaba él en irse a otro lado... Pero nunca se fue después de la medianoche... Tome nota entonces: Si Juan Carlos después de noviar conmigo se iba a otro lado era porque conmigo se portaba a lo caballero. Era otra quien le chupaba la sangre y no yo. Pero usted creyó esos cuentos y se opuso al compromiso. ¿Y las pruebas de mi culpa? Nunca las tuvo. Para su información: Yo siempre me quedé con una espina de quién sería porque un día, poco antes de distanciarnos para siempre, lo pesqué a Juan Carlos en una mentira. Tenía un pañuelito escondido en el bolsillo del saco, bien metido en el fondo, de mujer, perfumado, y no pude alcanzar a leer la inicial. Me dijo que era de una chica que conoció en Córdoba, que él era hombre y tenía que vivir, pero cuando yo se lo pedí para quedármelo... me lo arrebató. Quiere decir que era de una de Vallejos ¿no lo cree? (Pausa.) Después ya vinieron los líos y nos distanciamos, pero es una lástima que Usted no me haya escrito más, porque entre las dos a lo mejor podríamos arrancarle la careta a la verdadera asesina de Juan Carlos. Contra ésa se la tendría que agarrar su hija Celina, y no contra mí. (Pausa.) Señora, hasta ahora yo la acompañé en el sentimiento, pero dado que no me escribió más aquí va una verdad: a mí nadie me trata como trapo de cocina. Si no me contesta, esta es la última carta que le escribo. La saluda atentamente.

Nélida

MUCHACHA. Santa María Madre de Dios, ¡qué sabía yo lo que eran los hombres! Ese muchacho que se murió ayer estaba muy amargado esa noche, se había peleado con la Nené, una empaquetadora de Al Barato Argentino, hace muchos años que ya no vive más acá....

JUAN CARLOS. Qué amargura tengo...

MUCHACHA. ...Me decía ese muchacho, y no me acuerdo de más nada ¿Prendida fuego?, ¿borracha?, ¿dormida? ¡Tenía cara de bueno! Yo tenía trece años, cuando entré mi mamá se enojó conmigo porque había tardado tanto, yo le pelé las papas lo más rápido que pude, y piqué la cebolla y pelé el ajo, lo corté en pedacitos, mi mamá me miraba... Yo entré a casa temblando porque corrí un poco que era tarde, fue la mentira que le dije a mi mamá... ¿Y si mi mamá se pone muy triste cuando yo le cuente todo?

JUAN CARLOS. El colectivo, el chofer, el respaldo del asiento de adelante, prohibido fumar en este vehículo, el chicle, la ventanilla, la tierra, un sulky, el campo, el alambrado, el pasto, las vacas, una chacra, los ranchos, un almacén, el asfalto, los faroles, las veredas de baldosas, una casa, Club Social-Sede Deportiva, Martillero Público Antonio P. Sáenz, Tienda Al Barato Argentino, Bar La Unión, Empresa de Transportes La Flecha del Oeste, los frenos, las piernas, los calambres, el sombrero, el poncho, la valija, mi hermana, el abrazo, el viento, el frío, la tos, tres cuadras, los vecinos, la vereda, la puerta de calle abierta, mi madre, la pañoleta negra, el abrazo, las lágrimas, el zaguán, el vestíbulo, el sudor, el picor, la tos, la pieza, la

cama, la mesa de luz, la estufa a kerosene, el baño, el espejo, la piel bronceada, cinco kilos más de peso, el atleta, el tuberculoso, el órgano sexual, la canilla, el agua caliente, el jabón, la espuma, Nené, Mabel, Nené, Nené, Nené, anillo de compromiso, la toalla, el escalofrío, la ropa interior, la navaja, la barba, el agua de colonia, el peine, el jopo, la mesa, mi madre, mi hermana, la sopa, el pan, el vino, la soda, el bife con puré, mi madre, la licencia, el sueldo, el presupuesto, el médico, el diagnóstico, el tratamiento, la radiografía, Nené, Mabel, Nené, Mabel la hembra, el picnic, el pasto, los quejidos, la sangre, el abrazo, el beso, el inglés, la manzana asada, el almíbar, el café, el poncho, la vereda, el viento, las calles de tierra, el portón, el ligustro, la rubia, Nené, mi novia, la madre, el padre, la cocina, la mesa, el hule, Cosquín, el tratamiento, la curación, mi empleo, los planes, las intenciones, el portón, Nené, la piel blanca, los labios, las promesas de las mujeres....

NENÉ. ¿No estás curado del todo? Pero faltará poco, estoy segura que para fin de año te curás del todo ¿Fue muy cansador el viaje en colectivo?

JUAN CARLOS. ¿Te animás a casarte con un enfermo?

NENÉ. A mí no me importa nada, pero eso mejor no... Sacá esa mano, Juan Carlos... Mejor la noche de bodas, así nos portamos bien unos meses más y vos ya te curás. Ay, Juan Carlos..., pero me da miedo que nos vean en este portón, ¿y después me vas a seguir queriendo? Pero, acordate que es porque vos me lo pediste...

JUAN CARLOS. No, si no me lo pedís vos yo no te toco ni las manos, pedímelo vos, Nené, demostrame que me querés para siempre, que no te importa nada.

NENÉ. No querido, si yo te lo pido vas a decir que soy una cualquiera, jeso nunca! Juan Carlos ¿por qué los hombres son así? ¿no te conformás con tenerme abrazada?

JUAN CARLOS. ...La vereda, la calle, el viento, el frío...

NENÉ. ¡Juan Carlos no te vayas enojado!

JUAN CARLOS. ...La esquina, las calles de asfalto, los faroles, la vereda, la casa, las ventanas cerradas, la puerta cerrada, oscuridad, Mabel, Mabel, ¡Mabel! Yo tengo ganas de verte, mañana, cuando sea de día, te voy a decir que volví... ¡porque ya estoy curado! El viento, el frío, la tos, el bar...

MUCHACHA. Ese muchacho que se murió ayer se aprovechó de mí. Él había llegado el día antes en el expreso y estaba muy amargado me dijo... ¡Me hizo lo peor que le puede hacer un muchacho a una chica, me sacó la honra para siempre! ¿Me lo van a creer? Al cielo le pido ante todo salud para toda la familia, y si me puedo aguantar sin decirle nada a mi mamá sería mucho mejor, ¿a las cinco de la tarde volví a pasar al otro día? para preguntarle muchas cosas... si ya él estaba enojado del todo con la Nené pero no me saludó, no me siguió y nunca más me volvió a hablar... ¡Una sola vez caminó al lado mío!, porque ya se había sacado las ganas el desgraciado ¡y que se muera! Ave María Purísima, yo le deseé la muerte ¿y alguien me habrá oído?... quiero quitarme el pecado, él no tuvo la culpa, fui yo que me dejé tentar

¡Que no haya sido por mí que se murió ese muchacho! ¡No se lo voy a contar a mi mamá!

¿Para qué?, se va a poner muy triste... Si Dios me ayuda me voy a quedar callada... (*Silencio.*)

¿Qué le pasaba aquel día a ese muchacho?

JUAN CARLOS. Qué amargura tengo...

MUCHACHA. ...Me decía caminando al lado mío, pero después de ese día nunca más me volvió a hablar...

OSCURIDAD

EL OLVIDO

Ana Laura Suarez Cassino (Ciudad Autónoma de Buenos Aires.)

analaorasuarezcassino@gmail.com

PERSONAJES

ELLA

ÉL

VOZ DEL AVIÓN

ÉL canta “Cartas amarillas” de Nino Bravo. ELLA camina por el espacio. Cada tanto hace pausas. Parece que buscara algo.

PRIMERA PARTE: EL AEROPUERTO. LA CAJA.

ELLA. Graciela. GRACIELA BEATRIZ. ESTO NO LO DESPACHO.

Sí, Graciela. Un nombre común. Más de una vez escuché -¡Graciela!- Y me di vuelta. Graciela. Graciela, ¿Qué? Ay, ¡perdón! No era para mí. ¡Era alguien que estaba dando las gracias! ¿Graciela? Por lo menos no me llamaron Ana María. 4.408 personas se llamaron así el año de mi nacimiento. Las María Cristina fueron 3.548 y las Stella Maris 3.128. Gracielas Beatrices fuimos apenas 1.126. A la larga la gente termina llamándote como se le antoja.

SI TODAVÍA QUEDAN ASIENTOS, UBICAME DE LA MITAD PARA ATRÁS. SALIDA DE EMERGENCIA NO ME DES.

¿Tengo cara de socorrista? ¿Cuántos serían capaces de articular un salvataje si se cae el avión?

SÍ, ES MI APELLIDO.

Este es el conjunto que uso para viajar, luminoso, liviano, entre profesional y lista para el ataque, porque no solo hay que serlo sino también hay que aparentarlo, o el hábito que hace al monje, ustedes entienden. Queda bien con este pañuelo. Me ataja el aire acondicionado. El fresquete del aeropuerto te escarcha cualquier ansiedad...

Paso el control policial. Siempre tengo miedo que suene la alarma y que venga Interpol a buscarme. Los uniformados me miran dispuestos a pescarme *in fraganti* y decomisarme sustancias infecciosas y gases inflamables que, por supuesto no tengo, pero por un segundo pienso que sí, que soy una comprometida célula de ataque que ha desarrollado múltiples acciones terroristas y que llevo pegada contra la panza con cinta de embalar una pistola de aire comprimido para liquidar a quemarropa a todos los pasajeros durante el vuelo.

La alarma no suena y huyo a territorio neutral. Puerta 6. Tengo tiempo de sobra.

El mejor asiento es el que está cerca del enchufe. Quedarse sin batería en un aeropuerto es igual a irse de misión espacial a Neptuno. Me encantan los aeropuertos.

En el asiento de al lado hay un señor que repite en voz alta la información que se escucha por los altoparlantes. Me dice que el vuelo está demorado. “Es el mismo avión que viene el que nos lleva, pues. Solo hay dos vuelos aquí”. Yo me saco el pañuelo como para hacer algo y el hombre me sigue hablando. Es simpático. “Allá había tormentas”, me dice. Unos metros más atrás una señora bajita le señala los televisores donde está la información. Debe ser la mujer. El hombre me dice no sé qué más del horario y de reojo veo que la señora bajita se acerca con un libro gigante en la mano, como una enciclopedia, no parece muy cómodo para llevar de viaje. Tiene un título curioso, con letras en relieve: “*Alienígenas del...*”. De repente lo veo. No. ¿Es? Sí, es Roberto.

Habla por teléfono. Me mira, pero no me ve. Sigue hablando. Lo miro y él vuelve a girarse para este lado. Dice: hola. Hola. Dice: Hola. Hola. Hola. Corta. Hay mucho ruido alrededor.

ÉL. Acabo de llegar a Esquel y en la casa de mis padres encontré esta caja. Esta es mi madre, mi padre, mi hermano. Yo también estoy. Yo era este chiquito. Este lo hice yo: “para el cumpleaños de mamá”, tendría diez u once años.

Este diario lo escribí a los quince o dieciséis. Lleno de confidencias de adolescente virgen: desde las vueltas para concretar la hazaña de tocarle las tetas a una chica hasta cómo vencer el miedo de acercarme a ellas menos de medio metro.

Siempre buscando el momento apropiado para (*Hace un gesto.*) Habría una ida y vuelta, o habría una ida probablemente sin vuelta... Tenía problemas para calcular la distancia y armaba planes milimétricos para concretar una cita... Nunca tenías un lugar donde pudiera suceder la “prueba de amor”. Por eso nos la pasábamos caminando de la mano por las calles de la ciudad - los enamorados de antes eran caminantes incansables - condenados a conversaciones repetitivas que no llevaban a ningún lado.

“Me miró y le temblaban los labios”. La palabra “temblaban” está subrayada. No me acuerdo de los labios temblando. Hay alguna que otra salida más y termina llegando a los veinte, cuando conocí a mi mujer, de la que me enamoré. Pero no anoté nada sobre eso.

ELLA. Roberto era un amigo de mis amigos. En esa época pasábamos las tardes fumando en un bar del centro y él a veces se sumaba. Esa vez él había estado todo el tiempo pendiente de mí. Cuando salimos a la calle ya de era de noche y se las arregló para que nos quedáramos solos. Me dijo: ¿Vamos a tomar un helado? En el camino me regaló un cenicerito que se había robado del bar.

ÉL. Una caja igualita, me pidieron que trasladara de una punta a otra de la ciudad. Hacía

poco que había llegado a Buenos Aires. Andaba por zona sur. Cuando te encargaban cosas de este tipo, nunca sabías bien de qué se trataba. Por seguridad. Te llamaban a un teléfono público y te daban la indicación. Ni un dato más. Tu nombre tampoco es tu nombre. Sos otro. Me pidieron que fuera hasta Parque Chacabuco. Ahí, sentado en un banco frente a la estatua del puma, en los jardines que están pasando la fuente luminosa, un hombre con un saco de cordero y marrón iba a darme una caja. Después iba a recibir un llamado con las indicaciones para entregarla.

Era una de las primeras cosas me encargaban. Cuando le conté a mi mujer fue un escándalo. Que era una locura, que cómo no la había consultado. La íbamos a tener en casa un solo día, unas horas...

ELLA. En la heladería aprovechamos una promoción de baño de chocolate gratis que había en invierno. Yo tenía una camisa de bambula rosa batik con mangas murciélago. Última moda. El chocolate fue una emboscada: la cáscara se deshizo impune sobre las canaletas de la bambula chorreando desde el pecho hasta la punta de mis mangas voladoras. Parecía salpicada por un camión furioso que pasa por una calle inundada de baño de chocolate para helados. ¿Cómo hacer para que no se distrajera con mi enchastre? A esta altura él ya se estaba comiendo el vasito. Después me invitó a su casa. Pero tal era la vergüenza que no me animé y renuncié.

ÉL. Tuvimos la caja en casa una semana y durante esos siete días no pegué un ojo. Y mi mujer tampoco. Me pasaba las horas vigilando atrás de la puerta, sobresaltado, como si en cualquier momento fuera a explotar. Adentro había: dos pistolas de grueso calibre, una bandera argentina con el sol y explosivo plástico. La mitad de la caja era explosivo. Vivíamos en un departamento de dos ambientes en Avellaneda.

ELLA. Roberto saca otra vez el celular y dice – Hola. El señor que está sentado al lado mío insiste - “y 35 el vuelo sale y 35. Los vuelos vuelan desde Buenos Aires y van hacia Buenos Aires. Este vuelo viene de Buenos Aires y va a Buenos Aires, y hasta que no vuelva, no salimos, pues. En tanto no esté llegando aquí el vuelo, no podemos salir de Bs As. Aquí mismo lo tomamos pues. ¿Has oído?” La mujer del libro de los alienígenas ahora está donde venden los perfumes y se prueba en la muñeca con el libro bajo el brazo. Yo sigo mirando a Roberto que se para, se levanta y camina a lo largo del aeropuerto. La del libro pasa delante de nosotros y deja flotando una nube que apesta a dulce y a almizcle. Puedo ver bien la tapa del libro. Dice: *“Alienígenas del alma”* en letras verdes con un atardecer y de fondo unos ojos de piedra de los que salen dos tortugas... ¿Será algo sobre el espacio? ¿De qué color son los alienígenas? O los alienígenas que cada uno lleva en el alma, con tu alienígena en el alma, tu

alienígena interior, conociendo a tu alienígena interior. Tiene la nariz distinta. De frente es la que recuerdo, pero de perfil... Y tiene un corte de pelo como de japonés. O de policía. Menos pelo. Más viaje. Las mismas pestañas. Sí, es él. ¿Con quién hablará tanto por teléfono?

ÉL. El día ocho suena el teléfono. Que lo tenía que entregar a alguien a las 14.50 en la estación Alem del subte B justo cuando pasáramos el molinete. Ni antes ni después.

ELLA. De repente cuelga y me mira plenamente. No puede ser que no se dé cuenta quién soy. Yo le sonrío. Él también sonríe e inclina un poquito la cabeza. Hace una seña. ¿Qué me acerque? Justo nos anuncian que nos tenemos que ir, que ya está el avión. Todo el mundo empieza a hacer la cola para embarcar. El señor de al lado me dice: "No se olvide su pañuelo señorita". Yo le sonrío, me levanto y voy hacia Roberto que se levanta también.

ELLA le sale al encuentro.

ELLA. Te reconocí enseguida. ¡Estás igual! No cambiaste nada. Dios mío, ¡Fue hace tanto! ¿Dónde estuviste todo este tiempo?

ÉL. No...

ELLA. No lo puedo creer.

ÉL. Esteeee... yo... no.

ELLA. Y ¿Dónde vivís? ¿Estás acá?

ÉL. No.

ELLA. Imaginate que hubiésemos vivido todos estos años los dos en esta ciudad y recién nos encontráramos hoy.

ÉL. Estoy en Buenos Aires de casualidad. Vivo en México.

ELLA. Estoy tan emocionada. ¿Cómo te fue durante todo este tiempo? ¿Qué hiciste? ¿Estudiaste algo? ¿Te recibiste?

ÉL. Sí, ¿Y vos?

ELLA. Hice de todo.

ÉL. ¿Y ahora? ¿Estás tomando este vuelo?

ELLA. Sí. Viajo por trabajo. ¿Y vos? ¿Estás volviendo?

ÉL. No, no estoy volviendo.

ELLA. Y ¿Vas seguido?

ÉL. Es la primera vez.

ELLA. Tardaste bastante.

ÉL. Están llamando a embarcar.

ELLA. ¿Y allá? ¿Tenés algún compromiso?

ÉL. Estoy completamente libre.

ELLA. Dijo “estoy completamente libre” con un toque de melancolía que no se me escapó. Jamás me olvidé de mi historia con él. Me quedó acá, bien acá, incrustada como un prendedor. Yo también subo al avión y estoy dispuesta a retomar esa historia desde donde quedó trunca.

VOZ DEL AVIÓN. Bienvenidos al vuelo 1737 con destino a la ciudad de Esquel. El tiempo de vuelo será de una hora y cincuenta minutos y volaremos a una altura de 11.100 metros. Por favor permanezcan sentados con el cinturón de seguridad ajustado hasta que se apague el cartel indicador. Coloquen los respaldos de sus asientos en posición vertical para el despegue.

ELLA. ¿Así que vivís en México?

ÉL. Me fui a los veinte y nunca más volví. Y vos, ¿Qué hiciste?

ELLA. Viajo todo el tiempo. Voy, vengo, vuelvo a salir.

ÉL. ¿De qué trabajás?

ELLA. Tengo una agencia de viajes.

ÉL. ¡Toda una empresarial!

ELLA. Armo itinerarios a medida. ¿Y vos?

ÉL. Yo tengo una imprenta.

ELLA. Las palabras siempre fueron tu fuerte, palabras más, palabras menos.

ÉL. Una Babel en pleno Zócalo. ¿Te casaste?

ELLA. Sí. Me casé y me separé.

ÉL. ¿Con papeles y todo?

ELLA. Bueno, casarme, casarme no. Acá en Buenos Aires me junté con Juan Carlos.

ÉL. ¿Juan Carlos?

ELLA. Juan Carlos, el que nos presentó. Ustedes eran culo y calzón. ¿Te acordás? ¿Vos?

ÉL. Yo también me casé. Pero soy viudo.

ELLA. ¿Hace mucho?

ÉL. Cinco años.

ELLA Y ÉL

¿Hijos?

Ríen.

ELLA. No, ¿Vos?

ÉL. Tampoco. No te pregunto cuántos hombres habrás tenido...

ELLA. No, no me preguntes. Te prometo que yo tampoco voy a hacer ese tipo de preguntas. Y estás ¿Viajando solo?

ÉL. Sí, estoy yendo de visita. ¿Vos viajás sola?

ELLA. ¡Qué coincidencia! Esto parece un samba ¿Querés anotar mi teléfono?

VOZ DEL AVIÓN. Su atención por favor. Estamos atravesando una zona de turbulencias. Se solicita a los señores pasajeros regresar a sus asientos y abrocharse el cinturón de seguridad hasta que se apague el cartel indicador.

ÉL. Me voy a sentar. Mejor llamame vos. Voy a estar en el Hotel Lago Chiquito. Preguntá por mí. No tengo el número de habitación todavía. Llamame y nos tomamos un café.

ELLA. Lago chiquito. Cómo se mueve este avión. Perfecto. ¡Te llamo!

Luego fui hasta donde estaba sentado él para continuar la conversación antes de aterrizar. Ahí me enteré que se iba a quedar cuatro días en la ciudad. Sería lindo volver a vernos.

ÉL. Ella está muy bien a sus cincuenta y pico. Pero no tengo ni la menor idea de quién es. No sé. No la recuerdo. No podría confesarle algo así a una mujer. Además, ¿Ella cómo puede saber si yo la recuerdo o no?

Cuando dijimos de volver a vernos y ella quiso darme su número de teléfono, ¿Cómo voy a llamarla si no sé su nombre? Sin dar muchas explicaciones le dije que prefería que me llamara ella y le di el número de mi hotel.

SEGUNDA PARTE: EL RECUERDO NUNCA ES IGUAL A SÍ MISMO

ELLA. Quién empieza ¿Vos o yo?

ÉL. Empiezo yo. En el diario había comentarios sobre algunas chicas del barrio, siempre con este tema de calcular la distancia. Las invitaba ¿A caminar? ¿A pasear? ¿A qué te había invitado?

ELLA. A tomar un helado.

ÉL. Tengo un plan infalible para concertar, ejecutar y rematar una cita. Lo primero es sondear en el bar a las amigas de mis amigos para pescar alguna que sea “potable”.

ELLA. Caminamos hasta la heladería por la calle principal, me gustaba la idea de que me vieran pasear con él.

ÉL. Dos: ubicar una heladería situada estratégicamente cerca del bar para que haya aire entre las dos escenas. Es fundamental evitar sofoques innecesarios. Imaginar la situación de acostarme con una chica me hacía transpirar el doble de lo que transpiro ahora.

ELLA. Ya casi era invierno y en la heladería te regalaban el baño de chocolate. Yo estoy un paso más atrás y vos me lo decís.

EL. Ella lo quiere con baño de chocolate.

ELLA. Nos fuimos caminando con los helados, sin parar de reír. Yo iba flotando, suspendida en el aire, sin saber qué hacer. Lo miraba, me reía, me tropezaba, lo volvía a mirar, me volvía a reír, saltando de la calle al cordón de la vereda y de la vereda al cordón. Él hacía girar mis muñecas como un llavero de una mano a la otra cuando algo tibio empezó a deslizarse lentamente por mi brazo, un botón acá, otro acá, todo el largo de las mangas murciélago de mi camisa de bambula rosa batik.

ÉL. Tres: recrear la historia de nuestros encuentros, haciendo de los mínimos instantes compartidos mutuo conocimiento ancestral o de otras vidas, subrayando intereses afines hasta la total coincidencia.

ELLA. Con una sonrisa de oreja a oreja y sin dejar de mirarlo me limpié la boca con la manga, así, y al helado lo tiré por ahí cuando no se dio cuenta...

ÉL. Cuatro: Camino a su casa - momento clave -, como quien no quiere la cosa deslizar sinuosamente mi mano derecha sobre su izquierda, rogando con todas mis fuerzas que no haya malentendidos entre dedos y palmas.

ELLA. Llegamos hasta mi casa. Subo los escalones de la puerta de calle. Son tres. Me quedo en el tercero. Él está más abajo. Espero. ¿Qué espero? Lo que esperan todas las chicas después de una cita perfecta.

ÉL. Cinco: está por empezar mi momento fatídico. Las usinas de la transpiración trabajando a su máxima potencia y esa chica ahí, a punto caramelo, espera su recompensa.

ELLA. Nunca se sabe muy bien qué hacer en esa situación. Hay que darle lugar al hombre, ¿no? Él estaba tan nervioso que se movía como una babosa cuando le tiras vinagre. ¿Nunca le tiraron vinagre a una babosa? Ahí nomás, casi en trance, se acerca y me dice:

ÉL. ¿Vamos al garaje de mi casa?

ELLA. Que tenía un colchón. ¿Un colchón?

ÉL. ¿Y la "prueba de amor"? Me fui, sin saber dónde poner las manos, rebotando como una pelota de trapo contra un frontón. Cuando la calle se hizo lo suficientemente oscura apuré el paso y desaparecí.

ELLA. A los tres días me llamó por teléfono.

ÉL. Es momento de activar el plan alternativo de contraofensiva relámpago: la segunda vez nunca se niegan. La llamé temprano y le dije que la vez anterior había sido la mejor noche de mi vida. Que yo no era como todos, no era como los otros, no era como ninguno.

ELLA. Me invitó a la fiesta que hacía una amiga suya, Verónica Ravetino. No la conozco.

ÉL. Verónica Escavino

ELLA. Verónica RAVETINO.

ÉL. Escavino

ELLA. Ravetino.

ÉL. Da igual. Cuando la pasé a buscar por su casa estaba vestida como si fuera una actriz de una película americana de baile de graduación. Sí, iba vestida como chica de película de baile de graduación. Estaba muy nerviosa y se reía de todo y cada vez que hablaba subía y bajaba los hombros. De entrada, me agarró de un sopetón de la cintura y caminamos a toda velocidad.

ELLA. A los hombres les gusta que los hagan esperar.

ÉL. Yo que transpiro, si otro cuerpo se pega al mío transpiro el doble.

ELLA. ¿Se acordará de lo del helado? Pasamos por un kiosco y compramos algo para tomar.

ÉL. Un fernet.

ELLA. Y llegamos a la puerta de la casa de Verónica Ravetino.

ÉL. Escavino.

ELLA. Vivía cerca.

ÉL. Aproveché para separarme un poco. A esa altura ya era como una esponja flotando en un balde de agua.

ELLA. Tocamos timbre. Verónica Ravetino nos abre la puerta y yo lo vuelvo a agarrar. Subimos por una escalera oscura y angosta. Cada vez más oscura.

ÉL. Verónica Escavino era mi salvación: ¡Sus padres le habían dejado la casa por dos semanas!

ELLA. Como un pasadizo o una caverna, como la cáscara de una palta o un neumático por dentro. Apenas hay un hilito de luz en ese pasillo hasta la terraza. Como una gotera o como la chispa del fósforo que no se prende... Subimos, casi pegados a la pared hasta que la puerta se abre como un rayo sobre nosotros, una estela más bien y ahí estoy yo, iluminada junto a Roberto, como dos apariciones vaporizando hormonas, inmaculados en el trance de una foto perpetua. Le agarro la mano lo más fuerte que puedo, pego mi brazo al suyo y avanzo abriéndome paso entre sus amigos y los amigos de Verónica Ravetino todos bailando. Hay gente que conozco, qué sorpresa, quiero que me vean con él, sonrío y giramos en el centro de la fiesta y estoy varios centímetros despegada del piso. Ahí, se va para atrás, no sé adónde. Se va con el fernet.

ÉL. El diario no dice nada de esto.

ELLA. No lo veo por ningún lado.

EL

No la vi nunca más.

ELLA. ¿Por qué?

ÉL. No sé por qué.

ELLA. Hasta el día del aeropuerto.

TERCERA PARTE: LA FUNCIÓN DEL OLVIDO

ÉL y ELLA ahora son 1 y 2. Cuentan su historia a través de objetos, que los representan. Una cámara en circuito cerrado capta en vivo y proyecta lo que sucede en este micro mundo.

I

1. Cuando Graciela llegó a la provincia hacía mucho calor. Parecía primavera en pleno invierno, así que fue a comprarse algo liviano para usar. Caminando, las calles le parecieron más anchas, más lejanas, como si se tratara de otro país. Pero los vestidos son los mismos, los

mismos tejidos, los mismos colores, los mismos cortes. No son feos, no son viejos, pero son como de empleada municipal. ¿Por qué no parecer durante unos días una empleada municipal?

2. Los mismos tejidos, los mismos colores, los mismos cortes.

1. Caminando se refleja en una vidriera: la que ve no es ella. O sí es ella, pero viviendo otra vida, la que hubiera tenido si se hubiera quedado en esa ciudad.

II

2. Pero se fue. Y afuera una vez alguien le dijo que se parecía a una mujer de un cuadro de Picasso. Fue subiendo la escalera mecánica del Pompidou, en París.

1. No. Fue en las Ramblas de Barcelona y se lo susurró una estatua viviente disfrazada de soldado romano cuando le tiró una moneda.

2. Se lo dijeron en algún momento durante su primer viaje a Europa.

1. ¿Por qué no se cambió el peinado?

2. No lo cambió nunca ni nunca lo va a cambiar porque se siente bien usando el pelo como lo usó siempre, alrededor de la cabeza.

1. Alrededor de la cabeza.

2. Cabeza.

1. Estatua.

2. Peinado.

1. Romano.

2. Pelo.

1. Cabeza.

2. Hermosa.

1. Nunca.

2. Peinado.

III

2. Su cara tampoco cambió. Pero ahora cuando habla se transforma: con cada gesto, las arrugas de la frente y del mentón cambian rápidamente de lugar. La piel se pliega y repliega, el labio superior se llena de finas ranuras verticales. Graciela solo conoce su cara cuando está quieta, con la piel casi lisa. Todos los espejos del mundo le hacen creer que sigue siendo hermosa.

1. ¿Y Roberto?

IV

2. Después de una semana sin noticias iba a dejar la caja en alguna esquina, la haría desa-

parecer.

1. Cuando suena el teléfono, Roberto está sentado en el living del minúsculo departamento donde vive con su mujer. Debe entregar la caja al día siguiente a las 14.50 en una estación del subte A.

2. No, del subte B.

1. A una persona con un diario abajo del brazo.

2. No, con un saco de corderoy marrón.

1. En ese momento Roberto piensa que va a decirle algo, le dirá algo, le susurrará...

2. Le dice que lo llame, o algo así.

1. Le dice ¿Por qué tardaron tanto?

2. Le dice: es una locura. Pero hace todo como le indicaron. Una valija.

1. ¿No era una caja?

2. Dos pistolas de grueso calibre, una bandera argentina y explosivo plástico.

1. Al día siguiente lo llamaron desde un teléfono público. Una línea no rastreada.

2. No, le pasaron un papel por debajo de la puerta.

1. Lo quisieron convencer. Que había sucedido un error. Que se podía subsanar.

2. Estas tabicado. No conocés a nadie no tenés el teléfono de nadie. Te ubican a vos.

1. Dejó el bolso y se fue. Conteniendo el paso para no llamar la atención.

2. ¿Lo dijo o lo pensó?

1. Por teléfono. Sí, sí. Fue así. No sé cómo sería hoy.

V

2. La mujer de Roberto tenía una decena de sonrisas distintas. Y un don para las respuestas rápidas. Decía por ejemplo... (*No recuerda.*). Fantaseaban con morirse juntos. Si los agarraban utilizarían el procedimiento de emergencia. Si se enfermaba iba a ayudarla a morir y luego moriría él. Pero no los agarraron porque se fueron a México y cuando su esposa se enfermó Roberto no tuvo valor para suicidarse. No pudo soportar la idea de dejar ese cuerpo querido en manos de extraños. Si juntara cada recuerdo de los años que pasaron juntos ¿cuánto tiempo sumaría? ¿Un minuto? ¿Dos? ¿Media hora?

VI

1. Muchos años después, en México, comprando una máquina para su imprenta, se reconocieron al instante. Tomaron un café. No fue muy extenso, no era su amigo. Le contó que era parte del Comité Central del partido y que de su grupo solo había sobrevivido él. Era el tipo al que le había dado la caja en el subte. Enrique Sorrento le dijo que se llamaba.

VII

1. Cuando a Graciela le llegó el día de irse de su ciudad tuvo la certeza.
2. La intuición, como una princesa sorda que solo mueve los labios.
 1. De que no regresaría nunca. Antes de irse ya sabía que era una extranjera. Se juntó con uno de sus amigos de la adolescencia del que creía que estaba enamorada. Era muy joven.
 2. Siempre supo que era una extranjera.
 1. Fue una decisión forzada y en realidad nada libre. Cometió un error. Difícil de definir, imperceptible. Un error de ignorante. En esa edad en que la gente se casa, tiene el primer hijo, elige su profesión. Un día las cosas se comprenden, pero es tarde, porque todo habrá tomado forma cuando uno no sabía absolutamente nada de sí mismo.

VIII

1. En el aeropuerto Roberto mira a Graciela, pero no se da cuenta quién es. Dice hola. Hola. Graciela tiene grabada la imagen de Roberto y la repasa todos los días como una hoja de calcar que remarca y remarca con el lápiz negro de su memoria.
2. Pero el Roberto que Graciela recuerda no es igual al que acaba de encontrar. Ella puede llamarse Graciela, Beatriz, Ana María o Stella Maris y ese mismo vuelo llega y nosotros pues lo tomamos luego dice el de al lado y la de los alienígenas también habla y dice “¿tenés fuego?” ¿Se puede fumar en los aeropuertos? y Roberto no la mira y llaman a embarcar de la fila 15 a las 25 y Graciela quiere abrazarlo, caminar por la arena con él, prepararle ensalada de frutas y 35 sale el vuelo, luego nos vamos a Buenos Aires y nadie lo limpia y Roberto está ahí, yendo y viniendo con su teléfono, que la lleve abrazada por la calle como aquella vez, pero ahora y ¿por qué no se da cuenta quién es? que la abraze que la, que la bese detrás del pino cubierto de nieve de la plaza principal en pleno invierno, que le pellizque el dedo gordo del pie, que la acaricie como a un gatillo, si, el gatillo de una pistola que tira espuma tibia de fernet, que la baje de un rascacielos con una soga kilométrica de bambula rosa batik, una bandera de rendición, la bandera soberana de un archipiélago sureño atestado de alienígenas, ¿con quién hablará tanto por teléfono?
 1. Su abogado, su contador y hasta su secretaria lo llaman para persuadirlo de que no es necesario vender la casa que era de sus padres. Ese es el motivo de su viaje.
 2. El número del hotel es correcto, pero él nunca está en la habitación.

CUARTA PARTE: EL ENCUENTRO

ÉL. ¡Por fin!

ELLA. ¿Esperabas mi llamado?

ÉL. Pensé que te habías arrepentido.

ELLA. ¿En serio?

ÉL. Escuchar tu voz me cambia el humor.

ELLA. Me gustaría que estuviéramos juntos.

ÉL. A mí también me gustaría.

ELLA. ¿Lo decís de verdad?

ÉL. ¡Claro!

ELLA. ¿Nos vamos a ver antes de que te vayas?

ÉL. Por supuesto que nos vamos a ver.

ELLA. ¿Seguro?

ÉL. ¿Cenamos pasado mañana?

ELLA. Me encantaría.

Me acuerdo del bar donde nos conocimos, el paseo hasta la heladería, el cumpleaños de Verónica Ravetino. La invitación al garaje de su casa. Me arrepentí tanto y tan brusca y profundamente. Por eso, cuando me fui a vivir a Buenos Aires metí en la valija el cenicerito que se había robado del bar y muchas veces lo llevo en la cartera en secreto, como un talismán. En el aeropuerto, él me dijo en un tono raro: “Estoy de paso, por pura casualidad”. Casualidad es otra manera de decir destino.

En el restaurant del hotel. Roberto sirve lentamente vino en cada copa.

ÉL. ¿Así que te casaste?

ELLA. Sí. Mirá lo que son las cosas. Al final me quedé con tu amigo.

ÉL. ¿Y cómo te fue?

ELLA. Bien. Bien. Qué se yo. Si, bien. Construimos una vida... agradable.

ÉL. ¿Agradable? Qué palabra... sutil.

ELLA. Espantosa.

Ríen.

ELLA. ¿Por qué nunca volviste?

ÉL. Siempre quise. Pero era como llegar a la puerta de un cine donde pasan siempre la misma película. ¿Y vos?

ELLA. Pensar en volver era como imaginarme adentro de una de esas bolas de vidrio que tienen una ciudad en miniatura, con la iglesia, la plaza, la escuelita, todo en un mismo color, blanco, gris, celeste, y cuando la sacudís cae algo que parece nieve o escamas, y es siempre invierno o navidad, el polo norte, o esta ciudad, pero en realidad está todo como lo dejaste, inmóvil, muerto.

ÉL. Seguro que en esa ciudad en miniatura hay un cine como el que te digo.

ELLA. Y adentro del cine hay dos como nosotros.

Ríen.

ÉL. Este lugar no es para mí.

ELLA. Cada vez que vengo nadie me pregunta nada sobre mi vida actual. ¡Ni una sola pregunta! ¡Nada! Siempre tengo la sensación de que me hubieran amputado los últimos cuarenta años.

ÉL. Y en Buenos Aires ¿tus amigos te hacen preguntas?

ELLA. No, pero es distinto, porque en determinados círculos todos se conocen y nadie se hace demasiadas preguntas, ni se sienten frustrados por eso.

ÉL. A nadie le interesa lo que tenés para contar. Pero es normal.

ELLA. Sí, es normal.

ÉL. Me refiero a lo que viviste. De eso tus amigos de Buenos Aires no tienen la menor idea. La gente no tiene una visión de las cosas. Solo tiene opiniones. ¿Con quién hablas de todo esto?

ELLA. Con nadie. Ahora, con vos.

ÉL. Sos encantadora.

ELLA. Soy malvada y vengativa.

ÉL. Nunca pensaría eso.

¡Ring!

ÉL. Disculpame tengo que atender.

ELLA. Luego de cenar en el hotel subimos conversando hasta su habitación. El vino me dio un sueño atroz... El teléfono le suena una vez más y mientras habla, busco en el mini bar algo que me ayude a... (*Hace un gesto.*) hay tres botellitas iguales, ¡Todas de fernet! No hay duda de que es una señal de buen augurio. Abro una y me la tomo como una pócima, dispuesta a destrozarse cualquier línea de tiempo, a reparar ese error que en alguna travesía insomne denominé THE ROAD NOT TAKEN. Las otras dos botellitas las guardo en el bolsillo.

Suben a la habitación del hotel. Roberto busca en el mini bar algo para tomar.

ÉL. Qué miseria. Nada para tomar.

Se afloja la camisa. Ella se coloca en la ventana mirando hacia la calle.

ELLA. ¿Te acordás de la disquería que había en la planta baja de este edificio? Una disquería

en un edificio sin terminar, completamente abandonado, en el centro de la ciudad. Los ladrillos al aire y las ventanas como el agujero de una boca a la que le faltan los dientes. Recuerdo eso. Era este lugar. “Génesis” se llamaba.

ÉL se levanta y se instala detrás de ella.

ELLA. ¿Te acordás del que atendía?

ÉL. Un abogado albino que por las tardes se disfrazaba de jipi.

ELLA. Era inquietante a la noche.

ÉL. ¿El abogado albino?

ELLA. Tonto, el edificio sin terminar. Mirábamos desde enfrente, desde el bar. Mirá, ahí está nuestra mesa. ¡En una de las asaltadas al a la disquería te robaste un disco de Nino Bravo! ¿Cómo era esa canción que estaba de moda? La de las cartas...

ÉL. ¡Cartas amarillas! ¡Qué temazo! ¿Yo robaba discos?

ELLA. Entre otras cosas.

ÉL. ¿Qué más robaba?

Gira hacia él.

ELLA. ¿Estoy muy distinta?

ÉL. Estás deslumbrante.

ELLA. ¡Éramos tan inexpertos! Puro pantalón pata de elefante y polera. Vos usabas una rayada celeste y marrón. ¡Decime que te acordás de mi camisa de bambula rosa batik enchastada de baño de chocolate para helados! Que haya sido así, de casualidad... ¿Crees en las casualidades? Se me pone la piel de gallina.

ÉL. Estos días encontré un diario que escribía cuando era pibe.

ELLA. ¿Y qué decía?

ÉL. Pavadas de adolescente virgen con promesas de “pruebas de amor”. Es raro, no me reconozco. Como si fuera otra persona.

ELLA. ¡Igual que yo!

ÉL. ¡Qué estás diciendo!

ELLA. ¡No! ¡No soy otra! ¡Yo soy la misma! ¡No perdamos más tiempo! ¡Reventame contra el colchón! ¡Ese colchón que tenías en el garaje de tu casa!

ÉL. Hasta ese momento no nos habíamos dado ni un beso. Y de repente, en unos segundos éramos una masa de carne desesperada rodando por toda la habitación.

ELLA. Como si quisiéramos condensar en una sola noche todo lo que nos faltó.

ÉL. Las cosas a las que llegan los amantes después de varios encuentros o años las hicimos

todas precipitadamente.

ELLA se sienta en su regazo. Se levanta raudamente y busca en su cartera una de las botellitas de fernet. Bebe.

ÉL. ¡Te vas a emborrachar!

ELLA. ¡No te preocupes!

Vuelve sentarse en su regazo.

ELLA. No te vayas hoy, quedate.

ÉL. No puedo.

ELLA. ¡Besame! Voy a quedarme acá hasta que te levantes y me beses. Tengo toda la noche.

Vuelve a levantarse y busca en su cartera. De adentro de una bolsa de nylon saca el cenicerito.

ELLA. ¿Lo reconocés?

ÉL. ...

ELLA. ¿Lo reconocés?

ÉL. ...

ELLA. ¿No lo reconoce? ¿En el avión no sabía con quién hablaba? Y de pronto me doy cuenta: ¡Jamás me llamó por mi nombre!

ELLA. ¡Decime cómo me llamo!

ÉL. ...

ELLA. ¿Cuál es mi nombre? ¿Cómo me llamo! ¿Dónde nos conocimos? ¿Quién soy yo?

ÉL. Alguien va venir a tocar la puerta.

ELLA. ¡No sabes quién soy! ¡Te aprovechaste del malentendido! ¡Para vos no soy más que una maldita desconocida! ¡Dejáme!

ÉL. Calmate.

ELLA. Decime como me llamo y me calmo. ¡Mi nombre!

ÉL. ¡No sé! No sé quién sos.

ELLA. ¡Graciela me llamo! ¡Graciela Beatriz! ¡Graciela! ¡Y vos sos Roberto! ¡Soy Graciela, Roberto! ¡Graciela! ¡Un nombre común, común, común! ¡Vos eras amigo de mis amigos y nos fumamos mil puchos en ese inmundo bar de ahí enfrente y me invitaste a salir, a tomar un helado y a tu casa y a la fiesta de Verónica Ravetino y me regalaste este estúpido cenicero

que te robaste de ese maldito bar! Teníamos algo pendiente vos y yo. ¿Entendes? ¡Qué sabes vos de cosas pendientes! ¿Venís así y me decís que no sabés quién soy después de pavonearte como un Don Juan decadente? La mentira es la madre de todas las desgracias. ¡Y acá de verdad no hubo ni un ápice, Roberto! Lo único que se repite es el fracaso. A esta altura ya debería saberlo. Ya debería haberlo aprendido. Grande al divino botón. Una cascada de desilusiones. Una detrás de la otra. Como si todo fuera tan liviano. ¡Sin costo! Cada puta experiencia de mi vida la pagué al contado. Me la gané. Pero esto no lo merezco. ¡No quiero volver a verte!

ÉL. Graciela, no quise...

ELLA. ¿Por qué me seguiste la conversación? ¿Por qué no me dijiste que no sabías quién era?

ÉL. Pensé que con el correr del tiempo te iba a recordar, que la imagen iba a volver...

ELLA. ¿No te acordás nada, nada? ¿Del fernet tampoco? ¡Nuestro fernet!

ÉL. Éramos del mismo grupo, eso seguro.

ELLA. No puedo creer que esto me esté pasando.

Agarra el cenicero y se dirige a la ventana con intención de arrojarlo.

ÉL. ¡Vas a lastimar a alguien! ¡Y está nevando!

ELLA. No hay nadie por la calle a esta hora en esta ciudad. Y si no abro la ventana voy a morir aplastada por una montaña de recuerdos inútiles. Agradecé que no pienso en algo más drástico.

ÉL. Graciela, dejame que...

ELLA. Me dijiste "Estoy de paso, por pura casualidad". ¡Casualidad es otra manera de decir destino!

ÉL. El destino no existe.

Junta sus cosas desparramadas por la habitación.

ELLA. Vos contá tu historia que yo cuento la mía. ¡Volver a vernos era como encontrar un anillo en una playa!

ÉL. En el aeropuerto pensé: esta mujer está tan sola como yo. Y aparecieron todas las posibilidades. Una adentro de la otra. Al mismo tiempo. Dos copias casi idénticas: seguir de largo o darle existencia. Aunque faltaran nombres o fechas.

Vos insististe y yo no me resistí.

Todas las posibilidades. En algunas existís vos, en otras yo y en otras sólo vos, pero en esta, ahora, estamos los dos.

Hace cuarenta años que no vuelvo a esta ciudad.

Me gusta esto. Vos.

Ya no estamos en la bola de vidrio.

Y yo también me siento solo.

Silencio.

ÉL. Graciela.

ELLA. Nada bueno puede empezar de esta manera.

ÉL. Hace mucho que no me siento así.

Silencio.

ÉL. Hola Graciela, me presento, soy Roberto.

ELLA. Decilo otra vez.

ÉL. Hola Graciela, me presento, soy Roberto.

ELLA. Otra vez.

ÉL. Graciela, soy Roberto.

ELLA. Mi nombre.

ÉL. Graciela.

ELLA. Otra vez.

ÉL. Graciela.

ELLA. No te rías.

ÉL. ¿Por qué me iba a reír?

ELLA. Es un nombre común.

ÉL. Vení.

ELLA. Cantame.

ÉL. ¿La de Nino Bravo?

ELLA se acerca a ÉL lentamente. Suena "Cartas amarillas". La luz se cierra sobre el abrazo.

FIN

LA REPOSERA AMARILLA

Lucila Rubinstein (Ciudad Autónoma Buenos Aires)

lucilarubi2@gmail.com

PERSONAJE

SUSA

SUSA. Me tocó un domingo con sol y me dije: “Susa, hay que disfrutar el día”.

El cielo estaba azul, el aire fresco, el pasto verde. Salí al balcón y el viento me despeinó el pelo. Cerré los ojos. Me imaginé en el medio del mar en la Polinesia. Nadando. Desnuda. Me estremecí. Me dio piel de pollo. Con ese raptó de locura agarré el bolso floreado y salí a la calle.

Sobre Las Heras casi esquina Salguero estaba el negocio de muebles y en la vereda vi una reposera blanca hermosa, iluminada por el sol brillaba como diente pulido. Le dije al tipo: “Quiero una de estas”.

¡Y no va que me trae una amarilla! De las blancas no quedaban así que me llevé la otra lo mismo, el día no estaba para vueltas.

Entonces fui y me recosté en mi reposera amarilla en pleno parque Las Heras, con un sol espléndido. Ahí me quedé leyendo, mirando a la gente, respirando...

Hace respiración profunda.

De principio a fin me leí la revista Pronto. Hasta las fotos del casamiento de la nieta de María Amucháustegui ¡Imaginate!

¿Ustedes saben quién es María Amucháustegui?

Yo tampoco sabía. Bah... no me acordaba. Es la que hacía gimnasia por la tele y un día entre abdominal y abdominal se le escapó un gas. Un pedo quiero decir. Ahí al aire, con todo el mundo viendo el programa. Después no quiso aparecer más la pobre. Ahora recién después de ¿cuánto? ¿Veinte años? se anima a salir de nuevo en calzas y mostrar el traste. De su nieta digo.

En fin, cuestión que así se pasó la tarde y cuando el sol iba cayendo me dispuse a irme. Serían las siete. Estaba casi llegando al semáforo cuando se me acerca el guarda y me dice: “Señora, tiene que dejar la reposera”.

Me dice que mañana me la presta pero que la tengo que dejar. Y yo que *No, que es una confusión, que ya sé que las de Macri también son amarillas pero esta reposera es mía, la acabo de comprar*. Y él dale con que la tengo que dejar. Y yo que:

No no no querido, me la vendieron acá a la vuelta.

No, el recibo no lo tengo, ¡cómo lo voy a tener! Lo tiré después de que estrené la silla.

A ver pibe, si querés la factura andá y fijate en ese tacho de basura.

Bueno, si no querés revolver la basura no es mi problema.

No te pienso decir mi nombre, no está dentro de mis obligaciones civiles.

¿Vos cómo te llamás?

Luis. Bueno Luis, a ver si nos entendemos, esta reposera la aboné con mi dinero, en todo caso el local no tendría que vender reposeras amarillas o ustedes tendrían que tener un registro. ¡Ahí está! Por qué no vas y te fijás cuantas tenés, te vas a dar cuenta que están todas. ¿Justo te falta una? Por favor Luis, no seas chiquilín. ¿A vos te parece que una señora como yo necesita robarse algo del parque? Mirá mi billetera ¡Mirá la plata que tengo! ¡Mirá!

Llamá a quien quieras, me tiene sin cuidado.

Bueno, espero.

Tiempo.

Hola oficial. Déjeme explicarle mejor lo que está pasando: yo, una ciudadana cualquiera de la ciudad autónoma de Buenos Aires...

Sí, tengo la mala suerte de que es del mismo color, qué le voy a hacer. Si quiere vayamos al local. ¡Ah! ya está cerrado...

No me voy a identificar, no está dentro de mis obli...

A ver... agente... González, ¿cómo te llamás? Nicolás. Mirá Nicolás, acá Luis se está queriendo apropiarse de algo que es mío así que me dejanirme o le inicio yo una causa a él. O a los dos si vos tampoco estás de acuerdo.

Mire oficial, yo tengo a mi gatito enfermo y esto ya me está llevando mucho tiempo, me tengo que ir.

Se acomoda su bolso floreado. Camina para irse.

¡No me siga! ¡Suélteme! ¡¿Qué hace?! Usted no puede tocarme. Ya no estamos en la dictadura, por haberme agarrado del brazo le puedo abrir una causa, otra causa más.

¿Yo demorada? ¡Soltame porque grito! ¡Gente! ¡Mírenme! ¡Acá! ¡El oficial se quiere proparar conmigo! ¡Gente!

¿Vos tenés hijos Nicolás González? ¿De cuántos años?

Ah, mira, ¿cómo se llaman?

No importa, no me digas, ya sé que son González. Yo trabajo en el Hospital de Niños, ¿sabés? Soy pediatra. Empezá a rezar para que no los atienda yo. Empezá a rezar porque te juro

que ésta no te la llevás gratis.

No, no es ninguna amenaza. Esperá que tengo que hacer un llamadito.

(Busca su celular. LLama.)

Hola José. Susa acá. Haceme una gauchada, fijate si tenés un González. Ah, ¿Si? Bueno a ese dale un trato “especial”.

Forcejean con el teléfono que termina cayendo al suelo.

¡Me rompió el celular! Oficial, ahora me va a tener que comprar otro. Mire hay millones de testigos. ¡Vengan! ¡Vengan! ¡Los policías me están robando!

Bueno, bueno, bajá el palito che. Bajá, bajá.

Paremos la moto, Nico. Respirá conmigo.

Inspiración, 1,2,3.

Expiración, 3,2,1.

Eso. Te voy a mostrar la foto de Copito, mi gato, para que veas.

Saca del bolso su billetera, de allí una foto.

Copito hace tiempo que está enfermo y si yo no vuelvo a darle su medicación se va a poner más enfermo y eventualmente morirá. Es decir, que si vos no me dejás ir, pasás directamente a ser el asesino de mi mascota. Y ese es un delito muy grave. ¿Vos querés convertirte en un asesino? ¿Querés? Decilo. Gritalo fuerte, Nico. ¡Yo no quiero ser un asesino! ¿Querés ser un asesino y tener que vivir con eso todos los días de tu vida? ¡Eso! ¡Gritalo, Nico! ¡Yo no quiero ser un asesino!

Por Luis no te hagas problema, ya se fue. Mañana se olvida, viste como es. De él me encargo yo, no te preocupes.

Además, te cuento esto para que lo tengas en cuenta, mi marido es abogado. Es un abogado muy importante. Es juez de la nación también. El otro día metió preso a los chinos del super de la vuelta porque no me querían pagar el vuelto en monedas. *Calamelito, calamelito* decían. Ya llevaban una cuenta de cincuenta pesos pagadas con *calamelitos*. El famoso delito del *calamelo*. Además, ¿quién se ocupa de mi culo si yo engordo? En serio te lo pregunto. ¿Ellos se van a encargar de comprarme pantalones nuevos si de tantos calamelitos no me entran los blue jeans? Yo creo que no. Por eso le dije a Roberto: “Rober, esto se está pasando de castaño claro, mirá mi culo”. Y al día siguiente a los chinos les cayó la afip, bromatología y san-seacabó.

En fin, no me hagas irme por las ramas. ¡Qué hábil que sos, Nico! Mirá cómo lograste distraerme del tema central que nos ocupa. Sos muy inteligente vos, eh, a pesar de esa carita que

tenés. Con esos pozos... No te ofendas, te lo digo con buena onda. ¿Se te ocurre alguna otra manera en que podamos arreglar esto? Digo, sin perder tanto tiempo los dos. Porque yo justo ayer me encontré en la calle esto.

Saca un billete de \$10 de la billetera. Lo hace jugar con el aire.

Me lo encontré, lo guardé y ahora me sobra, ¿me seguís? Me pesa en la cartera. Porque decirte que te doy este billete sería algo ilegal, ¿no, Nico? Aunque me pesa tanto en la cartera este billete ¡Ay! ¡Cómo me pesa! ¡Ay! ¡Cómo me pesa! Sosteneme, haceme el favor que me duele la espalda de tanto que me pesa.

Ahí está, ahora dame la reposera. Dame la reposera, Nicolás.

¿Que yo te estoy faltando el respeto? ¡Vos me estás faltando el respeto a mí, querido! Te estás quedando con mi reposera, mis diez pesos y la vida de Copito. ¡Ay Copito!

Se lamenta, tal vez llora.

¡Escuchá! ¡Una ambulancia!

Copito no llores, no llores, ya va mamá a cuidarte.

Sigue en lamento hasta advertir que González se está riendo.

Te reís, ¡te estás riendo! ¡¿De qué te reís?! ¿Te parece gracioso estafar a una mujer, romperle el celular y reírte de su sufrimiento? ¡Masoquista! ¡Femicida! ¿Quién contrata a estos tipos? La violencia contra la mujer es algo muy grave González, muy grave. ¿Sabés los años que le costó a la mujer salir de la cocina, ganarse el mango y poder comprarse una reposera amarilla? A la INADI le va a encantar saber la humillación que estoy recibiendo. A los medios les va a encantar enterarse que una mujer es robada, amenazada, ultrajada, violentada y humillada por la mismísima policía. Esos mismos que te tienen que cuidar, robándote. ¡A Chiche Gelblum le va a encantar! ¿Qué te gusta más la INADI o los medios? ¿Sabés qué? Agreguemos una nota de color, digamos que vos trataste de propasarte conmigo, ahí está.

Rompe partes de su ropa.

Lindo lindo va a salir esto en la tele.

Le agarra la mano al oficial y usando su mano se da una cachetada.

¡Hijo de puta! Dolió. Pero quedó la marca, con eso alcanza. Lindo juicio te voy a meter. ¡Y la guita que me vas a tener que pagar! ¡Ay! ¡la guita! Ya empiezo a pensar si me voy de vacaciones a Aruba o a la Isla Margarita. Andá ahorrando vos. ¿A quién llamas? ¿Otro oficial? ¡Pará González, ya somos suficientes! ¿Soy mucho para vos? ¿Soy demasiado para vos? Siempre me pasa eso con los hombres... Dame mi reposera y se acaba todo, querido. Vos volvéis a cenar con tu mujer y tus hijos y no nos vemos nunca más.

Escucha a González hablando por el handy.

¡¿Qué decís?! ¿Señora de unos sesenta-setenta años en actitud violenta y peligrosa? ¡Pelotudo! ¡Tengo cincuenta y tres, pelotudo! ¡Lo hubieras preguntado antes!

¿Yo violenta y peligrosa? ¡Qué mundo en el que vivimos, qué mundo! ¡Uno no puede salir un domingo a tomar sol que ya lo acusan de algo!

(Gritando.) ¡¿Es violento querer ser feliz?! ¡¿Es peligroso querer que los derechos sean respetados?! *(A alguien que pasa caminando.)* ¡Venga señora! Si, usted, venga. El oficial me pide que revise su cartera. Me acaba de obligar a hacerlo a punta de pistola. Eso, traiga *(Le tironea la cartera.)* Ahora sí, querías una ladrona, ahí está. ¡Ahora sí!

(A la señora.) Haga la denuncia, señora. Igualmente no tiene mucha plata. Pero cuídese que tal vez la culpan a usted como me está pasando a mí. González me llamo, oficiala González.

(A González.) Bueno, ya que soy condenada por ladrona, voy a robar ¿qué te parece? ¿quién va preso dos veces por el mismo crimen?

(A otra caminante.) ¡Señor, traiga ese teléfono por favor!

(A González.) ¡No sigas llamando gente, carajo! ¡ya somos muchos!

Escuchá, es la ambulancia de nuevo, debe ser por Copito!

No, no es la ambulancia

(Con repentina urgencia, tras escuchar la sirena de la policía.) González, ¿sabés la cantidad de culos que tuve que limpiar en mi vida para salir adelante? ¿Sabés la cantidad de pendejos que tuve que atender? Que vengan con sus mamitas haciéndose los dulces... ¡todos cagados! ¡Llenos de mocos! ¡Meados! Hagamos la prueba a ver si te gusta. Yo agarro un poquito de esta caquita.

Agarra caca de perro y amenaza al policía con tirársela.

¡Te la tiro, eh! ¡Te la tiro!

¡Ay! ¡Él y su bastoncito! ¿Qué vas a hacer con eso? ¿Me vas a pegar? ¿Me vas a pegar de nuevo? ¿Es un delito agarrar mierda y querer conectarse con la naturaleza? Yo creo que no.

Sigue amenazando al policía con tirarle la caca.

Hoy te levantaste dudando de tu identidad sexual y agarraste el palito para sentirte bien macho, te creés que por eso podés venir a decirme: “La reposera es mía” así porque sí, sin motivo. Mirá yo hoy me levanté con un sorete de ovejero alemán en la mano y me siento la reina de la naturaleza.

¡Dame la reposera porque te embadurno la cara, te lo juro por todo el ecosistema de la tierra!
¿Querés ver lo que se siente que te caguen del cielo?

Empieza a tirar la caca por el aire.

¡Llueven cacas! ¡Cacas! ¡Cacas! ¡Cacaaaaaaas!

Tiempo.

Cambio de luz.

SUSA se ríe.

Y si, me tuve que poner a tirar materia fecal por los aires. A veces una no sabe cómo va a reaccionar en esas situaciones. Yo jamás tuve un inconveniente con la ley, jamás había pronunciado la palabra caca frente a un oficial. Pero bueno, fue necesario, ¿o no?

No, la reposera se la quedó el muy guacho pero entre que sostenía mi reposera con una mano y esquivaba la caca con el otro me quedé con esto.

Saca un arma de su cartera.

Y me fui corriendo.

Se ríe.

Miren qué linda es. Nunca había sostenido una así. Ahora la llevo siempre en la cartera, por las dudas, viste. Nunca se sabe qué te va a traer la vida y menos un domingo con sol. Dale, vamos yendo. ¡Uia! me olvidé la billetera! ¿Pagás por mí Marta, por favor?

(Con la pistola en la mano.) ¡Gracias! Mirá parece que el mozo no nos quiere cobrar. (Se ríe, está chocha.) Parece como si nos quisiera recompensar por lo que nos robaron. Qué amoroso. Como si la vida fuera un subibaja. Aprovechemos, vamos.

APAGÓN FINAL

LA MANO

Lolo Avegliano (Ciudad Autónoma Buenos Aires)

lolo.avegliano@gmail.com

PERSONAJE

PALOMINO

CUADRO I

FOLLETO #1

“Tal vez se sienta solo, pero no lo está. Él sabe por lo que usted está pasando y aunque haya perdido las ganas de vivir, él se preocupa por usted. Él no rechaza “un corazón quebrantado y aplastado”. Está claro que él lo ama y quiere que usted viva.

Intente esto: Busque pruebas en el folleto tres de que Dios lo quiere”.

Me estoy convenciendo que el mundo quiere decirme algo. Es desde que recibí las cartas. Pienso que, a diferencia de otros, este final me quiere decir algo a mí en particular. Y si fuera algo concreto, serían estas cartas.

Supongo que aún no terminó el mundo para nadie. Aunque sigo avizorando el final, ahora sé que será samaritano. Al menos ellas supieron sembrar en mí esa certeza.

Hay días en que cada cosa aparece cargada de significados. Mensajes como presagios encriptados. Emilce y Ximena son parte. Son anuncios de un fondo al que no puedo acceder salvo por omisión.

Ellas son una especie de eso. Una prestidigitación puesta al servicio de la esperanza.

¡Gracias por esta hermosa manera de estar, Emilce y Ximena!

CUADRO II

FOLLETO #2

“Medite en la esperanza que le dan los folletos: Esta esperanza la tenemos como ancla firme para nuestra vida. Esta esperanza no es una ilusión, es la promesa de él de eliminar todo lo que nos haga sufrir.

Intente esto: Lea más sobre la esperanza en el folleto cinco”.

Lunes. Desde el lugar donde me encuentro, hoy vi una mano asomar. Una mano chiquita, amarillenta, llena de callosidades. La mano estaba en una posición antinatural, parecía como salirse de una roca. Se agitaba débil. En realidad, no era una mano tendida, era una señal. Hablaba de ser piedra, de no perder la fe en las piedras. Me dio de lleno. Me dio a entender

que el destino no es una piedra enorme sino un pedregullo de cosas pasajeras, que, aunque el final aconteciera su naturaleza es la de volver a construir.

Me imagino a Emilce. Me doy cuenta que personas que demuestran interés y metodología en mi bienestar deberían ser reconocidas. Debe vestir ropas claras y sencillas. Me la imagino locuaz, tendiendo a desaprobar el modo de obrar y pensar intempestivo. Me alivia pensar en Emilce.

Me gusta la palabra “vecino”. Me acerca. Somos vecinos.

CUADRO III

“Querido vecino,

Mi nombre es Emilce. Le dejo una invitación a una asamblea internacional donde su lema es “EL AMOR NUNCA FALLA” (1 Cor 13:8) En la asamblea se mostrará cómo este consejo nos puede ayudar en distintos campos de la vida. En la familia, las amistades y principalmente acercarnos a él.

Lo espero.

Emilce”

Martes. Hoy no tengo ganas de desayunar. Me voy a quedar dibujando erizos de mar. Me gustaría tenderle una carta a la mano. Una carta que diga exactamente lo mismo que me dice Emilce en sus cartas. Además, tengo una conversación en mente. Una sobre la fauna marina. De la simetría radial de ciertos moluscos. Suelo dibujar erizos de mar porque es una imagen que se me repite y busco la manera de sacarla de mis sueños.

Miércoles. Son las once de la mañana y aún no vi salir la mano. En estas épocas, me preocupa.

CUADRO IV

“Querido vecino,

Espero que se encuentre bien. Me gustaría que disfrute de una asamblea internacional que aborda el tema de “si se acabará alguna vez la violencia”, entre otros temas. Espero que la disfrute. Lo invito también a visitar la página web jw.org donde podrá hallar respuesta a las grandes preguntas que nos hacemos los seres humanos y recibir nuestro folleto online.

Le dejo mis cariños.

Ximena”

Miércoles a la noche. Dos guardias discuten con un manojo de cartas en la mano. Como si algo no estuviera bien, tiran las cartas al tachó.

La mano aturdida se asoma pidiendo silencio. Me había puesto a escribir diálogos y pensa-

mientos en babia y el ver salir la mano, me tranquilicé. Ahora sé que no está muerta.

Quisiera que esta estampida de pensamientos que llamo escritura llegue a ella. Que pueda leer las entrelineas del esfuerzo que hago por omitir el sentido superfluo de la vida y tranquilizarla de alguna manera.

Jueves. Gracias a un permiso especial otorgado por la *Dirección Nacional de Seguridad*, hoy vamos a recibir visitas presenciales.

Espero conocerlas.

“El amor nunca falla”. Alguien que expresa el amor en esos términos no falla.

Todo mi amor es fluctuante, pero logro mantenerme en pie. Las cartas son como un ancla, no un ancla chiquita. Un ancla que me ayuda a sondear la profundidad de mí sin alejarme demasiado de la costa.

No veo la hora de conocernos.

El comunicado de la *Dirección* afirma que podremos asistir a citas presenciales con ropa normal como un día cualquiera, saludar a distancia y probar las vías de sociabilización previstas en el Anexo A de “*Reeducación Social a Distancia*”. Finalmente declara que los médicos darán permisos puntuales para beber con moderación, excepto a quienes tengan recetados barbitúricos.

Hay que aprender a leer la intertextualidad de los anexos y comprender al que lee y no encuentra anexos. Y escuchar todas las voces. Sobre todo, las que subyacen al texto y a sus anexos.

Me huelo el sobaco. La vida ya no es más un intercambio de olores, pero igual lo hago.

Todo transcurre con normalidad. El horario de visitas caduca y ellas no se presentan.

Viernes. Un escalofrío gigante recorre mi célula y mis células.

Sábado. Tuve suerte. Fui seleccionado entre ocho mil setecientos voluntarios para una prueba piloto. El programa se llama *ESCAPE* y voy a salir.

Espero.

Calor.

CUADRO V

Subo las escaleras de mi suerte. Centinelas esperan. Espero que se abran las puertas de mis próximas cuatro horas de vértigo. Son las ocho de la mañana. Miro hacia arriba y veo la mano agitarse con vehemencia. Siento el viento que agita la mano correr por mi cara. Devuelvo el gesto sabiendo que tiene ojos en cada uno de sus dedos y experimento una caricia sorda, dura y callosa. Es una sensación de inmensidad. Una calma soberana. Veo nuestras manos unirse en alguna metáfora y escucho una voz vencida pronunciarse. Es mi voz. Mi voz no virtual. Pongo al servicio de mis cuerdas los pulmones entumecidos de mi confinamiento.

(Sale y grita.)

“Te abandono por un rato, abandono la sombra, los ruidos a nada, los charcos de duda, el sorbo amargo de anestesia. Abandono la siesta, voy al encuentro de un hilván que deshilvane, un subir y un bajar que me dé cuenta, una crónica que comience a escribirse en este instante”.

Ramas, zarzas, matorrales, palos. No recordaba nada, ni siquiera como era recordar.

Cuando vi lo que la pandemia había devastado, lloré. Luego de transformarse en ese monstruo de mil millones de cabezas muertas que destruyó incluso el gesto grandilocuente de la ciencia por salvarnos, el hombre perdió la confianza en el hombre y, sabiendo que el virus más letal era el del recuerdo, debimos resetearnos por completo para subsistir. Fue así como dejamos de vivir antes o después de un Cristo y como perdimos el vínculo con todas nuestras convenciones.

El programa *ESCAPE* dio buenos resultados y se propagó con éxito.

Durante cuatro horas, todos los días de calor a la misma hora, las personas volvíamos a las prácticas del ser. Eran prácticas no virtuales y esperanzadoras. Prácticas del tocar, del dialogar y retomamos las del confiar. En esta reluciente normalidad, las prácticas más difíciles eran las del tocar, pero todas parecían inauditas. Había quienes ni bien sentían el calor de un otro contraían su piel, sus músculos, su sangre, su respiración y morían.

El calor del mate fue otro punto de inflexión. Y tocarnos... ¡Por Dios!

Así fue como de a poco volvimos a algo que no habíamos sido nunca. A oír voces en modo “Había una vez” de historias fragmentadas por el no recuerdo, a encontrarnos con partículas salivares de otros y hacer burbujas de jabón con nuestro miedo. Y siempre de alguna de esas historias se desprendía alguna lágrima que traía a cuento la letalidad y solo por el instante que duraba la lágrima, conteníamos la angustia hasta que una sensación de Zeus lograba disiparla.

Se sentían navidades, noches buenas inmejorables de un tiempo de calor sin calendario.

Poder festejarlo fue mi regalo. Y acercar mi percepción a un mundo Emilce Ximena, testigos de un Jehová paradójico para mí.... Se me viene omnipresente, pero no sé. Insistía en no dejarse presenciar.

“El folleto ocho dice que nadie puede comprender totalmente la amargura de otra persona que no viva lo mismo. El folleto diecisiete dice que no estamos solos y nos insta a confiar. Y el veinticuatro dice que muchas personas que intentan suicidarse en realidad no quieren acabar con su vida, sino con su dolor”.

CUADRO VI

Yo tuve una patria. Todos tuvimos esa suerte. Se deshizo mi suerte. Ahora graznan tumbas sobre héroes, las dudas como buitres. Como si el corazón volviera y no pudiera. Como si la razón se extinguiera al intentarlo, como si todas las hipótesis se falsearan o se anularan.

Tengo a veces la nostalgia de entender. Es raro. Me cuesta y sin embargo me voy de viaje solo con mis encrucijadas y encallo en cada duda, callo, espero. Entonces hice una lista. Enlisté lo que sé o de lo que no hay duda:

Yo despierto.

Yo deseo.

Yo acaricio.

Yo chiflo.

Yo sudo.

Yo babeo.

Yo meneo.

Yo blasfemo.

Yo puteo.

Yo acometo.

Yo enloquezco.

Yo revivo.

Yo reescribo.

Yo refriego.

Yo incrusto remacho injerto atornillo.

Cada palabra rota, se paga.

Como amas, serás herido y malentendido,

Cada agua a su mar muerto.

Mate amargo a un tiempo agrio.

Una suerte luz. Mala mía. Mala suerte.

Suerte muerte.

Brujas esnifan sangre balada,

tiempos de espíritus perpetrados,

me fascinó de muerte,

de poros erectos,

de oquedades.

Yo creo en tu mano.

CUADRO VII

“Querida mano,

Quisiera besarte. Quisiera aliviar tu piedra. La piedra que carga los nombres de las ausencias. Quisiera rugir mi voz para sanarte. Que reaccione el tiempo. Que la vida cobre y las venas. Tocarte con un amor Emilce y Ximena y acariciarnos.

Con cariño, estrellas y aplausos,

PALOMINO.

Pd. Me gustaría que veas unos folletos”.

CUADRO VIII

Fue un tiempo largo de pandemia.

FIN

EN EL FONDO

Pilar Ruiz (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)

pruiz_pilar@hotmail.com

PERSONAJES

FLORA, alrededor de 20 años.

PEDRO, alrededor de 25 años.

ESCENA 1

Habitación de una casa vieja. Una ventana y una puerta, ahora cerradas, dan a un patio trasero. Hay una cama chica, una mesa vieja, dos banquitos, un ropero roto y sobre una mesa de luz una lámpara con forma de globo terráqueo.

Entra PEDRO cargando a FLORA en brazos que lleva una mochila puesta. FLORA está acurrucada, lo agarra fuerte y mantiene los ojos cerrados. Lleva un vestido corto y aún tiene sus zapatos de taco puestos.

PEDRO deja a flora sobre la mesa.

FLORA. *(Tanteando la mesa con los ojos apretados.)* ¡Pedro!

PEDRO. Llegamos. *(Va hacia la puerta por la que entraron y cierra con llave.)*

FLORA. ¿Y el fuego?

PEDRO. No hay, estamos adentro.

FLORA. Tardamos mucho.

PEDRO. Algo. *(Va a la puerta que da al patio, la abre y espía.)*

FLORA. ¿Cuánto?

PEDRO. Ya podés abrir los ojos.

FLORA. ¿Qué estás haciendo? *(Baja de la mesa y busca en la oscuridad.)*

PEDRO. Frío... *(Flora camina hacia él.)*

FLORA. *(Caminando con ojos cerrados hacia PEDRO.)* ¿Sos vos Pedro?

PEDRO. Tibio...tibio... ¿Y si no quién?

FLORA. Otro.

PEDRO. ¿Te solté en algún momento? *(Se aleja de FLORA.)* Frío, frío...tibio.

FLORA. Yo te agarré fuerte. Pero me parece que cuando me dormí...

PEDRO. Dormida hubiera sido todo más fácil. Me pellizcaste. Tibio...

FLORA. ¿A vos te parece sacarme así a las apuradas?

PEDRO. Todavía tengo tus uñas clavadas en mi espalda.

FLORA. Por los nervios. *(Se acerca más a PEDRO.)*

PEDRO. Caliente...te vas a quemar.

FLORA. (*Da un paso hacia atrás.*) No, caliente no. No me gusta.

PEDRO. Es un juego Flora. (*Sale al patio.*)

FLORA. ¡Pedro, volvé! ¡Juego bien!

PEDRO. (*Entrando con una flor en la mano.*) Caliente... (*FLORA se va acercando de a poco*) Caliente, caliente... (*FLORA lo agarra.*) ¡Te quemaste! (*Ríen.*) Dale, abrí los ojos.

FLORA. (*Abre los ojos. mira a su alrededor.*) Este lugar...

PEDRO. ¡Feliz cumpleaños!

FLORA. (*Mira a PEDRO.*) Yo no cumplo en primavera.

PEDRO. (*Entregándole la FLOR.*) Es del patio. Para vos.

FLORA. Hay poca luz y mucho olor. Se va a morir.

PEDRO. ¿Te gusta?

FLORA. Es una lástima que se muera mañana. (*Dejando la flor sobre la mesa.*)

PEDRO. ¿Y? ¿Qué tal el lugar?

FLORA. Lindo. ¿Cuántos años cumplo?

PEDRO. No muchos. (*La examina.*) Todavía no tenés arrugas, tu piel es suave.

FLORA. Pero ya no levanto los pies.

PEDRO. Todos nos arrastramos.

FLORA. Estoy segura de que yo no cumplo en primavera.

PEDRO. ¿Eso quién lo sabe?

FLORA. No sé.

PEDRO. (*Sonriendo.*) ¿Quién lo sabe?

FLORA. Vos. (*Sube a las caderas de él de un salto.*)

PEDRO. (*Acaricia su cuerpo.*) La primavera es tu estación.

FLORA. ¡Decime cuántos!

PEDRO. (*La huele lentamente.*) Tu olor y tus curvas me dicen, algo más de veinte.

FLORA. Eso es poco, ¿no? (*Cuenta con los dedos.*)

PEDRO. Sí. (*Baja a FLORA de sus piernas y saca de su bolsillo un sobre.*) Esto te lo manda Costra.

FLORA. (*Abriendo grande los ojos.*) ¿Está acá? ¡No quiero que entre!

PEDRO. Me pidió especialmente que te diera esto.

FLORA. Dijiste que veníamos solos. (*Agarra el sobre y lee con mucha dificultad el dorso escrito a mano.*) "Para Florcita, mi niña preferida".

PEDRO. Abrilo. (*FLORA le devuelve el sobre. PEDRO no lo agarra.*) A nadie le hace regalos.

FLORA. ¡Por eso!

PEDRO. ¿No lo vas a abrir?

FLORA. ¿Qué es?

PEDRO. No tengo autorización para abrirlo.

FLORA. ¿Estás seguro de que cumplo hoy?

PEDRO. Hoy es un día de sorpresas. Mirá bien este lugar, ¿lo ves? ¿No te parece conocido?

FLORA. A mí me parece que ya cumplí antes. *(Abriendo la mochila.)*

PEDRO. Sí, todos los años. ¿Qué le digo a Costra?, me va a preguntar Flora.

FLORA. Ahora estoy cansada. *(Buscando en la mochila.)* De tan rápido que me sacaste de la casa, no pude guardar nada. ¿Cuántos años me dijiste que cumplo? *(Revuelve en la mochila.)*

PEDRO. Veinte más o menos.

FLORA saca de la mochila un papelito y un lápiz. Comienza a anotar el número con dificultad.

PEDRO. ¿Qué estás haciendo? *(FLORA sigue escribiendo, ahora escribe el número en letras. PEDRO se acerca.)* ¿Qué anotás? No hay nada que escribir. ¿De dónde sacaste ese lápiz?

FLORA. Lo dejaste en mi cuarto una vez o lo dejó alguna de las chicas. No, lo dejó Paca me parece. No sé, ya no me acuerdo. ¿Veinte con que V se escribe?

PEDRO. Deja de escribir. ¿Estás escribiendo de verdad o qué estás haciendo?

FLORA. Salí. *(Se corre hacia un costado.)*

PEDRO. Dejame ver. Qué tanto vas a anotar, si apenas sabés las letras.

FLORA. Mentira. Escribo mucho más de lo que te pensás.

PEDRO. Mostrame eso.

FLORA. No, es mío y no se lo muestro a nadie.

PEDRO. Si vos me lo mostrás te puedo ayudar. Es más, si veo que está bueno te puedo regalar un cuaderno, ¿querés? Vas a poder escribir un montón.

FLORA. No lo necesito.

PEDRO. *(Se acerca y la acaricia acorralándola contra la pared.)* No seas mala, mostrame lo que escribís. *(FLORA lo muerde.)* Sos tan bruta. Seguro haces garabatos, nada bueno puede salir de acá. *(Le golpea la cabeza.)* Dame eso.

FLORA. *(Le entrega el papel.)* Dejame hacer algo alguna vez.

PEDRO. Callate la boca y sentate ahí.

FLORA. *(Se sienta en un banquito. Con la voz quebrada.)* Pedro, si no practico me olvido.

PEDRO lee lo escrito en el papel.

Silencio

PEDRO. Disculpame. Me pongo nervioso. Podés escribir todo lo que quieras, pero sólo si me lo mostrás. *(FLORA le da la espalda.)* No me gusta que hagas cosas sin avisarme y sin mí.

No se puede. Me dejás afuera y yo quiero hacer todo con vos, ¿entendés? Flora, no peleemos, quiero estar bien con vos. Mira lo que tengo acá. *(Va hacia el armario y abre uno de los cajones.)* Te la voy a regalar, para que escribas y no se borre, porque el lápiz en un tiempo se borra. *(Saca una lapicera.)* Ni una palabra a Paca y a Costra de esto. *(FLORA lo mira de reojo y vuelve a darle la espalda.)* Con esto, vas a poder escribir todo lo que quieras. Si no querés no me lo mostrás. Me pone triste, pero lo acepto. Tomá. *(FLORA de espaldas, mueve la cabeza diciendo que no.)* FLORA, la lapicera, agarrala. *(Espera.)* Para acordarte de tu cumpleaños tenés que escribir la fecha, no la edad. La fecha es el día, el mes... ¿querés que te explique? *(PEDRO abre el sobre que COSTRA le mandó a FLORA, mira y lo cierra.)* ¿No me vas a hablar?... Flora... *(Se guarda el sobre.)* Bueno, te dejo la lapicera acá. *(Apoya la lapicera sobre la mesa. Sale al patio.)*

FLORA agarra la lapicera y se pone a escribir.

ESCENA 2

FLORA recorre la habitación cuidadosamente sin tocar nada. Va hacia la puerta de salida, intenta abrir, pero está cerrada con llave. Va hacia la ventana, la abre y ve a PEDRO, en el patio, espiando al otro lado por la medianera. FLORA se asoma por la ventana.

FLORA. Pedro, Pedro.

PEDRO. ¿Ahora me hablás? No es así.

FLORA. Pedro, ¿qué miras?

PEDRO. Demasiadas preguntas por hoy.

FLORA. Algo pasa.

PEDRO. Estoy trabajando.

FLORA. Pero Pedro. *(Hace puchero, al borde del llanto.)*

PEDRO. ¿Qué querés?

FLORA. Me aburro.

PEDRO. Aprovechá a dormir.

FLORA. No puedo, no me sale dormir de noche. Aparte es otra cama, otro cuarto. No es lo mismo.

PEDRO. Bueno, hacé lo que quieras. *(Cierra la ventana y entra.)*

FLORA. ¿Por qué no volvemos a la otra casa? No me gusta este lugar.

PEDRO. Olvidate de la otra casa.

FLORA. ¿Estás espiando la otra casa?

PEDRO. Estamos lejos Flora.

FLORA. Nos va a costar mucho volver.

PEDRO. No vamos a volver.

FLORA. ¿Vienen las otras chicas para acá?

PEDRO. No creo.

FLORA. Me dijiste que la casa quedaba vacía.

PEDRO. Sí, rotación masiva con desalojo total. Tuviste suerte, te tocó un buen lugar.

FLORA. No me gusta.

PEDRO. No te quejes, te tocó conmigo.

FLORA. Y sí, porque las otras chicas trabajan mal y no hacen caso. El otro día, había una que no paraba de gritar, la nueva. Yo le dije que era mejor gritar para adentro, pero se lo tuvo que hacer entender Paca. Después no habló más.

PEDRO. ¿Y vos? ¡La niña preferida de Costra!

FLORA. Este cuarto es más oscuro que el otro. ¿Dónde rotaron a las chicas?

PEDRO. *(Ríe.)* ¡Andá a saber! En este mundo, lugares hay para todas. ¿Te cuento un secreto? Vení, mirá. *(Señala el velador que tiene forma de globo terráqueo que está sobre la mesa de luz.)* Es mío. *(PEDRO lo enciende.)* Te presento el mundo. *(FLORA, sorprendida, lo gira y le enciende y apaga la luz.)*

FLORA. No creo que el mundo tenga tantos colores y tampoco creo que se encienda. Eso no es el mundo, es una lámpara.

FLORA va hacia la puerta.

PEDRO. ¿A dónde vas?

FLORA. Por allá.

PEDRO. Acá no podés. Es una lástima que no te guste este cuarto, pensé que enseguida ibas a... *(FLORA mueve el picaporte.)* Si no te gusta, bancátela porque te lo ganaste.

FLORA. Quiero ver qué más hay. *(Golpeando la puerta.)*

PEDRO. *(Agarrando a FLORA del pelo la lleva hacia el globo terráqueo.)* A ver, a ver decime, ¿a dónde te querés ir?! A un lugar lejos, bien lejos, ¿no? *(Señalando el globo terráqueo.)* Mostrame dónde te gustaría irte.

FLORA. ¡No sé, Pedro! No conozco. No sé, adonde siempre.

PEDRO. Busquemos un lugar bien lejos. *(La sostiene del pelo, le acerca la cara al globo terráqueo.)* A la casa de siempre no se puede, ya deben andar los ratis.

FLORA. No me dijiste que...

PEDRO. Tranquila, nos fuimos a tiempo. ¡Decime ahora a dónde querés rotar!

FLORA. Basta Pedro.

PEDRO. *(Hace girar el globo terráqueo una y otra vez.)* A ver dónde te toca. *(Señala un país en el globo.)* Leé... leé ahora, ¿no tenías ganas de practicar las letras? ¡Dale!

FLORA. (*Lee con dificultad.*) Booo...li...li...via.

PEDRO. Bravo. (*Suelta a FLORA.*) Fácil de llegar: por tierra. ¿Y con qué B va?

FLORA. (*En un hilo de voz.*) Corta.

PEDRO. ¡Muy bien! (*La besa con violencia.*) Así sí que vas a llegar bien lejos.

FLORA. ¡¿Qué te pasa Pedro?!

PEDRO. Mostrame las fotos.

FLORA. ¿De qué hablas? Estás cansado (*Lo roza lentamente.*) Se nota, te pone malo no dormir. ¿Vamos a la cama? (*Le besa el cuello.*)

PEDRO. (*Sin moverse.*) Dejame Flora.

FLORA. (*Acariciándolo.*) Con unos mimos te vas a poner bien.

PEDRO. (*Sujetando a FLORA de la cara.*) Contame lo del fotógrafo.

FLORA. Me duele Pedro.

PEDRO. ¿Vos atendiste al fotógrafo?

FLORA. No sé qué es eso.

PEDRO. ¡Sí sabes! Es lo de la cámara de fotos.

FLORA. Las otras chicas seguro lo atendieron.

PEDRO. ¿Sabés lo que pasa cuando te sacan una foto? Capturan tu cuerpo en un papel y te sacan el alma.

FLORA. Nunca vi una cámara.

PEDRO. Paca dice que sí.

FLORA. Porque nos quiere separar. (*Llora.*)

PEDRO. Mirame a los ojos. (*Le clava la mirada.*) ¿Te sacaron una foto?

FLORA. Yo hago el trabajo de siempre.

PEDRO. ¿Te sacaron o no te sacaron?

FLORA. No.

PEDRO. (*Suelta a FLORA.*) Entonces me vas a decir a quién. Está claro que se sacaron fotos y se pudrió todo. Así que, hablá.

FLORA. Esta noche, así no voy a poder trabajar. (*Abre la ventana y grita.*) ¡Quiero volver al otro lugar!

PEDRO. (*Cierra la ventana y sujeta a FLORA.*) Te callás la boca. Hay cosas que ya no te tengo que explicar. Este lugar funciona igual que el otro. ¿Entendiste? (*La suelta y FLORA se esconde debajo de la mesa.*) A alguien le sacaron una foto. (*FLORA se tapa los oídos.*) Ahora no te hagas la muda. En algún momento me vas a tener que hablar, estamos solos. Hacé lo que quieras.

FLORA. Te odio.

PEDRO sale. Da vueltas por el patio. FLORA repite en susurro "te odio".

PEDRO. *(Ve en un costado del patio una bicicleta.)* Flora, acá hay algo para vos. *(Se acerca a la ventana con la bicicleta.)* Asomate. Te lo vas a perder.

FLORA. *(Continúa con las manos sobre sus orejas.)* No te escucho.

PEDRO. *(Entra a la habitación con la pequeña bicicleta, rodado 12.)* ¡Mirá lo que encontré! Para que veas que no soy malo, mirá. *(FLORA lo mira y se suelta las orejas.)* ¡Una bicicleta!

FLORA. *(Sonríe.)* ¿Una bicicleta?

PEDRO. Es tuya ¡Vos la abandonaste!

FLORA. ¿Es mía?

PEDRO. Mirala bien. Te la guardé, con el permiso de Paca y Costra. Pensé que alguna vez la ibas a volver a usar.

FLORA. ¿Hace cuánto?

PEDRO. Años.

FLORA. ¿Cuántos?

PEDRO. No sé, más de diez, seguro.

FLORA. *(Agarra el papel y la lapicera que están en la cama y anota.)* Diieez. ¡Con la zeta! ¿No?

PEDRO. Una lástima que no la hayas usado nunca más.

FLORA. ¡Qué linda que es mi bicicleta!

PEDRO. Si la vas a usar, te saco las rueditas traseras. Ya estás grande para andar con rueditas.

FLORA. No me acuerdo cómo se usa.

PEDRO. Nunca te olvidás de andar en bici.

FLORA. ¿Eso cómo lo sabés?

PEDRO. Nadie se olvida de andar en bicicleta. ¿Querés probar?

FLORA. Me voy a caer.

PEDRO. Subite. *(FLORA sube a la bicicleta.)* Poné los pies acá y movelos para adelante.

FLORA. *(Comienza a andar muy lentamente. Sus rodillas apenas pasan por abajo del manubrio.)* ¡Estoy andando! Hola bici, ¿por qué te escondiste tanto tiempo?

PEDRO. *(Ríe.)* ¿Le saco las ruedas?

FLORA. No ¡Estás loco, mirá si me lastimo! *(PEDRO vuelve a reírse. FLORA le avanza con la bicicleta en línea recta.)* Pi, piii...cuidado que te pisoo.

PEDRO. *(Le detiene la bicicleta y le da un beso.)* Con rueditas entonces. *(Se agacha al lado de ella, le habla al oído.)* ¿Viste lo bueno que soy? Y vos, hacés las cosas mal. Estoy triste Flora, mirá dónde estamos. Ya lo sé todo, y Costra también lo sabe. Todo se sabe siempre. *(FLORA pedalea sin mirarlo.)* Paca y Costra están muy preocupados. Ahora, vas a contarme todo lo que sabés.

FLORA. ¿Qué es el alma?

PEDRO. Algo invisible que te hace único. ¿Quién atendió al fotógrafo?

FLORA. Las chicas no me cuentan cosas a mí.

Suena el celular de PEDRO. Se aleja de FLORA y atiende.

PEDRO. Decime... sí, está acá conmigo... todavía no, en un rato... estoy en eso... ya sé en qué quedamos... hay tiempo, bancá un poco...

PEDRO corta el teléfono. Busca en el armario y saca una tijera.

FLORA. *(Pedaleando lento por la habitación.)* Vamos con cuidado querida bicicleta, porque cuando lleguemos a la parte en la que el mundo se hace redondo, nos vamos a caer *(Pedalea hasta el globo terráqueo. Se baja de la bicicleta. Hace girar el globo y lee con dificultad.)* América... Océano...

PEDRO. Si prendés la luz vas a ver mejor. *(FLORA se acerca al globo terráqueo y PEDRO se acerca a ella con la tijera.)* Se acabó el problema con tus uñas largas.

FLORA. *(Enciende la luz del globo y señala en él.)* Me gusta éste, tiene forma de empanada.

PEDRO. Sí claro. *(Ríe.)* ¿Sabés qué? Nosotros estamos cerca de la empanada. Dame la mano.

FLORA. Con esa tijera no.

PEDRO. Es lo que hay. Dame la mano. *(Señala en el globo.)* ¿Ves éste? De ahí vengo yo.

FLORA. *(Le da la mano, PEDRO empieza a cortar las uñas.)* ¿Y qué es?

PEDRO. Un país.

FLORA. Entonces, yo vengo de acá. *(Señala con su otra mano.)*

PEDRO. *(Cortándole la uña de un dedo.)* No inventes. *(Se ríe.)* A vos te trajeron de ése, del naranja.

FLORA. ¡Ah! Pedro, no la cortes tan cerca de la piel. *(Señalando otros países en el globo.)* Acá hay más naranjas. *(Moviendo la mano que PEDRO le corta las uñas.)* ¡Tan cortitas no Pedro!

PEDRO. ¡Pará! Deja de moverte, porque así te voy a cortar el dedo. *(Corta otra uña.)* Esos naranjas están muy lejos. Las rotaciones son más difíciles, pero se paga bien. Con el agua en el medio no es tan fácil cruzarlas a ustedes. *(PEDRO termina de cortar una mano.)* Eso es Europa y esta parte ya es Asia.

FLORA. ¿Y eso qué es? *(PEDRO le agarra la mano que le falta cortar las uñas. FLORA se suelta.)* Esta mano que quede como está.

PEDRO. Las uñas cortas te quedan mejor.

FLORA. A los hombres les gusta cuando las tengo largas.

PEDRO. A mí me tiene que gustar. Dame la mano.

FLORA. *(Mira el globo terráqueo.)* ¿Ahora en cuál estamos?

PEDRO. En el rosa.

FLORA. *(Le da la mano y PEDRO le empieza a cortar.)* Tan cortas no, que me duele. ¿Y antes en cuál estábamos?

PEDRO. En el rosa también.

FLORA. Entonces siempre estuvimos en el rosa. Es lindo que nos hayamos conocido en el rosa.

PEDRO. *(Ríe.)* Sí.

FLORA. Cuando me cambie de color te aviso.

PEDRO. De país.

FLORA. Cierto, de país. *(Ríe.)*

PEDRO. *(Termina de cortar las uñas.)* ¡Qué linda sos! *(Suena el celular de PEDRO.)* No me vas a tener que avisar.

FLORA. ¡Qué lindo sos! *(PEDRO duda en atender el celular.)* ¿Quién es?

PEDRO. *(Acaricia a FLORA.)* Hoy estás más linda, tenés algo especial.

PEDRO sale, atendiendo el celular.

ESCENA 3

FLORA agarra la tijera. Abre la ventana y chequea que PEDRO no esté cerca. Se sube a la bicicleta y pedalea hasta el armario. Abre el armario, guarda la tijera y revisa cuidadosamente. Encuentra en un cajón un grabador. Aprieta algunas teclas, hasta que pone play. Se escucha en la grabación una cajita musical sonando y las voces de FLORA y PEDRO cuando eran niños.

VOZ DE FLORA NIÑA. Dale Pedro, leeme el cuento

VOZ DE PEDRO NIÑO. Pero que esa caja no suene más.

VOZ DE FLORA NIÑA. Listo. *(Deja de sonar la cajita musical.)*

PEDRO desde el patio, se asoma a la ventana, tiene un arma en la mano. FLORA de espaldas a él, absorta en la grabación. PEDRO apunta a FLORA. El audio de la grabación avanza mientras PEDRO escucha.

VOZ DE PEDRO NIÑO. Había una vez una niña, la más linda que se pudo ver jamás. Un día fue a visitar a su abuela, pero en el camino se cruzó con el lobo y habló con él más de lo que

tenía que hablar. Él le dijo que la llevaba por otro camino. Ella le dijo que no. Entonces el lobo la siguió muy de cerca. Cuando Caperucita llegó a la casa, no estaba la abuelita, estaba el lobo...

PEDRO baja el arma.

VOZ DE PEDRO NIÑO. Caperucita Roja se desviste y se mete en la cama...

VOZ DE FLORA NIÑA. No es así.

VOZ DE PEDRO NIÑO. **¡Callate! No sabes nada. Caperucita en la cama le dice...**

PEDRO vuelve a apuntar a FLORA que sigue de espaldas.

VOZ DE FLORA NIÑA. **¡Qué brazos tan grandes tienes!**

VOZ DE PEDRO NIÑO. Es para abrazarte mejor. Le responde el lobo.

PEDRO baja el arma.

VOZ DE FLORA NIÑA. **¡Qué orejas tan grandes tiene!**

VOZ DE PEDRO NIÑO. Es para oírte mejor.

VOZ DE FLORA NIÑA. **¡Qué ojos tan grandes tiene!**

VOZ DE PEDRO NIÑO. Es para verte mejor.

VOZ DE FLORA NIÑA. **¡Qué dientes tan grandes tiene!**

VOZ DE PEDRO NIÑO. **¡Para comerte mejor! (Imita el gruñido de un lobo y luego ríen.)**

PEDRO guarda el arma.

VOZ DE PEDRO NIÑO. **¡Shh! Ahí viene mamá.**

VOZ DE FLORA NIÑA. ¡Con Costra!

Se corta la grabación.

FLORA zamarrea el grabador para que siga funcionando.

PEDRO. Ahí termina. (FLORA esconde el grabador.) Quedátelo.

FLORA. (Apretando varios botones.) Estás vos acá adentro.

PEDRO. Sí, es mío.

FLORA. Una vez tuve uno así.

PEDRO. *(Entrando a la habitación.)* Siempre fue mío.

FLORA. *(Deja el grabador sobre la mesa.)* Pero me parece que yo tenía uno así. *(Va hacia el armario.)* Lo encontré acá.

PEDRO. Porque es mío.

FLORA. *(Sacando ropa del armario.)* Cuántas cosas que tenés. *(Agarra su mochila. Saca ropa.)* Voy a guardar las mías. *(Lleva la ropa al armario.)*

PEDRO. No hace falta. *(Absorto escuchando la grabación que sigue sonando de fondo.)*

FLORA. ¿Nos vamos?

PEDRO. No. *(Llora.)*

FLORA. Entonces guardo mis cosas. *(Acomoda la ropa.)* Pedro, mirá esto. *(Saca del armario una cajita musical y la hace sonar.)* Me parece que esta cajita...

PEDRO. No es tuya. *(Se seca las lágrimas.)*

FLORA. Para mí que sí. ¡Qué linda! Es como la que suena ahí. *(Señala el grabador.)*

PEDRO. *(Llorando.)* No, no es.

FLORA. *(Mira a PEDRO.)* Pedro, estás llorando. *(PEDRO se tapa la cara.)* ¿Tus lágrimas también son saladas?

PEDRO. Las de todos.

FLORA. ¿Puedo probar las tuyas? *(Se acerca y le da besos por las mejillas tomando sus lágrimas.)*

PEDRO se acuesta, duerme. FLORA, acostada al lado de PEDRO, comienza a tararear una canción hasta terminar cantando.

Se escucha un ruido, que viene de afuera, de la parte de adelante de la casa.

PEDRO se despierta de un sobresalto.

PEDRO. ¿Escuchaste?

FLORA. Era yo la que cantaba.

PEDRO. *(Mirando su reloj.)* ¿Qué hora es?

FLORA. No sé la hora.

PEDRO. Las cuatro. ¡Nos dormimos! ¿Vino alguien?

FLORA. Nadie, parece que se olvidaron de nosotros.

PEDRO. *(Vuelven a sonar golpes.)* Voy a ver. Quedate acá, bien calladita.

FLORA. *(Busca la bicicleta y pedalea tras él.)* No vayas, quiero quedarme así, con vos. Hoy sólo con vos.

PEDRO. Ahora no. *(Abre la puerta que está cerrada con llave.)* ¡No empieces Flora!

FLORA. *(Yendo con la bicicleta hacia PEDRO.)*

¡Hoy no atendemos! ¡Hoy no, fuera todos, hoy es mi cumpleaños!

¡Hoy no atendemos! ¡Hoy no, fuera todos, hoy es mi cumpleaños!

¡Hoy no atendemos! ¡Hoy no, fuera todos, hoy es mi cumpleaños!

PEDRO. *(Frena la bicicleta violentamente y FLORA se cae.)* ¡Quedate callada y no te muevas!

PEDRO sale a toda velocidad.

Entra PEDRO, agitado y con la mirada desencajada.

FLORA. ¡Me acordé Pedro! Andaba con la bici por las calles de tierra al sol, no me importaba el calor. ¿Cuántos años tenía? Tres, cuatro. *(Cuenta con los dedos.)* Si, tres. Yo y la bici, cada vez que me caía lloraba. Ahora no, ya no duele caerme. Antes me dolía, cuando no conocía las palizas de verdad. Estoy bien, recién ni me dolió.

Me acuerdo que me trajeron acá, sí a esta casa me trajeron, con la bicicleta porque no la soltaba. Me tiraron en el patio y lloraba agarrada a la bici, era como abrazar a alguien, alguien que uno quiere mucho *(Piensa en alguna persona para nombrar. No recuerda.)* ... alguien. Viniste al patio... ¿Cuántos años tenías?

PEDRO. Nueve...

FLORA. Nueve. *(Cuenta con los dedos.)* Me acariciaste, despacito, despacito porque me dolía y dejé la bicicleta para abrazarte. Me alzaste y me trajiste acá. En esta cama me dejaste, me acariciaste y yo lloraba...

PEDRO. ¡Callate Flora, deja de inventar! *(Habla con la voz quebrada.)* Me obligás a pegarte. De repente soy una mierda. Como si estar con vos fuera fácil. ¿Por qué me la complicás tanto? Si te digo que hay que hacer las cosas, las hacés. Acá es igual que allá, es lo mismo, cambió el lugar nada más. Mirate cómo estás.

FLORA. Mirate vos, agitado con los ojos para afuera.

PEDRO. Estoy hablando de vos.

FLORA. Te perdono.

PEDRO. No entendés, nunca entendés. Me obligás a pegarte.

FLORA. Tengo calor. *(Respira profundo.)* Pedro, ¿me perdonás? *(FLORA abre un poco la ventana y toma aire. PEDRO agarra la mochila de FLORA.)* Pedro, me siento mal. *(Se acuesta en la cama.)*

PEDRO. *(Buscando en la mochila.)* Es que no comimos nada, ni siquiera cenamos. *(Saca manzanas de la mochila.)* Vení a comer. ¿No tenés hambre?

FLORA. ¿Cuántas horas pasaron?

PEDRO. Muchas.

FLORA. Eso no es un número.

PEDRO. ¿Te acordas que nos fuimos a eso de las diez? Bueno, ahora son las cuatro. ¿Cuán-

tas horas pasaron? (*Abre la manzana con las manos.*)

FLORA. Es imposible eso Pedro, cómo voy a contar de diez a cuatro... ¡No hay manera, te equivocaste Pedro!

PEDRO. Con las horas sí se puede. Después de las doce, volves a empezar. (*Le alcanza un pedazo de manzana.*) Esto es tuyo.

FLORA. (*Quedándose acostada.*) ¿Cómo?

PEDRO. Las diez, las once, las doce y ahí volves a la una, las dos...

FLORA. Sí, sí. Ya entendí.

PEDRO. ¿Querés que te lo de en la boca?

FLORA. Te lo regalo.

PEDRO. Te vas a arrepentir. ¿Y entonces, cuántas horas pasaron?

FLORA. No sé, ni me importa. Me siento mal.

PEDRO. Después de comer te vas a sentir mejor.

FLORA. Peor.

PEDRO. Vení y comé. (*FLORA se levanta y come.*) ¿Te dije que sos muy linda? Pasaron seis horas más o menos.

FLORA. Seis horas... (*Tiene arcadas.*) seis horas... (*Vomita.*) Ya vomité antes.

PEDRO. Cuando termines de largar todo, se te pasa.

FLORA. No, ya vomité antes...antes. Hace varios tiempos, digo que lo hago...

PEDRO. Hace varios días.

FLORA. Si, días. En la otra casa. No me gusta. (*Tiene arcadas.*)

PEDRO. Te voy a dar unos besos sanadores y te vas a sentir mejor.

FLORA. Me lo tenés que sacar. (*Vomita.*)

PEDRO. ¡Qué pavada decís!

FLORA. Son náuseas Pedro, ya las conozco. Paca me explicó.

PEDRO. (*Suelta a FLORA.*) ¿Hace cuánto no te...?

FLORA. Qué sé yo.

PEDRO. Deberías saber.

FLORA. Paca sabe.

PEDRO. Tenés que contar los días.

FLORA. ¡Y yo qué sé! Pero estoy segura de que es igual que las otras veces. Sacámelo Pedro.

PEDRO. No. Yo no sé hacer eso.

FLORA. Tu mamá...

PEDRO. (*Interrumpe.*) Tenés prohibido llamarla así.

FLORA. Paca, seguro te enseñó a sacarlos. (*Se golpea el vientre.*)

PEDRO. No, eso es tarea de ella.

FLORA. (*Busca la tijera en el armario.*) Algo me acuerdo. Yo te voy diciendo y vos lo haces.

PEDRO. Soltá eso.

FLORA. *(Se golpea la panza con la tijera.)* No quiero que nazca, ya me contó Paca lo que me va a pasar. No voy a poder trabajar más y me van a llevar lejos, lejos tuyo. ¡No lo quiero Pedro!

PEDRO. No lo voy a hacer.

FLORA. *(Llora.)* Te pido que me lo saques. Sacámelo, nunca te pido nada.

PEDRO. Porque no podés.

FLORA. ¡Sacámelo!

PEDRO. *(Agarra la tijera y sale al patio.)* Vení.

FLORA. *(Lo mira.)* Acá.

PEDRO. Te lo saco afuera.

FLORA. *(Se acerca al borde de la puerta del patio.)* Ahí no puedo.

PEDRO. ¿Querés o no querés que te lo saque? *(FLORA intenta dar un paso.)* ¡Cuidado!

FLORA da un paso al patio. Vuelve rápidamente el pie hacia adentro. Corre desesperada por toda la habitación, como si estuviera prendida fuego.

FLORA. ¡Me quemó, me quemó! ¡Es el fuego del piso Pedro! *(Sacude su cuerpo y grita.)* ¿Por qué me lastimás? Hoy, el día de mi cumpleaños. ¡Me lastimás, con todo me lastimás!

PEDRO. *(Entra a la habitación y cierra la ventana.)* ¡Calmate! Vos sos la que se lastima. Cerrá bien la boca y dejá de meterme en quilombos. Y ese bebé es mío.

PEDRO abre la puerta, sale y vuelve a cerrar la puerta con llave.

ESCENA 4

FLORA saca de la mochila una caja de maquillaje. La abre y levanta cuidadosamente el entrepiso de la caja donde se apoyan las sombras y base. Escondido hay una foto polaroid de ella desnuda, sentada sobre una cama. Saca la foto y vuelve a poner bien la caja de maquillaje.

FLORA. *(Se acerca la foto a la boca para hablarle en susurro.)* Señor fotógrafo, venga rápido. Estoy en el país rosa, en la casa de Pedro. Venga rápido. *(Se golpea el vientre.)* Otra vez me pasó y no está Paca para sacármelo. Pedro no me quiere más, está malo, muy malo. Señor fotógrafo, venga rápido por favor. Me tendría que haber ido con usted cuando me dijo aquella vez, la última vez.

PEDRO mete la llave en la cerradura. FLORA escucha, se guarda la foto en la bombacha. PEDRO comienza a abrir la puerta. FLORA se pone frente al espejo, de espaldas a la puerta.

PEDRO se detiene detrás de la puerta entreabierta.

FLORA. *(Maquillándose.)* Cuando lloro se me hinchan los ojos, pero ya estoy mejor. *(Mira a través del espejo que la puerta no se abre.)* Pedro, ¿sos vos? Dale no me asustes. Pedro. *(Titubea y transpira.)* ¿Paca? ¿Señor Costra, es usted? Señor, me estoy preparando para trabajar. Pedro ya viene. No quisimos pelear, no era necesario que viniera Señor Costra. Con Pedro nos arreglamos enseguida. No pasó nada, está todo en orden.

PEDRO. *(Abre la puerta abruptamente. FLORA grita del susto. PEDRO Ríe.)* Hubiera jurado que lo tenías enfrente de verdad.

FLORA. Sos lo peor. *(Le da la espalda y vuelve a maquillarse.)*

PEDRO. Dejá eso, no vamos a trabajar. Acá no trabajamos, ni siquiera hay bar.

FLORA. ¿Nadie va a venir?

PEDRO. Nadie. *(Se acerca y la acaricia.)* Te quedan lindos los ojos así pintados.

FLORA. *(Sonríe.)* Siempre me decís lo mismo.

PEDRO. *(Dándole besos.)* Porque te quedan lindos. ¿Estás más tranquila? Te ponés muy nerviosa. *(La acaricia.)* Portate bien. *(Suenan sus celulares. Atiende.)*

Hola Ma... sí, estoy acá. *(Le hace un gesto de "silencio" a FLORA para que no hable.)* Estoy preparando todo... no pude antes. Sí, está todo bien... todo controlado... Tengo tiempo todavía... Decile a Costra que espere un poco...todo marcha como quedamos. *(Corta el teléfono.)*

FLORA. *(Llevando sus manos al vientre.)* Si viene Paca, me lo puede sacar.

PEDRO. No hace falta. *(La besa.)* Estoy feliz, lo vamos a tener juntos.

FLORA. No lo quiero.

PEDRO. Pero yo sí.

FLORA. No sé de quién es.

PEDRO. Es mío Flora.

FLORA. Pero puede ser...

PEDRO. *(Interrumpe.)* Es mío y tuyo. Es nuestro. Seguro tiene tu nariz, pero mis ojos.

FLORA. *(Ríe.)* ¿Cómo?

PEDRO. Y...va a ser una persona chiquita que tiene una parte tuya y una parte mía.

FLORA. ¿Muy chiquita? *(Ríe.)* Chiquitita con mis rulos.

PEDRO. Si, con tus rulos seguro.

FLORA. Si es chiquita no va a poder hacer nada.

PEDRO. Al principio no.

FLORA. Le voy a prestar mi bicicleta.

PEDRO. Si, le va a gustar. Y hay que ponerle un nombre.

FLORA. ¿Para qué?

PEDRO. Todos tienen un nombre. Como vos, Flora.

FLORA. Así entonces, Flora.

PEDRO. ¿Y si es un varón?

FLORA. Y... Pedro.

PEDRO. (*Ríe*). No, como nosotros no. Pensemos otros.

Silencio. FLORA y PEDRO se quedan pensando.

FLORA. Para mí que Flora o Pedro está bien.

PEDRO. Vemos. Y te tengo una noticia: ¡nos vamos! (*La alza en brazos.*)

FLORA. (*Ríe.*) Estás loco. Dijiste que el otro lugar estaba lleno de policías.

PEDRO. Nos vamos lejos y solos. Estoy consiguiendo que alguien nos pase a buscar por la terminal. Te voy a llevar así hasta allá.

FLORA. Pero es lejos la terminal.

PEDRO. (*Suelta a FLORA sobre la cama. Se pone encima de ella.*) En realidad, no existe. ¿Cómo era lo del fuego? En la terminal ya podés pisar el suelo, ¿verdad? (*La besa y acaricia.*)

FLORA. Todos los lugares existen. ¡Pará Pedro!

PEDRO. Es así, ¿no? En la terminal ya no te quemás.

FLORA. Eso dijo Paca. Pero si vos decís que no existe... ¡Basta Pedro que me duele la panza!

PEDRO. Le decimos "la terminal" pero es un cruce de caminos. (*Le mete la mano por debajo del vestido.*)

FLORA. (*Le quita la mano a PEDRO.*) No me siento bien.

PEDRO. (*Vuelve a meter su mano por debajo del vestido de FLORA.*) Dale, un poquito. (*Mete la mano en la bombacha y encuentra la foto que FLORA se guardó.*) ¿Y esto? (*Mira la foto.*)

PEDRO sale de encima de FLORA.

FLORA. (*Manotea la foto.*) ¡Mío!

PEDRO. ¡Dame eso!

FLORA rompe la foto en pedazos.

PEDRO. ¡Te dejaste fotografiar por ese tipo!

FLORA. (*Titubeando.*) Pasa que yo...

PEDRO. (*Agarra los pedacitos de la foto y los mira.*) ¡Y desnuda te sacó! ¡Bien puta para denunciarnos! (*Saca el celular y disca un número.*)

FLORA. Yo estaba atendiendo y...

PEDRO. (*Sin quitarle a FLORA la mirada de encima, habla por teléfono.*) Hola, soy yo... Ol-

vidate del auto que te pedí... no vamos a ir... De verdad, no consigas nada. Ya está, no hace falta.

PEDRO corta el teléfono. Silencio.

FLORA. *(Balbuceando.)* Yo...

PEDRO. ¡Sos una mentirosa! ¡Te creí como un estúpido!

FLORA. Pero Pedro...

PEDRO. ¡Te ibas a ir como una rata! Costra y Paca tenían razón y yo como un estúpido defendiéndote. *(Zamarrea a FLORA.)* ¿No se te ocurrió pensar en mí? *(La mira fijo. Saca del bolsillo el sobre que le mandó Costra a FLORA.)* Tomá.

FLORA. No lo quiero.

PEDRO. *(Abre el sobre y saca una foto vieja en la que está FLORA de chiquita.)* Mirate, sos vos antes de llegar. ¿Ves? Ahí estas andando suelta en tu bicicleta por las calles de tierra al sol. Tanto que querías verte en una foto, ahí la tenés.

FLORA. *(Agarra la foto y la mira.)* No soy yo.

PEDRO. ¿Sabés por qué no te reconoces? ¡Porque todavía no eras tan puta!

FLORA. *(Mira la foto hipnotizada.)* Ustedes me sacaron el alma. Capturaron mi cuerpo y me sacaron el alma.

PEDRO va hacia la puerta.

FLORA. ¡Andate! ¡Andate lejos!

PEDRO se queda, cierra la puerta.

FLORA mira la foto, se hace pis encima.

PEDRO. *(Busca desesperado en el armario.)* No puedo irme Flora, todavía no puedo irme.

FLORA. Pedro, me hice pis.

PEDRO. Nos queda algo por hacer.

FLORA. ¿No estás enojado? Pensé que...

PEDRO. Tomá, un regalo. *(Le entrega la caja. FLORA duda en abrirla.)* Es para vos. Te va a gustar.

FLORA abre la caja y saca un vestido de novia. El blanco del vestido ya es amarillo. Queda boquiabierta.

PEDRO. Lo usó mi mamá para su casamiento. (*FLORA toma el vestido y lo hace bailar mientras lo contempla.*) Quiero que seas mi mujer.

FLORA. (*Hipnotizada con el vestido.*) Mujer...

PEDRO. ¿Te gustaría casarte conmigo Flora?

FLORA. No sé bien qué es eso.

PEDRO. Es estar juntos...

FLORA. Como ahora.

PEDRO. Pero en la vida y en la muerte. Andá a ponerte el vestido.

FLORA. (*Tira el vestido al piso.*) Ahora no quiero.

PEDRO. Esto es todo lo que tengo para ofrecerte, que seas mi mujer. Nos vamos a unir de cuerpo y alma. Quiero estar con vos para toda la vida y la eternidad. (*PEDRO levanta el vestido del suelo.*) Andá a ponerte el vestido. Te prometo que todo será hermoso. (*FLORA se empieza a desvestir.*) No, adelante mío no. La novia nunca se muestra con el vestido antes de la ceremonia.

FLORA agarra el vestido. Sin saber bien qué hacer y algo temblorosa se dirige al baño. PEDRO saca del armario un saco y se lo coloca. Acomoda la mesa, armando un altar. Suena el celular, PEDRO mira quién es. Duda en atender.

FLORA. Pedro, ya estoy lista.

Se corta la llamada del celular.

PEDRO. ¿Te hiciste algo lindo en el pelo? Hacete (*Vuelve a sonar el celular. PEDRO atiende.*) Costra, ¿qué pasa?... ya casi... dame tiempo... sí, lo voy a hacer... No vengas, no hace falta... Te dije que lo voy a hacer... (*PEDRO corta el celular. Va a la mesa y agarra la flor marchita. Le tiemblan las manos.*) Flora, ¿estás? Ahora tenés que salir caminando para el altar. El altar es como una mesa, parecida a la de acá. Camina mirándome. (*PEDRO se para al lado de la mesa. FLORA sale del baño, tiene el vestido puesto. Camina hacia PEDRO, su mirada está perdida, le tiemblan los pies. Por momentos, casi imperceptible, hace un pequeño paso hacia atrás y luego sigue para adelante.*) Un poco más rápido. (*FLORA llega a él.*) Sos la mujer más hermosa. (*PEDRO le entrega la misma flor que le entregó para el cumpleaños.*) Ahora la ceremonia. (*La toma a FLORA de la mano derecha con su mano derecha. La mira a los ojos, respira profundo.*)

Yo, Pedro, te quiero a vos Flora, como esposa y me entrego a vos. Prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida y en la eternidad. (*FLORA lo mira fijo.*) Ahora te toca a vos. Decí: "Yo, Flora te quiero a vos Pedro..."

FLORA. *(Con voz temblorosa.)* “Yo, Flora, te quiero a vos Pedro...”

PEDRO. “...como esposo y me entrego a vos...”

FLORA. “...como esposo y me entrego a vos...”

PEDRO. “...Prometo serte fiel en las alegrías y en las penas...”

FLORA. “...Prometo serte fiel en las alegrías y en las penas...”

PEDRO. “...en la salud y en la enfermedad...”

FLORA. “...en la salud y en la enfermedad...”. *(Se le escapa una risa nerviosa.)* en el trabajo...

PEDRO. *(Interrumpiéndola.)* Sí, pero, sobre todo: “todos los días de mi vida y en la eternidad.”

FLORA. “Todos los días de mi vida y en la eternidad”.

Suena un fuerte golpe que viene de la puerta de adelante la casa. FLORA y PEDRO miran hacia la puerta de la habitación.

PEDRO. Ahora nos podemos besar. *(Besa a FLORA.)* ¿Bailamos? *(Vuelven a sonar los golpes.)* Cantá fuerte Flora, cantá bien fuerte.

FLORA canta. PEDRO la abraza y bailan. La besa una y otra vez.

Los golpes en la puerta de entrada a la casa suenan cada vez más fuertes.

PEDRO acaricia a FLORA y ella lo abraza asustada.

PEDRO manotea el mantel de la mesa y lo lleva al cuello de FLORA envolviéndolo. Ajusta el mantel sobre su cuello. PEDRO mira hacia la puerta. Los sonidos de golpe sobre la puerta de adelante continúan. FLORA se retuerce por la asfixia y tose. Hace fuerza para quitarse el mantel. PEDRO ajusta más y más. FLORA se resiste.

FLORA. *(En un hilo de voz.)* ¡Yo te amo Pedro!

PEDRO. *(Mira a FLORA a los ojos y suelta de repente el cinturón.)* Yo también te amo.

(FLORA llora. PEDRO la abraza.) No puedo hacerlo. Perdoname. *(Besa el vientre de FLORA).*

Perdoname. *(Suena el celular de PEDRO.)* Nos tenemos que ir.

Suenan cada vez más violentos los golpes que vienen de la puerta de entrada a la casa. FLORA inmóvil. Se corta el celular y enseguida vuelve a sonar.

PEDRO. *(Atiende el celular.)* Sos vos el que golpea ¿no?... no te aguantaste... Yo no soy ningún maricón... Se puede arreglar de otra forma... ¿Para qué viniste?... No hace falta, yo me ocupo... dijimos que Flora era mía... *(Gritando.)* ¡A mi vieja la dejás tranquila!... ¡No entres, yo me ocupo... cinco minutos... cinco!... ¡Flora es mía! *(Corta el teléfono y lo revolea. La mira*

a FLORA.) Está Costra en la puerta. *(Sale al patio.)* Nos vamos por acá. *(FLORA se queda quieta. PEDRO le grita.)* ¡Dale Flora! ¡No hay tiempo!

FLORA desesperada, busca la bicicleta y pedalea hacia el patio.

PEDRO. Tenés que dejar la bicicleta.

FLORA. *(Pedaleando.)* No puedo.

PEDRO. Hay que saltar la medianera y correr muy rápido.

FLORA. ¡¡No puedo pisar afuera!!

PEDRO. Es todo mentira lo del fuego, siempre fue mentira. *(FLORA pedalea.)* Me vas a tener que creer. Mirame. *(FLORA frena y lo mira fijo a PEDRO.)* No te quemás si pisas afuera, podés pisar el patio, la calle, cualquier lugar. Paca y Costra lo inventaron para que no salgas. ¡Ahora te estoy diciendo la verdad! Podés caminar por cualquier lugar y no te prendes fuego, nadie se prende fuego. *(FLORA sale de la bicicleta, da unos pasos hacia PEDRO, mira el patio y se detiene.)* ¡Vamos! ¡Nos tenemos que ir ya! *(Se escucha un golpe seco sobre la puerta de entrada a la casa que se abre. FLORA y PEDRO miran a la puerta de la habitación.)* ¡Ya Flora, ya! *(FLORA retrocede. Agarra la caja musical, le da cuerda, la abre y se mece suavemente.)* ¿Qué hacés?

FLORA. Bailemos.

PEDRO mira el picaporte de la puerta que se mueve y luego mira a FLORA que canta y se mece. PEDRO entra rápido del patio a la habitación, apaga la luz. Va hacia la mesa de luz a apagar la lámpara de globo terráqueo.

FLORA. El mundo no.

PEDRO. No hay nada que ver.

FLORA. Tengo miedo a la oscuridad.

PEDRO. *(Deja la lámpara encendida, su tenue luz apenas los ilumina. PEDRO se acerca a FLORA.)* Vení, bailemos.

FLORA abraza a PEDRO, quedando ella de espaldas a la puerta y comienza a cantar. PEDRO abraza a FLORA y sostiene el arma con la mano derecha apuntando a la puerta. Bailan abrazados.

Suena un golpe seco en la puerta de la habitación y se abre. PEDRO abraza a FLORA más fuerte para que no se dé vuelta. Entra luz a la habitación, y se ve una sombra. Se escucha un tiro que rompe la lámpara de globo terráqueo. FLORA grita y se aferra a PEDRO. Oscuridad.

Se escuchan más tiros. Se cierra la puerta. Sólo suena la caja musical, su melodía se hace cada vez más lenta hasta que queda sin cuerda. Silencio.

FIN

LA BODA DE FANNY FONAROFF

Roxana Berco

roxanaberco@gmail.com

PERSONAJES

FANNY FONAROFF (14 años. *Judía rusa.*)

ZHENIA FONAROFF (20 años. *Hermana de FANNY.*)

LÉIVELE FONAROFF (24 años. *Hermano de FANNY y ZHENIA.*)

PEDRO FONAROFF (80 años. *Abuelo con una alteración mental.*)

ZULEMA ROSSI (60 años. *Madre de ALBERTO y DAMASIA.*)

ALBERTO ROSSI (25 años. *Su hijo.*)

DAMASIA ROSSI (23 años. *Hija de ZULEMA. Hermana de ALBERTO.*)

RUFINO (25 años. *Amigo y protegido de la familia ROSSI.*)

MILTON (24 años. *Amigo de la familia ROSSI.*)

ACTO I

Navidad 1921- Primera presidencia de Yrigoyen.

ESCENA UNO

Entra el público, todos los personajes se hallan en escena, mudos, en cierto trance íntimo, trasladándose ocasionalmente de un costado al otro del escenario.

LÉIVELE se acerca al público y traza sobre una hoja las primeras fronteras y costas de Oriente Medio.

LÉIVELE. No nos asombremos. Las cosas también están hechas de líneas. Digo, los hombres y mujeres, las plantas, las rocas... Somos líneas vivas. Líneas de costas, de fronteras, de valles, de ojos cerrados, de otros aún abiertos, de noches enormes y heladas.... A veces pienso que somos los leves bordes de Dios. Sí, ahora lo veo. Somos el mapa de Dios. Y mi cuerpo, el de mis hermanas, el de mi abuelo y los cuerpos de mis padres que quedaron por aquí... *(Señala un mapa a la altura de Odessa.)* todos ellos fueron, son y serán parte de la cartografía divina. Porque, ahora que lo pienso, un mapa es algo que se mueve. Somos el mapa vivo de un pueblo nómada. Somos movimiento.

Cuando tenía aún su mente fresca como el cielo de Canaán, mi abuelo me decía que mirara a las estrellas cuando sintiera miedo. Las estrellas, al igual que estas líneas, me calman porque me recuerdan que no somos la suma de las cosas. Ningún movimiento puede ser una suma. Uno, dos, tres, cuatro, mil, ocho millones... ¿Cómo explicar el pueblo de Dios en la

suma de los granos de arena bajo los cuarenta años de aquel desierto? ¿Cómo comprender el dolor de una persecución, contando las lágrimas de mis hermanas? No. Soy un nómade. ¡Somos nómades! Tal vez no se note, pero mi fe está aún joven. ¿Ven aquí? Aquí, por ejemplo, hubo una vez un barco que cruzó el océano. Y aquí una carreta malherida que nos llevó al corazón de esta humedad, de siniestra ternura, a la que llaman “Entre Ríos”. Pero estamos acostumbrados a cruzar cosas. Mi familia sobrevive por haber cruzado los espacios más sagrados y más violentos. Un desierto. Un horno. Un océano. Una pampa... de noche. Un río gigante y colorado. Da igual. Los hemos cruzado todos... y seguimos, como este Paraná y sus camalotes. Comienza al sur de la ciudad de San Pablo, Brasil y termina acá a unas cuadras.

ESCENA DOS

ALBERTO y RUFINO entablan un juego físico que expresa su situación de afecto y recelo.

ALBERTO. Pobres y buenos milicos. Cuarenta mil leguas de territorio habían conquistado para que se las terminaran repartiendo entre cuatro o cinco oligarcas que no hicieron un carajo. Si hubieras visto cómo le clavaban las garras al país, en las entrañas del sur. Salivaban como perros de codicia.

RUFINO. La entrevista me la consiguió la hija del mayordomo del gobernador.

ALBERTO. ¿Sabés lo que van a hacer con vos? ¿Sabés cómo te van a llamar cuando te quieran llamar? Rufinou, Rufinou venga, Rufinou mate, fusile, Rufinou limpie la mierda. Y vos vas a ir, así como si nada, como un fantasma, como un fantasmita.

RUFINO. Yo estuve en un bando, en el bando que se oponía a los que querían cobrar diez centavos para dejarte salir al recreo. Y vos eras del mismo bando. Los vientos van cambiando. No sé lo que querés vos, pero yo sé lo que soy.

ALBERTO. ¿Quién sos? ¿Qué sos?

RUFINO. Yo soy un soldado de la Patria y le voy a decir al Gobernador que me traslade para Buenos Aires no más.

ESCENA TRES

ZULEMA en su casa está amasando sobre una mesa. Mientras, en simultáneo, en un muelle a orillas del Paraná, los cuatro amigos: ALBERTO, MILTON, RUFINO y LÉIVELE están pescando. Las mujeres están entremezcladas con ellos, como sirenas encalladas en el muelle.

ZULEMA. Me levanto, voy al patio trasero, saludo a José, que desde hace un mes está sembrado bajo el naranjo, me visto, voy a comprar un surubí para la cena de Navidad y vuelvo. Es el mejor momento, estoy sola, es de mañana y la mañana es la mañana, todo está fresco, todo está por comenzar, mis hijos no tienen por qué morir hoy... ¿qué tan zonzos puede ser el miedo?

ZULEMA se acuesta sobre la mesa. Se ilumina la luz del muelle como si estuviese amaneciendo.

RUFINO. ¡Es un buen tipo!

MILTON. ¡Shh! Vamos a espantar a los peces.

Pausa. ZULEMA simula su velatorio acostada arriba de la mesa.

ZULEMA. Era tan buena. ¿Ud. la conoció? Sí, era el alma de la casa. Su marido se murió y ella que no tenía nada, lo siguió. ¡Qué increíble! ¡Cuánto amor!

LÉIVELE participa a sus amigos de su trance místico.

LÉIVELE. Entre Ríos, la Gran Bobe, se despierta y observa la fauna que habita su territorio, el churrinche, cada boguita, (*Dirigiéndose a RUFINO.*) hasta tu liga patriótica...

MILTON. Que yo sepa, acá en Entre Ríos, no hay una liga patriótica.

ALBERTO. Siempre hay una liga patriótica en todas partes, esas fieras son nuestra fauna.

RUFINO. No es tan mala la Liga esa. Tiene lindas canciones.

ALBERTO. Si, y cientos de muertos en Buenos Aires.

RUFINO. ¡Qué sabés vos! ¿Qué sos Dios, que estás en todas partes?

LÉIVELE. No blasfemes.

ALBERTO. Me entero, Rufino. Cuando estuve en el Sur los vi haciendo de las suyas a esos copetudos, prepotentes, rompehuelgas.

RUFINO. ¿Y para qué hacen tanta huelga? Si Yrigoyen estuviese tan del lado de los ricos... A ver: ¿quién creó la jornada de ocho horas...? ¿El chajá?

ALBERTO. Si, pero no alcanza. Es como prender una vela en medio de un huracán.

RUFINO. ¡Y... una vela es una vela!

MILTON. Mataron a una mujer que pedía velas en medio de una huelga en el sur. Lo único que pedía eran velas y la mataron igual.

RUFINO. Ah, entonces echémosle la culpa de todo lo malo a Hipólito Yrigoyen y dejemos todo como está.

LÉIVELE. Novecientas ochenta huelgas, RUFINO.

RUFINO. Se me cortó el cordel, ¡qué lo tiró de las patas!

ZULEMA, que continúa acostada sobre la mesa, se incorpora sobresaltada como si el fantasma de su marido la llamase.

ZULEMA. ¡José! ¡Alberto está raro! Parece tranquilo, pero es como un sonámbulo con ganas de huir. Su silencio me molesta. No me deja pensar. Ahora descubrió que lo necesitamos en casa y tiene fiebre. Y sí, de pronto su presencia se hizo indispensable para mí. Es el cielo en mis manos su sonrisa y su palabra: luz ¿Cómo devolverle su libertad? ¿Qué clase de mujer abandona sus hijos a su suerte? No José. Vos no estás, así que cállate. No quiero ver a mi hijo obligado a huir o a esconderse de golpe, sin previo aviso. Algunas cosas claras. No pido tanto. El menor sufrimiento para mis hijos. Larga y fructífera vida para mis hijos. ¿Es mucho?

MILTON. Hay una trucha canadiense que es inmortal, ¿sabían? Cuando se pone vieja cambia la piel que la recubre y vuelve a rejuvenecer.

ALBERTO. ¡Shhh! Parece que hay pique.

Silencio. En la casa de ZULEMA hace eco del silencio.

ZULEMA. El tiempo acá tiene un espesor...

Tiempo.

MILTON. A mí la pesca me pone muy nervioso. No tengo paciencia y además me dan pena los peces.

RUFINO. Y dale con la pena...

ALBERTO. Creo que debiéramos comer sólo lo que matamos con nuestras propias manos.

MILTON. ¿Vos decís que si no pescamos esta Nochebuena no comemos? ¡Para qué me invitaron entonces, yo tengo un hambre bárbaro!

DAMASIA Y ZHENIA le festejan las humoradas a MILTON.

FANNY se mantiene abstraída.

RUFINO. Doña Zulema fue a comprar pescado. Mujer de poca fe.

ALBERTO. Mi madre tiene fe, pero si le das a elegir prefiere la seguridad.

LÉIVELE. Hace bien.

RUFINO. Yo no sé por qué se casó con tu padre entonces, que era más aventurero que el Newbery ese de los aviones. ¿Te acordás Alberto cuando tu papá quería fabricar un globo?

ALBERTO. Un aerostato.

RUFINO. Y tu mamá le escondía las cuerdas. *(Se ríen todos y se arma un murmullo con comentarios cariñosos acerca de las ocurrencias de José.)* ¡Qué grande! ¡Cómo se lo extraña!

Tiempo.

RUFINO. Qué en paz descanse.

LÉIVELE. Amén.

ZULEMA. *(Desde su cocina)* Amén.

RUFINO. Amén.

Tiempo.

RUFINO. Encima sabe leer el pensamiento.

MILTON. ¿Quién?

RUFINO. Don Hipólito Yrigoyen ¿Quién va a ser?

ALBERTO. Dicen que es masón, por eso puede andar en los sueños, como los espíritus...

RUFINO. A ver... Es un hombre que ha trabajado mucho por la Patria, es lógico que tenga una mansión.

LÉIVELE. Masón, no Mansión.

MILTON. ¡Qué bruto!

RUFINO. ¿Bruto? ¿Bruto yo?

MILTON. Bueno, Rufino fue un chiste...

RUFINO. Yo soy un soldado. ¡Y voy a defender a mi Patria aunque tenga que fusilar a mi mejor amigo! Eso tenía que decir... Y te digo una cosa, no te cagues de risa porque él que le va a poner el hombro a tu madre voy a ser yo cuando tengamos que enterrarte.

MILTON. ¡Estás mezclando las cosas! ¡Tranquilízate Rufino!

RUFINO. Y ustedes que se piensan que esto es Rusia, váyanse para Rusia nomás. ¡Rojos! ¡Rojos! *(Saliendo.)*

MILTON. Está loco...

ALBERTO. ¿Qué le pasa?

LÉIVELE. En algo tiene razón, la cosa está fea en el sur. Hay fusilamientos. Cayeron entrerrianos, entre ellos un tal José Font.

ALBERTO. Facón Grande...

MILTON. ¿Cómo sabés?

LÉIVELE. Trabajo en el telégrafo, te enterás hasta de lo que no querés.

ALBERTO. Es siempre lo mismo. Los generales se miran, se hacen señas y al final un montículo de tierra y al lado un cura. *(Sale.)*

MILTON. Esperá Alberto, yo voy con vos.

ALBERTO se va seguido de MILTON.

Se cruzan con RUFINO que intenta disculparse.

RUFINO. Estaba bromeando.

ALBERTO lo ignora, MILTON lo empuja y salen.

RUFINO. (A LÉIVELE) No me gusta pescar con caña. Lo mío es la lanza.

ESCENA CUATRO

Las mujeres, DAMASIA y sus vecinas, las hermanas ZHENIA y FANNY FONAROFF nadan desde el muelle hasta la casa, se instalan debajo de la mesa y juegan a las cartas.

FANNY. Treinta.

ZHENIA. Veinte.

DAMASIA. Escalera de curas.

FANNY. Treinta soldados.

ZHENIA. Cuarenta marineros.

FANNY. Hombres, hombres...

DAMASIA. Escalera de verdugos.

FANNY. Tengo treinta mártires.

ZHENIA. Tengo veinte muertos.

FANNY y DAMASIA. Ah, ella tiene muertos....

ZHENIA. Repartí, repartí....

FANNY. Esperá, a mí me queda una... tengo cuarenta brujos.

DAMASIA canta "Besos brujos" mientras reparte las cartas.

FANNY. ¿Cómo se besa?

ZHENIA. ¡Fanny!

DAMASIA. No sé, nunca besé.

FANNY. (A ZHENIA.) Vos si besaste.

ZHENIA. No...

FANNY. Sí, besaste.

ZHENIA. No.

DAMASIA. (A ZHENIA) A ver: bésame. Bésame. Bésame... (La agarra de la mano la atrae hacia sí y la besa. Las tres se besan y se ríen.)

ESCENA CINCO

MILTON se sube a la mesa debajo de la cual están las jóvenes, ellas al sentirse descubiertas, salen riendo de su escondite. Entran a presenciar la escena ZULEMA, LÉIVELE Y RUFINO.

MILTON. ¡Pero miren qué lindos pececitos que me encontré por aquí! Me hacen acordar al Golfo de Ácaba. ¿Conocen? *(Las chicas mueven la cabeza diciendo que no.)* Yo sí... Es una zona maravillosa; las aguas del mar son transparentes, vos te paras así *(Muestra.)* y podés ver dos metros para abajo; y estando ahí me enteré una historia que me parece sorprendente. Se trata de una fusión, una asociación entre dos especies de animales acuáticos muy distintos que se unen para ayudarse mutuamente *(las chicas suspiran.)* La “Anémona” con su cabeza de tentáculos venenosos y el “Amphiprion percula” ¡Amphiprion percula! ¿Saben qué es?

ZHENIA. ¡No!

MILTON. Popularmente conocido como “Pez Clown”, que en inglés significa payaso, porque es un pez muy divertido que tiene líneas coloridas y diversas. Él y la anémona viven en un arrecife de coral junto a otros peces. Pero hay uno en particular... un pez feo, *(lo mira a LÉIVELE.)* chiquito y muy voraz que se llama raño y es el enemigo del clown. *(A LÉIVELE en complicidad.)* Hacéme el raño...

LÉIVELE. ¿Qué...?

MILTON. Qué me hagas el raño para contar la historia... *(Sigue entusiasmado con el relato, las chicas hacen la coreografía de lo que él va diciendo.)* Cuando el raño ve pasar al clown, es arrastrado por su instinto cazador y se abalanza sobre él. Pero el clown se hace el zonz, lo mira de reojo porque él sale a pasear sabiendo que su enemigo está ahí al acecho, y cuando éste se abalanza sobre él, finge escapar y ¡plum! se mete adentro del estómago de la anémona...

RUFINO. Es toda una mentira...

MILTON. ¿Qué decís Rufino?

RUFINO. Que pa mí que es toda una mentira... ¿Qué es esa historia? Si yo meto la cabeza abajo del agua y no se ve nada...

MILTON. Rufino, por favor hay gente que se dedica a estudiar la vida acuática...

RUFINO. Pero no entiendo, no puede ser... ¿Cómo miran?

MILTON. Dejame seguir. ¿En qué estaba? Ah, sí, cuando el clown se mete adentro del estómago de la anémona, el raño que lo persigue intenta hacer lo mismo, pero ni bien roza uno de los tentáculos se contrae como si recibiera una descarga eléctrica *(hace la mímica sobre LÉIVELE y este se tira al piso.)* e inmediatamente caen sobre él nuevos tentáculos de la anémona que lo matan con su veneno, porque son unos tentáculos muy venenosos... Queda el raño muerto, tumbado hacia un costado... ¡Hacia un costado! *(LÉIVELE se pone de costado, las chicas ríen.)* Es en este momento cuando el pez clown sale victorioso de la anémona, se

desliza por cientos de tentáculos ortigosos como si se tratase de algas inofensivas. Porque el clown es el único pez que puede desarrollar una inmunidad, mágica, divina y sobrenatural al veneno de los tentáculos de la anémona.

LÉIVELE. ¡Eso es demasiado animismo...!

MILTON. ¡Shhh! Éste es el momento más importante porque ahora el clown se dispone a comer al raño... que antes era su enemigo y ahora es su alimento. Bueno, suyo y de su amiga la... *(Buscando la respuesta en las chicas.)* la... anémona...

RUFINO. Eso está mal, mirá la idea que les estás enseñando a las mujeres de la casa. No se enseña eso a las mujeres.

MILTON. ¡Rufino, por favor son peces!

RUFINO. Pero es la idea que les están metiendo. ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

ZULEMA. ¡Silencio Rufino! *(A MILTON.)* Siga, siga, siga...

MILTON. Gracias Zulema... El pez clown no vive solo adentro de la anémona, vive con su esposa, la señora clown, que es la jefa, la que tiene el poder, la que manda y sus hijos, pero que no son hijos biológicos, sino que son hijos adoptivos...

En este texto ZHENIA y FANNY se identifican con las características de los peces que enumera Milton y abrazan a ZULEMA Y A DAMASIA.

ZHENIA. Un poco como nosotros...

MILTON. ...porque los peces clown cuando se aparean liberan sus huevos al mar y sus hijos nacen por otro lado.

LÉIVELE. Es mucho animismo esto, tiene mucha metáfora y Dios no es metafórico.

MILTON. No es metafórico, es así la naturaleza.

RUFINO. ¿De dónde viene el apareamiento ese? No está bien visto por Jesús. Aunque acá haya judíos, ésta es la casa de Jesús. ¿O no, Zulema? Si nosotros abrimos las puertas a los judíos, cuando ellos mataron a Jesús, es para poner la otra mejilla. Pero tampoco podemos quedarnos sin rostro...

ZULEMA. Rufino silencio. ¡Basta! Vamos chicas a la cocina, vamos.

Todos salen. MILTON y ZHENIA se miran antes de salir y se sonríen. Ella queda sola en escena.

ESCENA SEIS

ZHENIA. Éste es mi momento. Cuando él entró en esta casa se llenó todo de Dios.

Es sólo un impulso. Pero toda una estirpe podría nacer de este impulso.

Me dije: lo amarás a él con todo tu corazón, con toda tu fuerza.

Lo amarás a él, se harán caricias a la mañana. O se irá, sin intención de volver, sin la intención de Dios. Se irá. Me dejará las pestañas, por lo menos las pestañas.

Hay que saltar como el agua en los abismos. A vos no te va a costar mucho, decía mi mámele, porque siempre fuiste “shpilkes in tujes”.

A veces también tengo ganas de hacer una revolución. Ser la causa de lo que me ocurre. Fumar, escupir, emborracharme, jurar en falso, despertarme tarde. Solo espero no ir a parar a una mazmorra por estar desorientada.

ESCENA SIETE

LÉIVELE y MILTON en el muelle.

LÉIVELE. ¡El Paraná, Milton!.. qué grande que es! La primera vez que Zhenia lo vio, se asustó. Entonces dije: ¡Todo río es río de Dios.... treinta Jordanes uno junto al otro!

Mi hermana.... no está bien de la cabeza. Toma las escrituras mirando hacia el Este, hacia Canaán... o un pedazo de algo que algún día, lo sé, volverá a ser nuestro. ¡Pero después blasfema! Se desnuda y corre entre los mejores cardos para lastimarse y perder así su sangre. Eso (*Señala el río.*) no es agua.... es la sangre de mi hermana! Por eso el Paraná es rojo.

Yo te vi mirarla, Milton... con esos ojos hermosos que tenés. ¿Por qué no te quedás con Damasias, que es católica como vos? Con esas cartas tan lindas que le escribiste... sí, yo sé. Lo saben todos.

¡Y así nos dejás tranquilos a nosotros, los judíos, que somos muy nerviosos y tenemos mala circulación. ¡Somos un bloque de nervios que se traslada de un continente al otro para sobrevivir! ¡Porque nos matan... nos matan!

Yo veo... yo veo... si esto no se termina, Zhenia será el primer ejemplar de una estirpe degenerada de mujeres hebreas que encerrarán a Dios en la cabeza de los hombres, que se tirarán en un cheslong o en un sofá cualquiera para hablar de sus vidas, mientras ellas los escuchan y hacen fortunas con eso. ¡Será horrible! Milton, alejate de mi hermana.

MILTON. No te puedo seguir el hilo. Léivele. Hay que ser feliz cuando se es feliz. “Mangia bene, caga forte e rie de la morte”.

ACTO II

ESCENA UNO

La cena se arma para distender esta situación. ZULEMA llevando una bandeja con copas y bebidas, cantando “Oh, Marie” en italiano, la secundan sus hijos, salvo ALBERTO, que se lo nota preocupado. Duelo de canciones. La familia FONAROFF canta una canción en idish.

Suenan las campanadas. Todos agradecen.

ZULEMA. Ay, desde que se murió José yo misma me convertí en mi propia cantinela. Decir: Mire qué lindo surubí, mi hijo puede ser asesinado en cualquier momento o va a haber un eclipse lunar, es lo mismo. Las tres cosas las digo igual. Creo que sin el amor de tu vida uno pierde la importancia de las cosas. Eso debe ser la tristeza. ¿No es cierta querida? (A FANNY.) Y sí, todo es un barabarabaraba.

Todos los personajes salen corriendo, disparados, en una especie de torbellino producto de los vientos del Norte y del Sur, como si se dispersasen a buscar ese beso pendiente, prometido. Entre escena y escena todos corren ansiosos hacia lo que desean.

ESCENA DOS

MILTON. Hola

ZHENIA. Hola. ¡Feliz Navidad!

MILTON. Gracias. Linda noche.

ZHENIA. Hermosa. Como para pedir.

MILTON. ¿Pedir qué?

ZHENIA. No, digo, no sé... Pensé que se pedía. Perdón...

MILTON. Yo nunca pedí nada.

ZHENIA. ¿Ah, no?

MILTON. No. A mí me gusta que me conviden...

ZHENIA. Ah, que venga de los demás, no de uno...

ESCENA TRES

En un rincón del jardín ALBERTO está solo y llega FANNY y se le sube a horcajadas.

ALBERTO. ¡Qué calor!

FANNY. Si.

ALBERTO. Están todos dispersos por la casa.

FANNY. Si. ¿Querés volver al comedor?

ALBERTO. No, no. ¿Vos?

FANNY. No

ALBERTO. Ah.

FANNY. Hoy a la noche todos van a besar a la persona que les gusta.

Tiempo.

FANNY. Porque hoy es la noche en que todos se van a dar un beso con la persona que les gusta.

ALBERTO. Eso está muy bien, hay noches que son más propicias para darse besos.

FANNY. Sí. Nosotras nos reunimos a hablar con las chicas y quedamos que cada una va a besar a la persona que les gusta.

ALBERTO. ¿Ah sí? Al primero que se les cruce.

FANNY. No al elegido de nuestro corazón, pero eso no es lo importante.

ALBERTO. ¿Qué es lo importante?

FANNY. Que les pase lo mismo a los dos. *(Lo señala a él y a sí misma.)*

ALBERTO. Yo soy muy grande para vos.

FANNY. A mí no me importa lo que pensás. Me importa lo que sentís.

ALBERTO. Y además mañana me voy por mucho tiempo.

FANNY. *(Decepcionada.)* Yo nunca di un beso.

ALBERTO. Vos tenés 14 años.

FANNY. Vos a mí me mirás.

ALBERTO. Sí, por suerte puedo ver. También veo ese naranjo.

FANNY. Pero vos me miras distinto que al árbol, me lo dijeron las chicas.

ALBERTO. Las chicas mienten.

FANNY. Vos me mirás desde que tengo tres años.

ALBERTO. Ah, hace cinco minutos.

FANNY. ¡Qué gracioso! ¡Qué gracioso!

ALBERTO. ¿Cuándo te mire?

FANNY. La vez que yo estaba peinando a Zhenia, cuando estabas charlando con tus amigos, cuando discutías con mi hermano sobre anarquismo y Dios, hasta cuando duermo la siesta yo sé que me mirás. Vos a mí me mirás. *(Sale corriendo.)*

ESCENA CUATRO

Todos se juntan como un coro que mira al público.

RUFINO. *(A público, mirando a DAMASIA de costado.)* El sábado me encuentro con el gobernador, la hija del mayordomo me consiguió la entrevista. La nueva moda de introducir a los hijos de los candidatos en una contienda electoral, está muy bien, suaviza un poco los enfrentamientos partidarios. A mí me gusta trabajar y tener lo suficiente para formar una familia. Aunque ustedes son como mi familia. Pero yo aspiro a más. Estoy locamente apasionado en ser al menos una piedra en su camino.

ZULEMA. *(A público.)* Mi piel siente miedos. Presentimientos. Y el miedo no es zonzo.

MILTON. (*A ZHENIA, pero mirando a público.*) Hola.

ZHENIA. (*A MILTON, pero mirando a público.*) Hola. ¡Feliz Navidad!

MILTON. Gracias. Linda noche.

ZHENIA. Hermosa. Como para pedir.

MILTON. ¿Pedir qué?

ZHENIA. No, digo, no sé. Pensé que se pedía. Perdón.

MILTON. Yo nunca pedí nada.

ZHENIA. ¿Ah, no?

MILTON. No. A mí me gusta que me conviden.

ZHENIA. Ah, que venga de los demás, no de uno.

Se desmaya. Todos salen corriendo salvo LÉIVELE.

LÉIVELE. Es tan judía como suicida.

ESCENA CINCO

ZULEMA. (*A público.*) Debe ser la luna llena con ese eclipse que me lo perdí por hacer el pionono. Dicen que la luna se puso naranja en un cielo irritado. Cuando es así, pasan cosas. Pero no, no pasó nada, que yo sepa. (*Mira a FANNY y la acerca a dónde está ALBERTO ensimismado.*) Falta un niño, es eso, falta un niño. Hay que renovar la tierra, es así. Porque si no le queremos sacar mucho provecho a las cosas, demasiado. En cambio con un niño...

ESCENA SEIS

ALBERTO huye de FANNY y va a refugiarse a los brazos de sus amigos MILTON Y LÉIVELE.

ALBERTO. Yo no estuve en Azincourt, ni en las Termópilas, ni en Maratón, ni en Troya, ni en el asedio de Numancia, ni en el Sitio de Orleans, ni en Poitiers, ni en Lepanto, ni en San Quintín, ni en Austerlitz, ni en Trafalgar, ni en la Revolución de Octubre, ni en Carabobo, ni en Junín, ni en Ayacucho, ni en Pichincha, ni en San Lorenzo, y no creo en las jerarquías ni en el orden, ni en la vida militar, pero soy un guerrero, sé hacer pozos, es lo que sé, aljibes, túneles, letrinas y si las papas queman sabré hacer unas hermosas trincheras para mis amigos en el sur.

FANNY se le acerca.

FANNY. Yo voy con vos.

ALBERTO. Vos sos un problema.

ESCENA SIETE

ZHENIA. Probaste los knishes.

MILTON. ¿Los knishes, los redonditos?

ZHENIA. Sí, los hice yo, no sé si está bien. Pero quise hacer algo sin que otro lo pida. Uno se siente una hereje (*Silencio.*) ¡Hoy el río está ventoso!

MILTON. ¿Es viento norte?

ZHENIA. Sí.

MILTON. Cuando el Pampero avanza, si el aire cálido es húmedo, llueve y si es seco, el aire frío se instala abajo y desplaza al aire cálido hacia arriba, hacia las capas más altas de la tropósfera y luego sigue su camino, a veces hasta Brasil. La temperatura baja abruptamente y al otro día se despeja. Es así.

MILTON juega peligrosamente con su vestido.

ZHENIA. ¿Viste las luciérnagas?

MILTON. Sí.

ZHENIA. ¿Sabés por qué hacen luz?

MILTON. No

ZHENIA. Yo tampoco

MILTON. Un amigo dice que hacen luz para atraer a las hembras, que sólo los machos hacen luz. Pero yo no le creo, ¿Por qué las hembras no harían luz, ¿no? (*Beso.*)

ESCENA OCHO

DAMASIA ve el beso de ZHENIA y MILTON. RUFINO se le acerca. Se mantiene inmóvil para que nadie vea su afectación. Mientras RUFINO la caricia y la huele, ella se sumerge en una pesadilla.

DAMASIA. Estábamos en un carromato con un hombre que me prometía que íbamos a un lugar a divertirnos, a ser felices. Había una linda música de fondo, pero de repente yo miraba por la ventana y veía caballos con hombres armados; eran los gendarmes que nos querían encerrar. En el piso había una carta en la que me anunciaba el rapto de mi padre.

Ella abre los ojos y le pega una cachetada a RUFINO. ALBERTO pasa cerca, ve la situación y le hace un gesto de advertencia a RUFINO.

RUFINO. (*A ALBERTO.*) Yo estoy locamente apasionado por ser aunque sea una piedra en el camino del anarquismo.

ALBERTO. ¡Qué decís!

ESCENA NUEVE

MILTON busca complicidad con PEDRO (el abuelo de los FONAROFF.)

MILTON. ¿Cuál es el problema de entender que esta mano puede tener ciertos excesos?

Si nosotros infringimos casi todas las leyes de la naturaleza.

Sólo faltan agallas para estar a la altura de lo que realmente somos...

PEDRO. Muy buena pregunta amigo mío, la de la escasez. Yo me lo pregunto también.

MILTON. No, de los excesos le decía, Zeide....

PEDRO. El exceso de escasez. Si, yo me pregunto sobre eso también. Y seguramente usted se preguntará o son imaginaciones mías, de dónde saco la fuerza para seguir luchando. He tenido siempre de compañía las escrituras. Y aún así. ¿Para qué un viejo puede querer seguir viviendo? La vida es un gran exceso... Yo me quedo todas las mañanas mirando una gota de rocío. Un gran exceso.

ESCENA DIEZ

ZULEMA. Alberto usa zapatos sin medias, como esos turcos mercachifles. Tengo miedo que los confundan con esa gente que comercia en las fronteras y a los que torturan hasta la muerte para que escarmienten. ¿Vos le podés pedir que se lleve unas medias?

RUFINO. ¿Por qué? ¿Se va otra vez?

ZULEMA. No, no sé. Que las use siempre, se vaya o se quede.

RUFINO. Su hijo anda con malas yuntas, doña Zulema.

Las medias no lo van a salvar.

ZULEMA. ¿Qué decís?

RUFINO se aleja.

ESCENA ONCE

DAMASIA le devuelve las cartas a MILTON.

DAMASIA. *(Lee.)* Hay siete millones y medio de especies de animales sobre la tierra. Es mejor mantenerse con hambre. Ser un coyote del desierto. Ahí está nuestra fuerza. No tengas miedo a soñar. Tuyo Milton. *(Le entrega la carta.)* Tuya.

ESCENA DOCE

ZULEMA. De noche uno sostiene cosas que a la mañana deja de sostener. Señor Presidente del Tribunal ¿De qué se me acusa? Ay, la locura es vecina de la más cruel sensatez... Huyo de la locura calmadamente. *(Empuja otra vez a Fanny en dirección a Alberto y éste vuelve a huir.)*

ESCENA TRECE

ALBERTO. *(A público.)* Cuando hay un gran deseo, aun durmiendo se desea. ¿Quién dijo esto, Nietzsche?

ZHENIA, desde lejos, instruye por señas a FANNY acerca de poses seductoras.

ALBERTO. Aún en el delirio de la fiebre se continúa deseando, en la agonía se desea. ¿Quién lo dijo Arlt? Hasta los condenados a muerte desean. Como a Severino di Giovanni. ¡Es horrible, que te estén fusilando y todavía desear!

ESCENA CATORCE

MILTON se acerca a ZHENIA y la besa. DAMASIA los ve. ZHENIA se da cuenta y corre tras ella.

DAMASIA. *(A público.)* Ahí estaba ella, inmóvil cómo una virgen, pero con olor a él. Apareció con el largo vestido lila que le cosió mamá. Un halo de luz irradiaba de su piel.

A la hora de los brindis apareció desgredada, feliz e inútil.

A mí me hubiese gustado ser amada.

Sería mejor ocuparme de las millares de cosas y de personas de las que me ocupo; del olor, no; del vestido, no; de lo desgredado, no...

Eso es tan difícil como perder la noción de la medida. Que sea de ella, Si es que puede no medir. Y en cuanto a él, no entiendo cómo alguien puede cambiar de sentir. Yo soy una estaca.

ZHENIA se acerca como para decir algo y se quedan las dos mudas mirando la noche. DAMASIA al rato la deja sola.

ESCENA QUINCE

El abuelo PEDRO contagiado por la excitación general y en especial por la pasión de MILTON, acosa a ZHENIA contra una pared.

ZHENIA. Abuelo, Abuelo. *(Lo empuja, él se detiene y sale corriendo.)*

ESCENA DIECISÉIS

El abuelo huye de la fiesta. LÉIVELE lo sigue.

LÉIVELE. Abuelo. ¿Dónde va?

PEDRO. Yo lo maté. Yo lo maté.

LÉIVELE. ¿A quién abuelo?

PEDRO. Al Taita. Se puso al lado del carro y yo lo maté.

LÉIVELE. Eso fue hace muchos años Abuelo. El Taita tenía cataratas y no veía dónde iba.

PEDRO. Y ladraba y ladraba. Tenía la lengua afuera, el cerebro aplastado y el cráneo destruido.

LÉIVELE. Hay una forma de matar. Bah, dos. A propósito y no a propósito. Es más, después de veinte años, lo que fue a propósito ya casi puede no ser a propósito.

PEDRO. ¿El Taita murió hace veinte años?

LÉIVELE. Sí abuelo.

PEDRO. El tiempo no existe.

ESCENA DIECISIETE

ZHENIA. En mi pueblo teníamos vigías que nos alertaban cuando veían acercarse un pogrom. Solíamos escondernos en el horno de un vecino que era panadero. Nuestros padres inventaban juegos extraños y divertidos dentro del horno. Nos llevaban cuando no había peligro para que le tomásemos cariño al lugar. Y cuando sí lo había, los parientes extenuados se escondían dónde podían. Pero un día el vigía falló y nos sorprendió la caballada de los cosacos ya muy cerca de nuestra casa. Apenas pudimos escondernos Léivele, Fanny, que era aún bebé, y yo en el hueco de un árbol en el que solíamos jugar. Mis padres nos pidieron que no nos moviésemos hasta que ellos volvieran a buscarnos. *(Se le acerca FANNY y la abraza.)* Nos quedamos asustados escuchando gritos, ruedas de carros, caballos relinchando y luego silencio, viento y sollozos. Hacía frío y Léivele me abrazaba y me cantaba una canción muy bonita que aprendimos en el templo. *(LÉIVELE le canta al abuelo la misma canción en el muelle.)* El polvo se filtraba por las ramas que tapaban el agujero del árbol. Yo tenía mucho miedo de que FANNY se cayese de mis brazos, aunque nunca había pasado. De pronto en medio del estrépito me dormí y soñé con un circo en el que los caballos bailaban al son de unos tambores tocados por gitanos y unas amazonas de largas cabelleras manejaban los potros paradas en sus lomos. Fue un sueño extraordinariamente hermoso. Cuando me desperté Léivele seguía cantando en mi oído y tenía a Fanny contra su pecho. Era de noche. No recuerdo bien cómo siguió todo. Solo sé que en el velorio de mis padres Léivele se peleó con el hijo de un vecino que quería llevarse una vela y que el abuelo se refugió para siempre en una ventajosa liviandad de la que solo sale algunas veces para correr como si aún nos estuviesen persiguiendo.

ESCENA DIECIOCHO

LÉIVELE y PEDRO *(continúan escena anterior.)*

LÉIVELE. Yo maté una familia entera, si vamos a ser tan animistas y románticos. Es más, ahora mismo yo estoy matando una familia. Porque así funcionan los venenos, el veneno ni siquiera lo toqué, hace media hora que lo estoy persiguiendo y yo sigo matando una familia. ¿De qué se queja? Claro, no son seres humanos, pero para Él, es lo mismo. Son pajaritos, chiquitos. Peor. Él ama lo chiquito muy especialmente. No sé de qué especie eran, lo voy a buscar en la biblioteca del Templo. ¿Vio la vecina, Doña Zulema, que hace tortas para Navidad? Estaba mal de la rodilla y tenía que cocinar. Me pidió si yo podía purgar el lugar. Gente que no cree en nada. Son católicos, son desviados, no leen, no practican, no hay método. Purgá querido y yo le di con el rociador con veneno para ratas. Pero se ve que había un agujerito en el rociador. El punto es que de alguna manera el veneno alcanzó un nido que estaba en la ventana. Hoy a la mañana vi los polluelos muertos y el papá o la mamá que me miraba.

PEDRO. ¿Y qué le dijiste a la Señora?

LÉIVELE. Nada, no sé si puede llegar a entenderme. Ellos dividen todo en bien y en mal.

PEDRO. Los mataste.

LÉIVELE. Si, y ella solo quería tener todo limpio para hacer el pan para Navidad.

PEDRO. ¿Y para qué quería los pajaritos?

LÉIVELE. No abuelo. Fue un accidente. Como lo del Taita.

Salen.

ESCENA DIECINUEVE

DAMASIA se lamenta en brazos de su madre.

DAMASIA. Cuando el amor es demasiado grande se vuelve inútil. Es una locomotora loca. La sangre insiste y el silencio lo ocupa todo.

Sentimos como sentimos porque somos burgueses, dice mi hermano. Yo creo que lo dice para no sentir.

ZULEMA. Quisiera que la vida te fuese fácil, que las cosas difíciles te saliesen fácil.

ESCENA VEINTE

ALBERTO. Me voy.

MILTON. ¿Cuándo?

ALBERTO. Cuando amanezca. Si pudiese me iría ahora mismo.

RUFINO los embiste provocando a ALBERTO.

RUFINO. ¿A dónde vas vos?

Saca un arma y FANNY se pone delante de RUFINO. Éste se ríe y levanta el arma y se descompone. Todos comienzan a atenderlo, salvo ALBERTO y FANNY que se besan en otro rincón. Los demás lo ven.

FANNY. (A público.) Me caso, me caso.

Fui consagrada para dar a luz de un modo muy bonito.

Me dijeron que estaba loca por creerme inmortal.

(A LÉIVELE.) Deberías ser un poco más impulsivo porque todos nos vamos a morir.

Debería casarme con una linda carcajada.

¡Mazel tov!

Se arma un baile festivo judío, todos algo alcoholizados levantan en sendas sillas a FANNY y a ALBERTO como si de verdad los hubiesen casado. Luego van cayendo dormidos uno a uno, en cualquier parte.

ESCENA VEINTIUNO

LÉIVELE y PEDRO repiten parte de la escena de la huida, esta vez en alemán, hasta que LÉIVELE se detiene al percibir al público y habla a los espectadores en castellano.

LÉIVELE. ¿Opa, wohin gehn Sie? (Traducción: ¿Dónde va, abuelo?)

PEDRO. ¡Ich habe ihn getötet! ¡Ich habe ihn getötet! (Traducción: Yo lo maté, yo lo maté.)

LÉIVELE. ¿Wen haben Sie getötet, Opa? (Traducción: ¿A quién mató, abuelo?)

PEDRO. ¡Den Taita! Ich habe den Hund getötet. (Traducción: Al Taita, mate al perro.)

LÉIVELE. Opa, Sie haben einen Hund getötet. Ich habe eine ganze Familie getötet. (Traducción: Abuelo, si usted mató a un perro, yo maté a una familia entera.)

PEDRO. ¡¿Was?! (Traducción: ¿Qué?)

LÉIVELE. ¡Ja! Eine ganze Familie. Eine Familie von kleinen Vögeln. Sie waren so klein. Ich habe sie alle vergiftet. Alle. (Traducción: Sí, a una familia entera, una familia de pequeños pajaritos. Eran todos tan chiquititos. Los envenené a todos.)

LÉIVELE. La víctima se identifica con el enemigo... A veces pienso en lo que hemos hecho de Dios... Si me mimetizo con el otro, lo secuestro. ¡Lo meto en mi cuerpo, en mi mente, en mi palabra, en mi visión de mundo! Le dimos nuestra fe a un Dios que hemos secuestrado: el cordero y el verdugo en una misma cabeza. ¡La cosa puede salir muy mal! Lo veo a veces tan claro, que me aterro. Los resultados son innumerables e igual de mortales, pero todo se resume en haber confundido la moral con una política que fabrica seres racionales y normales a

expensas de su libertad. Nos hemos vuelto pequeños y frágiles déspotas. ¡Qué barbaridad... qué barbaridad...!

LÉIVELE vuelve a tomar contacto con los que se despiertan y, tanto el abuelo como él, los ayudan a incorporarse para bailar un valsecito.

Todos toman una copa y bailan. DAMASIA habla a público, con un veneno en la mano. No llega a derramarlo sobre su copa, pero quizás ya lo haya hecho o está a punto de hacerlo y tomarlo.

ESCENA VEINTIDÓS

DAMASIA. Odio la Navidad. La detesto. Hace un mes que murió papá y acá estamos, haciendo como si la vida siguiese. No quiero mirar las cosas que me hacen mal. A mí no se me hace esto. Hay una planta en la puerta de casa de estramonio... Da vida y da muerte. Yo puedo hacer eso, como cualquier hombre... Es el único árbol y está en la puerta de mi casa. Hace años, diciéndome soy tu guía, soy tu arma. Yo veo como las señoras, hacen dulces, lo dejan todas las noches en las cacerolas, las frutas y el azúcar, alquimia pura. Yo aprendo de los mayores y hago mis propios dulces y algunos los guardo en frascos pequeños como éste. Lo llevo siempre conmigo, desde que murió papá, desde que este pequeño elixir abrevió su agonía, es mi talismán. Me recuerda que no hay por qué soportarlo todo. La gente en Navidad come mucho, toma mucho y después se duerme, no pueden hacer nada más.

RUFINO la saca a bailar, ella se deja, como atontada, Él le saca la copa, pero ésta se multiplica, comienza a haber copas por todos lados, como si los personajes las sacasen mágicamente de algún lado. Brindan y se las intercambian a modo de ritual.

FANNY un poco agitada y traviesa, logra llevarse una al jardín. Observa alejada a los demás. Al final de este relato a público se sentará en un escalón de la puerta y morirá tranquila y repentinamente.

FANNY. Sé que soy necesaria en este mundo. Pero también sé que podrían pasárselas sin mí. Cuando tenía 6 meses mi padre casi me ahoga. Huíamos de los cosacos y nos escondimos en el horno de unos vecinos que tenían una panadería. Esperábamos que el horno se enfrié y pasábamos la noche ahí. Una noche entraron buscando judíos y yo empecé a llorar. Mi padre puso una almohada sobre mi cara para impedir que mi llanto nos delatase y pensó, dicho por el mismo: "Tengo una familia, si tengo que sacrificar a una para salvar al resto será un designio de Dios". Por suerte los vecinos entraron para avisarnos que ya no había peligro. Yo estaba morada y mi padre lloró incontrolablemente por tres días. Yo sé que él me quería y

que no era mi hora. Pero qué frágil el hilo. *(Muere.)*

Lentamente todos se dan cuenta de que algo le ocurrió a FANNY, se acercan rodeándola, ZULEMA la toca y reciben el impacto de esa pérdida.

ZULEMA. Mirame, mirame a los ojos. *(Le cierra los ojos.)*

MILTON. ¿Está muerta?

Todos se quedan congelados como en una foto. FANNY se incorpora, besa a ALBERTO y luego mira el amanecer.

FANNY. Me vinieron a buscar. Pero no es mi mamá, es la Gran Bobe. Entre Ríos.

APAGÓN

ROSAS NEGRAS EN MI JARDÍN

Carla Lis Conti (Ciudad Autónoma Buenos Aires)

carlalisconti@gmail.com

PERSONAJES

ANA

RODOLFO

EVARISTO

Un living comedor con muebles de buen gusto, con un tono muy refinado y avejentado a la vez. La luz del sol inunda todo el sitio. Hay dos sillones, un cuadro importante y junto a éste un teléfono. Ana lleva una bata larguísima de seda y plumas, entreabierta, lo cual deja ver su camisión largo y transparente.

ANA. ¿Sinatra, por qué no estás cantando esta mañana? ¡Cántame, “Carmen”!

ANA pone un disco de vinilo en un viejo combinado. Suena la ópera “Carmen” de Bizet. Luego va hacia la jaula y le da de comer al canario.

ANA. Sinatra, estás muy triste esta mañana. ¡Ay de mí! Necesito tus trinos, para afinar mi voz. ¡Vamos Sinatra, tenemos que trabajar!

ANA empieza a entonar junto con el disco. Luego lo apaga y comienza a cantar desafinando.

ANA. Reconozco que amanecí con carraspera. ¡Pero ya llegará mi gloria, y voy a trinar mejor que vos! Sinatra, no tenés derecho a burlarte de mí. *(Tapa la jaula con un lienzo, de mala gana.)* ¡Qué sol hermoso nos inunda hoy!

Coloca los sillones a modo de platea, y entre ellos, un almohadón.

ANA. Primer palco derecha. Primer palco izquierda. Aquí en el centro la platea. ¡Arriba el telón! *(Canta “Carmen” desafinando.)* ¡Mañana será mejor! ¡Me pusiste nerviosa Sinatra, se tensan mis cuerdas! *(Destapa la jaula y Sinatra, trina.)* ¡Burlarte de mí, ahí tenés! *(Se quita la bata y la arroja sobre la jaula.)* ¡Ahí tienes lo que nunca sentirás sobre tu insignificante y emplumada alma, tules y sedas! *(Piensa.)* ¿Tules y sedas? Sinatra, “Tules y sedas” ¡Qué gran título para una ópera!

Se escuchan martillazos muy fuertes. Corre a foro, donde se encuentra un ventanal con balcón, en el que hay rosales blancos, una mesita y dos sillas.

ANA. *(Trepada a una de las sillas observa hacia abajo.)* ¡Eh ustedes! ¿Hasta cuánto más piensan seguir? ¡Basta, señores, con tanto cemento me arruinan la voz! *(Tose.)* ¡Soy soprano de ópera! ¿Me escuchan? ¡Sordos! ¡Sordos de mentes obtusas! ¡Van a quedar sepultados en el cemento por la ambición! *(Regresa al living y piensa, luego corre hacia el ventanal nuevamente.)* ¡Impotentes de espíritu! ¡Todos impotentes! *(Se escuchan silbidos.)* ¡Se los tenía que decir! No quieren oír la verdad. La verdad mata, hiere y es injusta. ¡Sí, injusta! Por más verdad que sea. ¡Maldita verdad! *(Nadie le responde.)*

ANA pone la ópera “Carmen” a todo volumen y cesan los ruidos de la obra.

ANA. ¡Finalmente son las diez de la mañana, y Rodolfo no ha llegado! Bien, aprovechemos esta calma, Sinatra.

Se escucha nuevamente el taladro neumático. ANA, corre hacia el ventanal.

ANA. ¡Basta! ¡Basta Ya! ¡Basta, basta, basta! ¡Silencio! *(Apaga el tocadiscos y se escucha trinar al canario.)* ¡Cállate, Sinatra! *(Trinos.)* ¡Dije silencio! ¡Sinatra deja de cantar! ¡Basta! ¡Basta!

RODOLFO. *(Entrando).* Buenos días, Niña Ana. Disculpe mi demora, es que no se podía cruzar, porque con las obras de enfrente, rompieron un caño maestro de agua en la calle, e inundaron toda la cuadra, y en la manzana de enfrente todos se quedaron sin agua. Pobre gente. Tuve que dar toda una vuelta. Los cordones vecinos estaban difíciles también de cruzar. En fin, me desvié como cuatro cuadras. ¡Un río!

ANA. *(Corre a la ventana y se asoma hacia abajo.)* ¿Dónde está el ingeniero de esta obra, que hizo retrasar a mi personal? ¡Cornudoooo! *(Se recompone en su postura tomando nuevamente la imagen de aristócrata con sus modales sumamente refinados.)*

RODOLFO. Niña Ana, son las diez. ¿Qué jugo prefiere?

ANA. Es martes, me toca pomelo. ¡Ah y me lo servís con mucha miel, tengo destrozada la garganta!

RODOLFO. Muy bien niña Ana. *(Ve la jaula cubierta por el deshabillé y va a sacarlo.)*

ANA. *(Pegando un grito.)* ¡Rodolfo, ni te atrevas! Sinatra, está castigado.

RODOLFO. Niña, su bata de seda francesa, por favor.

ANA. A propósito, para que desee algo muy bueno que jamás podrá usar.

RODOLFO. Bien, niña. Con su permiso. *(Se retira a la cocina).*

ANA. *(Gritando.)* ¡Rodolfo!

RODOLFO. *(Off.)* ¡Voy niña Ana!

ANA. *(Gritando más fuerte.)* ¡Rodolfo!

RODOLFO. *(Aparece a toda carrera con sus reumáticos huesos).* ¡Aquí estoy!

ANA. ¿Por qué tardaste tanto?

RODOLFO. Es que estaba...

ANA. No me expliques inconvenientes, solo dime... ¿Por qué tardaste tanto?

RODOLFO. Es que cuando...

ANA. Rodolfo, no me hagas monólogos.

RODOLFO. Yo... yo... Me cuesta mucho caminar niña. Es el reuma, la artritis...

ANA. Eso me lo decís todos los días. Busca otra excusa. Ah, y hoy no estoy para que me llames niña.

RODOLFO. Como usted diga señorita, pero es la realidad, mi artritis...

ANA. Rodolfo, sin peros. Yo no te veo imposibilitado. ¿Acaso necesitas silla de ruedas, muletas o bastón para desplazarte por la vida?

RODOLFO. No, señorita.

ANA. Entonces, no tenés dificultades para caminar. ¡Usa otro pretexto!

RODOLFO. Tengo setenta y nueve años, señorita. Y esta artritis que me mata.

ANA. Lo que te mata es el cemento de enfrente, como a mí. Una simple artritis, no es impedimento. Estabas distraído como siempre. Por eso tardas tanto.

RODOLFO. Bien señorita Ana. Ud. dirá.

ANA. Quiero un té con dos galletitas de vainilla y una aspirina, por favor.

RODOLFO. Bien, señorita Ana.

Nuevamente se escuchan ruidos de taladros y otros ruidos de obra.

ANA. *(Se tapa los oídos.)* ¡Rodolfo! ¡Rodolfo!

RODOLFO. *(Asoma su cabeza y avanza como puede.)* Estoy llegando señorita

ANA. Ve rápidamente, y les decís que dejen de molestar con tanto ruido. ¡No lo soporto!

RODOLFO. Señorita...

ANA. ¡Vamos! ¡No me discutas! ¡Que vean que hay un hombre!

RODOLFO. *(Se asoma a la ventana y les habla con mucha educación.)* ¡Por favor señores, tengan la amabilidad de hacer menos ruido! ¡Muchas Gracias!

ANA. ¡No, no, no y no! Dije, que quiero que vean que acá hay un hombre.

RODOLFO. Pero yo les dije...

ANA. No me gustan los peros.

RODOLFO. (Nuevamente asoma al balcón.) Señores, paren un poco con el ruido.

ANA. Siguen haciendo ruido.

RODOLFO. Es que tienen que trabajar señorita.

ANA. No te pago para que les des la razón a ellos. Acá la única que tiene razón soy yo. Sé guarango.

RODOLFO. Sí, señorita. Lo haré.

ANA. ¡Vamos!

RODOLFO. ¡A ver che! ¡Se dejan de joder de una vez con tanto martillito que me están rompiendo las pelotas!

RODOLFO, apenas cierra la ventana, se escuchan sonidos de piedras y cascotes que los obreros le tiran.

ANA. ¿Qué pasa con tanto alboroto? ¡Van a romper los vidrios!

RODOLFO. Apedrean señorita. *(Cierra la persiana a toda velocidad.)*

ANA. ¡Ah no! Tenés que decirles algo.

RODOLFO. ¿Quiere que me lapiden, señorita? Tiran como resortes.

ANA. Tenés razón. Pueden romper el cristal. Rodolfo... quiero una rosa.

RODOLFO. *(Abre tímidamente la ventana y saca una rosa blanca.)* Señorita, aquí tiene su rosa.

ANA. *(Oliendo la rosa.)* Quiero mi desayuno.

RODOLFO. Al instante, señorita.

Se produce un total silencio y Sinatra trina. ANA lo destapa.

ANA. Bueno, Sinatra, entona, que mamá te deja cantar. *(Trinos)*. Tenía que llamar a Esteban. Qué horror, con tanto cemento. *(Marca un número y espera)*. ¡Hola, Esteban! Buenos días. Mal, estoy muy mal. ¿Cómo querés que me encuentre, con tanto cemento y taladro? Por suerte ahora pararon un poco, pero ya empezarán de nuevo. Sinatra, no puede cantar con tanto taladro. Bien, vos dirás. Sí, me encanta la idea. ¡Montevideo! Adoro ese público. ¿Cuándo sería? Sí, estoy disponible. Qué bueno. Estamos en contacto. Sí, necesito irme porque no soporto a los de la obra de enfrente. Un beso.

RODOLFO. Señorita, aquí tiene Ud. Qué trino impecable que tenés Sinatra.

RODOLFO acomoda el desayuno en la mesita y empieza a repasar los muebles.

ANA. Malcriado con tanto mimo. ¡Rodolfo, nos vamos de viaje! Cantaré "Carmen" en Montevideo.

RODOLFO. Bravo, señorita. ¿Cuándo?

ANA. En un mes. ¿Tus documentos están al día? Porque te venís. Dame un florero para la rosa.

RODOLFO. Sí, señorita. *(Le alcanza un florero.)* ¿Y qué voy a hacer yo?

ANA. Cuidarás a Sinatra, además de atenderme a mí. Estaremos quince días en un chalet, con vista a la playa. ¿No es hermoso?

RODOLFO. Sí, señorita.

ANA. Bueno, aprovecho para ensayar ahora que hay silencio. ¿Dónde está la aspirina, Rodolfo?

RODOLFO. Aquí, sobre la servilleta.

ANA. *(Echa la aspirina dentro del florero.)* Mi querida y amada rosa, toma tu aspirina que te hará bien.

RODOLFO. ¿Qué va a almorzar hoy, señorita?

ANA. Hoy es martes, me toca pescado.

RODOLFO. Tendré que ir a buscar.

ANA. Bien, trae un buen lenguado y luego lo preparas con papas y crema.

RODOLFO. Bien, señorita, salgo antes de que no encuentre nada.

ANA. Bien, vamos, vamos.

RODOLFO. Sí.

ANA va al ventanal. Abre la persiana y con una regadera riega sus rosas blancas.

ANA. Amo este aire fresco, con este sol maravilloso y tibio. Estamos en primavera.

Mis rosas blancas están hermosas, Sinatra, ahora mamá va a cantar para ti.

(Entona "Carmen". RODOLFO al salir se queda un tiempo detenido escuchándola y sale.)

Para que escuchen los hombres de cemento. ¿No, Sinatra? Canta, vamos...a mi madre le gusta esta ópera... (ANA canta "Carmen" y el canario trina.)

La escena se oscurece y queda iluminada levemente la jaula de Sinatra.

Ha pasado el día y ya es de noche. ANA está en el suelo recostada sobre almohadones y con la jaula a su lado.

ANA. Rodolfo, antes de irte, dejame preparada la jarra con té. Bastante té.

RODOLFO. *(Aparece con su abrigo.)* Ya se la dejé lista, señorita. ¿Necesita algo más?

ANA. Sí, estar en Montevideo. ¿Sabes? Hoy ya llegaron al cuarto piso.

RODOLFO. ¿Ya? Pero, si ayer iban por el tercero...

ANA. El enemigo avanza, Rodolfo.

RODOLFO. Tal vez no lleguen al décimo, más bien se los ve como dúplex. Verá lo rápido que terminan, señorita. Y con lo alto que estamos nosotros, no nos taparán. ¿Necesita algo más?

ANA. Sí, quiero antes que te vayas, me ayudes a ovillar.

RODOLFO. Bien, señorita (*RODOLFO se va a quitar el abrigo.*)

ANA. No te lo quites, va a ser rápido.

RODOLFO. Bien, como Ud. diga.

ANA. (*Le coloca la madeja a RODOLFO.*) ¿Sabes que últimamente me desvelo? Me duele la cabeza, y entonces me pongo a tejer. Qué triste aburrimiento.

RODOLFO. Su vida está llena de arte, señorita. No debería aburrirse.

Suena el timbre. Ambos se miran.

RODOLFO. (*Deja la madeja y va a atender.*) Es el portero, señorita.

EVARISTO. (*Entra sosteniéndole la mirada a RODOLFO.*) “Encargado”.

RODOLFO. El encargado, señorita.

ANA. Evaristo ¿Qué lo trae?

EVARISTO. Tengo que cortarle el agua doña, los del piso de abajo se están inundando.

ANA. ¿Qué pasa, ahora?

EVARISTO. Vengo a ver su baño, tienen una pérdida importante justo debajo de su baño.

RODOLFO. No debe de ser tan urgente, a lo sumo les caerá agua en la bañera.

EVARISTO. Yo cumplo reglas del consorcio. Y tengo que cortarle el agua.

ANA. Vaya al baño y fíjese, Evaristo. Yo ahora estoy muy ocupada.

EVARISTO. Bien, con su permiso doña.

ANA. Rodolfo, sigamos por favor.

RODOLFO. Sí, señorita. ¿No quiere que vaya a supervisar?

ANA. No. (*Empiezan a ovillar la lana.*)

RODOLFO. Mire señorita, que es bastante improvisado. Puede romper todo.

ANA. Dije, que no.

RODOLFO. Como Ud. diga.

ANA. Ovillemos.

RODOLFO. Ovillemos.

EVARISTO. (*Off.*) Doña, es el cuadro de ducha.

ANA. Rodolfo, no entiendo lo que dice. Andá y fijate.

EVARISTO. (*Aparece.*) Ya está, doña. Tiene los cerámicos chorreando agua, justo donde está el cuadro de ducha. Así que le corté el agua del baño y mañana vengo para cambiarlo. Le digo, doña una cosa, esto no corre para el consorcio. Lo tiene que pagar ud.

ANA. Está bien, Evaristo. Vaya, nomás.

EVARISTO. Vengo, después del mediodía.

ANA. Está bien. (*Se corta de luz de golpe.*)

RODOLFO. ¿Qué más pasa ahora? ¿La luz también? Enseguida traigo velas.

EVARISTO. Y con las obras de enfrente. Estos tipos sacan luz de donde se les antoja. También con esas máquinas que trajeron. Con la potencia que tienen, saltan la térmica de la calle.

ANA. Le voy a pedir el favor, que no hable más de las obras de enfrente.

EVARISTO. ¿Algún problema?

ANA. Ruidos todo el día, y lo que es peor es el olor y el polvo que levantan.

EVARISTO. Ah, el olor.

RODOLFO. (*Aparece con las velas.*) Sí, el olor es insoportable a veces.

EVARISTO. ¿Mucho?

ANA. Hemos llegado a poner burletes, trapos y también diarios en las hendidias.

RODOLFO. Hasta en el agua, uno lo siente. Es como si ese olor se le metiera hasta en la boca a uno.

ANA. Sí, el té del desayuno era ácido.

EVARISTO. ¿Nada más?

RODOLFO. No vaya a pensar que somos unos delirantes. Ayer mismo una visita, opinó lo mismo del té. Y eso que cambiamos de marca.

EVARISTO. ¿Dije yo palabra alguna? ¿Los llamé delirantes?

RODOLFO. No, pero como es algo extraño, hasta la señorita me acusó de que yo quería envenenarla.

ANA. Rodolfo, no era así. Solo dije que me estabas intoxicando.

RODOLFO. Y ahí es cuando compré otro té.

ANA. Y el mismo sabor a ácido. Mi garganta se cerraba y...

EVARISTO. Fulminante de secado rápido. ¿Saben lo que es eso? ¿No vio que rápido tiran para arriba? En dos días le levantan un piso de hormigón.

ANA. Sí, ya lo vimos. Hoy llegando al cuarto piso.

RODOLFO. ¿Fulminantes de secado?

EVARISTO. Sí, digamos que muy similar al tiner.

ANA. Claro, si a veces siento que me aprietan los músculos de la cabeza. Algunas noches no puedo dormir. Sobre todos los días de semana.

RODOLFO. Yo tengo alguna fatiga... pero creo que ya terminan con el hormigón.

EVARISTO. Y los fines de semana la pasan bien... ¿No, Doña?

ANA. Ahora que lo dice, sí. Los fines de semana duermo bien.

EVARISTO. Yo por suerte vivo en el subsuelo. Mi mujer se queja, pero en nuestro bunker sobreviviremos a cualquier cosa. Igual que las ratas. Si le molesta el olor, puede venir a la

portería, es humilde pero va a ser un placer. A mi mujer le gusta como canta Ud. Doña.

ANA. Gracias. Todavía no llegaron al décimo piso.

EVARISTO. Digamos que es cuestión de semanas, tal vez dos. Piensan levantar 20 pisos. Y ya sabe doña, puede venir cuando quiera, Ud. también Don. Regreso mañana. Ahora tendré que bajar los diez pisos por escalera.

RODOLFO. Le tengo aquí una linterna. Lo acompaño. *(Lo alumbra hasta la salida.)*

ANA. Rodolfo, no bajes los diez pisos. Hoy podés quedarte.

RODOLFO. Bien, señorita. Voy a traer más velas.

ANA. Con la que hay es suficiente.

RODOLFO. Bien.

ANA. Sigamos ovillando. Tenemos que pensar que dentro de un mes, vamos a tener nuevamente al público y volveremos a ser felices. Quiero cantar ahora que se respira aire fresco. Abrí la ventana, de par en par.

RODOLFO, abre la ventana y ella canta "Carmen". Ambos ovillan. Tiempo. La vela se apaga. Ha pasado una semana. En el living la luz del día ahora se ve más baja que la última vez.

ANA. Buenos días, Sinatra. Sinatra ¿Qué te sucede? ¡Rodolfo!

RODOLFO. *(Off.)* ¡Voy, señorita!

ANA. *(Descuelga la jaula.)* Sinatra, mi amor. Ahora mamá te va a hacer unas caricias *(Introduce su mano en la jaula.)*

RODOLFO. Señorita, aquí estoy. ¿Qué sucede?

ANA. Respira fatigado ¿Lo ves?

RODOLFO. Sí. *(Suena el teléfono.)* Permiso, señorita. Hola. Sí señor, le digo.

ANA. ¿Quién es?

RODOLFO. Era el señor Esteban, pero ya cortó. Me dijo que hoy vendrá a las cinco el modisto, para hacerle las pruebas del vestuario.

ANA. Traéme un abrigo. Voy al veterinario.

RODOLFO. Bien, señorita. *(Tose.)*

ANA. Rodolfo, vos venís conmigo.

RODOLFO. Entiendo, señorita. *(Sale.)*

ANA. ¿Te diste cuenta de que esta semana ya no da más el sol en aquella mitad del living?

RODOLFO. En la cocina, se ha ido por completo. Ni un reflejo, siquiera.

ANA. *(Se escucha ruido de taladro.)* Ya empezaron a estropearnos el día, otra vez. *(ANA, corre a*

la ventana.) ¡Basta señores, acá hay un enfermo! *(Se escuchan silbidos.)* ¡Dije silencio!

RODOLFO. Señorita, su abrigo.

ANA. Ahora estamos cara a cara. ¿Te diste cuenta? Llegaron al décimo piso.

RODOLFO. No se puede hacer nada, señorita. *(Tose.)*

ANA. ¿Te diste cuenta Rodolfo, que hoy tenemos menos aire que ayer, que antes de ayer, y que la semana pasada?

RODOLFO. *(Observando.)* Sí, me di cuenta, señorita. Creció el cemento como enredadera.

ANA. *(Toma la jaula.)* Vamos, Rodolfo. El vestuarista viene a las cinco. ¡Me quiero ir a Montevideo de una vez!

RODOLFO. Sí, señorita. *(Saca una escoba que está parada junto a un sillón.)*

ANA. Deja esa escoba.

RODOLFO. Señorita, es que no sé cómo, pero siempre aparece esta escoba aquí. La llevo al lavadero.

ANA. Dejala ahí, que no molesta.

RODOLFO. Como Ud. diga. *(La pone nuevamente como estaba.)* Es como si yo fuese un descuidado. No entiendo, pero casi siempre está ahí.

Se escucha un grito desgarrador que viene del exterior.

ANA. ¿Escuchaste eso, Rodolfo? Es de enfrente.

RODOLFO. Sí, señorita.

ANA. Andá al balcón, y fíjate con cuidado de que no te tiren nada.

RODOLFO, va al balcón y se asoma y regresando rápidamente a como le dan sus piernas.

RODOLFO. Hay un obrero tirado en la calle. Está destrozado, señorita.

ANA. ¿No me digas? *(Va al balcón.)*

RODOLFO. No se asome. Es muy feo lo que va a ver.

ANA. Es lo mismo que están haciendo con nosotros. Algo muy feo.

RODOLFO. No les vaya a gritar nada. *(Suena el teléfono. Lo atiende.)*

ANA. *(Corre hacia el balcón y se sube a la silla asomándose.)* ¡Viva la muerte de mis oscuros hombres de cemento! *(Corta algunas rosas del balcón y las arroja a la calle.)* Rosas blancas, para el hombre de cemento, oscuro sin alma.

RODOLFO. Señorita. Es Evaristo.

ANA. *(Desde el balcón.)* Estoy muy ocupada.

RODOLFO. Dice que se mató el ingeniero de enfrente.

ANA. Gracias por avisar. *(Gritando hacia la obra.)* ¡Ha muerto el ingeniero! ¡Se ha hecho justicia! ¡Larga muerte al hombre de cemento! ¡Larga muerte! *(Arroja más rosas.)*

RODOLFO. *(Va junto a ella.)* ¡Por favor, no lo haga, que la van a agredir!

ANA. Me agreden todos los días. ¡Viva la muerte! ¿Te diste cuenta que ya en este balcón no hay más sol?

RODOLFO. Sí, me di cuenta señorita.

ANA. Vámonos, al menos en la calle tendremos sol. (*Agarra la jaula y salen.*)

Ha transcurrido una semana más. Ahora la falta de luz es más notable.

ANA, está sentada en el suelo con la jaula en su falda. Canta muy suave "Carmen".

EVARISTO. (Off.) ¿Doña, habría un vaso de agua para este pobre sediento?

ANA. Pídale a Rodolfo. ¿Dígame si encontró la pérdida? Ya lleva tres semanas.

EVARISTO. (Off.) Tiempo, doña. Ya la voy a descubrir a esa condenada.

ANA, rompe a llorar y a gritar.

RODOLFO. (*Aparece con un vendaje en la frente.*) Señorita, por favor. ¿Por qué llora?

ANA. ¿Y por qué debería yo llorar, Rodolfo? No hay más sol en esta casa, en ningún rincón. Todos los días son nublados. ¡No puedo más! ¡La luz! ¡El agua, que cortan a cada rato! Dejá de hacerle compañía a Evaristo y quedate acá conmigo!

RODOLFO. Sí, señorita. Es que estoy tratando de ayudarlo, porque si no no termina más.

ANA. Quiero miel que tengo la garganta seca. Sinatra, vamos levántate.

RODOLFO. Ya, enseguida señorita. (*Ruido de martillos y hombres que gritan.*) ¿Quiere que vaya, a decirles algo señorita?

ANA. No.

RODOLFO. Como Ud. diga.

ANA, sale al balcón, ahora se ve solo un muro de cemento enfrente, y en el balcón los rosales ahora son negros.

ANA. Escuchen todos Uds. indolentes. ¿Me escuchan? (*Se quita la bata y queda desnuda, al instante cesan los ruidos.*) Bien, muy bien. Ahora sí, me escuchan. ¡Basta! ¡Secaron todos los rosales de mi balcón! ¡Me secaron la garganta! ¡Enfermaron a mi canario! ¡Apedrean a mi mucamo que tiene ochenta años!

RODOLFO. (*Con la frente vendada.*) ¡Setenta y nueve, señorita, recién cumplidos!

ANA. ¿Y señores? Obreros, operarios, capataces, empleados, ingenieros, arquitectos, peones y asistentes y todos los que estén en estas espantosas, desastrosas y antiestéticas tumbas de cemento. ¡Me quitaron el sol y la vida! ¡Quiero vida, señores de cemento! ¡Aquí les envío mis rosas, muertas por Uds.! ¡Asesinos! (*Arranca y arroja rosas hacia enfrente. Cierra el ven-*

tanal y se coloca la bata.)

RODOLFO. Señorita, aquí tiene su miel. Vístase, por favor.

EVARISTO. *(Aparece y se la queda mirando.)* Doña, doña...

RODOLFO. ¿Qué mira, idiota?

EVARISTO. A mí no me digas idiota, viejo decrepito y baboso.

RODOLFO. Cierre su bata, señorita. Y cuídese de este hombre, cuando yo no estoy.

EVARISTO. ¿Qué quieres decir, viejo inútil?

RODOLFO. Que no la mires. Que tengas respeto por ella.

EVARISTO. ¿Ahora me vas a dar órdenes a mí? ¡Sirvientel!

ANA. ¡Basta, por favor señores!

RODOLFO. ¿Ud. le dice señor, a este individuo?

ANA. ¡Basta!

RODOLFO. Me callo, señorita.

ANA. Gracias, Rodolfo.

EVARISTO. Sepa, que yo no la estaba mirando. Ud. apareció con la bata abierta.

ANA. ¿Qué más Evaristo?

EVARISTO. *(Avergonzado.)* Y Ud. es muy linda, y uno es hombre...

RODOLFO. ¿Hombre? Un hombre no falta el respeto...

EVARISTO. Te voy a cerrar la boca, viejo de mierda. *(EVARISTO, se abalanza sobre RODOLFO y ambos luchan. RODOLFO, cae sobre un sillón.)* Esto es para que sepas que soy un hombre.

ANA. *(Se para entre ambos y ayuda a RODOLFO.)* En mi casa no se pelea. Y Ud. no es quién para golpear a mi personal.

RODOLFO. No se exponga, señorita.

EVARISTO. ¿Pero qué te pensás? ¿Qué soy un malandrín? Disculpe doña, pero fue un arretrato que tuve nomás. Porque si lo agarro bien, como yo quiero, ni siquiera pasa por el hospital. Derechito a la morgue, viejo...

ANA. Bueno, ya basta. Suficiente. Ocúpese del baño. Hace tres semanas que está con ese asunto y no lo arregla nunca.

EVARISTO. Sí, doña. *(Ruidos de obra. Los tres se miran.)* Si quiere, doña les digo algo a esos infelices.

ANA. Se callaron.

RODOLFO. Sí, señorita, pero avanzan.

EVARISTO. Disculpe, doña. Voy a tener que cambiar un caño, porque no era el cuadro de ducha. Aunque esta nueva ruptura no sé si la cubre el consorcio. Bueno, era lo que iba a decirle cuando salí del baño, pero entramos a discutir.

RODOLFO. Entonces la va a tener que pagar Ud. porque fue su equivocación.

EVARISTO. No me la sigas, viejo. Después con la doña discutiremos esa parte.

RODOLFO. (*Lo corrige.*) ¡Señorita! ¡Por favor, tenga un poco de cortesía!

EVARISTO. (*Aparte a RODOLFO.*) Perdón, para mí ella es una doña. Tiene como cincuenta años y...

RODOLFO. Más respeto.

EVARISTO. El decirle doña, no es un insulto. ¿Me escucha doña? ¡Eh, doña Ana! Está linda la jaulita, pero necesito avanzar con el caño, porque les sigue cayendo agua al piso de abajo.

ANA. Arregle todo el asunto con Rodolfo.

EVARISTO. ¿Con él? Pero le tengo que explicar a Ud. que esto no es un tema del consorcio, sino particular suyo, porque no entra en la reglamentación, y lo tiene que pagar Ud. porque el porcelanato que tiene Ud. es muy caro. Aparte hay que mandarlo hacer para que no quede parche el color. Bueno voy a tener que encargarlo para que le imiten el modelito.

ANA. Arregle todo con Rodolfo.

EVARISTO. Doña... mire podríamos ir mitad y mitad, porque reconozco que me equivoqué, pero el porcelanato es cosa suya, no es la cerámica del consorcio ¿vía?

ANA. No puedo atenderlo, ahora.

RODOLFO. La verdad, hace tres semanas que nos tiene con el baño hecho un agujero.

EVARISTO. Yo no tengo la culpa que el edificio tenga ciento diez años. Estoy hablando con ella y Ud. no se meta. Escuche doña...

ANA. Ya le dije, arregle todo con Rodolfo.

EVARISTO. A mí lo que me rompe la cabeza, es la gente sorda como tu patrona, viejo.

ANA. Yo no soy sorda Evaristo, estoy ocupada.

EVARISTO. Claro, con el pajarito. Mire que le va a tener que pagar el yeso a los del piso de abajo por falta de arreglo. Lo del porcelanato, lo reconozco. Pero si no le saco la bañera, se les viene el techo encima.

ANA. Arregle con Rodolfo.

EVARISTO. Los de abajo no pueden utilizar más el baño, doña.

ANA. Ya le dije, que estoy ocupada.

EVARISTO. ¿Ud. también es sorda, como los de enfrente?

ANA. No se lo permito.

EVARISTO. ¿A mí, quién me escucha? Cada uno con su kiosquito. (*EVARISTO grita muy fuerte.*) ¿Quiero

que me escuchen, también?

ANA. (*Se levanta de mala gana.*) Bien. ¿Qué me sugiere, Evaristo?

EVARISTO. Que me dé el visto bueno, doña. Si le emparcho el porcelanato, o le pongo todo a nuevo. Si le remiendo con cerámica, paga el consorcio. Si pongo el mismo porcelanato, paga usted.

RODOLFO. Es una locura.

EVARISTO. Con vos no hablo. Estoy en diálogo con la doña.

ANA. Lo que menos cueste, lo más estético, lo más rápido, lo más seguro y lo que lo aleje más rápido a Ud. de aquí, Evaristo.

RODOLFO. ¿Entendió?

EVARISTO. Sí, entendí.

Vuelven los ruidos de la obra de enfrente.

RODOLFO. Le sugiero, el porcelanato. Por el bien de todos.

ANA. Basta, basta, basta. *(Corre a la ventana y sale a gritar.)* ¡No sigan con ese ruido! No aguanto.

Se escuchan silbidos.

EVARISTO. Che ratón... ¿No escucharon a la dama? Paren un poco con la musiquita, que me tienen hartos. Acá hay un hombre, carajo. ¿No me digas? ¿Vos sos ingeniero? A vos justo, te voy a castrar, así lo acompaño al que se cayó hace tres semanas. ¡Te voy a hacer un juicio por ruidos a esta hora, papito! Es la hora de la siesta. Se puede trabajar con menos ruidos, yo soy del gremio, salame.

Silencio total.

ANA. Gracias, muchas gracias, Evaristo. Mi pobre cabeza.

EVARISTO. Y, es el tiner. Esos disolventes matan.

RODOLFO. ¡Salud! Por la noticia. Yo ya huelo a tiner hasta en mi casa.

EVARISTO. Doña, venga a ver el baño. Y dígame qué hacemos con el porcelanato.

ANA. RODOLFO, cuidá a Sinatra.

RODOLFO. Sí, señorita. Bueno, Sinatra querido. Otra vez dulce con queso. Este bruto no se va más del baño. Se nos queda a vivir. Y yo con mis pobres huesos.

RODOLFO, se pone a acomodar unas revistas y a recoger el servicio de té.

ANA. *(Reaparece.)* Lo dejaste solo a Sinatra.

RODOLFO. Señorita, yo estoy acá.

ANA. Y la jaula, está allá en el rincón.

RODOLFO. La corrí para no molestarlo, porque está durmiendo.

ANA. ¿A esta hora, durmiendo Sinatra, y destapado?

RODOLFO. Señorita. No lo quise molestar. Vea Ud. misma, vea cómo duerme.

ANA. Sinatra, aquí estoy contigo mi amor... *(ANA grita.)* ¡Sinatra! ¡Sinatra!

RODOLFO. ¿Qué sucede, señorita?

EVARISTO. *(Reaparece.)* ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

ANA. Está muerto. ¡Está muerto!

EVARISTO. *(Se arrodilla junto a ella, y se quita la gorra.)* Lo siento mucho, doña.

ANA. Gracias. Mi pobre y pequeño Sinatra. *(Lo saca de la jaula.)*

RODOLFO. Señorita, la acompaño en sentimiento.

ANA. Gracias, Rodolfo.

EVARISTO. En serio doña. Yo sé lo que se siente. A mí se me murió el perro después de muchos años, y en mi casa estuvimos dos días sin comer, como si se nos hubiera muerto un hijo.

ANA. Sinatra era eso para mí, un hijo.

RODOLFO. Señorita, venga levántese. Siéntese aquí en el sillón. No llore, le va a hacer mal a su garganta.

EVARISTO. Déjela, que llore. Peor que se guarde el sentimiento. Eso lo lastima y lo rompe a uno más por dentro.

RODOLFO. Se va a quedar disfónica.

EVARISTO. Y que se quede disfónica de llorar. Peor que se infarte. Ud. vea cómo está la pobre.

RODOLFO. Tiene que cantar en quince días.

EVARISTO. Y que no cante.

RODOLFO. La ópera es toda su vida. No tuvo ni hijos, ni se casó, por la ópera.

EVARISTO. Pero tuvo un amigo, Sinatra. Por eso, déjela tranquila con lo único que tuvo.

ANA. Rodolfo.

RODOLFO. Sí, señorita.

ANA. Traéme un vaso con agua.

RODOLFO. Al instante, señorita.

EVARISTO. Doña, siento mucho lo de su canario. Cálmese, no se enferme Ud. Yo hace unos días que no la veo con buen color. Mire, cada vez que Ud. sale o entra al edificio, lo comentamos con el portero de al lado. El Ramón me dice así: Esta mujer está verde.

ANA. Gracias, por preocuparse. Últimamente, nadie se preocupa por mi persona, solo Rodolfo. A veces pienso que es porque le pago.

EVARISTO. A mí no me tiene que pagar nada, doña. Yo igual me preocupo por usted. Gente como usted. sensible que llora por un pájaro, no abunda.

ANA. Gracias, Evaristo.

RODOLFO. Aquí le tengo el agua, señorita.

ANA. Gracias. *(Bebe y arroja el vaso.)* ¡Está con ese gusto amargo! ¡Mi garganta!

RODOLFO. Perdón, señorita. Con lo de Sinatra, me olvidé. Traigo agua mineral.

EVARISTO. Sí, en casa también usamos agua mineral, el tanque parece contaminado con lo que emanan las obras de enfrente.

ANA. Entonces, yo no soy la única.

EVARISTO. No. Es un éter muy volátil. A la noche no hay olor.

ANA. Tiene Ud. razón.

EVARISTO. ¿Cuida mucho su garganta? Claro, me imagino que para cantar ópera, no se puede ni resfriar. Bueno, al menos por ahora no hay más ruidos.

ANA. Claro, ahora están levantando paredes. Avanza el enemigo en silencio. Ya no hay sol. Ni tampoco luz. Las tres de la tarde y con luz eléctrica.

EVARISTO. Y váyase de acá. Vende este piso o lo alquila y se va, doña.

RODOLFO. Aquí le traigo el agua, señorita.

ANA. Gracias, Rodolfo. Apaga la luz, por favor.

RODOLFO. Es que quedamos en la penumbra.

ANA. Apaga las luces.

RODOLFO. Es que va a quedar la casa triste.

ANA. La casa ya está triste.

EVARISTO. Apaga las luces, de una vez.

RODOLFO. ¿Apago todas señorita?

ANA. Sí.

EVARISTO. Piénselo, por ahí yo tengo razón. Váyase a tiempo. Ud. no está bien. Empezó el pájaro. ¿Sabía Ud. que las aves son las primeras en morir?

ANA. Aquí vivieron mis abuelos. Aquí nació y creció mi mamá. Aquí nací yo. En aquel sillón junto a la ventana murió mi mamá.

RODOLFO. Con permiso. *(RODOLFO, corre junto al sillón que señaló ANA y saca la escoba que está apoyada en él.)*

ANA. Deja la escoba, ahí.

RODOLFO. Es que yo no la dejé ahí.

ANA. Dejala.

EVARISTO. ¿No escuchaste, viejo? Si se te olvidó, fue por desprolijo.

RODOLFO. Yo no soy descuidado con mi trabajo, como usted.

ANA. Basta, no sigan.

EVARISTO. Entiendo... perdone doña. Es que no me gusta que me atropellen. Pero hágame caso y váyase. Al menos por un tiempo.

ANA. Yo tenía quince años... cuando mi madre murió ahí.

EVARISTO. Entiendo...

ANA. Aquí sigo viviendo.

EVARISTO. Entiendo. ¿Qué va a hacer con su canario, doña?

ANA. Lo voy a enterrar junto a los rosales.

RODOLFO. Muy buena idea, señorita. Yo la ayudo.

EVARISTO. Si quiere le doy una mano, doña.

ANA. Prefiero hacerlo yo. Cuando esté sola.

EVARISTO. Bien, para mí por hoy, tiempo cumplido. Cualquier cosita, me llama a la portería. Ahora debo ir al segundo piso, que tienen una pérdida de gas.

RODOLFO. Mire que tiene trabajo Ud. en el edificio. ¿No sé cómo lo llaman?

EVARISTO. Suerte que me tocó, lidiar con un edificio de ciento diez años. Y que soy diplomado. Con el permiso de Ud. doña. Vuelvo mañana después del mediodía. Y siga mi consejo, los del piso de arriba se fueron un tiempito, hasta que termine la obra. ¿Vio?

ANA. Hasta mañana, Evaristo.

EVARISTO. Hasta mañana. *(Sale.)*

RODOLFO. ¿Qué piensa hacer señorita?

ANA. Quiero que te vayas, necesito estar sola.

RODOLFO. Comprendo. Puede Ud. llamarme, a cualquier hora, y yo estaré aquí. Y no es porque Ud. me pague. Como se lo escuché decir al bruto ese. Yo vengo, porque la aprecio mucho niña. La conozco de toda su vida. Perdón, señorita... quise decir señorita...

ANA. Hoy necesito que me llames niña, otra vez, por favor.

RODOLFO. Bien, niña.

La escena se oscurece y solo queda una leve luz sobre la jaula vacía. APAGÓN.

Ha transcurrido una semana más.

ANA, se encuentra echada en un pequeño sofá. La escena está en penumbras.

RODOLFO. *(Apareciendo con bolsas.)* Buenos días. Aquí estoy de regreso, señorita. Enseguida le preparo el almuerzo. Conseguí el lomo de atún que a usted. tanto le gusta, y va a ser con papas a la crema.

ANA. ¿Qué hora es, Rodolfo?

RODOLFO. Las once, señorita. A las doce en punto está su almuerzo.

ANA. Bien.

RODOLFO. ¿Enciendo la luz?

ANA. No, así está bien.

RODOLFO. Debería salir a caminar un poco mientras le preparo el almuerzo. Hay un sol estupendo, es una mañana hermosa de primavera, señorita. El bruto de Evaristo, ya viene en un rato. Consiguió el porcelanato para el baño.

ANA. (*ANA, responde siempre sin interés.*) Qué bueno.

RODOLFO. ¿Va a salir? Vaya, un rato al parque. Yo atiendo al bruto de Evaristo.

ANA. No. Estoy bien así.

RODOLFO. ¿Le enciendo el tocadiscos, así ensaya, señorita? Quedan tres días. A la noche viene el vestuarista a dejarle los vestidos de escena.

ANA. No, ahora prefiero descansar. ¿Sabes que canto por las noches, cuando hay más aire?

RODOLFO. Bien. Ya conseguí quien me cuide al gato. Y tengo la valija armada. (*Sale.*)

ANA. Qué bueno. (*Tose.*) Trae la regadera, que voy a ver mis rosas.

RODOLFO. (*Off.*) Eso me alegra, señorita. Pero abríguese un poco, que se levantó frío. Es una primavera muy rara ésta.

ANA. (*Mira el balcón.*) Maldita pared (*Canta, pero se le quiebra la voz, ya sin brillo.*)

RODOLFO. (*Reapareciendo.*) Aquí le dejo la regadera con agua. Avisaron que a las cinco cortan el agua en toda la cuadra, porque tienen que arreglar otro caño de la calle.

ANA. ¿De nuevo? ¿Qué otra cosa más?

RODOLFO. Nada más, por ahora. ¿Desea otra cosa más antes de la comida?

ANA. Gracias. (*Va al balcón con la regadera y comienza a regar.*) ¡Mi jardín! ¡Mi triste jardín! (*Mira hacia enfrente.*) ¿Uds. qué miran ahora? ¿Están satisfechos con tanta pared? No me dejaron nada. Mi casa tenía sol y luz. Miren mis rosas. Solo hay... rosas negras en mi jardín. ¡Maldito! (*Se escuchan silbidos. Ella entra al living y lo ve a EVARISTO.*)

EVARISTO. Buenas, doña. Me abrió Rodolfo. ¿Qué pasó? ¿Quiere que les diga algo?

ANA. Está bien, ya les dije lo de todos los días. Ya se convirtió en una suerte de saludo matinal.

EVARISTO. Le coloco el porcelanato, que va a quedar una pinturita. ¿Está Ud. bien, doña?

ANA. Haga lo que tenga que hacer, que encima está en horario de portería.

EVARISTO. Mire, yo no soy partícipe de las malas noticias, pero tal vez ésta sea buena. Se mató otro obrero, allá enfrente. Dicen que Ud. es una bruja, y que los maldijo a todos.

ANA. Qué bien.

EVARISTO. ¿Me escuchó doña? ¿No dice nada? ¿No va a aplaudir?

ANA. A mí se me está muriendo la vida, Evaristo, y nadie me aplaude.

EVARISTO. Entiendo. Le pusieron también un pasacalle. Lo tiene ahí colgadito, frente a la vereda "Bruja, que te quemes viva"; eso dice.

RODOLFO. Cállese. Ya lo vi, y no se lo quise decir. Ella no está bien, se la pasa así todo el día, que parece ausente a todo. Todo el tiempo tirada en el sillón junto a la jaula vacía, y mira las rosas secas. ¿Qué quiere hombre, avivar más el fuego?

EVARISTO. Sí, me di cuenta. ¿Y qué quiere que yo haga? ¿Que vaya y los mate a todos porque levantaron torres frente a su balcón?

RODOLFO. Quiero que no le cuente la realidad.

EVARISTO. Mi vieja decía: Ante todo la verdad, que la verdad por más dura que sea es lo único que tiene el hombre.

ANA. No discutan.

EVARISTO. Con su permiso doña, le arreglo el baño.

RODOLFO. ¿Come aquí, señorita?

ANA. No, prefiero en el balcón

RODOLFO. Hace frío hoy para su garganta.

ANA. Ahora con las paredes estoy más reparada del viento. ¿No lo ves?

RODOLFO. Bien, como Ud. diga.

EVARISTO. *(Aparece.)* Me va a disculpar doña, pero me olvidé de comprar la pastina.

ANA. Vaya.

RODOLFO. Hasta las tres no le abre la ferretería. Porque el empleado se le casó y abren solo por la tarde. María desde que quedó viuda, pobre mujer, sigue adelante con el negocio, pero no sabe nada de nada. No distingue una tuerca de un martillo. Con eso les digo todo. Y si no está el sobrino no abre.

EVARISTO. Entonces a las tres y media estoy acá poniéndole pastina al porcelanato y asunto terminado. Así le queda el baño listo y yo no aparezco más a molestarla.

ANA. Vaya, no hay apuro Evaristo.

EVARISTO. Hasta luego *(Se va.)* Ah, si quiere le cambio el barral de la cortina de la bañera. ¿Lo quiere blanco? ¿O prefiere del color del porcelanato?

ANA. *(Desganada.)* Cualquiera estará bien.

EVARISTO. Me voy. Y cante, cante por favor.

ANA. Sí, eso haré. *(Desganada totalmente.)*

RODOLFO. Ya sirvo el almuerzo, señorita.

ANA. Bien. *(Va al balcón y se sienta junto a la mesita.)*

RODOLFO. *(Aparece con el servicio.)* Atún con papas a la crema, señorita.

ANA. Por favor, llámame niña.

RODOLFO. Bien, niña.

ANA. Podes ir a tu casa a descansar.

RODOLFO. Mire, yo me quedo en la cocina y sin aparecer, ni hacer ruidos, niña.

ANA. Es una orden, Rodolfo.

RODOLFO. Bien, niña.

RODOLFO, sale y recoge la escoba sin que ella lo vea. ANA, queda en el balcón revolviendo la comida con el tenedor y sin probarla. Luego arranca varias rosas negras y rígidas del balcón.

ANA. Mis rosas blancas.

RODOLFO. *(Desde el living.)* Me voy. Hasta mañana, niña.

ANA. Adiós, Rodolfo.

RODOLFO. Niña, me llama, por cualquier cosa. *(Sale.)*

ANA. Rosas negras en mi jardín. ¡Asesinos! ¡Con su pan se lo coman!

ANA, entra al living.

La luz baja, y solo queda una suave iluminación que cae sobre la jaula vacía.

Dos días después. En el living la penumbra es muy densa, y ya no hay luz.

ANA. *(Está hablando por teléfono.)* Rodolfo, tomate el día libre. No vengas hoy. Tengo mucho por hacer.

Suena el timbre y ANA va a abrir.

ANA. Pase Evaristo.

EVARISTO. Le vengo a colocar la jabonera que se me rompió cuando piqué, y esto corre por cuenta de mi bolsillo. Solo dos minutos, es nada más que pegarla.

ANA. Está bien. Vaya y haga rápido, por favor. *(Suena el teléfono.)* Hola, Esteban. *(Tiempo.)* Sí, voy a estar muy bien. Hagan una gran publicidad. Gracias. *(Corta el teléfono, sigue caminando con la jaula por el living.)*

EVARISTO. Doña, le dije. Dos minutos y fueron dos minutos.

ANA. Qué bien.

EVARISTO. Yo soy muy eficiente, y nunca me equivoco con las cosas. Esta vez fue la mala suerte.

ANA. Sí, la mala suerte siempre nos hace feas jugadas.

EVARISTO. Cualquier cosita, estamos en la portería con mi mujer. *(Se va.)*

ANA, toma la escoba y la coloca parada sobre el sillón donde siempre se sienta. Se quita su bata y se la coloca a la escoba, se quita la peluca y la coloca sobre la paja de la escoba. Le inserta en la paja unos lentes negros que toma de una mesita. Trae la fuente con el almuerzo y la coloca junto a la escoba vestida y empieza a comer.

ANA. Qué solas quedamos, mamá. Es un día muy oscuro para estar a solas, no quería molestarte. ¿Sabes? Es una primavera muy extraña. Sabía que si te llamaba no ibas a venir, así que te traje, como siempre lo hago. Hice las papas a la crema como a vos te gustan, están riquísimas. ¿Montevideo? ¿Para qué? Una ópera más. Estamos mejor así, acá las dos juntitas

y solas. ¿No te parece? Y es una suerte de tener ahora ese muro enorme frente a nosotras. Eso nos va a proteger. Sí, mamá. ¿No ves? Tengo tus rosas. Espera, ya verás. *(ANA, va al balcón y vuelve con las rosas que ahora son negras y rígidas.)* Mirá, tus rosas de siempre mamá. *(Las va poniendo de a una junto a la escoba.)* Rosas blancas mamá. Todas tus rosas. ¿No son hermosas? Siempre las cuido. ¿Qué? Sí, tenés razón, hay poca luz. ¿Enciendo la lámpara, mamá? ¿Qué? Ah... entiendo, preferís la luz del sol. *(ANA, se levanta.)* Sí, mamá. Necesitamos más sol, la luz del sol, es lo mejor que hay para las rosas. Ahora te la traigo mamá. Quedate aquí tranquila que te traigo la luz del sol. Ahora voy, ahora voy. Esperame mamá... que voy corriendo a buscarla. ¡Voy corriendo mamá!

ANA, sale corriendo al balcón y se arroja al vacío.

La escena va quedando en penumbras. Queda la escoba vestida sobre la que cae una leve luz. El teléfono que empieza a sonar.

FIN

LAS FLORES CONTADAS

Sandra Franzen (Ciudad Autónoma Buenos Aires)

sandra0189franzen@gmail.com

PERSONAJES

AMELIA

ALICIA

ANGELITA

AMANECER DEL TERCER DOMINGO DE FEBRERO

ESCENA 1

Una habitación grande y blanca de una antigua casa de campo. En el fondo un gran ventanal abierto. Todo está desteñido y raído por el paso del tiempo. Un sillón, dos sillas, una mesa con objetos de tocador, un espejo, telas, vestidos de colores, y zapatos desparramados por la habitación. El horizonte es una línea roja. Silencio. A lo lejos se escucha un llanto. AMELIA mira por la ventana. Tiene más de cuarenta y cinco, pero viste y se mueve como una adolescente. Algo regordeta, aletargada. Tiene un almanaque en la mano que mira insistentemente. Junto a un maniquí: ALICIA. Tiene más de cuarenta y cinco, pero se viste y mueve como una adolescente. Delgada, escurridiza. Cose un vestido sobre el maniquí. Su atención está en AMELIA y la ventana.

AMELIA. 358 días sin llover. Seco y despejado. En cualquier momento sale el sol.

ALICIA. ¿Alguna otra novedad?

A lo lejos se oye otra vez el llanto.

AMELIA. Ahí está. Otra vez con su luto y sus lágrimas. Angelita está hecha de agua. Lleva en su cuerpo toda el agua. Tal vez por eso no llueve.

ALICIA. Seguro es por eso.

AMELIA. Febrero. Mes de lluvias. De carnaval. Ninguna nube. Angelita es el sol. Todo el sol.

ALICIA. Mirá si llueve y no vienen.

AMELIA. Vienen igual. Tercer domingo de febrero. ¿¡Pero a qué muerto le lleva tantas flores!?

ALICIA. “A ga madre”.

AMELIA. Te dije mil veces que no hables con los alfileres en la boca.

ALICIA. (*Escupe los alfileres.*) ¿Qué pasa si me trago unos cuántos?

AMELIA. Te morís. No quiero que le lleve flores a esa viva.

ALICIA. Hace tres años me tragué algunos.

AMELIA. Se te habrá perforado el estómago.

ALICIA. Vos nunca te tragaste ninguno, ¿no?

Se cuela el llanto de ANGELITA. ALICIA clava alfileres en el maniquí. AMELIA se arranca una uña con los dientes y la escupe.

ALICIA. ¿Y? ¿Los ves?

AMELIA. Vacas veo. Y cardos. Hace años que los veo. Ni siquiera la sequía puede con ellos.

ALICIA. ¿Qué más?

Se dirige a la ventana.

AMELIA. ¡No te acerques! Después te dan ganas de tirarte.

ALICIA resopla como niña caprichosa. Vuelve al maniquí.

ALICIA. Les pasó algo. Seguro. ¿Habrán matado una vaca? Hace dos años atropellaron una y llegaron recién al mediodía.

AMELIA. ¿¡Se habrán lastimado!?

ALICIA. Ellos no. Pero la vaca está muerta. La deben estar enterrando.

AMELIA. Las vacas muertas no se entierran. Se tiran al costado del camino.

ALICIA. Esa vaca ahora es puro hueso.

AMELIA. *(Camina por la habitación sacudiendo el almanaque.)* Hoy es tercer domingo de febrero. Cuento cada día que pasa. Angelita tiene que explicarnos por qué no llegaron todavía. ¡Es lo único que le pedimos! Malagradecida.

ALICIA. En estos días se pone triste, la extraña a Aurora.

Al escuchar "Aurora", AMELIA retrocede dos pasos como si le hubiese entrado el diablo en el cuerpo.

ALICIA. Sabés que durante el carnaval llora sin parar. Mala época el carnaval. Todo pérdida, todo llanto. Los recuerdos se le amontonan en la cabeza. Como una película que ve una y otra vez. Pobre Angelita.

AMELIA. No le digas pobre, que nos tiene a nosotras.

ALICIA. Pobre. *(Silencio. Se miran sostenidamente.)* ¿Qué será de Aurora? ¿Seguirá siendo

linda?

AMELIA. Los hombres siempre la veían primero.

ALICIA. Sobresalía como luna llena en noche cerrada. Hace tanto que se fue.

AMELIA. Ese año vino la orquesta completa. Estaban los siete, más el trompetista. La nueva adquisición de la típica: “Rigoberto, Dedos de Oro”. El locutor lo presentó como a un artista de cine. Si hasta dijo que había salido en la televisión y todo, ¿te acordás? Era tan hermoso... tan... ese carnaval también fue inolvidable...

ALICIA. ¡Ya lo creo! Al final se la llevó a Aurora. Cuando los hombres la veían quedaban temblando de miedo. Era tan linda que asustaba. Se ve que “Dedos de Oro” era bien valiente. Se ve que él le hizo olvidar el dolor, el abandono, Angelita... Todo. Qué hombre.

Silencio. ALICIA clava alfileres. AMELIA se asoma otra vez a la ventana.

ALICIA. ¿Se ve algo?

AMELIA. Salió el sol.

ALICIA. ¿¡Traerán un trompetista nuevo!?

AMELIA. Todos los años traen uno.

ALICIA. Este año me va a elegir a mí.

AMELIA. O a mí.

ESCENA 2

Desde afuera suena la polka “Ecos de trompetas”. Las dos mujeres corren a tomarse de las manos y brincan como niñas. Se miran, se empujan, forcejean por un maquillaje que las dos quieren. Entra ANGELITA. Es una muchacha de unos quince años, muy bella, cabellos y ojos negros. Lleva un vestido muy corto y está descalza. Su piel está bronceada por el sol. Tiene flores y moños de colores en el cabello.

ANGELITA. Llegaron. Seis más el conductor.

AMELIA. ¿Cómo seis? ¡Siempre son ocho! Siete, más el trompetista estrella.

ANGELITA. Este año son seis. Los dos petisos gordos: flauta dulce y flauta traversa, se fugaron con un trío de boleros. Dice el conductor que se cansaron de la típica.

AMELIA. ¿¡Qué conductor!?

ALICIA. Nunca me gustaron esos gordos petisos.

ANGELITA. ¡Mejor!, dice el conductor. Una típica con flautas no funciona. *(Pausa. Mira a las mujeres.)* ¡Pero con trompetista sí!

AMELIA. *(Abraza a ALICIA. Brincan como niñas por la habitación.)* ¡Te lo dije! ¡Todos los años traen uno nuevo!

ANGELITA. Este se llama “Marchelo”. Lleva un traje todo blanco. Limpito está el traje. Ninguna arruguita tiene. Los zapatos brillan tanto que se reflejan las nubes.

AMELIA. ¿Qué nubes? ¡No hay nubes! ¡Contá bien, Angelita!

ANGELITA. ¡Bueno! Se refleja... la atmósfera... ¡el cielo! Es más bien bajo, medio petiso.

ALICIA. ¡Ay, qué pecado! No voy a poder usar los tacos altos.

ANGELITA. (*Bufa.*) Sigo... Lleva el cabello peinado para atrás y un sombrero de ala ancha. Tiene una voz, así como afónica. (*Imita la voz.*) “Permiso muchacha, tenemos que acomodar los instrumentos. Venimos retrasados”. Se quedaron empantanados en el segundo puentecito del camino principal.

AMELIA. (*Inquieta.*) Hace 358 días que no llueve. Llevo la cuenta, día tras día.

ANGELITA. (*Abriendo los ojos bien grandes.*) ¡Acá no llueve! Pero en el segundo puentecito es torrencial. No para de caer agua. El conductor, me dijo. Tuvieron que empujar todos. El camión ni se movía. ¡Hasta el cogote de barro!

ALICIA. (*Ingenua.*) Deben estar agotados.

ANGELITA. Ajá.

Silencio incómodo.

ALICIA. ¿Seguro que es petiso?

ANGELITA. (*Determinante.*) Sí.

Las mujeres se remueven en el lugar. Miran con cierto fastidio a ANGELITA, que se mantiene imperturbable.

AMELIA. (*Secamente.*) Seguí, querida. Lo podes hacer mejor.

ALICIA. (*Distendiendo la situación.*) ¿No te dijeron si iban a ensayar?

ANGELITA. (*Malhumorada.*) ¡Están tocando! ¿No oyen?

AMELIA le lanza un manotazo a ANGELITA que alcanza a esquivar. ALICIA se interpone y se lleva a AMELIA hacia un costado, mientras le habla al oído. ANGELITA se cruza de brazos y mira el suelo. Con el dedo gordo del pie dibuja círculos imaginarios. Las mira de reojo. AMELIA, busca un lápiz labial y se repasa la boca con furia. ALICIA se acerca a la muchacha con cautela.

ALICIA. Hoy hablamos de Aurora. (*ANGELITA le clava la mirada. Expectante.*) Era la más linda de las tres. Siempre lo decimos. (*Le acomoda el pelo detrás de las orejas.*) Sos muy parecida a tu mamá. De tu papá no tenes nada. Que vas a tener si ni nos acordamos de su

cara. Del circo con el que se fugó, sí: “Los hermanos Gómez”. Gente fea. De cómo Aurora y vos lloraban bajo la lluvia, también nos acordamos. Un carnaval inolvidable. El primero. Pero, cuando al año siguiente Aurora lo vio a Rigoberto “Dedos de Oro”, se le curaron todas las penas. El amor la atravesó. *(Le acaricia la mejilla.)* Quien te dice, uno de estos días te viene a buscar tu mamá, con “Dedos de Oro”. Porque de tu papá ni el pelo.

AMELIA. Ella está viva. Vos sabés.

ANGELITA. Le llevo flores igual. Cuando me busque, me voy a imaginar que resucitó y que me viene a rescatar. *(Pausa.)* De ustedes.

Silencio tenso.

ALICIA. ¿Tendrán un repertorio nuevo? Hace diez años que tocan lo mismo.

ANGELITA. *(Bufa.)* ¡Yo que culpa tengo, es lo que hay! Están practicando una de.... ¿Cómo se llama? Encontré el otro día el.... *(Hace la seña de un círculo.)* digo... ¡Pérez Llano!

AMELIA. ¡Pérez Prado, bruta! Y además ninguna orquesta que se llegó hasta acá interpretó a Pérez Prado. El mambo no gusta en este pueblo.

ALICIA. *(Interrumpiendo.)* ¿¡Y cómo es la nariz de “Marchelo”!? Respingada, recta, tipo boxeador... porque una nariz te dice todo, te pinta una persona.

ANGELITA. Él no tiene nariz. *(Las mujeres retroceden asustadas.)* Es sólo un traje blanco, un par de zapatos bien lustrados y una voz ahogada como de vaca que está por parir. Todo blanco y quejoso. *(Avanzando hacia las mujeres. Sensual.)* En cambio el conductor es alto como un álamo y se llama Eduardo. Fuma todo el tiempo unos cigarrillos finitos y largos. *(Ingenua.)* Me preguntó por qué me llamo Angelita. Yo no sabía qué decirle y me dio vergüenza. Quiero responderle todas las preguntas para que no crea que soy tonta. Dice que Eduardo es nombre de príncipe. ¿Y Angelita de qué es?

AMELIA. De bastarda.

ALICIA ríe por lo bajo. AMELIA mira fijo a la muchacha y ésta sonríe tontamente.

ANGELITA. ¿Y eso es bueno o es malo?

AMELIA. Una es lo que es.

ANGELITA. *(Asintiendo.)* Voy a ver como ensayan. Ellos no reciben mujeres antes de actuar. Dicen que les traen mala suerte. Una vez, mientras ensayaban entró la esposa del presidente de la comisión de fomento y después en el escenario querían tocar un fox-trot y les salía una cumbia; probaron con un pasodoble y les apareció un chamamé.

ALICIA. ¿Y vos por qué vas?

ANGELITA. Porque yo no soy de carne y hueso. “Marchelo” me lo dijo. *(Imita la voz.)* “Sos

como una ráfaga, muchacha”. Dice el Eduardo, el conductor, que soy aire fresco en su vida.

Las mujeres se miran apesadumbradas.

AMELIA. ¿Y yo que soy? ¿Viento Norte, acaso?

ALICIA suelta una carcajada, ANGELITA se suma tímidamente. AMELIA repasa su boca clownesca. La Orquesta dejó de sonar. ANGELITA pega un salto y sale corriendo. Las mujeres quedan petrificadas. Luego de unos segundos se escucha un fox-trot. Se relajan. Se balancean embelesadas.

ALICIA. Les sale lindo por ser un ensayo...

AMELIA. Cada año suenan mejor.

Se sientan en el sillón. Siguen el ritmo con los pies.

ALICIA. ¿Y por qué trompetista? Yo me conformaría con que me lleve de este pueblo el baterista, por dar un ejemplo.

AMELIA. Trompetista.

ALICIA. Puede ser hasta uno de cuerdas. O un teclado. ¡El piano es un instrumento muy completo!

AMELIA. Aurora se fue con un trompetista.

ALICIA. ¡El violín es tan romántico!

AMELIA. (*Ofuscada.*) ¡Es un trompetista o nada! ¡Así es nuestra fantasía y las fantasías no se cambian!

ALICIA. La realidad es la que no cambia.

Golpetean con los dedos sobre sus rodillas siguiendo el ritmo. Se oye el molesto chirrido de un disco que terminó.

MAÑANA DEL TERCER DOMINGO DE FEBRERO

ESCENA 3

ALICIA sentada en el sillón, se pinta las uñas. AMELIA parada detrás, la peina. El sol entra por la ventana. A lo lejos se escucha una rumba. El sonido es gastado y viejo. Las mujeres se balancean suavemente al ritmo.

AMELIA. ¿Te acordás de este tema? Papá lo tenía en su colección. Lo escuchaba los domingos. Es de esa orquesta.... ¿cómo se llamaba?...

ALICIA. “Los Suavecitos del Malecón”.

AMELIA. ¡”Los Suavecitos”!... ¡Aurora y papá lo bailaban debajo de los árboles! Ella se reía sin parar y él se enojaba un poco porque perdían el ritmo... Era su preferida. Se apagó cuando ella se fue. Nosotras no supimos compensarle esa ausencia.

ALICIA. ¡Nosotras criamos a Angelita y lo cuidamos hasta que se murió! Y nos envejecimos, y nos pusimos oscuras.

AMELIA. Seguís enojada con papá por lo del “Gringo Lorenzetti”.

ALICIA. Era un buen hombre.

AMELIA. ¡Pero Alicita! ¡Vos estudiaste teoría y solfeo! ¡Corte y confección! ¿Cómo te ibas a casar con esa bestia bruta? Papá nos preparó para otro tipo de hombre.

ALICIA. ¡Cuál hombre! Papá murió hace cinco años y yo sigo acá, perfeccionando mí punto cruz.

AMELIA. ¡Qué resentida estás hoy!

Se escucha la gastada rumba a lo lejos.

AMELIA. ¡Y cómo se te cae el pelo!

ALICIA. ¡A vos te crece hasta en las tetas!

AMELIA le pega disimuladamente un tirón de cabello y esto provoca que la flaca se enchastre con el esmalte de uñas. El tema musical termina. Pasan unos segundos hasta que se escucha otra rumba.

AMELIA. (*Tararea.*) Este también me lo acuerdo. ¿Cuándo fue que vino “Waldo, el trompetista estrella”?... ¿Doce o trece años? Waldo y su orquesta interpretaron este tema. Lo recuerdo perfectamente. (*Tararea.*) ¡Cómo soplabo Waldo! Y esas manos que tenía, con sus dedos largos y delicados... y sus modales de caballero inglés...

ALICIA. (*Irónica.*) ¡Muy caballero, Waldo! A mí, me tocaba cada vez que podía. Pasaba por al lado y ¡zas!, en un segundo tenía sus largos y delicados dedos debajo de mi pollera. No era tocar nomás, me agarraba de una manera que me hacía subir un cosquilleo hasta la garganta.

AMELIA. (*Le da otro tirón de pelo.*) ¡Si te movías como una anguila! ¡Hasta el cura tenía ganas de meterte mano! Degenerada. A vos te tocaba el culo cualquiera.

ALICIA. Vos ponías esa vocecita de gacela herida de muerte: “Ay, Waldo, usted y su trompeta brillan más que cien estrellas juntas”. ¡Tan cursi! Nunca fue tu fuerte la metáfora. “Su música es como un néctar para mis oídos”. Qué ridículo. ¡Néctar en los oídos! Un asco.

AMELIA. (*Triste.*) “Waldo, el trompetista estrella”, se fue igual que todos.

ALICIA. Sin nosotras.

Entra ANGELITA corriendo. Se para frente a las mujeres como si fuera a dar una lección. Estalla en llanto. Sigue la rumba.

ANGELITA. A que no saben. Recién, el del trombón, el de bigote finito y labios gruesos, se le atravesó un hueso de pollo así de grande. Los otros músicos lo pusieron patas para arriba y lo golpearon en la espalda. El rubio grandote, el baterista, le daba con el trombón en las costillas. Yo le dije: “pero don, el hueso lo tiene en la garganta” pero el tipo le seguía dando sin parar, se puso todo colorado por el esfuerzo. El atragantado estaba azul y el baterista colorado. “Se murió”, dijo sin aliento el baterista que le seguía dando con el instrumento sin parar. Los otros soltaron al muerto y agarraron el rubio grandote, al baterista, que estaba descontrolado. Pobrecito el muertito, ahí tirado, sin que nadie le preste atención. Ahora está todo verde. Prendí dos velas y recé un padrenuestro. Se debe sentir uno muy solo cuando se muere. (*Las mujeres están tiesas como postes. Pareciera que no respiran.*) Voy a aliviarle la angustia de la tierra que se le viene encima.

AMELIA. (*Contenida.*) ¿Y “Marchelo”?

ANGELITA. (*Piensa.*) Se fue a caminar entre las vacas. Dice que las vacas le sacan a uno lo nervioso.

AMELIA. Pero está vivo.

ANGELITA. Por ahora...

ANGELITA corre a la ventana.

ANGELITA. Ahí van. ¿Escuchan? Por el camino perdido. A enterrar al muerto van. Rumba. El del trombón era muy rumbero. Ellos me dijeron. Se la tocan de despedida. Pobrecito el baterista. Es el más sentido. ¡Escuchen cómo le da al platillo! Está desesperado ese hombre. (*Desafiante.*) ¡Vengan! ¡Miren! (*Las mujeres niegan asustadas.*) Ya no come. Sólo toma vino. Treinta y tres botellas, se tomó. No está borracho. Toma todo el tiempo y no se puede emborrachar. Para mí, que se está muriendo de sobriedad. Ahora quedan cinco músicos con sus cinco instrumentos.

ANGELITA tararea la rumba por lo bajo. AMELIA camina por la habitación. ALICIA se peina sin cesar.

ALICIA. ¡El farmacéutico!

ANGELITA. ¿Eh?

ALICIA. Puede reemplazar al trombón. Así los músicos se quedan y actúan esta noche y acá no ha pasado nada.

ANGELITA. El muertito tocaba trombón a vara.

ALICIA. ¿Y?

ANGELITA. El farmacéutico tocaba trombón a pistón.

AMELIA. Los dos son de soplar, ¿no?

ANGELITA. (*Didáctica.*) Es distinto, tías. Eduardo, el conductor, me explicó. Me explica todo lo que yo no sé. ¡Y cómo sabe! Yo aprendo mucho con él. Además, el farmacéutico se murió hace dos años. Cuando le festejaban los 99. Ese reemplazo no va. Los músicos ahora tienen un muerto. No se puede abandonar un muerto. Este lugar es así. Si se te muere un ser querido no te puedes ir nunca más. Esta orquesta, este año, se queda hasta el final.

ANGELITA pega media vuelta y sale muy resuelta. Las mujeres quedan boquiabiertas.

ALICIA. (*Ahogada.*) Qué raro eso del muerto. En quince años que vienen orquestas, nunca se murió ninguno. En estos últimos tres, cuatro años hubo algunos percances que los obligaron a irse abruptamente, pero muertos, hasta ahora ninguno. El año pasado los atacaron unas abejas y resultó que todos eran alérgicos, y el anterior vino un viento tan fuerte que se les volaron las partituras y no pudieron actuar... pero muertos...

AMELIA. Ese Eduardo, el conductor, no me gusta nada.

ALICIA. A mí tampoco.

AMELIA. Es tan... como decirlo... tan “real”.

ALICIA. ¿Cuánto de real?

AMELIA. Lo suficiente como para desbaratar nuestras fantasías.

ALICIA se lleva la mano a la boca. Horrorizada.

Silencio. Las dos miran la nada, conteniendo la respiración. Luego de unos segundos, se escucha “Abril en Portugal”. Resoplan.

MEDIODÍA DEL TERCER DOMINGO DE FEBRERO

ESCENA 4

Se escucha “Amapola”. Las mujeres están muy maquilladas y con peinados llamativos. AMELIA lleva puesto un vestido color rosa con gasas y tules que cuelgan. Muy apretado. ALICIA, el mismo tipo de vestido, pero color verde agua. Le queda un tanto holgado. AMELIA repasa su maquillaje una y otra vez. ALICIA acomoda los pliegues de su falda y mira de reojo a

AMELIA.

ALICIA. Ese vestido va a reventar.

AMELIA. Le agregás un pedazo de tul por acá y listo.

ALICIA. Angelita dijo que ya no queda tela color rosa en todo el pueblo.

AMELIA. Lo combinamos con algún otro tono. El rosa es muy combinable. ¡Y deja de mirarme así!

ALICIA. Me preocupa ese vestido.

AMELIA. Estúpida.

ALICIA. Gorda.

Repentinamente se corta la música. ANGELITA irrumpe y se queda parada bajo el vano de la puerta.

ANGELITA. ¡Qué les dije! El baterista, el rubio grandote. Se quedó con los ojos bien abiertos. Duro como un tronco. Se murió de sobriedad, nomás.

ALICIA. *(Estalla en un llanto exagerado.)* ¡El baterista no! Yo me conformaba con él.

AMELIA. Entonces se mueren nomás.

ANGELITA. *(Natural.)* Sí, claro. Al violinista le dio un ataque de risa. Está como loco no puede parar *(Sale de la habitación y desde afuera imita una risa chillona. Las mujeres retroceden espantadas. Entra.)* ¿Lo escucharon? El Eduardo, el conductor, me dijo que este lugar es una desgracia. Para mí no. Es el único lugar que conozco. ¿Cómo va a ser una desgracia?

ALICIA va hacia el maniquí y empieza a meterse alfileres en la boca. AMELIA le pega un manotazo que hace que los escupa de una vez. ALICIA se agacha a recogerlos y AMELIA intenta impedirselo, pisándolos. En el intento le pisa los dedos a ALICIA y ésta reacciona pellizcándole las piernas. ANGELITA permanece inmutable.

ANGELITA. ¡Hay un lío ahí abajo! Al violinista se lo llevaron a pasear por el campo para que se le pase el ataque de risa. El bajista tiene un frío bárbaro. No sé, le dio por ahí. Y eso que hace un calor que mata. Debe ser la impresión. No están acostumbrados ellos a tantos muertos. El pianista está raro. No dice nada. Está sentado frente al piano, con las partituras abiertas y las manos, así, como para tocar. Pero no toca. Tiene la mirada perdida. Ahora quedan cuatro músicos con sus cuatro instrumentos.

ANGELITA sale y cierra la puerta. Las mujeres terminan agotadas por la lucha. AMELIA reacomoda su peinado y se acerca a la ventana. ALICIA va hasta la puerta. Un relámpago rom-

pe la línea del horizonte. Seguidamente el ruido de un trueno. Las mujeres se estremecen.

ALICIA. Llueve poco en este pueblo, pero cuando llueve... Cuando nació Angelita, llovía. Cuando murió papá, llovió un mes de punta. Cuando Aurora se fugó con “Rigoberto Dedos de Oro”... esa sí que fue una noche tormentosa. Una sola noche de viento y agua. Angelita lloró todo el día como si presintiera el abandono.

AMELIA. Alicita, ¡qué te hace mal! ¡Hoy tenés un día!

ALICIA. Yo me quedé esperándolo debajo del escenario, ahí habíamos quedado con Rigoberto. Cuatro horas lo esperé. Tenía la valijita marrón, la que era de mamá. Apenas alcancé a poner un vestido y un camisón. El camisón con vuelos ese que todavía... Cuatro horas con los dedos acalambrados de agarrar la valijita. No la podía soltar. Si la soltaba era como si dejara escapar los sueños. En esa valijita están todos mis sueños. *(Pausa. Pensativa. Se ríe.)* Era una maniobra de distracción. A vos te dejó entre los cardos del camino principal y a mí debajo del escenario. Al final se la llevó a Aurora nomás. ¡Qué tontas! Mirá si no la iba a elegir a ella... ¿Te conté que me encontró Angelita?

AMELIA. Mil veces.

ALICIA. Estaba con los mocos chorreando... toda roja por el llanto, toda agua como la noche. Ojalá llueva. Cuando llueve pasan cosas. Por ahora son sólo unos truenos. Un presagio de lo que vendrá. Me voy a preparar la valijita de los sueños, quiero estar lista... no sea cosa que... ¿cómo se llama el trompetista de este año?

AMELIA. “Marchelo”.

ALICIA. Eso. Si llueve, seguro que me lleva con él.

Entra ANGELITA como se hubiese estado del otro lado de la puerta esperando el momento oportuno para hacerlo.

ANGELITA. *(Teatral.)* Se murió de risa nomás. El violinista digo. Le agarró una carcajada tan fuerte que la boca se le quedó así de abierta. Dejó de respirar. Y el bajista, pobrecito, el que tiene el pelo todo enrulado y muchos anillos en los dedos, le vino más frío. Creo que se le fue el alma del cuerpo y no la puede encontrar. Con el Eduardo, el conductor, le tiramos agua bendita en la cara para que se le quite el diablo que tiene adentro. Ahora quedan tres músicos con sus tres instrumentos.

AMELIA. *(Histérica.)* ¡Basta de muertos! Acá no se muere más nadie. Que se vayan, se tienen que ir. ¡Eso! *(Empuja a ANGELITA hacia fuera. Ella se resiste.)* Ahora se está levantando una tormenta del norte como nunca se ha visto en esta región. Están asustados y se van. ¡No se mueren más! Tienen que volver el año que viene.

ALICIA. No quiero que muera “Marchelo”. *(Intempestivamente toma del brazo a AMELIA.)*

¿Amelia, vale la pena seguir con esto?

ALICIA. ¿¡Qué te agarró, Alicia!? ¿Vas a poner en crisis nuestras fantasías? (A ANGELITA.) ¿Por qué nos mirás así? Andá, bajá y hacé lo que tengas que hacer pero que todo siga igual. Es lo único que te pedimos.

ANGELITA. (Desafiante.) Vayan ustedes, si quieren. Busquen a sus músicos. Búsquenlos. Pero no acá en el pueblo. En este pueblo están todos muertos. Y los que no se murieron se fueron. Menos nosotras... que no estamos muertas, y tampoco nos vamos. Caminen. Tomen por el camino principal y caminen. No miren para atrás porque se pueden arrepentir. No hay que mirar para atrás. Como mi mamá. Ella no miró para atrás. Ella se fue corriendo con “Dedos de Oro” y les aseguro que no miró para atrás. Yo también corría. Pero no la pude alcanzar. Grité con todas mis fuerzas y lloré todo lo que podía para que no se fueran sin mí. Ella no miró ni una sola vez para atrás y desapareció en la noche oscura y mojada, con ese hombre extraño. Ella no me escuchó. Seguro que no me escuchó. Debería haber gritado más fuerte.

ALICIA busca su valijita y se dirige decidida hacia la puerta. AMELIA la intercepta.

AMELIA. Tal vez “Marchelo” no sea lo que esperabas...

ALICIA. ¿Y qué era lo que esperaba?

AMELIA. Un hombre que te quiera.

ALICIA. Como el “Gringo Lorenzetti”. ¿No tendría que buscarlo? (A ANGELITA.) ¿Se murió o se fue?

ANGELITA. Se fue.

ALICIA. ¿Adónde?

AMELIA. ¿Y si no existe ningún lugar además de éste?

ANGELITA. El Eduardo dice que sí. Que existen otros lugares. ¡Y mejores! Él vive bien lejos en una casita toda blanca que está en las montañas. ¿Cómo serán las montañas?

AMELIA. ¡No hables más, estúpida! No confundas a Alicita.

ALICIA se dirige lentamente hacia la ventana. AMELIA la sigue de cerca.

ALICIA. ¿Ven esa vaca que va por el camino principal? Va y viene todo el tiempo. La tengo bien estudiada. Yo la miro por la ventana cuando vos estás distraída, Amelia. Soy como esa vaca. Voy y vengo por el mismo lugar. Cuánta paciencia tiene ese animal.

AMELIA le saca la valija de la mano a ALICIA. La guarda. ALICIA se queda observando por la ventana. ANGELITA va hacia la puerta.

AMELIA. Anda, nena. Se buena. Deciles que toquen “Claro de Luna”. De despedida. La cuarta del lado “B” por Liberace. Es mi preferida. Papá la escuchaba los sábados por la tarde. Nosotras no escuchábamos porque jugábamos a corrernos por la casa. Aurora siempre se chocaba alguna silla y terminaba lastimada. Papá creía que la culpa era mía. Como yo era tan grandota y ella tan frágil. Aurora se soplaba la herida y hacía como que no le dolía para que él no me rete. Así era tu mamá, Angelita. *(Pausa)* ¿Te acordás, Alicia? O no querés. ¡Claro! Porque a vos siempre te atrapábamos primero... *(La abraza.)* Adónde vas a estar mejor que acá. Seguro que va a llover. Se tocan “Claro de luna” y se van para poder volver el próximo año, y así cada año, para que se nos renueve la esperanza.

ANGELITA sale. ALICIA corre hacia la puerta. Amaga seguir a ANGELITA, pero se detiene. AMELIA expectante.

ALICIA. Esta orquesta no vuelve más.

AMELIA. ¡No digas eso ni en broma!

ALICIA. *(Tomándola de la mano e intentando arrastrarla hacia la puerta.)* ¿Y si salimos?

AMELIA. *(Soltándose de un tirón.)* Ya sé cómo es afuera y no me gusta.

ALICIA. ¿Y si el paisaje es otro? ¡Vayamos a ver!

AMELIA. Es el mismo. Lo veo por la ventana cada día.

ALICIA. ¡Yo digo ver todo! ¡Todo de una vez!

AMELIA. ¡No!, no... *(Retrocediendo, como mareada.)* Quizá el paisaje sea otro, pero el recuerdo es el mismo. Nada más pensarlo se me vuelve todo rosa como el vestido de Aurora. El mío, marrón, aquella noche. Ella, el andar liviano de gata. Yo, el andar pesado de vaca. Ella los ojos chispeantes y la sonrisa luminosa. Yo, la mirada opaca y los labios apretados.

ALICIA. ¡No digas así! Se te veía muy adornada con esos moños en el pelo.

AMELIA. ¡Parecían cucardas! Como una vaquillona premiada.

ALICIA. ¡Amelita! ¡Seguís presa del afuera!

AMELIA. Ni bien aparecimos empezaron a murmurar. Hablaban entre dientes como si yo no los pudiese escuchar. Lo único que veo es la seda rosa flameando entre las hamacas, yo sola en el medio de la plaza y todos a mi alrededor murmurando, murmurando, murmurando... Papá me castigó por no traer a Aurora de vuelta. Una semana encerrada en mi habitación. Aquella noche llovió sin parar hasta el amanecer. Nunca más salí. Nunca más... ¿Para qué?

Se escucha “Claro de Luna” por Liberace. Un relámpago cruza el cielo azul. Las mujeres se abrazan, llorosas.

TARDE DEL TERCER DOMINGO DE FEBRERO**ESCENA 5**

Suena “Cómo te diré” de Sandro. Las mujeres lo bailan embelesadas, mejilla con mejilla. Repentinamente la música se corta y seguidamente golpean la puerta. Se sobresaltan. Expectantes. Vuelven a golpear con más fuerza.

AMELIA. *(Temerosa.)* ¿Quién es?

Desde el otro lado de la puerta ANGELITA le contesta con una voz afónica muy impostada.

ANGELITA. ¡“Marchelo”!... “Marchelino”....

ALICIA. ¿¡Quién!?

ANGELITA. ¡El trompetista! ¡El de la orquesta!

Las mujeres se miran desconcertadas. AMELIA corre a retocarse el maquillaje. ALICIA abre la puerta lentamente con mucha desconfianza.

AMELIA. *(Desde el fondo.)* ¡Adelante “Marchelo”!

Entra ANGELITA. Lleva puesto un traje de hombre que le queda muy grande. Los zapatos bien lustrados. El cabello húmedo peinado para atrás. Exagera los modales masculinos e imposita la voz.

ANGELITA. Permiso muchachas...

Las mujeres retroceden entre inseguras y asustadas. ANGELITA se acerca a ellas y las abraza. Las mujeres están tiesas.

ALICIA. *(Sacándosela de encima.)* ¡No seas ridícula!

AMELIA *empuja a ALICIA y se acerca a ANGELITA.*

AMELIA. *(Le extiende la mano para que se la bese.)* ¡“Marchelo”! ¡No lo esperábamos! ¡Pase! Tome asiento.

ANGELITA se sienta en el sofá y a su lado AMELIA. ALICIA las observa contrariada.

ANGELITITA. *(Le agarra la pierna a AMELIA y se la sacude bruscamente.)* ¡Lindo par de gambas, eh! *(AMELIA se sobresalta. ANGELITITA con su voz.)* Bueno, así me hace el Eduardo. *(Vuelve a la voz impostada.)* Estás linda, linda.

ALICIA *resopla indignada. AMELIA se arregla el peinado.*

AMELIA. Y eso que me dejé estar un poco. La vida de campo es dura. Me hago un baño de crema en el cabello cada seis meses. Me lo hace mi hermana. Juanita, la peluquera, ya no trabaja a domicilio.

ANGELITITA. *(Con su voz.)* ¡Tenía novena cuando el hijo menor se la llevó a vivir con ellos a la ciudad!

AMELIA. ¡Veo que está familiarizado con los últimos sucesos de nuestra comunidad!

ALICIA *saca su valijita y pone algunas cosas dentro.*

ANGELITITA. Decime, Amelia. ¿De dónde viene ese nombre? Eduardo es nombre de príncipe, Angelita de bastarda...

AMELIA. *(Juguetona.)* ¿Cómo sabe mi nombre?

ANGELITITA. ¡Lo soñé! Anoche. Una voz como de vaca empastada que me decía: Ameeelia, Ameeeeelia... Yo sabía que era usted. Por lo de la vaca, hinchada, empastada, quejosa...

AMELIA. *(Incómoda.)* Qué romántico.

ALICIA *sale de la habitación con su valija, sin que las otras lo noten.*

AMELIA. Sé danzas españolas y mi hermana teoría y solfeo.

ANGELITITA. ¡Son artistas!

AMELIA. *(Ríe como una niña.)* Éramos el mejor partido de la zona. De esta zona, la que va desde el monte de los eucaliptos hasta la cañada de los cuatro sauces...

ANGELITITA. ¡Ah!...

AMELIA. *(Nerviosa.)* Qué.

ANGELITITA. *(Con su voz.)* No engancharon nada *(Ríe.)*

AMELIA. *(Seria.)* Esperamos al hombre indicado.

ANGELITITA. Indicado por parte de madre o de padre. *(Ríe exageradamente festejando su chiste.)*

AMELIA. Indicado, apropiado, es una forma de calificar al hombre.

ANGELITITA. Y uno sin calificar tampoco agarraron. *(Ríe nuevamente.)*

AMELIA. Me parece que se está pasando de la raya.

ANGELITA. (*La intenta abrazar.*) Dame un besito “vene qui, vene qui con mé” que estamos solos.

AMELIA. (*La aparta de un empujón.*) ¡Terminála estúpida! ¡Y sacáte el saco de papá que me impresiona! Alicita.... Ali... ¡Alicia! ¿Dónde estás? No te enojés. Es Angelita que quiere jugar con nosotras. ¡Cómo estás hoy! ¡Tenés un día!... ¿Alicita?...

ANGELITA se saca el saco, se afloja la corbata y mira despreocupada a AMELIA que busca desesperadamente a ALICIA.

ANGELITA. Habrá aprovechado el camión de las cinco.

AMELIA. ¿Qué camión? ¿Qué decís?

ANGELITA. ¡Los camioneros! Lo único con vida que anda por acá. Además de las vacas, claro.

AMELIA. (*Orgullosa.*) Alicita no se iría con un camionero.

ANGELITA. (*A la defensiva.*) ¡Los camioneros son gente muy buena! Romero, que pasa los lunes, miércoles y viernes a las seis de la mañana, siempre me trae algo. Lo que sea. Yo me las arreglo. (*AMELIA la mira inquisidora.*) ¡Comida! ¿Qué va a ser? ¿De dónde cree que comimos estos últimos años? Yo les alimento, ya sabe, el hambre del bajo vientre. Y ellos ¡el vientre! ¡El suyo especialmente! (*Pausa.*) Los sábados pasa el Tito. Pero ese es medio codito de oro. Lo despacho enseguida. (*Resopla.*) ¡Cuesta sacarle un bocado! En cambio, el Eduardo... Ese sí que es un hombre. Yo lo espero los domingos al mediodía con los fideos al pesto. Es su comida preferida. A mí no me sale muy bien el pesto. Él me enseña y yo quiero aprender. El otro día me lo tiró por la cabeza. Pero me dijo que no lo va a hacer más. Me gusta como me mira cuando el pesto me sale bien. Come y habla sin parar. ¡Tiene una habilidad para hacerlo al mismo tiempo! Me cuenta películas italianas. Las mejores, dice él. El domingo pasado me contó una de una mujer rubia que se bañaba en la fuente de una plaza y un hombre hermoso con un traje todo blanco, la salvaba. (*Ríe.*) ¡No existen los hombres con trajes blancos! Se ve que es una película. (*Pausa. Pensativa.*) Para mí que la tía se fue con el tartamudo Benítez. Él dice que es tartamudo. Yo no lo sé porque cuando me ve a mí habla de corrido. Pero él jura que es tartamudo y que yo lo curo todos los días. Pasa a las cinco de la tarde. Seguro se fue con el tartamudo.

AMELIA. La naturaleza humana es horrible.

ANGELITA. Me voy con el Eduardo. No es flaco y alto como un álamo. Pesa más de 120. Pero no es un fantasma, es de verdad. ¡Y el pesto cada vez me sale mejor! Me voy a un lugar con montañas. Y me va a llevar al cine. Me lo prometió. Mi mamá estaría orgullosa de mí.

ANGELITA da media vuelta y sale. Pega un portazo. AMELIA la sigue hasta la puerta y se

detiene. Mira a su alrededor.

AMELIA. ¿Y la orquesta!? ¿Y los músicos?! ¿No van a venir más? ¿Querés que hablemos de tu mamá? Cualquiera día de estos te viene a buscar. No te podés ir. Mirá si viene y no te encuentra... ¡Angelita!

ANGELITA entra violentamente. Lleva apretados contra su cuerpo muchos discos de pasta. Algunos se le escurren y caen al suelo.

ANGELITA. Mi mamá no me va a buscar nunca. Eso ya lo sé. Hace mucho que lo sé. Le voy a llevar flores antes de irme. Los muertos tienen las flores contadas. Mi madre tiene las flores contadas. Estas van a ser las últimas. Al final el bajista se murió de frío y el pianista no sé, creo que de tristeza. “Marchelino”, el trompetista, se fue. Pero dice que nunca va a volver. Vagará por el campo eternamente diciéndoles a todos los músicos que encuentre que nunca vengán a este pueblo, que es una desgracia. Enloqueció el pobrecito. *(Arroja los discos a la cara de AMELIA.)* Ahora no quedan músicos ni instrumentos. Nada. Igual que en una película húngara que me contó el Eduardo. Al final, hasta el protagonista se murió. ¡Sí, húngara era!

ANGELITA sale. AMELIA recoge los discos del suelo y los aprieta contra su pecho. Los relámpagos cruzan el oscuro cielo de la tarde. Caen las primeras gotas.

NOCHE DEL TERCER DOMINGO DE FEBRERO

ESCENA 6

Llueve torrencialmente. AMELIA en enaguas. Encima lleva puesto el saco de su papá. Despeinada y con el maquillaje corrido por las lágrimas. En la mano una escopeta de dos caños. Saca los cartuchos del bolsillo y la carga. Cada vez que un relámpago ilumina la noche, dispara al vacío por la ventana.

AMELIA. ¡Alicia! ¿Dónde estás, traidora? *(Dispara.)* ¡Muerta, te vas a ir con “Marchelo”! *(Dispara.)* ¡Le di! ¡Le di! *(Mira.)* Otra vaca. Maté otra vaca. No importa. Acá ni las vacas son inocentes. *(Grita.)* ¡Las voy a matar a todas! *(Carga el arma y apunta en la oscuridad.)* ¡Salir con esta tormenta! *(Pausa.)* ¿Tendrá razón Angelita? ¿Se habrá fugado con un camionero? *(Grita a la noche.)* ¡Mala hermana! Hacerle esto a papá. *(Dispara. Mira.)* Otra vaca más. Las vacas muertas y yo, es lo único que va a quedar en este pueblo. *(Carga el arma.)* Tantos años de teoría y solfeo. ¿Para qué? *(Grita.)* ¡Para irte con un camionero! ¡Barata! *(Para sí.)* Al final resultaste peor que Aurora. Quedaste ofendida desde el día que papá corrió a escopetazos a ese bruto que te pretendía. *(Grita.)* ¿¡Cómo ibas a casarte con Lorenzetti!? Con ese animal.

No sabía ni leer... ¡Y vos lees música, Alicia! (*Dispara. Mira.*) Una, dos, tres.... vacas muertas y yo. Sola.

Busca más cartuchos en el bolsillo, que no encuentra. Dispara nuevamente pero no tiene más carga. Mira la escopeta unos segundos y luego la revolea por la ventana. En ese instante se escucha un mambo a todo volumen. Se esconde detrás del sillón. Espera. Se abre la puerta. Una sombra se dibuja en el vano. El mambo se escucha a toda potencia.

AMELIA. (*Tímidamente.*) ¿Papá?... ¡Papá!... yo no tengo la culpa que Aurorita se haya... ¿Aurora?... ¡Volviste!... (*Silencio.*) Aurora, criamos a Angelita lo mejor que pudimos... ¡Vos también dejarla así, tan chiquita!... ¿Y Dedos de Oro?... (*Silencio*) ¿Es usted, “Marchelo”? ¿Me vino a buscar? (*Un relámpago ilumina la sombra.*) ¡Alicita! ¡Qué suerte que sos vos!

Entra ALICIA. Está completamente mojada y embarrada. En su mano derecha lleva la valija abierta con algunas ropas colgando. Con el otro brazo aprieta fuerte algunos viejos discos contra su pecho. AMELIA corre a abrazarla. Se quita el saco y se lo coloca sobre los hombros. La conduce al sillón y ambas se sientan.

ALICIA. Llueve. Hace frío afuera.

AMELIA. Te dije mil veces que tenés que llevarte una camperita si salís.

ALICIA. Hace tanto que no salía. Desde que Aurora se fue con “Rigoberto Dedos de Oro” que no salía. Desde que papá enloqueció y echó a tiros a Lorenzetti, que no salía. Desde que papá murió, que no salía. Todas noches de lluvia. Todas noches de tormenta.

AMELIA. La lluvia hizo estragos en nuestra familia.

ALICIA. Me fui por el camino principal. Primero caminando y después corriendo. La valija se me enredó entre las piernas y me caí. Varias veces. ¡Toda embarrada, estoy! Pero me levanté. Me dolían las rodillas, todavía me duelen, pero corrí otro poco más. Hice como me dijo Angelita: no miré para atrás. Me aguanté todo lo que pude sin mirar. Hasta que miré... Y lo vi. Un bulto blanco y quejoso que se tambaleaba en la oscuridad. ¡“Marchelo”, mío!, le grité. Con su traje impecable y sus zapatos bien lustrados. Nada. ¡Lorenzetti!, probé. Perdido por perdido. No. Era una vaca. No cualquier vaca. Era esa que siempre miro por la ventana. Estaba herida. Me acerqué todo lo que pude. La vaca me miraba con los ojos vidriosos pidiendo que la salve. Ese animal sí que quería vivir, Amelita. Se desplomó en el suelo. Yo me acerqué más y le limpié la herida. Tal vez la lluvia, a la vaca, le salve la vida. Me quedé ahí sosteniéndole la cabeza y creo que se quedó dormida. Ya había mirado para atrás. Así que caminé otro rato y me encontré con un montón de vacas muertas.

AMELITA. Sí. Maté algunas.

ALICIA. Ah, fuiste vos.

AMELIA. Angelita se fue.

ALICIA. (*Le muestra los discos.*) Son los de papá.

AMELIA. Estamos solas.

ALICIA. Ya ni vacas quedan.

Mambo.

AMELIA. ¿Lo viste?

ALICIA. ¿A quién?

AMELIA. Al camionero ese con el que se fue Angelita.

ALICIA. Un sujeto desagradable, Amelita.

AMELIA. Ya me parecía.

ALICIA. Pero real.

AMELIA. La realidad es a veces brutal.

Un relámpago.

AMELIA. ¿Lorenzetti se habrá casado?

ALICIA. (*Ríe.*) ¡Debe ser abuelo! (*Se ríen. Silencio.*) ¿Cómo hubiese sido mi vida con Lorenzetti?

Se miran un instante. Se escucha el ruido de un camión que se va.

AMELIA. ¡Llegaron! ¿Cuántos serán?

ALICIA. Es Angelita que se va con el camionero.

AMELIA. (*Insiste.*) Llegaron. Cuántos serán.

ALICIA. (*Desganada.*) Seis más el conductor.

AMELIA. ¿No eran ocho?

ALICIA. (*Aburrida.*) Sí. Pero dos se fueron con el trío de boleros. (*Pausa.*) ¿Cuánto durará?

AMELIA. (*Fresca.*) ¿Su estadía?

ALICIA. (*Le pone los discos en la cara.*) ¡El disco, Amelia! El disco de Pérez Prado. Lo puse yo misma.

Suena el Mambo Nro. 5.

AMELIA. Treinta, cuarenta minutos...

ALICIA. Cuando se termina, se termina.

AMELIA. Sí. Esta vez se termina.

Siguen el ritmo del mambo.

AMELIA. ¿Se habrá muerto la vaca?

ALICIA. ¿Qué vaca?

AMELIA. La que estaba herida y a pesar de todo quería seguir viviendo.

ALICIA. Su deseo de salvarse era muy fuerte.

AMELIA. No tenía miedo.

ALICIA. ¿De vivir?

AMELIA. Sí. De vivir.

ALICIA. No. No tenía miedo.

AMELIA. Entonces vive.

Fin del mambo Nro. 5. Ruido de la púa cuando un disco se termina. Las mujeres se toman de la mano, abren los ojos bien grandes, respiran profundamente, contienen el aire unos segundos y lo exhalan suavemente. Afuera llueve torrencialmente.

FIN DEL TERCER DOMINGO DE FEBRERO